



Colección Manantlán

Multifuncionalidad, sustentabilidad y buen vivir

Miradas desde Bolivia y México

Editores:

Peter R. W. Gerritsen | Stephan Rist

Jaime Morales Hernández | Nelson Tapia Ponce

Multifuncionalidad, sustentabilidad y buen vivir

Miradas desde Bolivia y México

Editores:

Peter R. W. Gerritsen | Stephan Rist

Jaime Morales Hernández | Nelson Tapia Ponce

Colección Manantlán



**Universidad
de Guadalajara**

Centro Universitario de la Costa Sur

**CUCOSTA SUR
GRANA ●**



Universidad de Guadalajara

Mtro. Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla

Rector General

Dr. Miguel Ángel Navarro Navarro

Vicerrector Ejecutivo

Mtro. José Alfredo Peña Ramos

Secretario General

Dra. Lilia Victoria Oliver Sánchez

Rectora del Centro Universitario de la Costa Sur

Dr. Hirineo Martínez Barragán

Secretario Académico del CU Costa Sur

Dr. Luis Carlos Gámez Adame

Secretario Administrativo CU Costa Sur

Dr. César Amador Díaz Pelayo

Coordinador de Servicios Académicos CU Costa Sur

Departamento de Ecología y Recursos Naturales - IMECBIO
Centro Universitario de la Costa Sur
Universidad de Guadalajara

Primera edición, 2017

D.R. © UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de la Costa Sur
Av. Independencia Nacional 151
Autlán de Navarro, Jalisco, México, C.P. 48900
Teléfono: +52 (317) 3825010
www.cucsur.udg.mx

ISBN Obra Completa: 978-607-742-777-3

ISBN Volumen: 978-607-742-778-0

D.R. © Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, traducida, almacenada o transmitida de forma alguna, ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de los editores.

Impreso y hecho en México / Printed and made in Mexico

Índice

Prólogo	7
<i>Peter R.W. Gerritsen, Stephan Rist, Jaime Morales Hernández y Nelson Tapia Ponce</i>	
«Esbozando el entorno»: Transformaciones de sistemas productivos multifuncionales en Bolivia y México	9
<i>Peter R.W. Gerritsen y Stephan Rist</i>	
El retorno del agrarismo	27
<i>Oscar Bazoberry Chali</i>	
El vivir bien como alternativa al desarrollo y no como modelo de desarrollo alternativo	67
<i>Patricia Roncal Revollo</i>	
Metodologías agroecológicas: una propuesta sociológica de sistematización desde una perspectiva transdisciplinaria e intercultural	75
<i>Eduardo Sevilla Guzmán y Stephan Rist</i>	
La investigación participativa revalorizadora: Contribuciones y desafíos hacia el desarrollo endógeno sustentable	131
<i>Nelson Tapia Ponce</i>	
La transdisciplinariedad, el diálogo de saberes y la investigación participativa revalorizadora en una perspectiva del desarrollo endógeno sustentable como interfase para el vivir bien	145
<i>Freddy Delgado Burgoa</i>	

Senderos hacia la soberanía alimentaria y el desarrollo rural sustentable: transitando hacia sistemas agroalimentarios sustentables en Jalisco	175
<i>Norma Helen Juárez, Peter R.W. Gerritsen y Jaime Morales Hernández</i>	
Transformación del sistema agrario y su multifuncionalidad en dos comunidades indígenas: Cu زالapa y Ayotitlán, Jalisco	217
<i>Iliana Licona Flores, Peter R.W. Gerritsen y Jaime Morales Hernández</i>	
Los pasos hacia la agroecología desde la perspectiva campesina: el caso de la Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias, Jalisco, occidente de México	251
<i>María de Jesús Bernardo Hernández</i>	
La agricultura periurbana multifuncional y sus aportaciones hacia la sustentabilidad regional en la zona metropolitana de Guadalajara, Jalisco, México	273
<i>Jaime Morales Hernández, Heliodoro Ochoa García, Laura Velázquez López, Azucena Mastache De los Santos, Esaú Cervantes Martínez, Ana Martha Becerra Guerrero</i>	
Algunas reflexiones sobre los procesos de transición agroecológica en el sur de Jalisco, occidente de México	313
<i>Peter R. W. Gerritsen</i>	
Convergencias en las diferencias: Algunas reflexiones en torno a la transformación de sistemas agrarios, multifuncionalidad y el buen vivir en Bolivia y México	327
<i>Stephan Rist y Peter R. W. Gerritsen</i>	
Acerca de los autores	347

Prólogo

Peter R.W. Gerritsen, Stephan Rist,
Jaime Morales Hernández y Nelson Tapia Ponce

Los debates científicos y políticos dominantes sobre el campo en América Latina y las diferentes soluciones de sus múltiples problemas enfatizaron durante las últimas décadas una combinación variable de políticas neoliberales y productivistas. Como parte de esta lógica, se suponía que promoviendo la propiedad privada de tierra, agua y bosques, junto a la tecnificación y la ampliación de acceso a mercados globales, se iban a resolver los problemas económicos, sociales, políticos y ambientales de manera definitiva. Sin embargo, la pertinencia de la problemática socioambiental en América Latina demuestra que las posibilidades más altas de pertenecer a los beneficiarios de estas políticas eran aquellas familias que, al moverse a los ámbitos periurbanos y emprender viaje a EUA, decidieron no quedarse en sus comunidades rurales. Aun así, no se cumplieron las expectativas generadas.

La contrapropuesta, emergente de múltiples movimientos sociales en áreas rurales y urbanas, consiguientemente apunta a repensar el sentido dominante de *desarrollo*, y sobre todo en su versión neoliberal y productivista. De esto irrumpen las ideas del «vivir bien» y la «buena vida» que apuestan por la transformación de la vida cotidiana, política, social y económica que prioriza lo comunitario, lo solidario, el respeto entre hombres y naturaleza; incluyendo la revalorización de la dimensión espiritual, sin la cual todo lo demás será difícil de organizar.

Este libro es resultado de un proyecto de investigación que rastrea los potenciales y limitaciones de este entendimiento más amplio de las transformaciones en la agricultura en América Latina; se inscribe en la perspectiva del vivir bien y discute las relaciones que tiene con la multifuncionalidad y la sustentabilidad. Estos últimos dos conceptos han sido muy importantes en las discusiones en torno al entendimiento de las nuevas condiciones de las zonas rurales en América Latina (ver el capítulo 1). En este sentido, el

libro recopila estudios de caso de Bolivia y México, que se realizaron en el periodo 2008-2011, con el fin de aportar una contribución teórica-empírica al debate y partiendo de las nociones de buen vivir, multifuncionalidad y sustentabilidad. Cabe mencionar que si bien en un inicio se contempló realizar estudios de caso en diferentes países de América Latina, en la etapa del aterrizaje de la idea inicial fueron únicamente instituciones de Bolivia y México las que emprendieron estudios para contribuir al tema central del proyecto de investigación.

Cabe mencionar que nuestro proyecto formó parte de las actividades de investigación del consorcio internacional Centro de Competencias en Cambio Global Norte Sur (NCCR North South), liderado por la Universidad de Berna en colaboración con otras seis instituciones suizas. Agradecemos a todos los investigadores participantes de la Universidad de Berna, en Suiza; a la Universidad de Guadalajara y el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, en México; a la Universidad Mayor de San Simón y la Universidad Mayor de San Andrés, en Bolivia; y a la Universidad de Córdoba, en España; por todo el esfuerzo y dedicación para la elaboración de este libro. Finalmente, cabe mencionar también que el proyecto de investigación fue posible gracias a los fondos otorgados por el consorcio NCCR North South, mientras que la publicación del presente libro fue posible gracias al Centro Universitario de la Costa Sur de la Universidad de Guadalajara, con sede en Autlán, en el estado de Jalisco, en el occidente de México. Agradecemos a sus representantes por su apoyo y generosidad.

«Esbozando el entorno»: Transformaciones de sistemas productivos multifuncionales en Bolivia y México

Peter R.W. Gerritsen y Stephan Rist

Introducción

Hoy día, las discusiones con relación al campo en América Latina se caracterizan por el reconocimiento de la existencia de una fuerte crisis rural (Assies, 2002; McNeish, 2006; Urioste, 2011). Pobreza, migración, pérdida de cultura y tradiciones, contaminación y degradación de agua y suelo, erosión, deforestación, etcétera, son los términos que prevalecen en las discusiones, y donde queda claro que la problemática rural se tiene que considerar como un proceso multidimensional (no solamente de índole ecológica, sino también económica, social, cultural e institucional), multiactor (involucrando a una gran gama de actores gubernamentales y civiles) y multiescala (se lleva a cabo no solamente a nivel local, sino también a nivel regional, nacional e internacional) (Hurni *et al.*, 2004; Bottazzi y Dao, 2013).

En muchos debates científicos y políticos acerca de la crisis rural se reconocen las limitaciones de conceptos teóricos que se han usado para su entendimiento y solución. Además, se ha mostrado que las estrategias que se han ido desarrollando para frenarla tienen alcances limitados. Por ende, resalta la necesidad de desarrollar nuevas herramientas conceptuales y operativas (Brechin *et al.*, 2002; Gerritsen, 2010; Rist y Núñez del Prado, 2012). Además, ha quedado claro que la búsqueda de alternativas viables debe tomar en cuenta a los diferentes actores y sus intereses, en lugar de partir únicamente de una sola postura epistemológica (Morales, 2004; Hurni *et al.*, 2004). Asimismo, se ha puesto la sustentabilidad como eje transversal.

Lograr la sustentabilidad sigue siendo un reto, debido a que la pobreza y la falta de oportunidades productivas locales aún son parte de la cotidianidad de las zonas rurales, sobre todo en los territorios indígenas (Toledo, 2000; Morales, 2004; Delgado, 2002). En este sentido, como ya se mencionó, la búsqueda de modelos alternativos de desarrollo está vigente y resulta un tema central en los debates políticos y académicos.

Con base en lo anterior, se desarrolló un proyecto de investigación que busca contribuir a la formulación, validación y aplicación de un marco conceptual y metodológico para mejor entender —y por ende actuar— sobre la gobernanza de recursos naturales en el contexto de sistemas productivos multifuncionales y en vista de los principios del desarrollo sustentable y la preservación de la diversidad biocultural. Más en específico, el presente estudio contribuirá a 1) formular un marco conceptual y metodológico para identificar potencialidades y limitaciones de formas existentes de gobernar sistemas productivos en relación con su multifuncionalidad y con los principios de la sustentabilidad y la diversidad biocultural, 2) refinar el marco propuesto a través de la realización de estudios de caso en diferentes regiones de Bolivia y el occidente de México, y 3) con base en los resultados, identificar, validar, proponer y promover trayectorias de transición agropecuaria agroecológica.

A continuación presentamos el marco conceptual y metodológico que rige al presente libro y representa un hilo conductor mínimo para el entendimiento de los capítulos siguientes.

Marco conceptual y metodológico

Nuestro proyecto elaboró un marco conceptual y metodológico que se basa en cinco ejes principales: el concepto de sistemas agrarios, el concepto de la multifuncionalidad, el concepto del desarrollo sustentable, el concepto de gobernanza, y la noción de vivir bien (o buen vivir). A continuación, explicaremos cada uno de los conceptos.

Sistema agrario

El concepto de *sistema agrario* se refiere a la relación entre población rural, su medio ambiente y la sociedad mayor a la que pertenece; considerando su

evolución institucional, socioeconómica, étnica e histórica (Planck and Ziche, 1979). Este concepto permite una comprensión integral de estas relaciones en un contexto de transformación agraria. Percibir y analizar las prácticas agroproductivas en un tiempo y espacio específico en términos de un sistema agrario significa estudiar en forma simultánea el ecosistema cultivado, el sistema socioproductivo y sus interrelaciones (Mazoyer y Roudart, 2002).

La multifuncionalidad de las zonas rurales

La *multifuncionalidad* representa una figura fundamental de los actuales debates sobre el potencial y las limitaciones de los modos mediante los cuales se busca relacionar el desarrollo de las poblaciones rurales con la sociedad mayor, los paisajes y los recursos naturales. La multifuncionalidad de la agricultura está en el centro de los debates sobre políticas internacionales relacionados a la agricultura, la innovación socioproductiva y el comercio de productos agropecuarios. El modelo agroalimentario productivista dominante, desarrollado en los años cincuenta está basado en la modernización tecnológica y en la reorganización estructural, dando prioridad a la propiedad e iniciativa privada; es ampliamente cuestionado, y un número creciente de organizaciones de la sociedad civil y decisores políticos consideran el concepto de *multifuncionalidad* como una alternativa seria (Conway, 1997; Beck, 2001; Hervieux, 2002; Griffon, 2004; Chia y Dulcire, 2008; FAO, 1999). Se considera que la agricultura, más allá de proveer alimentos, fibras y energía, también provee una gama amplia de bienes y servicios no alimentarios, relacionados con el medio ambiente (reproducción y almacenamiento de recursos naturales) y aspectos sociales y culturales (reproducción de identidades individuales y colectivas, formas de vida, diversidad de formas organizativas y modos de uso de los recursos naturales). Consecuentemente, el concepto de *multifuncionalidad* pretende ser capaz de considerar todas las funciones ecológicas, sociales, y culturales asociadas con las actividades agroproductivas. Permite considerar la complejidad, el alcance y el significado de las interrelaciones entre el sector agrícola y los dominios económicos, sociales, culturales y ambientales.

El concepto de la multifuncionalidad fue desarrollado principalmente por los países del hemisferio Norte (p.e. Van der Ploeg *et al.*, 2002; Van Huylenbroek y Durand, 2003; Higgins y Lawrence, 2005; Pérez-Victoria, 2005; Caron y Le Cotty, 2006; Clark, 2006; Bjørkhaug y Richards, 2008;

Chia y Dulcire, 2008; Gorlacha, Losták y Mooney, 2008; Marsden y Sonnino, 2008; Wilson, 2008). En Latinoamérica, desde hace una década, se viene desarrollando un concepto similar, denominado como «nueva ruralidad» (p. e. Kay, 2002; Gómez, 2004; González y Meza Huacuja, 2006; Burtnik, 2008; Holtz-Giménez, 2008).

Desarrollo sustentable

El concepto de la multifuncionalidad está históricamente ligado al paradigma del desarrollo sustentable. En años recientes se logró un consenso sobre como la sustentabilidad representa un concepto normativo (Pimbert y Pretty, 1995; Lélé y Norgaard, 1996; Wiesmann, 1998) que debe ser conceptualizado como un atributo de interacción entre la sociedad y su medio ambiente; ni puede ser entendido sólo con la visión naturalista de la ecología, ni con la perspectiva constructivista-culturalista de las ciencias sociales y humanas (Haberl *et al.*, 2001). Al contrario, tanto las dimensiones ecológicas como las políticas de los problemas ambientales tienen que ser entendidas de manera integrada, considerando las influencias mutuas entre control político y la distribución social del acceso a recursos naturales, y los procesos biofísicos asociados (Zimmerer y Bassett, 2003).

Gobernanza

En este libro, la gobernanza de los recursos naturales y sistemas agrarios es entendida como el conjunto de normas y regulaciones de interrelaciones entre grupos de actores involucrados en el uso y manejo de recursos naturales y las relaciones de poder que existen entre ellos (Hurni y Wiesmann, 2004; Meadowcroft, 2004). El énfasis en cuestiones del manejo de recursos naturales generalmente oscurece la dimensión de gobernanza (Rose y Miller, 1992): focalizarse sólo en éstas implica definir reglas, procedimientos y tecnologías que son generalmente excluidos de un proceso de negociación entre los actores que los desarrollan y los que deberían aplicarlos (Purdon, 2003). Como los diferentes grupos de actores raras veces comparten las mismas normas y valores y además las relaciones de poder son distribuidas desigualmente, es frecuente que se generen conflictos en torno al manejo de recursos naturales, lo que dificulta el desarrollo sustentable (Berger, 2003). Las investigaciones sobre participación y gobernanza relacionada al desarrollo sustentable (Kemmis, 2001; Webler y Tuler, 2000) mostraron que hay

una necesidad de entender cómo las normas y valores de la sustentabilidad pueden ser concretizados en situaciones específicas, de modo que se permite a los actores de moverse —en el concepto de Habermas (1984)— del actuar estratégico al comunicativo (Rist *et al.*, 2007).

Vivir bien/buen vivir

El presente proyecto de investigación toma en cuenta el debate particularmente fuerte en América del Sur relacionado a la cuestión sobre las orientaciones filosóficas (epistemológica y ontológica) del concepto de *desarrollo* (Boaventura de Sousa, 2009). Este debate que junta pueblos indígenas, políticos, intelectuales y representantes urbanos define el *desarrollo* en la perspectiva de una construcción social de sustentabilidad (viceministerio de Medio Ambiente, Biodiversidad y Cambio Climático y de Gestión de Desarrollo Forestal, 2010). Este debate ha llevado a proponer la sustitución del concepto de *desarrollo* por el concepto llamado *vivir bien* en Bolivia, o *buen vivir* en Ecuador (Fano Morrissey, 2010).

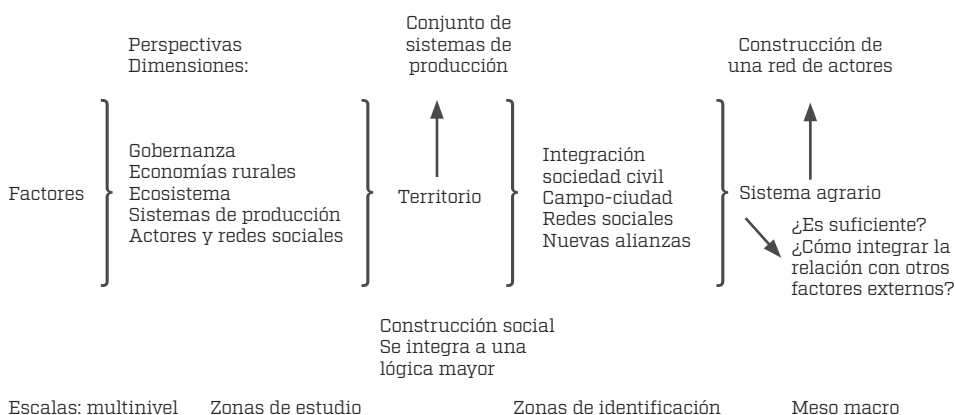
Esta reactualización de principios fundamentales de conceptos indígenas de vida y las múltiples crisis del actual orden capitalista mundial es reinterpretada hacia una comprensión de la vida más allá de la vida humana. La sociedad de los seres humanos es entendida como perteneciente a una entidad viva cósmica, que es expresado en el concepto de *Madre Tierra*. Las actividades humanas son, por lo tanto, codeterminadas por medio de la interacción con los demás seres vivientes que pertenecen a la Madre Tierra (Cancillería del Estado Plurinacional de Bolivia, 2009). Si bien esto puede parecer, a primera vista, una novedad más cognitiva, las dinámicas sociales asociadas hacen cada vez más claro que esta nueva concepción de *desarrollo* se politiza rápidamente, llevando por ejemplo a la definición de los «derechos de la Madre Tierra» (Asamblea Legislativa Plurinacional de Bolivia, 2010; de Mazo, 2010) o a un tribunal internacional de justicia ambiental y climática (Conferencia Mundial de los Pueblos sobre el Cambio Climático y los Derechos de la Madre Tierra, 2010).

El concepto del *vivir bien* ha sido institucionalizado en las nuevas constituciones de Bolivia y Ecuador y sirve como referencia para repensar colectivamente —sobre la base de valores culturales e identidades propias— el significado de *desarrollo* y sus expresiones en los nuevos marcos jurídicos, que lo deben reflejar según las nuevas constituciones de Bolivia y Ecuador.

Integración de un nuevo marco conceptual-metodológico

Con base en lo anterior, procedemos ahora a buscar la integración de un nuevo marco conceptual-metodológico para el entendimiento de las transformaciones en sistemas productivos multifuncionales. El marco que proponemos es sistémico, inter y transdisciplinario, y se presenta esquemáticamente en la figura 1.

Figura 1: Marco conceptual y metodológico [fuente: elaboración propia]



En cuanto a los diferentes estudios de caso, cuyos resultados se presentan en los siguientes capítulos, el punto de partida de nuestro marco son los sistemas agrarios. Además, se intenta hacer un análisis que muestra:

1. Cómo el sistema agrario está configurado en la base territorial, considerando las cinco perspectivas representadas por la noción de gobernanza, economía rural, sistemas de producción, actores y redes sociales, y ecosistemas.
2. Cómo el tipo de inserción de la base territorial a la sociedad mayor se relaciona especialmente con las relaciones entre campo-ciudad/ productores-consumidores que esto trae consigo.
3. Cómo el análisis de la base territorial del sistema agrario desde las 5 perspectivas dará el fundamento para determinar el grado de multifunciona-

lidad del sistema agrario, lo que por su lado dará la base para apreciar su relación con los principios de sustentabilidad y el vivir bien de acuerdo a una sistematización hecha participativamente entre los investigadores y actores sociales del contexto estudiado.

4. Cómo una comparación temporal (10-15 años) de la evolución de la base territorial y el tipo de inserción a la sociedad mayor permite identificar los factores principales de la transformación del sistema agrario.
5. Cuáles son las posibilidades, estrategias y medidas requeridas para influir en los factores más importantes, de modo que su evolución se aproxime más a los principios de la sustentabilidad y del «vivir bien».

Entre los factores que pueden influir en la configuración y reconfiguración de los sistemas agrarios, y que se pueden cuantificar en términos de los recursos humanos y financieros disponibles para conocer las fuerzas de transformación de los sistemas agrarios, se presenta la lista en la tabla 1.

Tabla 1: Factores influyentes en la transformación de sistemas productivos multifuncionales

Económico	Biofísico	Gobierno	Genérico
Tenencia	Tenencia de la tierra	Tenencia de la tierra / régimen de propiedad	Tenencia de la tierra y de los recursos Régimen de propiedad
Mercado y prados	Mercado global	Tendencias económicas en el sector agropecuario	Mercado
Sistema de innovación y tecnología	Invasión tecnológica		Sistema de innovación y transferencia sociotecnológica
Cambios climáticos y fenómenos naturales	Alteración de ciclos biológicos		Variabilidad climática y adaptación local
	Estado de los ecosistemas: diversidad, agua, agrobiodiversidad, etc.		Estado de los ecosistemas: agua, biodiversidad, agrobiodiversidad, etc.
Acceso a crédito			Políticas y acceso a mercados financieros rurales
El rol de la cooperación internacional		Presencia de ONG y agencias internacionales	Presencias y acciones de ONG y la cooperación bi y multilateral
Contaminación			

Económico	Biofísico	Gobierno	Genérico
	Políticas públicas		
	Estrategias e iniciativas locales		Estrategias e iniciativas locales
	Relación campo-ciudad	Cambio en los valores de consumo	Aspectos socioculturales
Dinámica poblacional y migración	Dinámica poblacional		Dinámica poblacional
	Pérdida de identidad cultural		
	Pérdida de conocimientos y sabidurías		
	Movimientos sociales	Vigencia de organizaciones comunitarias	Movimientos y organizaciones comunitarias
		Reformas legales	Políticas públicas y reformas legales
		Globalización y presencia del Estado	Globalización y presencia del Estado
		Relación entre actores	Relación entre actores
Distribución e inversión pública		Regulación de los mecanismos de precios	
Comercio justo			
	Diversidad de sistemas productivos		Diversidad de sistemas productivos y estrategias de vida

Fuente: elaboración propia.

Acerca de este libro y sus diferentes capítulos

En las secciones anteriores, describimos algunas bases conceptuales y metodológicas de nuestro proyecto. A partir de este marco analítico, se realizaron varios estudios en diferentes partes de Bolivia y en el occidente de México para estudiar el fenómeno de la multifuncionalidad de los sistemas productivos en relación al vivir bien/buen vivir y a la sustentabilidad.

Este libro, que consta de doce capítulos, se puede considerar una recopilación de todos estos estudios. El primer capítulo presenta los antecedentes del proyecto, así como sus bases conceptuales y metodológicas, como ya vimos.

En el segundo capítulo, Oscar Bazoberry, después de describir los impactos de la modernización en las diferentes zonas rurales de América Latina, se enfoca en la importancia de la pequeña unidad productiva campesina y del

territorio indígena. Enfatiza que ambos son unidades y territorios en los que la tierra, por más pequeña, escasa y degradada, y delimitada por la fuerza de trabajo familiar, tiene aún un alto valor para la producción de alimentos, para guardar equilibrios entre los intereses de las transnacionales y la estabilidad de los gobiernos, entre la especulación y el diario abastecimiento. Sin embargo, Bazoberry concluye que el retorno del agrarismo es más lento de lo que podría esperarse, y menos extendido en la academia como tema de debate. Habrá que hacer mayores esfuerzos, incluyendo la crítica conceptual y teórica a los enfoques —predominantes como alternativos— para promover un nuevo agrarismo, distinto y renovado, con las posibilidades y limitaciones del contexto actual.

En el tercer capítulo, en formato de ensayo, Patricia Roncal describe la crisis civilizatoria actual y cómo ante este contexto y ante las evidencias marcadas por la crisis, emergen las luchas de los pueblos indígenas y campesinos en una flagrante resistencia a las formas establecidas de ejercicio de poder, buscando descolonizar la vida en todos sus referentes y cuestionando la esencia misma de la modernidad.

Estos movimientos sociales reclaman el derecho al acceso, uso y propiedad de la naturaleza; es el combate por la resignificación de su espacio de vida y su identidad en la diferencia cultural, por el control y decisión sobre sus condiciones de producción, patrones de consumo y estilos de vida. En suma, son cuestionamientos a los actuales estilos de desarrollo, visibilizando un nuevo proyecto político definido desde la esencia del pensamiento crítico indígena que emana de la concepción del vivir bien.

Eduardo Sevilla y Stephan Rist presentan en el cuarto capítulo una reflexión epistemológica sobre las diferentes posibilidades que ofrece el área de la agroecología, que articula los métodos y técnicas de las ciencias naturales con aquellos de las ciencias sociales, y con otras formas de conocimiento que han probado históricamente su sustentabilidad en lo que respecta a la gobernanza de los recursos naturales. Su análisis se inclina hacia la importante contribución disciplinar de la sociología, introduciendo en su propuesta de sistematización la expresión *sociológica*. Ello tiene aquí una doble acepción; ya que, por un lado, se basan fundamentalmente en esta tradición teórica del pensamiento científico. Y, por otro lado, porque la aportación fundamental de la agroecología tiene una naturaleza social ya que se apoya en la acción social colectiva de determinados sectores de la sociedad civil vinculada al manejo

de los recursos naturales; por lo que es también, en este sentido, sociológica. Los autores quieren dejar claro que lo que sigue es una propuesta, dentro del proceso de construcción de la agroecología que hemos desarrollado durante las últimas décadas un grupo de investigadores de diverso pelaje y condición académica en un proceso de interacción con diversos grupos y movimientos sociales, fundamentalmente —aunque no sólo— de agricultores.

En el quinto capítulo, Nelson Tapia presenta la experiencia de Agruco, que ha permitido consolidar un marco teórico conceptual con enfoque histórico-cultural lógico, y la investigación participativa revalorizadora (IPR) en la perspectiva transdisciplinar, a partir de los resultados de la investigación científica y el acompañamiento a procesos de desarrollo en comunidades campesinas de los Andes bolivianos en áreas temáticas que han comprobado su pertinencia metodológica, fruto de las experiencias de campo y la permanente retroalimentación teórica del personal docente investigador a través de una política interna de formación académica en pre y posgrado. El enfoque metodológico de la IPR e aplicado en la formación universitaria a través del taller de titulación en pre y posgrado que permite a los estudiantes plantear temas de investigación pertinentes y aplicativos a la acción de desarrollo endógeno y que puedan utilizarse luego en el corto plazo para la resolución de problemas locales.

En el capítulo sexto, Freddy Delgado habla de la transdisciplinariedad, el diálogo de saberes y la investigación participativa revalorizadora en una perspectiva del desarrollo endógeno sustentable como interfase para el vivir bien. El autor enfatiza en su capítulo que hoy surge, desde los diferentes continentes y regiones del mundo, desde culturas y pueblos antiguos como la china, la india, la maya y la andina, la necesidad de revalorizar y recrear su sabiduría con base en un diálogo de saberes, donde la ciencia occidental moderna o eurocéntrica es parte de este proceso, pero no es el todo ni la única, en una perspectiva de buscar alternativas nuevas o antiguas miradas revalorizadas que permitan nuevos enfoques de vida o de desarrollo, como es el vivir bien, que tiene diferentes acepciones en diferentes naciones y culturas del mundo (*sumaj kamaña* en aymara, *sumaj kausay* en quechua, *teko kavi* en guaraní, *kumefelem* en mapuche, *ubuntu* en el Congo africano, *utz kaslemal* en maya quiche, el plan de la felicidad en Bután).

En el séptimo capítulo, Norma Helen Juárez, Peter R.W. Gerritsen y Jaime Morales sistematizan el trabajo y experiencia de distintos actores que durante

las últimas dos décadas han realizado una importante labor de promoción de la agricultura sustentable en el estado de Jalisco, en el occidente de México. A través de los datos obtenidos, se realizó un análisis de los avances en la transición hacia sistemas de producción sustentables en distintas regiones de Jalisco. Así mismo, exploramos las características de la población campesina involucrada, sondeamos sus motivaciones y dificultades para transitar hacia sistemas agrícolas más sustentables. En este análisis regional, indagamos también en torno al papel que han jugado en este proceso las diversas organizaciones civiles, universidades e instituciones de gobierno.

En el octavo capítulo, Iliana Licon, Peter R.W. Gerritsen y Jaime Morales describen una crisis civilizatoria donde el actual modelo de desarrollo es cuestionado al no cumplir con las promesas de progreso y bienestar que ofrecía. Especialmente, el campo mexicano ha sufrido los impactos de este modelo, donde la agricultura familiar ha estado prácticamente al margen de las políticas de desarrollo rural de nuestro país. Ante esta situación han surgido propuestas desde lo local, que se basan en la diversidad biocultural y la importancia de su fortalecimiento. En este sentido, en Latinoamérica, en los últimos años se escucha de un nuevo referente de reproducción social de la vida: el vivir bien, el cual ha tomado fuerza en gran medida a partir de los pueblos indígenas de Ecuador y Bolivia que logran insertar esta visión en sus constituciones políticas. En este extenso, buscamos hacer una reflexión sobre la propuesta del gobierno mexicano para «vivir mejor», y los impactos que ha tenido su aplicación en dos comunidades indígenas de la sierra de Manantlán. Para ello, hacemos primero un análisis comparativo entre la visión presentada por el gobierno federal para «vivir mejor» con las nociones locales del vivir bien, a la vez que realizamos una revisión del impacto en la vida cotidiana en estas dos comunidades.

En el capítulo noveno, María de Jesús Bernardo presenta las experiencias de una red ciudadana regional, integrada con una base de grupos de familias campesinas y asesores en la búsqueda de propuestas de desarrollo endógeno sustentable. Esta Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias (RASA) tiene el objetivo de conocer y entender mediante algunos estudios de caso cómo las familias campesinas han dado el giro a su vida desde la aún preva- leciente agricultura química al paso de buscar por necesidad y convicción una nueva agricultura que trata de retomar todavía elementos de la agricultura de antaño de los abuelos, así como otras técnicas innovadoras en la perspec-

tiva sustentable, llamada Agroecología. Por otro lado busca dar a conocer como han sido estos procesos en los sistemas productivos y sus resultados esenciales. Si bien estas familias con este tipo de agricultura representan a la minoría del país, es muy importante la relevancia de estas experiencias verídicas para sentar las futuras bases de nuevas formas de agricultura en el país, ya que demuestran que son posibles otras maneras de producción de alimentos, que no dañen la salud de las personas y el ambiente, asimismo ayuden a retomar los valores de respeto a la madre tierra y revaloración de la identidad campesina e indígena y el conocimiento local campesino.

En el décimo capítulo, Jaime Morales Hernández, Heliodoro Ochoa García, Laura Velázquez López, Azucena Mastache, Esaú Cervantes y Ana Martha Becerra nos presentan la relevancia de la agricultura periurbana en los esfuerzos para alcanzar la sustentabilidad regional, y pone énfasis en la urgencia de fortalecer estos esfuerzos ante la crisis de las megaciudades y sus profundos impactos en sus entornos periurbanos y rurales.

El texto se detiene en cuatro experiencias de agricultura periurbana sustentable, se acerca a algunos procesos sociales presentes en la región. El análisis de las experiencias mostró las funciones sociales, ambientales, culturales y productivas que estas familias rurales realizan las importantes aportaciones a la sustentabilidad a través de aspectos como conservación de la agrobiodiversidad, manejo del agua y del suelo, reforestación, producción de alimentos sanos, diversificación de ingresos, venta directa al consumidor, uso de mano de obra familiar y local, fortalecimiento de las relaciones entre agricultores y consumidores, formación de tejido social, rescate de semillas y conocimiento tradicionales y apertura de espacios de aprendizaje y diálogo entre la ciudad y el campo.

En el capítulo undécimo, Peter R.W. Gerritsen presenta algunas reflexiones sobre el proceso de transición agroecológica en la región sur de Jalisco, en el occidente de México. Desde aproximadamente 1995, se han impulsado acciones para fortalecer un desarrollo regional que se basa en la identificación y el fortalecimiento del potencial endógeno existente.

Finalmente, en el duodécimo capítulo, Stephan Rist y Peter R.W. Gerritsen nos presentan una integración de los diferentes estudios que se presentaron en los capítulos anteriores y presentan las potencialidades y desafíos de los enfoques de desarrollo basados en la multifuncionalidad y el buen vivir.

Bibliografía

- Arroyo, A. J. (Comp.). (1995). *Y ante todo la población rural persiste. Efectos de la modernización económica en el campo mexicano*. Guadalajara: Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas (CUCEA)-Universidad de Guadalajara.
- «Ley de derechos de la Madre Tierra». (2010, 7 de diciembre). En *Asamblea Legislativa Plurinacional de Bolivia* (p. 4). La Paz, Bolivia.
- Assies, W. (2002). «From Rubber Estate to Simple Commodity Production. Agrarian Struggles in the Northern Bolivian Amazon». *Journal of Peasant Studies*, 29, 83-130.
- Atance, I., I. Bardají y C. Tió Salaregui. (2001). *Fundamentos económicos de la multifuncionalidad agraria e intervención pública (una aplicación al caso de España)*. Madrid: Departamento de Economía y Ciencias Agrarias-Universidad Politécnica de Madrid.
- Bonnal, P., P. M. Bosc, J. Diaz y B. Losch (2003). *Multifuncionalidad de la agricultura y nueva ruralidad. ¿Reestructuración de las políticas públicas a la hora de la globalización?*. Bogotá: Universidad Javeriana / Clasco / Redcapa.
- Bottazzi, P. y H. Dao (2013). «On the Road Through the Bolivian Amazon: A Multi-level Land Governance Analysis of Deforestation». *Land Use Policy*, 30, 137-146.
- Bottazzi, P. y S. Rist (2012). «Changing Land Rights Means Changing Society: The Sociopolitical Effects of Agrarian Reforms under the Government of Evo Morales». *Journal of Agrarian Change*, 12, 528-551.
- Brechin, S., P. R. Wilshusen, C. L. Fortwangler y P. C. West (2002). «Beyond the Square Wheel: Toward a More Comprehensive Understanding of Biodiversity Conservation as Social and Political Process». *Society and Natural Resources*, 15, 41—64.
- Calle, A. (2005). *Nuevos movimientos globales. Hacia la radicalidad democrática*. Madrid: Popular.
- Calva, J. L. (2004). «Ajuste estructural y TLCAN. Efectos en la agricultura mexicana y reflexiones sobre el ALCA». *El Cotidiano*, 124 (19): 14-22.
- Delgado, F. (2002). *Estrategias de autodesarrollo y gestión sostenible del territorio en ecosistemas de montaña. Complementariedad ecosimbiótica en el ayllu Majasaya Mujlli, departamento de Cochabamba, Bolivia*. La Paz:

- Plural / Agruco / Instituto de Sociología y Estudios Campesinos (ISEC) / Universidad de Córdoba.
- Escobar, A. (2001), «Culture Sits in Places. Reflections on Globalism and Subaltern Strategies of Localization». *Political Geography*, 20, 139-174.
- Gerritsen, P. (2002). «Diversity at Stake. A Farmers' Perspective on Biodiversity and Conservation in Western Mexico». *Wageningen Studies on Heterogeneity and Relocalisation*, 4.
- Gerritsen, P. R. W., J. J. Rosales, A. Moreno, L. M. Martínez (2006, noviembre). *Sistemas Productivos y Sustentabilidad Rural en la Costa Sur de Jalisco en el Occidente de México*. Ponencia presentada en el CX Encuentro Nacional sobre Desarrollo Regional en México, Mérida, Yucatán.
- Gerritsen, P. R. W. (2006, marzo). *On Endogenous Rural Development and New Images of Rurality in Western Mexico*. Ponencia presentada en el XI International Congress of the Latin American Studies Association, San Juan, Puerto Rico.
- Gerritsen, P. R. W. y J. Morales (Eds.) (2007). *Respuestas locales frente a la globalización económica. Productos regionales de la costa sur de Jalisco, México*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) / Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias (RASA).
- Gerritsen, P. R. W. y E. Flores (2008), *Globalización y desarrollo regional sustentable*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Gerritsen, P. R. W. (2010), *Perspectivas campesinas sobre el manejo de los recursos naturales*. México: Mundi-Prensa.
- Gerritsen, P. R. W. y L. M. Martínez (2010). *Agave azul, sociedad y medio ambiente*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Gerritsen, P. R. W., H. Chamizo, A. Guerrero, S. Mason y E. Tilley (2010). «Governance, Environmental Problems and Local Responses in Mexico, Central America and the Caribbean». En H. Hurni y U. Wiersman (Eds.), *Global Change and Sustainable Development. A Synthesis of Regional Experiences Form Research Partnerships* (pp. 435-450). Berna: Geographica Bernensia.
- Gómez C., M. Ángel, R. Schwentesius, y L. Gómez T. (2005). *Agricultura, apicultura y ganadería orgánica en México 2005. Situación, retos y tendencias*. México: Conacyt / Sagarpa / UACH.

- González C., T. Linck y R. Moguer (2003). «El comercio de valores éticos. El café solidario en Chiapas». *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 75.
- González F., R., P. R. W. Gerritsen y T. K. Malischke (2007). «Percepciones sobre la degradación ambiental de agricultores orgánicos y convencionales en el ejido de La Ciénega, municipio de El Limón, Jalisco, México». *Economía, sociedad y territorio*, 7 (25), 215-239.
- Guzmán, G., M. González y E. Sevilla (Eds.) (2000). *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible*. Madrid/ Barcelona/ México: Mundi-Prensa.
- Hurni, H., U. Wiesman y R. Schertenleib (2004). *Research for Mitigating Syndromes of Global Change. A Transdisciplinary Appraisal of Selected Regions of the World to Prepare Development Oriented Research Partnerships*, vol. 1. Berna: Geographica Bernensia / Perspectives of the Swiss National Centre of Competence in Research (NCCR) / North-South, University of Berne.
- Kallas, Z. y J. A. Gómez-Limón (2002). *Multifuncionalidad de la agricultura y política agraria. Una aplicación al caso de Castilla y León*. Palencia: Universidad de Valladolid-Departamento de Economía Agraria.
- Laitner-Benz, K. y B. F. Benz (1994). «Las condiciones culturales y ambientales en la reserva de la biósfera Sierra de Manantlán en tiempo de la conquista. Una perspectiva de los documentos etnohistóricos secundarios». En R. A. Palafox (Coord.), *Estudios del Hombre 1* (pp. 15-41). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Linck, L. (2002, octubre). *Entre autonomía y patrimonialización de los territorios rurales del Distrito Federal*. Ponencia presentada en el XXIV Coloquio de Antropología y Dinámicas rurales en México «Gente de Campo», organizado por el Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacán, México.
- Long, A. y J. D. van der Ploeg (Eds.) (1994). *Born from within. Practice and Perspective of Endogenous Rural Development*. Assen: Van Gorcum Publisher.
- Malischke, T. K., R. González y P. R. W. Gerritsen (2005, mayo). *Percepciones campesinas sobre la degradación ambiental Una comparación de agricultores orgánicos y convencionales en el ejido de La Ciénega, Municipio de El Limón, Jalisco, México*. Ponencia presentada en el V Congreso de

- la Asociación Mexicana de Estudios Rurales (AMER), Oaxaca, Oaxaca, México.
- McNeish, J. A. (2006). «Stones on the Road. The Politics of Participation and the Generation of Crisis in Bolivia». *Bulletin of Latin American Research*, 25, 220-240.
- Morales, H., J. (2004), *Sociedades rurales y naturaleza. En busca de alternativas hacia la sustentabilidad*. Guadalajara: ITESO / Universidad Iberoamericana.
- Ochoa, H. (2005). *Agricultura, sociedad y espacios productivos en el sur de Jalisco*. Tesis de maestría no publicada, Universidad Iberoamericana-Puebla, Puebla, Puebla, México.
- Posey, D. A. (1999). *Cultural and Spiritual Values of Biodiversity. A Complementary Contribution to the Global Biodiversity Assessment*. Londres: Intermediate Technology Publications.
- Ray, C. (1999). «Endogenous Development in the Era of Reflexive Modernity». *Journal of Rural Studies*, 15 (3), 257-267.
- Reig, E. (2001). *La multifuncionalidad agraria en una perspectiva internacional. Posibilidades y límites de un concepto*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Remmers, G. G. A. (2000). «El desarrollo endógeno en zonas rurales. Acerando en un blanco móvil». En C. Guzmán, M. González y E. Sevilla G. (Eds.) (*Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible* (pp. 411-429). Madrid: Mundi-Prensa.
- Rist, S. y J. Núñez del Prado (2012). «The MDGs in Bolivia. Poverty Reduction in a Post-neoliberal Area. *NCCR North-South Dialogue* (43), 50.
- Rodríguez, G. (2001). *La multifuncionalidad de los sistemas agroalimentarios locales. Un análisis desde la perspectiva de tres casos en Colombia*. Bogotá: Corpoica.
- Swagemakers, P. (2002). *Verschil maken. Novelty-productie en de contouren van een streekcoöperatie*. Wageningen: Circle for European Studies / Leerstoelgroep Rurale Sociologie.
- Tetreault, D. (2010). *Pobreza y degradación ambiental. Las luchas de abajo en dos comunidades del occidente de Jalisco: Ayotitlán y La Ciénega*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Toledo, V. M. (1995). *Campesinidad, agroindustrialidad y sostenibilidad. Los fundamentos ecológicos e históricos del desarrollo rural* (reporte núm. 3).

- México, México: Interamerican Group for Sustainable Development of Agriculture and Natural Resources.
- Toledo, V. M. (2000), *La Paz en Chiapas. Ecología. Luchas indígenas y modernidad alternativa*. Mexico City: Ediciones Quinto Sol / UNAM.
- Toledo, V. M. y N. Barrera-Bassols (2008). *La memoria biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Barcelona: Icaria.
- Torres, G. (2005, febrero). *Repensar el sur/ sureste en Jalisco. Comprender la pluralidad de proyectos de desarrollo y la heterogeneidad de actores e instituciones*. Conferencia magistral presentada en el I Foro Académico Interinstitucional «Diálogos sobre el sur de Jalisco. Actualidad y Futuro del Desarrollo», Zapotlán el Grande, Jalisco, México.
- Urioste, M. (2011). *Concentración y extranjerización de la tierra en Bolivia*. La Paz: Fundacion Tierra.
- Van der Ploeg, J. D. (1990). *Labor, Markets and Agricultural Production*. Oxford: Westview Press.
- Van der Ploeg, J. D. (1991). *Landbouw als mensenwerk. Arbeid en technologie in de agrarische ontwikkeling*. Muiderberg: Coutinho.
- Van der Ploeg, J. D. (1992). «The Reconstitution of Locality. Technology and Labour in Modern Agriculture». En T. Marsden, R. Lowe y S. Whatmore (Eds.), *Labour and Locality. Uneven Development and the Rural Labour Process* (pp. 19-43). Londres: David Fulton Publishers.
- Van der Ploeg, J. D., A. Long y J. Banks (2002). *Living Country Sides. Rural Development Processes in Europe: The State of the Art*. Doetinchem: Elsevier.
- Van Huylenbroek, G. y G. Durand (Eds.) (2003). *Multifunctional Agriculture. A New Paradigm for European Agriculture and Rural Development*. Hampshire: Ashgate.
- Warman, A. (2001). *El campo mexicano en el siglo xx*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Waters, M. (1995). *Globalization*. Londres: Routledge.
- Wiskerke, J. S. C. y J. D. van der Ploeg (2004). *Seeds of Transition. Essays on Novelty Production, Niches and Regimes in Agriculture*. Assen: Royal van Gorcum.
- Woods, M. (2003). «Deconstructing Rural Protest. The Emergence of a New Social Movement». *Journal of Rural Studies*, 19, 309-325.

El retorno del agrarismo

Oscar Bazoberry Chali

En las primeras décadas del siglo XXI, como ocurrió en las del siglo XX, la atención de los académicos y políticos se vuelca o, en el contexto de esta reflexión, retorna a concentrarse en la tierra como el factor preponderante de las relaciones en el mundo rural, de las conexiones de éste con su entorno y de las relaciones de poder entre grupos sociales e, incluso, naciones.

Luego de 50 años en que los enfoques de desarrollo rural mostraron como una innovación, un derrotero, una característica de la modernidad, el creciente predominio de las actividades no agropecuarias; aceptaron el predominio de los *commodities* y los sistemas de abastecimiento y demanda de productos alimenticios de masas. Pregonaron el despoblamiento del campo y las dificultades de compatibilizar los avances tecnológicos en la producción, transformación y distribución de los productos del campo con la posibilidad de sobrevivencia de la actividad campesina en pequeña escala.

Superando la escala de ensayo y resistencia de variados movimientos de productores y consumidores, es a partir de la crisis de precio de los alimentos del 2008 que inicia un nuevo contexto para rediscutir y posicionar el campo habitado como una opción y necesidad en las políticas de desarrollo de los países, sea cual sea su situación material.

El evidente control tecnológico sobre las semillas y los insumos, la hegemonía discursiva e informática de las agencias multilaterales y algunos países aún hegemónicos en ese campo, propicia un momento especial para retomar el interés por la pequeña unidad productiva campesina y el territorio indígena como espacios en los que la tierra, aun sea pequeña, escasa, degradada y limitada al uso de la fuerza de trabajo familiar, tiene todavía un alto valor para la producción de alimentos, lo que permitiría guardar equilibrios entre los intereses de las transnacionales y la estabilidad de los gobiernos, entre la especulación y el diario abastecimiento de alimentos.

Con el retorno del agrarismo nos referimos a la posibilidad de una nueva reflexión sobre la vinculación entre el campesino, la tierra y sus múltiples funciones para la sociedad. Advertimos, sin embargo, que el debate intelectual es más lento de lo que podría esperarse, más pausado aún en el ámbito de la academia.

Para tomar esta oportunidad y promover un nuevo agrarismo, distinto y renovado, con las posibilidades y limitaciones del contexto actual y distinto a lo que ocurrió hace cien años, habrá que realizar mayores esfuerzos; comenzando por incluir la crítica conceptual y teórica hacia los enfoques de desarrollo rural, desde los tradicionales hasta los que se consideran alternativos.

Para que este retorno tenga alguna posibilidad de éxito frente a la arremetida agroindustrial con predominio de los intereses financieros y comerciales, el desafío es incorporar a la visión agraria valores universales como la sostenibilidad (la protección de los suelos, de los bosques, de las aguas y de la biodiversidad) desde un renovado sujeto rural. Éste debería exigir y obtener garantía para unas condiciones de vida al menos equivalentes a las de la población urbana y al estereotipado obrero asalariado que prevalece todavía en las categorías modernas de empleo y en el pujante sector de servicios y finanzas.

Se busca un agrarismo, por tanto, capaz de sostenerse disipando la asociación de campesinos e indígenas con marginación y pobreza; que resalte el valor y la vigencia de las culturas y la comunidad; que estreche los vínculos entre movimiento de resistencia universal y el control territorial y político de localidades concretas y supere la dicotomía entre autoabastecimiento y participación en el mercado.

Del agrarismo a la desruralización

Los orígenes de la sociología rural y el debate sobre la economía del campo han partido de una preocupación fundamental por la relación de los sujetos, la tierra y la producción de alimentos. Un interés que conlleva a otros temas, como la posibilidad de la autosuficiencia y la relación particular entre proveedores y consumidores; estos últimos en general son masas urbanas crecientes.

Se trata de una relación que con el tiempo se fue haciendo más compleja, debido, entre otras causas, a que el capitalismo llegó al campo y se produjo un grado importante de deterioro de la relación entre sujeto, tierra y producción de alimentos, con lo cual en la ciencia se fueron construyendo nuevos conceptos y fundamentos para responder a lo que se entendió como la característica de un nuevo tiempo.

Entender este periodo en su verdadera dimensión nos ayudará a comprender y abordar si existe en la actualidad una perspectiva alternativa.

El origen de la teoría y las prácticas agraristas

Como ya mencionamos, el término *agrarismo* nos referimos a la preocupación y reflexión teóricas sobre la importancia de la propiedad de la tierra, la clase social rural y el campesino en el desarrollo del mundo moderno.

Ubicamos el nacimiento del concepto de *agrarismo* por una parte en el momento de la revolución burguesa en Europa, especialmente en Inglaterra, y por otra, en la revolución rusa. En el primer caso la ubicamos entre los siglos XVIII y XIX, prácticamente la revolución que conoció, estudió y teorizó Carlos Marx; en el segundo, durante las décadas de 1920 y 1930, la revolución que vivió y analizó Alejandro Chayanov.

Aunque Inglaterra y Rusia son los casos más difundidos, existen otros que, con sus matices, son excelentes referencias; entre ellos el de Polonia y el de China. El de Polonia en un periodo prácticamente simultáneo al de la revolución rusa, aunque de mucha mayor duración; y el de China posterior, ya por la década de 1950, con una historia y dimensiones particulares, al ritmo y tamaño propios de este país y su particular sistema político y social.

La persistencia del campesino (y de sus teóricos) ha estado presente en la historia contemporánea. El siglo XX fue particularmente intenso e importante para los estudios rurales; una buena parte de la reflexión sobre los campesinos y el agrarismo se hizo en periodos tormentosos, en situaciones de grandes cambios y conflictos políticos que terminaron en una transformación de las estructuras de propiedad y de poder en el campo.

Es cierto que en Europa y Asia hubo situaciones de implantación del capitalismo en el campo, pero también existieron otras nuevas formas de control

estatal sobre la tierra; introducidas por regímenes nacionalistas, socialistas y comunistas.

Tanto en el caso soviético como en el polaco, se reivindicaba no solamente una consideración económica diferenciada para el campesino, sino también su organización e integración política a las estructuras estatales y, aunque lograron una importante participación en la posesión de tierras, unas veces de forma colectiva y otras de forma familiar, sus pretensiones políticas tuvieron menos impacto e incluso les costó sacrificios enormes en momentos de represión estatal.

Para ir por lo llano, *agrarismo* es igual a *campesinismo*. En ambos casos se alude a las relaciones de poder devenidas de la propiedad de la tierra y esto, en sus orígenes, correspondía exclusivamente a la producción de alimentos. En el contexto de guerras y cambios políticos, esta cualidad otorgó un trasfondo radical al debate sobre la tierra y la organización de los productores prácticamente en todos los países a los que hicimos referencia.

Los momentos constitutivos del agrarismo tuvieron en común la disputa política con los terratenientes, en unos casos por las trabas que representaban para los procesos de industrialización y en otros por la resistencia que ejercían ante la modernización que se promovía desde las esferas estatales. En ambos casos, sin embargo, los sujetos del campo son considerados actores, sí, actores subordinados en una constelación de nuevos sujetos políticos en el contexto de los fortalecidos nacionalismos de la época. Lo que se entendía entre los políticos del socialismo y comunismo como la subordinación del campo a la vanguardia obrera (asalariada) y los intelectuales del partido; y en el caso del capitalismo, la subsunción al capital y sus relaciones mercantiles.

En los países capitalistas disminuyó más rápidamente la población campesina, mientras que en aquéllos donde se optó por la organización de predominio estatal la disminución fue más lenta y los campesinos se convirtieron en un grupo diferenciado institucionalmente del resto de la población, incluso en China, con la revolución de Mao a mediados del siglo xx.

En Polonia, si tomamos la historia larga y su tránsito del socialismo a la posterior afiliación al capitalismo de la unión europea de años recientes, es interesante que, en ambos momentos, los poderes públicos asumieran como posición oficial la necesidad de modernizar el campo, en tanto que los sectores

campesinos persistían en la ocupación de la tierra y los teóricos promulgaban su independencia económica como un modo de resistencia.

En las transformaciones socialistas del siglo xx, a diferencia de Marx y con matices respecto a Chayanov, los agraristas polacos tomaron como bandera los valores morales de la clase campesina y rechazaron la industrialización forzada (Rubio, 1961). En cambio, durante el periodo de ajuste para su incorporación a la Unión Europea, los estudios —muchos desde los organismos multilaterales— estaban más bien interesados en la eficiencia técnica y los sistemas de financiamiento, así como el impacto de la incorporación de grandes superficies de tierra productiva y mano de obra al sistema europeo.

Es necesario hacer una consideración especial para el caso de los Estados Unidos, tierra de colonización que, heredera del impulso industrial de Europa, se afanó por ocupar gran parte de su territorio (y del de su vecino, México) con el criterio de combinar la propiedad individual sobre la tierra y la expropiación y explotación de los recursos naturales; un proceso sostenido por la forma de gobierno confederado y por altos niveles de autonomías locales, lo que produjo su crecimiento acelerado y, entre otros factores, su posición como un país agroexportador. Luego de un transcurso de ocupación territorial a través de unidades menores, ocurrió la expulsión de las unidades domésticas a las ciudades, muy rápidamente y de manera paralela a su acelerada industrialización. No hay que perder de vista que este proceso coincidió con la posición del país como potencia mundial y militar con intervenciones sistemáticas en distintas regiones del mundo, y sería interesante conocer los impactos de esa situación en el ámbito rural del propio EUA, especialmente en lo referente a la concentración de la tierra y las reservas de alimentos necesarias para respaldar estados en guerra.

En Norteamérica también hay que tener en cuenta las reservas indígenas, que muestran una faceta diferente al resto del mundo y posiblemente sean uno de los antecedentes para el debate que podemos tener actualmente en la relación entre campesinos e indios en nuestra región.

Si bien en Estados Unidos fue importante el aporte de los estudios de sociología rural, hubo una época corta de enfoque en sus propias relaciones internas, habiéndose abocado a las diferencias entre campo y ciudad y a las subculturas rurales. Muy pronto ese país miró hacia el resto del mundo y se concentró en estudios realizados en otros países de la región, combinando

disciplinas como antropología, sociología y economía, con la preocupación principal de comprender las diferencias culturales y su integración a las sociedades locales. No hay que olvidar que muchas de las políticas agrarias en los países de Sudamérica han tenido un fuerte apoyo de los EUA.

Pasado el tiempo de las revueltas y resistencias en los países citados, sus entornos inmediatos y su influencia en las colonias que establecieron en el mundo fueron aminorando los estudios teóricos y el debate científico sobre los sujetos agrarios y su participación en la economía, la política y las culturas. Chayanov y los clásicos no fueron superados, se terminó aceptando que el campesino se encuentra al margen del sistema capitalista.

Con el tiempo, dado el dominio del capitalismo, los nuevos estudios terminaron poniendo en duda la vigencia y la propia sobrevivencia de los campesinos; el debate socialista declinó como su impacto político en el mundo; la adaptación de los colectivos del campo se comenzó a medir por la competitividad; los indicadores de desarrollo fustigaban al campo, que se convirtió en territorio de pobreza para la ciencia y las categorías políticas.

En la actualidad, existen grandes diferencias entre Polonia, China, Rusia y Estados Unidos y los países de Europa. Éstos han transitado por sistemas de subvención a la producción agropecuaria, bajo distintos argumentos han privilegiado la agroindustria y el resultado neto es el que conocemos ahora, el incremento de la brecha social entre el campo y la ciudad y entre empresarios y campesinos. Para las familias que quedan en el área rural, que se encuentran relativamente marginales a los procesos industriales, se han incorporado los criterios de la territorialidad y de la multiactividad, incluyendo la actividad extrapredial, como una manera de dar vida a los colectivos rurales. China, por su parte, mantiene una estructura de producción basada en pequeñas superficies, aunque en algunas regiones está aplicando el sistema agroindustrial con control estatal, el incremento de subvenciones y otras herramientas convencionales, como los seguros.

Con matices, el agrarismo occidental reaccionará con categorías críticas a la industrialización globalizada del campo, expresada en el uso intensivo de recursos, las grandes cadenas de producción y consumo, la reducción de la diversificación de la dieta y el deterioro de la salud de la población. En los márgenes, existen algunos productores que generaron iniciativas locales interesantes, muchas de ellas agroecológicas y orgánicas, con las cuales están logrando abrir nuevos mercados y simpatía de consumidores.

Contexto histórico de la práctica y debate agrario en América Latina

Constituidas las repúblicas durante el siglo XIX, muchas heredaron y continuaron una matriz económica colonial, cuya principal actividad fue la minería, como ocurrió en Bolivia y Perú; otras fueron productoras y exportadoras de productos como el cacao en Ecuador y azúcar de caña en Brasil; mientras que algunas más, en cambio, se fueron acomodando en el camino, desde su capacidad de oferta a la demanda y exigencia de nuevos mercados en el mundo. En general, las élites económicas y los sectores más dinámicos miraron hacia fuera de sus países, por lo que, progresivamente, aquello que no les era de interés fue quedando en manos de la población local y los más humildes, algunos recién llegados, como la población afrodescendiente.

Durante el primer siglo republicano, la importancia que tuvo la producción del campo para la economía de los países, desde la perspectiva de sus élites políticas y económicas, determinó primero el destino de la población indígena y posteriormente de la población campesina y de las propias élites. Contrariamente a lo que podría esperarse, en aquellos países cuyos procesos de acumulación dependieron de la producción agropecuaria y la explotación de los recursos del bosque, la situación de la población local fue lamentable. Los ejemplos más claros son Uruguay, Paraguay y Argentina; con matices también Chile y Brasil de hoy.

En los países dependientes de la explotación de otros recursos, como minerales, la situación también fue adversa, aunque más debido a la desatención de las poblaciones locales que a una franca confrontación con éstas, lo que permitió que muchas regiones conservaran una identidad y autonomía relativas que, en gran medida, se mantienen hasta ahora. Los ejemplos más nítidos son Bolivia, Perú y Ecuador. En el caso de Brasil y Argentina, debido a su tamaño y organización política, cabrían estas consideraciones por estado y provincia más que para el conjunto del país.

Los países, estados y provincias herederos de una tradición indígena resistieron los embates de los nacientes órdenes republicanos, de las luchas violentas y los sacrificios de los líderes que lograron movilizaciones cíclicas de resistencia protegiendo sus tierras y sus sistemas productivos, habiendo sido los aventajados a la hora de las revoluciones.

Aunque en América Latina el predecesor de las revoluciones agrarias fue México, en el caso de Sudamérica no todas las revueltas y revoluciones posteriores se inspiraron en la revolución mexicana. El que la primera se hubiera realizado antes de la segunda guerra mundial y la reconfiguración de los poderes del mundo y la noción de derechos conlleva una gran diferencia.

En el conjunto variado de países y según sus distintas expresiones políticas, sociales y económicas, en general las reformas no tuvieron origen y fines agraristas propiamente. En algunos casos primaron criterios de ampliación de la base democrática y la universalización de algunos derechos; en otros, la resolución de conflictos con algunos sectores sociales y políticos que detentaban el poder en condiciones inaceptables. Hubo transformaciones originadas en una gran fuerza popular e insurrecciones que llegaron a las armas, como en el caso boliviano; y hubo otras organizadas desde los poderes públicos para atenuar la emergencia de los conflictos en países que, a criterio del poder y la diplomacia norteamericana, comenzaban a recibir influencia de los países y organizaciones comunistas.

Pero también hay que destacar que en todos los países que vivieron una reforma agraria se encuentran aspectos comunes, como es la fuerte oposición al sistema latifundiaro que acumuló poder político con base en la exclusión amplia de población de la distribución de recursos y de la representación política. Desde la perspectiva de los partidos y grupos emergentes, las reformas les proporcionaban una base política entre las mayorías campesinas y desde su posición de poder estatal, al mismo tiempo lograban la contención, control y previsión de revueltas en el campo.

La fuerza del agrarismo original, el de la revuelta y la revolución, se diluyó en una multiplicidad de procesos llamados también de reforma agraria, que se fueron sucediendo en la mayoría de los países de Sudamérica. La turba campesino-indígena fue sustituida por la burocracia, las tomas de tierra por los procedimientos y las escuadras; diseños más complejos entregaron tierra en previsión de situaciones de violencia más que por consolidar una nueva clase de sujetos productores. La disputa de las izquierdas y derechas en un mundo bipolar tuvo su expresión en la combinación de dictaduras progresistas y salvajes arremetidas contra la población, especialmente la rural.

En casi todos los países que tuvieron acciones planificadas de distribución de tierras, éstas fueron acompañadas de procesos de lo que usualmente se llamó colonización interna. Se trataba de entregar tierras en regiones que se

consideraban más aptas para los nuevos patrones de producción, al mismo tiempo que se atenuaban los conflictos potenciales en las regiones más concentradas y pobres. Estas prácticas trajeron problemas para las poblaciones locales, muchas veces anónimas y sin reconocimiento de sus derechos territoriales, y para la conservación de la biodiversidad de los lugares de asentamiento. Sin embargo, además de la ocupación del campo, para el movimiento campesino la denominada «colonización interna» significó una revitalización de su presencia en nuevos territorios y, cuando lograron unificarse, una mayor incidencia en el país.

Un tema importante, aunque poco sistematizado en los enfoques conceptuales, es el de las consecuencias de los distintos movimientos armados y la violencia en el campo que se dieron en Sudamérica, desde la focalizada acción del Che en Bolivia, hasta las asonadas de Sendero Luminoso en el Perú y la larga guerra interna de Colombia. Desde cualquier punto de vista, al final es la población rural la que termina por ser la mayor víctima de los conflictos, como lo demuestran los millares de desplazados en Colombia y en Perú. Con la violencia, la tierra no solamente dejó de ser productiva, el desprecio de la ruralidad no solamente fue usado como criterio de modernidad; sino que también se asumió que el campo era sinónimo de inseguridad física para las personas. Algo similar ocurre actualmente en algunas regiones fronterizas, donde campea el contrabando, y en aquellos territorios donde se ha instalado el narcotráfico.

Perdido el entusiasmo inicial por la reforma agraria, el crecimiento de las ciudades y los esfuerzos de industrialización llevaron a pensar que, de alguna manera, por esa vía se resolvería la pobreza originada por el desplazamiento continuo del campo a la ciudad. Entonces se crearon, o al menos se intentaron, los complejos industriales, las zonas francas y los polos de desarrollo.

El Estado tuvo un rol protagónico en impulsar programas de industrialización. En muchos países los Estados se convirtieron en grandes empleadores, las inversiones públicas soportaron las inversiones que hacían posible el crecimiento de la agroindustria, se fomentaron nuevos gremios de empresarios y, poco a poco, fueron dominando mercados y definiendo nuevas políticas públicas.

Adicionalmente, los tratados comerciales que se fueron estableciendo entre países, como los de la Comunidad Andina de Naciones (CAN) y del Mercado común del Sur (Mercosur), en la región sudamericana, terminaron

conformando el ambiente necesario para el dominio de la gran producción de soya, maíz y trigo como productos principales de intercambio entre los países de la región e incluso con algunas otras regiones del mundo.

En esa misma época, en la mayoría de los países crecieron los sectores informales de la economía. El pequeño comercio, los servicios barriales y el transporte público atomizado constituyen una forma de absorber los remanentes de mano de obra que no tienen ninguna oportunidad en el proceso de industrialización.

Muy pronto, estos esquemas fueron mostrando debilidades; los gobiernos no pudieron cumplir con la administración acertada de las empresas estatales y se produjeron conflictos sociales, terminando de encauzarse en los procesos de liberalización, que pusieron, aunque en distinto grado, fin a la participación del Estado, con lo que gran parte de la economía pasó a manos privadas. Incluso el campo sufrió este nuevo embate del capital.

El sector privado empresarial acogió no solamente la actividad económica de la empresa, sino que adoptó de manera difusa algunos principios de responsabilidad social empresarial; creó y ocupó partidos y la política, y a través de políticas sociales edulcoró la vida de los pobres. Los nuevos sujetos económicos que sustituyeron progresivamente al obrero y al campesino fueron pequeños empresarios independientes, consultores y emprendedores.

Toda actividad económica fue equiparable. Lo importante en los programas sociales era llegar al mercado, poner un producto o servicio a la venta, generar ingresos, incrementar la economía familiar, incorporar como sujetos de la economía campesina a todos y cada uno de los miembros de la familia, lo que desde la perspectiva de género se consideró un valor en sí mismo.

La resistencia de indios, campesinos, negros, criollos y mestizos ha dado lugar a nuevos enclaves que tienen importancia fundamental. Es necesario tomar en cuenta, también, que en estos contextos de liberalización los pueblos indígenas consiguieron una buena parte de sus demandas territoriales, de la implementación de programas de bilingüismo y, en algunos casos, del establecimiento de los sistemas de representación directa.

Finalmente, a ese periodo siguió una nueva generación de movimientos sociales y políticos que, coincidiendo con vientos favorables en la economía, retornaron el Estado a la vida cotidiana de los pueblos, le dotaron de nuevas tareas en la economía y profundizaron las políticas sociales. Hoy somos herederos de esta situación que, aunque con atisbos de cambio, como

podremos ver más adelante, se deriva del nuevo contexto de la producción y circulación de alimentos.

Los enfoques agraristas en su vertiente americana

El agrarismo en Latinoamérica no es la continuación de las tendencias, debates y expresiones políticas de Europa, aunque algo de contagio hubo como consecuencia de las emigraciones de activistas anarquistas y de los atisbos revolucionarios de los obreros en el campo argentino y uruguayo a principios del siglo xx. Son hechos históricos lamentablemente olvidados y desterrados de la historia oficial del agrarismo en esos países, que curiosamente no lograron una reforma agraria, posiblemente porque no existió, no se construyó o se desarticuló una base social local movilizada; y se consolidó un empresariado agropecuario terrateniente como sujeto político y económico, con influencia en la academia, desde muy temprano en la república, a diferencia de lo que ocurrió en otros países.

Con altibajos en los canales de comunicación, los países sudamericanos siguen los estudios de los intelectuales mexicanos, similares a las preocupaciones teóricas y a las prácticas campesinas de sus regiones. Con mucho, México sigue siendo el país con la escuela agrarista más dinámica en el continente, lo que se puede observar en las reconocidas revistas de estudios agrarios, ya tradicionales en las academias de ciencias sociales, económicas y agrícolas que trabajan el tema.

Hay agraristas y campesinos indígenas en todos los países, por supuesto, pero la reflexión y la acción varían mucho en cada caso. Destacan escuelas de Argentina, Colombia y Chile, un tanto menos en Perú, y excepciones sobresalientes en el resto de los países; sin llegar a la amplitud de la producción de los citados primero. Nos estamos refiriendo en este caso a grupos de profesionales más que movimientos sociales, pues salta a la vista que no coincide el desarrollo de la academia de los países citados con la historia de sus movilizaciones campesinas e indígenas.

Para generalizar, diremos que los estudios agrarios, abordados desde diversas disciplinas, se establecieron en el momento en que, en la república, se terminaban de romper los resabios coloniales. Además del componente económico de su reflexión, primó la reivindicación social y política y la restitución

ción y distribución de tierras tuvo un sentido importante de ciudadanización. Las revoluciones se correspondían con el voto universal, con la irrupción de los excluidos en los espacios públicos urbanos y con el principio del fin de la servidumbre indígena.

Las transformaciones estructurales dieron lugar a complejos programas de reforma agraria, donde avanzaron nociones de inclusión como sentido de progreso con imágenes de modernidad que afirmaban la necesidad de incorporación del campesino al sistema capitalista, del cual podría quedar desplazado e incluso convertirse en un freno para los ideales del nacionalismo de la época. El nacionalismo se propuso como uno de los objetivos que permitirían montar apresuradamente las condiciones para el establecimiento de un sistema capitalista, industrializado y moderno, contando entre las vertientes más activas de esta ideología expresiones militares y gobiernos de facto.

No hay evidencias de que en la mayoría de los procesos de reforma agraria la preocupación central haya sido la producción de alimentos. En general, se daba por supuesto que una transformación de la propiedad agraria mejoraría o mantendría la producción y el abastecimiento de las ciudades y de los centros industrializados de aquella época.

Sin embargo, es común sostener que algunos procesos de reforma habrían fracasado porque no arrojaron un crecimiento sostenido de la producción, y los nuevos beneficiarios se «conformaron» con abastecer sus propias necesidades y fortalecer su comunidad. De este modo surgieron preocupaciones entre los políticos, de la naciente academia local y de los influyentes funcionarios de la cooperación bilateral y multilateral, en especial de los de influencia norteamericana.

Una hipótesis alternativa que es necesario auscultar es que las preocupaciones agraristas son posteriores a los procesos de reforma agraria. Aunque es sorprendente la calidad discursiva y normativa que tienen las leyes y decretos que instituyeron y oficializaron la reversión y la distribución de tierras, no resulta muy claro el origen de la acumulación teórica que dio paso a las transformaciones estructurales. Mucho de lo que se hizo en retrospectiva se enfocó en la eficiencia del proceso productivo, en el incremento del producto en el mercado, y desde ese enfoque se fue construyendo un contexto adverso que se inició con críticas a la conducción de los procesos de reforma, terminando, entre los más optimistas, en una presión muy fuerte al cambio de las concepciones y prácticas campesinas.

En esta fase se pueden identificar las corrientes que promueven la integración o la inclusión como medida deseable y necesaria para superar las grandes diferencias entre los grupos de nuevos propietarios y el resto de la población, con lo cual se llevan al campo cultural y económico los conceptos de *ciudadanía* y *democracia* que provenían del campo político.

Parte de la izquierda nacionalista seguirá viendo en los campesinos una clase etérea, amorfa, en situación de transición. No cabían dudas acerca de la necesaria conducción de la clase obrera y, por ahí, de la participación de algunos sectores más urbanos concebidos como parte de las masas, de lo popular.¹ La derecha insistió en las transformaciones en aspectos de educación y de valores sustanciales al nuevo marco discursivo académico que va adoptando los conceptos de capitales (conocimiento, redes sociales, valores, etcétera) para explicar el éxito de adaptación de unos colectivos humanos a diferencia de otros que se encontrarían en situación de rezago.

A partir de ahí, podemos decir que en cada uno de los países, y con algunas diferencias temporales, fueron presentándose al menos dos corrientes teóricas, como bien lo expresa Valdez para el caso de Venezuela: la campesinista y la anticampesinista. La primera, abocada a estudiar la persistencia de las formas sociales y la producción familiar a pesar de un contexto adverso; y la segunda, con énfasis en los procesos de descomposición y desaparición de las formas campesinas (Valdez, 1985; citada por Hernández, 1994).

El debate teórico y político se fue replegando, dando paso a los programas y proyectos de desarrollo, que sin mayor discusión fueron combinando una gran variedad de teorías y enfoques de desarrollo.

En los años ochenta y noventa se crearon y comenzaron a actuar muchas organizaciones no gubernamentales (ONG), concebidas como agentes de desarrollo en el campo. En general, la mayoría se abocó, como era común en ese periodo, a generar condiciones de progreso material y social entre la población rural. Los funcionarios de las instituciones no gubernamentales asumieron el estudio del agro y de las relaciones campesinas, intentando determinar las causas de la pobreza rural, condiciones de acceso al mercado, sistemas productivos, infraestructura, producción y transformación agrope-

¹ En el caso de Bolivia es muy interesante estudiar a autores como Zabaleta Mercado desde el punto de vista de los sujetos del campo, quien no les asigna ninguna cualidad revolucionaria.

cuaria, organización territorial, formas de intercambio y organización para la producción y el mercado.

Una excelente representación descriptiva y analítica de la acción y la reflexión de las ONG en los años noventa puede encontrarse en el estudio de Batut, Beau y Barret para la acción de las ONG de México, Nicaragua, Perú, Bolivia, Argentina y Chile (Batut, 1990).

Junto con la expansión del trabajo desde las ONG, aparecieron sus redes. A pesar de su número, pocos espacios fueron propicios para discutir temas de fondo en cuanto al desarrollo rural, primando otros como la denuncia de la ausencia del Estado y la preocupación por sus propios métodos de intervención, especialmente los referidos a las técnicas y prácticas de elaboración de diagnósticos, procesos de capacitación y la inducción de la participación de la población en los proyectos; aunque posteriormente surgiría una corriente más reflexiva, que corresponde con lo que hoy denominamos agroecología.

Los estudios culturales, que se interesaron por comprender a los otros, pasaron de las descripciones de las individualidades a la comprensión de los colectivos, las comunidades, las organizaciones y las interacciones. Una corriente muy difundida, que fue trascendiendo de la antropología hacia las otras ciencias, fue la de las reflexiones cobijadas en el concepto de estrategias de vida, cuyo método se basaba en estudios específicos que mostraban, justamente, los mecanismos que muchas comunidades y familias del área rural desarrollaban para explicar los complejos sistemas de producción y las múltiples interrelaciones que sostenían los productores con el mercado y con las propias estructuras del Estado.

Los estudios culturales pueden considerarse como parte de los orígenes de la corriente que comprendió y promovió la investigación específica sobre los pueblos indígenas originarios, aunque a esto nos referiremos en un acápite independiente, dada la importancia y las implicaciones que tiene para el tema que estamos analizando.

De manera paralela a los estudios culturales, una nueva escuela, interesada en las tendencias globales —vistas principalmente desde el contexto de los países llamados desarrollados y de su influencia en los menos aventajados—, observa los procesos de desestructuración del agro y hace con ellos una teoría descriptiva que se denomina «nueva ruralidad».

Este enfoque propone una adaptación teórica y conceptual a las múltiples dimensiones, sobre todo económicas, que han desarrollado las familias del

campo. De alguna manera, recupera el concepto de *estrategias de vida*, pero ausculta de manera preferencial las actividades no agrícolas. La nueva ruralidad da pie a un abordaje no agropecuario, se acerca a las nociones europeas de conservación de los espacios rurales y se aleja de la comunidad y de la organización primaria para comprender los procesos de descentralización y el papel de las instituciones, sobre todo los gobiernos locales, como motor del desarrollo.

En el trabajo de Sergio Gómez, «La nueva ruralidad, ¿Qué tan nueva?», se encuentra una inspiradora sistematización e interpretación de la influencia de escuelas norteamericanas y europeas en el decurso de estos nuevos enfoques que, en conjunto, transitan de la comprensión más clásica de la sociología al enfoque territorial predominante en Europa. Universidades como la Wageningen de Holanda; Wisconsin, Cornell, Minnesota y Harvard de los EUA, dejaron una huella importante en los estudios de desarrollo rural, muchas veces en alianza con universidades de Sudamérica, con ONG e incluso con iglesias (Gómez, 2008).

Aunque se alimentan de sus lecturas, en la corriente sudamericana no se desarrollaron nítidamente los enfoques institucionalistas conocidos como enfoques territoriales, que, sin embargo, dominan el espectro occidental. Se trata de una especie de recipiente general (contexto institucional) en el que se combinan nuevamente todos los enfoques de desarrollo.

El artículo de Sergio Scheneider e Iván Peyré sobre los conceptos de territorio y enfoques territoriales hace una excelente descripción de los antecedentes del uso de estos conceptos en las ciencias del desarrollo, la actual discusión en los países de América Latina y los recaudos necesarios a la hora de su aplicación en realidades concretas (Scheneider y Peyré, 2006).

A nuestro juicio, el concepto territorial se alimentó en gran medida de las teorías institucionalistas, trastocando el espacio en sujeto. Esta crítica ya la pusimos en evidencia en el libro *¿Qué esperar de las ONG? Enfoques y prácticas de desarrollo rural en los países andinos*, pues no encontramos que las prácticas concretas en el campo se sustenten en un desarrollo conceptual y teórico propio y específico que correspondería con un enfoque territorial (Bazoberry y Ruiz, 2010).

En las jornadas del Seminario Permanente de Investigación Agraria del Perú (Sepia) en su versión de 2011, Raúl Asensio hizo un balance sobre el enfoque territorial en ese país, que tituló «El giro territorial en las ciencias

sociales peruanas», donde afirmó que en Perú, en los últimos años, se puede constatar una creciente importancia de la noción de territorio en las ciencias sociales, en las políticas de desarrollo rural y en las reivindicaciones sociales. Puso énfasis en las ciencias sociales como el motor de los otros dos ámbitos (Asencio, 2011). Como en otras oportunidades, nos animamos a afirmar que, contrariamente a esta secuencia lógica de conocimiento y acción, éste es uno de los casos en los que la práctica va a una velocidad mayor que la codificación de los propios conceptos.

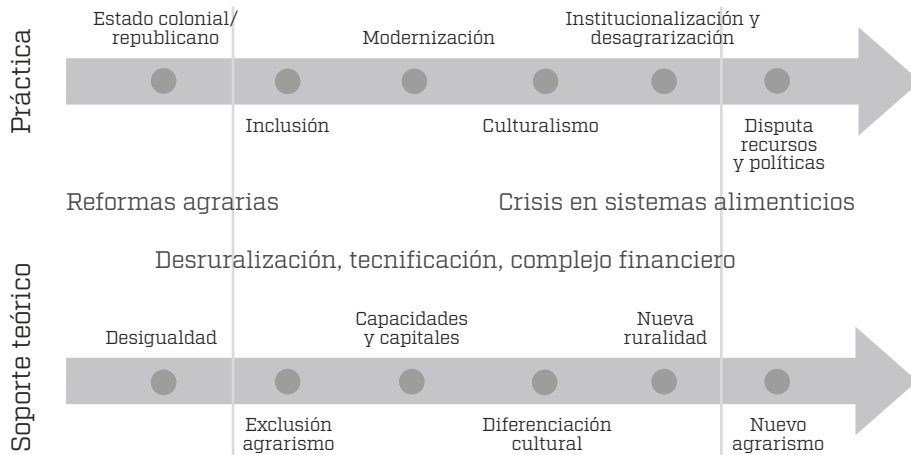
Algo similar ocurre con las nociones de derecho a la alimentación, seguridad y soberanía alimentaria. Incluso en este caso en el que ha sido construido ya un marco conceptual estándar (Maluf, 2009), la utilización de los términos y su adecuación a distintos niveles territoriales y administrativos es altamente discursiva y reiterativa, sin que se hagan mayores esfuerzos para avanzar en el ámbito territorial e institucional sobre la apropiada utilización de los conceptos y los indicadores mínimos que sugerirían su aplicación estricta en sus distintas acepciones políticas.

De manera sintética, en la figura 1 intentamos disponer una imagen de lo que describimos como un tránsito de los discursos y la correspondencia entre el soporte teórico y las consecuencias prácticas. Sobra decir que la realidad es más compleja, que muchas veces estos criterios se sobreponen y que la secuencia teoría-práctica es cíclica y dinámica.

Existen otras corrientes sobre las que no nos detendremos ahora, pero que son altamente significativas para completar un cuadro más preciso: el desarrollo rural integral, que incorpora un conjunto de aspectos de la vida de las personas; el desarrollo sostenible, que ausculta esta relación entre el ser humano y su entorno; el enfoque de planificación regional, subregional y de cuenca, que incorpora ya el criterio territorial desde un soporte físico específico; y el desarrollo humano, que derivó en un conjunto de indicadores y se impuso como criterio de medición y comparación entre Estados del mundo.

Dejaremos para más adelante el enfoque de seguridad y soberanía alimentaria y algunas referencias a la discusión sobre el buen vivir, ya que en el esquema de este artículo corresponde al debate actual y comprende algunos de los indicadores de lo que llamamos el retorno del agrarismo.

Figura 1: Modelo de interpretación de escuelas de pensamiento y práctica rural



Las victorias indígenas de final del siglo XX

En Sudamérica, al finalizar el siglo XX, los movimientos indígenas salvaron de la derrota a los sectores populares en el tema de la redistribución de la tierra. Los indígenas consiguieron tierra y territorios prácticamente al margen de las luchas campesinas del periodo revolucionario, en un proceso desconocido por la vanguardia obrera que acompañó gran parte de los cambios políticos favorables al campo, así como de los académicos e intelectuales agraristas.

El contexto internacional fue propicio. En cuanto a la normativa internacional, destaca el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) del año 1991, que fue adoptado como ley nacional en casi todos los países de la región, y ampliada por la Declaración de las Naciones Unidas sobre los derechos de los pueblos indígenas, aprobada en el año 2007.

Las leyes nacionales y las instituciones dispuestas por cada uno de los gobiernos de Sudamérica, así como el fortalecimiento y reconocimiento de las organizaciones indígenas, son también importantes. Excepto Uruguay, en todos los países los indígenas han tenido la fuerza suficiente de hacerse escuchar para el reconocimiento de los nuevos derechos registrados en el orden internacional; no sin conflictos, oposición de sectores empresariales,

en algunos casos de los propios campesinos, e incluso asesinato selectivo de sus líderes. En toda Sudamérica los líderes indígenas siguen siendo el grupo más vulnerable a la violencia física y psicológica como forma de represión al reconocimiento de sus derechos territoriales.

Constituye un ejemplo del avance de los derechos de las poblaciones originarias el hecho de que actualmente una porción importante del territorio de la región se encuentra en propiedad o administración de esa población. Sobresalen Brasil y Bolivia, el primero por la dimensión de los territorios indígenas, en términos absolutos, y el segundo por su dimensión relativa.

En Brasil hay 672 tierras indígenas que abarcan 1 105 258 km², que equivalen al 13% de su superficie total (Funai, consultado 16 de junio 2012), la mayoría de ellos en la Amazonía. En conjunto esos territorios son más extensos que Chile, Venezuela, Ecuador, Paraguay o Uruguay; aproximadamente similar a la extensión de Bolivia; casi igual a las de Perú y Colombia, y un poco menos que la mitad de Argentina.²

En Bolivia son aproximadamente 500 000 km² en propiedad colectiva, bajo la figura de Territorio Indígena Originario Campesino o Comunidades de las mismas características.³ Esto significa un poco menos del 50% del territorio del Estado Plurinacional.

No hay que perder de vista el caso de Colombia, donde se reconoce la propiedad colectiva sobre la tierra, reforzada en su Constitución de 1991, que ha sido estudiada por muchos países de la región; mientras que en Chile está la demanda permanente, todavía sin respuesta, del pueblo mapuche.

Hay que tomar en cuenta que, en la mayoría de los casos, el reconocimiento de los territorios también significa reconocimiento de formas de gobierno y administración y gestión de los recursos naturales, lo que de alguna manera retoma la idea de inclusión de las reformas agrarias tradicionales, aunque en esta oportunidad a través de normas que resaltan la diferenciación como principio de inclusión.

² La Fundación Nacional del Indio (Funai, 1967) en Brasil es una de las instituciones gubernamentales más antiguas y estables de la región.

³ En Bolivia el actual gobierno desarticuló las instituciones especializadas en temas relativos a los pueblos indígenas, al igual que las de atención de políticas sobre los derechos de las mujeres, con el criterio de que estos aspectos están integrados en todas las instancias de gobierno.

El retorno del agrarismo

El siguiente testimonio, recibido en ocasión de un curso de actualización en desarrollo rural para profesionales de Bolivia y Perú, nos permite introducir de manera descriptiva el aspecto sobre el que queremos poner énfasis en el presente documento.

Van a disculpar que el pasto de mi patio está estropeado, es que he tenido mi matrimonio y muchos parientes han venido a compartir con nosotros. Cuando yo me vine de Cusco algunos me criticaron y mi papá y mamá estaban tristes, pero ahora que me han visitado se han sorprendido y me han felicitado porque yo vivo mejor que muchos de ellos (Julia Poma, 27 años, recién casada, con dos hijos. Comunidad de Acopia, Cusco, Perú. Testimonio del 9 de noviembre del 2012).

Ya en varias oportunidades hemos afirmado que la crisis del incremento del precio de los alimentos del 2008, y el riesgo de su escasez, constituye un momento importante para promover e imaginar el nuevo rediseño de las estructuras y políticas agrarias. Sin embargo, no sería adecuado suponer que sólo ese acontecimiento, por más severo que haya sido, transforme décadas de pensamiento, de instituciones y de acciones que han girado en un solo sentido.

En el pasado existieron ciertos resquicios que han permitido mantener vigentes sistemas de organización comunitaria y campesina. En la mayoría de los países han coexistido, al lado de la promoción agroindustrial, regímenes alternos para atender las necesidades de la población rural de pequeña producción, agricultura familiar y comunidades campesinas, indígenas y quilombolas.

En algunos países, la persistencia de la comunidad campesina indígena, en estructuras de propiedad colectiva o individualizada, ha conseguido sostener espacios de convivencia y sistemas reproductivos y productivos con base en la autogestión de los recursos naturales, incluida el agua de riego y consumo humano, la conservación de la biodiversidad y la defensa de sus espacios ante el avance de la concentración de tierra, la contaminación de enclaves mineros y agroindustriales, entre otros.

Eso que podemos llamar las estructuras de resistencia campesina indígenas y afrodescendientes, en un contexto apropiado como el presente,

tienen el potencial de propiciar el inicio de un tiempo de oportunidades para el desarrollo rural, basado en la reconducción de las políticas agrarias y una mirada más generosa y estratégica sobre la tierra como factor de producción, especialmente de alimentos; así como una relación indisoluble con la conservación y restitución del entorno natural que permita su sostenibilidad.

Calificamos a este periodo de oportunidad porque aún no se ha logrado la preferencia de los gobiernos por los campesinos, indígenas y agricultores familiares. Al mismo tiempo, reconocemos que hay amenazas de una mayor expansión del poder de las transnacionales y el sometimiento de los Estados al sistema financiero mundial. Por esas razones, oportunidades y amenazas, es necesario reactivar el debate agrario.

El nuevo agrarismo en la práctica

El siglo XXI inició con un extraordinario poder del sector exportador y agroindustrial. La inclusión de cultivos agroindustriales en el rango de exportaciones no tradicionales ha legitimado las inversiones y transferencias del Estado hacia el sector. La presión de los mercados internacionales, la incorporación de los cultivos transgénicos y la tecnología de mínima labranza y alto consumo de agroquímicos pusieron en primer lugar la producción de soya en Sudamérica, volviendo a la región un subcontinente sojero; mientras en segundo lugar se encuentran la caña de azúcar para la producción de Etanol, seguida por el maíz, las carnes y el trigo.

Al mismo tiempo que se concentran los medios tecnológicos y los mercados para estos productos de cultivo extensivo, el capital financiero domina gran parte de los procesos productivos, así como su transformación y comercialización. El sistema productivo de propietarios da lugar a mecanismos de arriendo de tierras, ventas anticipadas de producto y los denominados mercados de futuro.

El poder económico se expresa en los sistemas de representación política. De hecho, en la mayoría de los países los principales cargos públicos relacionados con la actividad agropecuaria son ocupados por representantes del sector empresarial. En Brasil, la principal bancada sectorial es, justamente, la agroindustrial; lo propio ocurre en Argentina, Paraguay, Uruguay, Chile y

Colombia. En los otros países el mismo sector tiene presencia determinante en cargos ejecutivos de ministerios y organismos desconcentrados, como los institutos de investigación.

Por otro lado, sectores marginales en la academia, en áreas de políticas públicas y en instituciones multilaterales mantienen vivas iniciativas que se oponen en la práctica, aunque muchas veces no en el discurso, a la permanente ampliación de la agroindustria. El trabajo de las ONG y de la cooperación internacional tiene un gran mérito con esta misma orientación.

Hay políticas pioneras de gobiernos, como el de Brasil, que han dado pasos significativos a través de la combinación de políticas sociales, compras públicas y promoción de la asociatividad, mostrándose aventajados ante un sistema mundial que vuelve nuevamente sus ojos, o al menos uno de ellos, a la agricultura familiar campesina.

El aspecto central sigue siendo la distribución de la tierra. En Uruguay, Paraguay, Argentina y el propio Brasil continúan con procesos de concentración en grandes unidades agroindustriales. En estos países se convive con fenómenos de acaparamiento y con el alquiler de tierras. En Perú, la concentración tiene iguales características, con la única diferencia de que se entregan tierras eriazas, que requieren grandes inversiones para riego, la mayoría de las veces subvencionadas y protegidas por el Estado ante los conflictos que generan con la población que es afectada; sea por la propia tierra, por los cambios que ocurren en los sistemas hídricos o por la tensión que crean en cuanto a la mano de obra que ocupan.

Desde el punto de vista de la conservación y del reconocimiento de formas de propiedad que garantizan cierta equidad y alguna independencia de los países en sistemas productivos aislados de los insumos, las maquinarias y el capital financiero. Se puede decir que sobresalen las reservas campesinas en Colombia; la reversión de tierras y su distribución en comunidades y territorios indígenas en Bolivia; y, finalmente, la concesión de tierras para la agricultura familiar y el reconocimiento del derecho ancestral en Brasil.

No todos estos procesos son plenos como nos gustaría, sin embargo, son mejores que los que ocurren en otros países donde no existe legislación que favorezca el sostenimiento de una base de pequeña producción.

En los últimos años, varios países de Sudamérica intentaron controlar el acceso de extranjeros a tierras en algunas regiones de sus territorios, así como el tamaño y la finalidad de las apropiaciones. Bolivia tuvo un impase con el

vecino Brasil al poner en vigencia la ley que prohíbe el acceso de extranjeros a 50 kilómetros de la frontera, aunque los afectados fueron familias pobres dedicadas a la recolección de castaña. Finalmente se negoció una salida diplomática, algunos campesinos retornaron a su país y otros fueron reasentados en Bolivia, en un área que supera la franja dispuesta por ley.

Desde 2010 en Brasil se restringe que capitales extranjeros posean superficies mayores a 5 000 hectáreas por unidad de explotación y que en conjunto pasen del 25% de cada uno de los municipios. En 2011 Argentina puso un límite máximo de 15% de sus tierras productivas en propiedad de extranjeros y un tope por tipo de propiedad. Uruguay intentó introducir una ley proscribiendo la posibilidad de compras de tierras por empresas con capitales de Estados extranjeros, atendiendo al principio de soberanía. Colombia tramita una ley que combina el 15% del territorio como máximo y los 50 kilómetros de frontera. Paraguay, en cambio, eliminó todas las limitaciones, tanto de superficie como de origen, lo que ocasiona una agresiva ocupación de tierras y una acelerada deforestación, con índices superiores al resto de la región. En este caso la extranjerización ocurre con capitales del vecino Brasil, lo mismo que en Bolivia. En Perú, los capitales chilenos en la agricultura son la inversión más importante del área.

Existe una verdadera preocupación en los gobiernos, en algunos casos aliados con agroempresarios nacionales, para limitar la inversión extranjera en la propiedad de tierras, intentando controlar con perspectiva nacional este recurso tan importante. Pese a ello, sin embargo, las gigantescas empresas de alimentos controlan gran parte del flujo de insumos y productos e incluso disminuyen el riesgo que corren los productores primarios. Esto no quiere decir que se haya optado por un modelo distinto al agroindustrial, sino que se trata de acciones que responden a influencias de los grupos empresariales nacionales, que guardan para sí el recurso de la tierra; para lo cual optan en los procesos productivos, muchas veces, por contratos de diversa índole que les permiten una articulación aventajada con los agronegocios.

Los Estados se han involucrado de distinta manera, unas veces mejorando su cualidad reguladora y otras facilitando los incentivos para la producción agropecuaria. Al margen de la ampliación del cultivo de caña y la producción de etanol, especialmente en Brasil y ahora en Perú, los gobiernos han sido cautos en promover los combustibles de origen agrícola. Igual que con el tema de los transgénicos, existe una pausa y cierta mesura, aunque es conocido el

interés de los empresarios, coincidente con algún sector de las instituciones multilaterales especializadas, por acelerar la adopción de las semillas genéticamente modificadas y el fomento de la producción, transformación y el mercado de agrocombustibles.

El caso de Venezuela es muy especial, pues el Estado se involucró directamente en la administración de fincas y la producción de alimentos. Algo repercutió en Bolivia, aunque todavía no hay acciones con resultados realmente importantes. Venezuela ha planteado la necesidad de crear una empresa «gran nacional de alimentos» como medida regional para garantizar la provisión interna, una propuesta que todavía suena, aunque al parecer no logrará un grado mayor de concreción, sino alguno que otro proyecto aislado.

El periodo de los tratados comerciales a diestra y siniestra está dando paso a bloques regionales que muestran una nueva vitalidad. En lo últimos meses de 2012 fue sorprendente la manera poco ortodoxa en que el Mercosur abandonó su estado de adormecimiento, en el que se encontraba por la tesonera resistencia a cambios al que fuera sometido por el Legislativo del Paraguay. La suspensión de Paraguay luego del golpe legislativo a Fernando Lugo permitió a Brasil, Argentina y Uruguay refrendar su intención de convertirse en un bloque regional, incorporando como miembro pleno a Venezuela, y abrir la puerta a la negociación con otros países, colocando especial énfasis en el comercio y la articulación energética y agroalimentaria (Bazoberry, 2012).

En este nuevo contexto, gobiernos, sectores privados y organizaciones se están moviendo de manera más ágil y visible, al menos en lo que respecta al tema de los alimentos y sus aspectos colaterales; y si bien existe una nueva llamada de atención sobre la importancia de la producción de escala familiar, en general continúa la coexistencia de dos modelos de desarrollo, dos tecnologías, dos mercados y dos estructuras financieras distintas. Lo que está variando es la dimensión, el sentido y la perspectiva de esta coexistencia.

En el siguiente gráfico intentamos dar cuenta de tres maneras en que las políticas públicas interpretaron y actuaron según distintos modelos de desarrollo.

En un primer momento, cuando nació el modelo empresarial, se asumió que éste absorbería a gran parte de los productores del agro, excluyendo algunos grupos de pueblos indígenas que se clasificaban como cazadores y recolectores y, por tanto, con escasa actitud agropecuaria. En este periodo no se valoraban los otros recursos del bosque y de la biodiversidad natural.

Un segundo momento —en el que el sistema de comercio y producción garantizó el crecimiento de la agroempresa y las cadenas alimenticias globales— si bien campesinos e indígenas no son abandonados, en realidad se desarrollan de espaldas a la tendencia hegemónica. En general se postula la coexistencia de dos modelos relativamente aislados uno de otro, y normalmente existen territorios con predominio de uno de los sectores.

El tercer momento, que denominamos una probabilidad, es aquél en el que los dos sistemas compiten por los mismos recursos —principalmente tierra y agua— y, por lo tanto, se enfrentan de manera permanente; pero, al mismo tiempo, hay un sector campesino que opta por su entronque con la línea empresarial. El Estado y los consumidores se van desplazando, al menos en el corto y mediano plazo, hacia una posición favorable a los sistemas de producción campesinos e indígenas.

En la figura 2, la simplificación de las múltiples relaciones y variables tiene el propósito de mostrar una posible explicación a los distintos momentos del desarrollo del agrarismo, y de reafirmar la idea de que en los últimos años se están dando las condiciones para un cambio de paradigma radical en relación con el rol del campo y de la actividad agropecuaria.

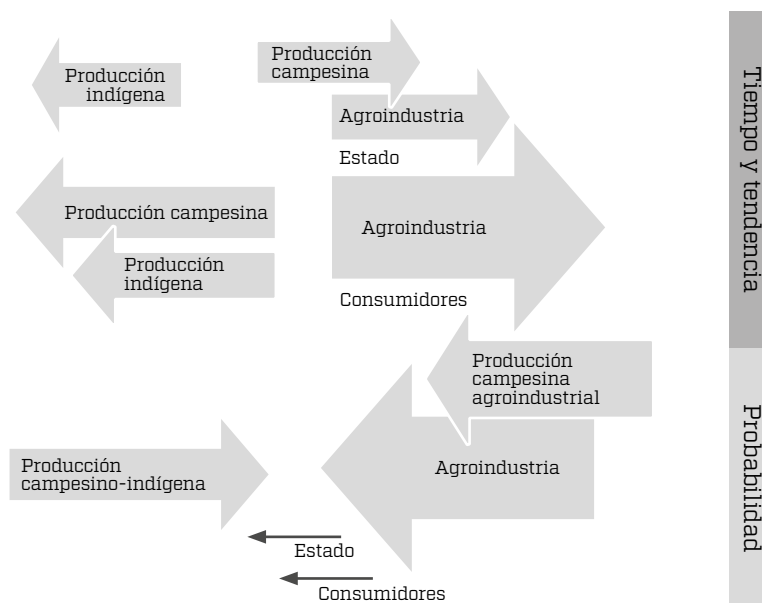
Los cambios que están ocurriendo respecto a la producción de alimentos y su indisoluble relación con los recursos como la tierra y el agua, ambos recursos naturales limitados, van a configurar una situación distinta de largo alcance. La crisis de 2008 no fue, pues, un remezón pasajero.

El informe de 2012 de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura (FAO), el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA), y los del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) del mismo año pronostican «un enfriamiento severo de la economía mundial», lo que podría afectar a las exportaciones de la región y reducir el crecimiento de cada país, restringiendo los mercados internos; aunque ambos organismos reconocen que el periodo de bonanza permitirá, por el momento, tomar medidas anticíclicas que amortiguarán la situación de «enfriamiento».

Debido al crecimiento de la demanda de materias primas (productos primarios en el lenguaje del BID) y los altos precios, la región se ha vuelto más dependiente de este tipo de producción, lo que la hace vulnerable a las crisis globales; sin embargo, habrá un impacto diferente en los metales en comparación con los cereales, aunque en este caso será menor, porque co-

Figura 2: Explicación a los distintos momentos del desarrollo del agrarismo

Consecuencia política de las explicaciones teóricas sobre el tema agrario



responde con «cambios más permanentes en la estructura de la demanda china» (BID, 2012).

Nos parece una exageración centrar el mundo en China, más aún en el tema que estamos tratando, porque no hay que perder de vista que países con una alta demanda también están realizando acciones muy importantes para subir su escala de producción; en particular China, que continúa fortaleciendo su sistema de millones de pequeñas unidades agrarias, con una participación creciente de los niveles descentralizados del Estado en el proceso productivo.

Sin embargo, y sin entrar en mayor debate, es evidente que en el corto plazo «la demanda internacional por productos agrícolas continuará creciendo, mientras que la oferta de alimentos y materias primas agrícolas no crece al mismo ritmo» (CEPAL, 2012). Una paradoja que hay que apuntar es que la situación de bonanza en la que se encuentra la mayoría de los países de la

región también se expresa en el incremento de sus niveles de importación y consumo de alimentos de otras latitudes.

El nuevo agrarismo en la construcción teórica

En las escuelas agraristas, las reflexiones académicas han mantenido vivo un nivel de deliberación intenso respecto a la vigencia de la unidad campesina y los territorios indígenas, aunque estuvieran muy disminuidas en su influencia y en su capacidad de respuesta al entorno económico y social que fue transformándose de manera agresiva. Esto comenzó a cambiar una vez que el escenario de la producción y mercado de alimentos generó posibilidades para rediscutir temas como la propiedad de la tierra, la visión territorial, los patrones de ocupación del espacio y los poderes locales.

Es imprescindible reconocer esa herencia para valorar el avance de las reflexiones pasadas y las dificultades a las que estuvieron expuestas, para así recoger de una manera crítica sus contribuciones como un antecedente a tomar en cuenta en el debate con otras perspectivas políticas y teóricas. La contraposición no es nueva, lo que es distinto es la viabilidad del fortalecimiento del agrarismo desde una perspectiva campesina e indígena, pero se requiere llevar la discusión a espacios de debate que se abran a la academia, las organizaciones sociales, el Estado y la opinión pública en general.

La figura 3 ilustra de manera simplificada la idea de que nos encontramos en un estado de disputa por la tierra y su valor social, económico y político, así como los elementos conceptuales consustanciales en ese debate.

En coincidencia con los clásicos del agrarismo, los estudios rurales volverán a concentrarse en la tierra como un factor de producción. A diferencia de ellos y de sus inmediatos antecesores, el nuevo agrarismo debe auscultar una nueva escala que revierta la tendencia que lo ha focalizado en dominios estrictamente familiares y locales.

La tierra ha dejado de ser solamente un recurso económico relacionado con el mercado y con las técnicas de producción, para ser más nítidamente un espacio de disputa política. Como vimos en el acápite anterior, estos son aspectos presentes en los debates legislativos en varios países de Sudamérica; pero lamentablemente, como en el caso de la extranjerización de la tierra que mencionamos líneas arriba, aún no hay un sustento teórico suficiente para

Figura 3: Condición de viabilidad del nuevo agrarismo: disputa política y teórica



aportar con criterios complementarios que favorezcan un cambio de patrón productivo dentro de los países.

No proponemos el retorno de los clásicos del agrarismo porque sea de interés reinterpretar desde la academia la historia y las condiciones del origen de los sujetos rurales. Se trata de reapropiarse de la fuerza movilizadora de la discusión sobre la tierra y la producción de alimentos, de la dimensión globalizadora y de la fuerza política del debate.

A diferencia del agrarismo del siglo XIX y el de principios del XX, hoy los gobiernos y la sociedad no se mueven mayoritariamente por nociones nacionalistas, sino principalmente por el interés de las grandes corporaciones, que han acumulado poder tecnológico y económico mientras se adormecía a los campesinos e indígenas. Es posible que aquello a lo que nos referimos como debate termine siendo en realidad un monólogo que enfrenta un renovado discurso desde la razonabilidad académica y el interés de los que dominan el mercado.

Si existe suficiente interés de los agroindustriales de legitimarse discursivamente, a lo más se podría llegar a un diálogo de sordos entre los que defienden la agricultura altamente industrializada y quienes optaron por «una agricultura alternativa en dirección de una agricultura ecológicamente más sustentable», orgánica, regenerativa, ecoagricultura, permacultura, biodinámica, agroecología, natural, reducidos insumos externos, mercados cortos, entre otras formas de expresarlo (Queda, 2009).

Es necesario advertir las veces que fuera necesario que, si bien esta crisis de alimentos abre una nueva oportunidad para la razonabilidad y la revisión de la *descampesinización*, los inversores sin rostro están urgidos por refugiar sus riquezas en tierras, producción y mercados de alimentos.

El agrarismo del siglo XXI es interdisciplinario e integra en el análisis la mayor cantidad de niveles de gobierno. En el pasado interesaba estudiar si los campesinos resistían, cómo se adecuaban, cómo sobrevivían en un mundo cuyas políticas les eran adversas. Hoy, en cambio, nos interesa estudiar en qué medida las acciones de los gobiernos en sus distintos estamentos y espacios, incluidos los organismos multilaterales, afectan las distintas iniciativas y comprenden el valor estratégico de la pequeña producción, el cual se deriva de la soberanía alimentaria y es entendido como factor de dependencia y, por tanto, de dominio del capital sobre la gran mayoría de los gobiernos del mundo.

En el pasado inmediato, el entorno económico en general ha sido desfavorable para la agricultura, haciendo una relación de causa y efecto entre las políticas macroeconómicas y el desempeño del sector agrícola (Banco Mundial, 2007). Es posible reaccionar a esta afirmación como si fuera una perogrullada, pero lo importante es rescatar dos aspectos: primero, que el Banco Mundial haya dedicado un informe sobre la importancia de la agricultura para la seguridad alimentaria y la reducción de la pobreza en el mundo; y segundo, que se reconozca que no solamente se trata de una mejor adecuación de los productores al sistema, sino la necesidad de discutir su existencia y vigencia.

Sería una ingenuidad pensar que las organizaciones multilaterales de cualquier índole tienen las herramientas de cambio pero, al menos, se va reconociendo que existe un problema que no está siendo atendido, ni comprendido, en su adecuada dimensión. Una muestra de ello es el ya mencionado informe firmado por CEPAL, FAO e IICA, denominado «Perspectiva de la agricultura para el desarrollo rural en las Américas», que siendo también un hito en la posibilidad de una nueva perspectiva, redundante en las fórmulas ya conocidas y sistemáticamente promovidas por estas mismas instituciones durante décadas, como es la promoción de tecnología, inversión en investigación agrícola, capital humano, acceso a activos y crédito, riego, transparentar el mercado de insumos, etcétera (CEPAL, 2012).

Hay que tener presente que los informes a los que hicimos referencia incluyen criterios relativos a la importancia de los productores campesinos en

este nuevo ciclo bajo distintos denominativos, pero ninguno de ellos emite juicio alguno sobre la posibilidad del dominio agroempresarial y la tensión que existe entre los dos sistemas productivos y sus características sociales y políticas.

En ámbitos más políticos, como la Organización de Estados Americanos (OEA) —que trató en su Asamblea General la seguridad alimentaria— se produjo el documento final que recoge distintas perspectivas y concluye con grandes contradicciones internas, indicando que hay preocupación por el abastecimiento y que cada país deberá tomar el camino que le parezca adecuado (XLII Asamblea, Cochabamba, junio de 2012).

Sin ánimo de volver a un debate universal, en el contexto de crisis que están viviendo algunos países de Europa, particularmente España, será importante seguir el debate sobre la política común europea respecto a la agropecuaria y las nuevas tensiones que, en distinta escala, están manifestándose entre el campo y la ciudad. Aunque todavía no conocemos investigaciones sobre la situación laboral del campo en la crisis actual, existen artículos de prensa y debates en el espacio digital sobre las oportunidades del campo para contrarrestar la crisis y las grandes diferencias que existen entre los migrantes que se han empleado en zonas periféricas y explotaciones agropecuarias, y que en general cuentan con mayor estabilidad en sus ingresos, de aquellos que lo han hecho en las grandes ciudades y en sectores como la construcción.

En términos de construcción de conocimiento, es posible que los estudios europeos, en contexto de crisis, se acerquen más a las preocupaciones de los países latinoamericanos. Documentos como el del Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino de España titulado «Desarrollo rural sostenible: un nuevo desafío», presentado por el entonces presidente Rodríguez Zapatero, abordan la articulación, aunque a nuestro gusto aún de manera tímida, de las distintas dimensiones y responsabilidades de los gobiernos y las políticas públicas relativas al campo. Aunque sobresale el tradicional enfoque territorial de Europa y particularmente de España, denominado *agricultura territorial*, entendida como una combinación de los sistemas de planificación que consideran la cuenca, los servicios básicos en su conjunto, algo de mercados locales, marcas de origen, etcétera; también se destaca la necesidad de atender situaciones como el desempleo, la de los migrantes temporales y permanentes en el campo y la condición vulnerable de jóvenes y personas mayores (Regidor, 2008).

Por tanto, es posible afirmar que en condiciones de crisis en las que el desempleo es creciente, o en condiciones donde el campo presenta mejores oportunidades que el salario, se incrementará la demanda por tierra en la escala de pequeñas y medianas unidades domésticas. El nuevo agrarismo debe abrirse otra vez a la tensión entre la restitución de los derechos territoriales (demanda de los pueblos originarios en las Américas) con las demandas de dotación de tierra de nuevos sujetos rurales, entre ellos colectivos urbanos, campesinos sin tierra y pueblos indígenas desplazados.

Estas tensiones ya estuvieron presentes en la revolución mexicana, y han sido una característica de las reformas agrarias del pasado. Aunque, en general, primó el criterio del Estado como el propietario de las tierras y el asignador de derechos, desconociendo y negando muchas veces ocupaciones ancestrales. Hoy en día, en cambio, esto ya no es posible sin generar grandes tensiones entre los distintos sujetos del campo.

La seguridad jurídica reclamada por los empresarios, así como la apertura del mercado de tierras como mecanismo para resolver las demandas de acceso, mostraron sus limitaciones en el pasado y seguirán mostrándolas más aún en el futuro. La escalada del valor de la tierra excluye del mercado a los pobres, invalida las políticas promovidas por las multilaterales e inclusive incapacita a los propios gobiernos para ponerlas en práctica. Ya tenemos suficientes ejemplos de cómo el valor de la tierra ha detenido las políticas que se han considerado de redistribución a través de la compra, ya sea a través de créditos de fomento o de compras del Estado.

Temas como la emergencia de la seguridad y la soberanía alimentaria, así como los precios de la tierra, insumos y control de los mercados, imponen condiciones complejas a la atención de las teorías emergentes, por lo que se presenta una dificultad adicional a la progresiva acumulación de conocimiento y sistematicidad del debate.

El ejemplo boliviano muestra que, incluso en un momento de disponibilidad política apropiada para el debate de las políticas propiciadas por el gobierno, en lo cotidiano se deteriora la posibilidad de un debate acumulativo sobre construcciones emergentes. Aspectos tan prometedores como el pluralismo económico, la institucionalidad plurinacional, las autonomías y gestión desconcentrada de recursos y la propuesta del buen vivir, entre otros, tropiezan con la racionalidad estatal que no provee canales de innovación, sino que incluso pone trabas a los que surgen de sectores de la sociedad civil organizada.

Con esta experiencia, el nuevo agrarismo tiene la necesidad de ser más activo y propositivo en el diseño del tipo de Estado que es necesario para un desarrollo armónico y de base más amplia. Es posible que aquí se tenga que recoger la discusión de las teorías institucionalistas, muy difundidas a partir de Elinor Ostrom (2006), que se combinan mejor con los avances locales en cuanto al desarrollo rural sostenible, al desarrollo endógeno, a la versión *territorialista* y a las nuevas expresiones del desarrollo integral.

En la nueva generación de agraristas se debe refrescar la discusión sobre la necesidad y la vigencia de las unidades colectivas como unidades de administración para la gestión del territorio y los recursos naturales, el control social, las estructuras solidarias de ayuda y cuidado, la planificación productiva y el fomento de servicios de beneficio local. Se pretende una adecuada combinación del acceso y beneficio individual, con formas de gestión colectiva que permitan sustituir y proveer en condiciones de equivalencia bienes y servicios públicos que en las ciudades administran otras instancias públicas.

A diferencia de la promoción de unidades asociativas funcionales para la incorporación al mercado o la atención vertical desde el Estado a unidades familiares dispersas, el nuevo agrarismo tiene la necesidad de auscultar de manera decidida las formas de gobierno comunitario y, por tanto, las herramientas adecuadas para su fortalecimiento, como un mecanismo institucional que permita superar la ausencia de gestión a los niveles locales y establecer formas de intermediación más equitativas con los niveles superiores de gobierno.

La noción de gestión colectiva se puede aprender de la historia y las experiencias de los actores campesinos y enriquecerlas con la visión, orientación y logros de los pueblos indígenas. Hay suficiente contenido e historia para argumentar respecto a las diferencias entre campesinos e indígenas, sobre todo en cuanto a los modelos de propiedad y aprovechamiento de recursos y a sus sistemas de sociabilidad, especialmente cuando los campesinos no tienen un antecedente cultural cercano, son migrantes o sus identidades individuales y familiares son mucho más fuertes que la del territorio de acogida.

Aunque también, como lo expone el agrarista mexicano Bartra, en términos de clase y etnia las poblaciones campesinas e indígenas suelen correr la misma suerte, son sujetos colonizados y tienen un destino común, lo cual les otorga una perspectiva política distinta (Bartra, 2012). Aquí se entiende *política* como la capacidad de discernimiento para dirigir acciones colectivas a favor del propio grupo y de otros con los que se establecen alianzas.

La legislación boliviana, a través de la nueva Constitución Política del Estado (CPE) de 2006 y varias leyes aprobadas posteriormente a esa fecha, utiliza la fórmula «campesinos indígenas originarios» como la denominación genérica y articuladora de un mismo proyecto y sujeto diverso pero cohesionado. Sin embargo, en la práctica hay fracturas que por el momento parecen irreconciliables, debido a los intentos de dominio de campesinos sobre los indígenas y a la presión y amenaza que los sectores campesinos ejercen sobre las tierras indígenas. Para aquilatar esta fractura en su cabal dimensión debe tomarse en cuenta que en Bolivia, una gran mayoría de la población campesina es también indígena o, como prefieren autodenominarse actualmente, originarios. Sin embargo, en el último siglo, los procesos de colonización promovidos como política pública han fomentado unidades familiares en dominio de parcelas de terreno individualizadas, aunque el conjunto de ellas constituye colectivos interculturales.

Contrariamente a lo que se afirma, no es evidente que exista una visión utópica sobre los colectivos comunitarios, a no ser en la cabeza de los críticos del colectivismo. Más bien son conocidas las diferentes interfaces que hay entre los intereses individuales y los colectivos, como es también evidente que los sujetos toman decisiones colectivas que muchas veces pueden contravenir el interés individual a corto plazo o al menos en apariencia. Las interfaces entre lo individual y lo comunitario son aspectos que es necesario indagar y exponer con mayor atención para superar el criterio de oposición forzada que muchas veces se utiliza.

En ese sentido, un buen ejercicio es prestar atención a que en la mayoría de los casos la demanda de tierra tiene como sujeto principal un colectivo organizado bajo múltiples formas. Esta forma de agregación de demandas individuales constituye por sí misma el inicio de comunidades una vez conseguido el asentamiento. También es evidente que cada vez más, y prácticamente en todos los países de Sudamérica, las demandas muestran con mayor nitidez que se mantiene vigente una orientación productivista sobre el suelo.

Sin embargo, una renovada visión agraria de base campesina indígena expresa un conjunto de nuevos elementos que fueron adquiriendo importancia con el tiempo, unas veces porque los recursos se volvieron escasos y otras porque la propia sociedad se ha transformado, ésta supera la consideración unilineal del suelo como el soporte para la producción de alimentos

y la generación de recursos económicos, aunque fueran complementarios al conjunto de ingresos de la familia.

En cuanto a los recursos naturales, el agua es un buen ejemplo, porque posiblemente sea el primer elemento que, desde muy temprano en la historia de la humanidad, fue un bien escaso que podría generar grandes transformaciones naturales y sociales si no se gestionaba adecuadamente. La gestión no se refiere solamente a su aprovechamiento, sino también, y de manera progresiva, a generar condiciones para que la propia naturaleza encuentre ambientes propicios para su reproducción, y eso supera las consideraciones técnicas del agrarismo tradicional.

Entre las transformaciones sociales más importantes están la conquista de derechos, la ampliación de ciudadanía y la modificación y permanentes ajustes de la normativa y el ejercicio de la democracia. El aporte de las mujeres en este campo ha sido fundamental, por ser el primer sector en discutir la unidad doméstica como la unidad social, económica y cultural básica; y la representación masculina como la expresión patriarcal más nítida.

Aunque se ha avanzado mucho con el enfoque de género, en las áreas de lo rural y lo agrario todavía queda un camino largo para recorrer respecto a la necesidad de comprender, interpretar y postular relaciones diferenciadas y constructivas en términos de sexo y género.

El nuevo agrarismo debe incorporar en el estudio una mayor atención a las diferencias entre los colectivos que viven y conviven en el área rural. Aunque ya se ha avanzado en el reconocimiento de las parcialidades, no se alcanza a explicar adecuadamente cómo interactúan, y muchas veces se reproducen, condiciones de desigualdad.

En Latinoamérica, desde hace al menos tres décadas, los pueblos indígenas han ido avanzando en el reconocimiento de sus derechos y en sus niveles de acceso a la toma de decisiones y a la gestión de poder, principalmente en ámbitos locales. Debido a ese proceso, actualmente no sólo se discute su acceso a diferentes sistemas de gobierno, sino también las distintas formas de gestión y sus mecanismos internos de control. Pese a estos datos de la realidad histórica inmediata, no hay avances sustanciales en la construcción teórica que refrenden los grandes esfuerzos de los pueblos indígenas. Algunas de las experiencias más osadas, como la de la proclamación del Estado plurinacional en la nueva CPE de Bolivia y la recuperación y elaboración de nociones de base ancestral, como el vivir bien, están estancadas.

Lo importante, en el caso boliviano, es que no se está hablando de territorios uniformes con predominio de un pueblo indígena en particular, sino de unidades territoriales complejas desde el punto de vista sociológico, que podrían fungir como municipios indígenas, y a partir de este reconocimiento gestionar la diversidad social de una manera distinta, autónoma.

Otros colectivos cada vez más importantes son los consumidores, aunque no necesariamente sean grupos orgánicos. Como ocurre en todos los colectivos modernos, los consumidores acuden a una parte de las múltiples identidades ciudadanas para referirse a ciertos grados de libertad que tiene la población para actuar de manera razonada o mecánica en el mercado y, por ese medio, definir la situación de otros colectivos: los productores. Los consumidores no son sujetos pasivos, sino corresponsables de las tendencias, inclinaciones y transformaciones que afectan positiva o negativamente la vida de las personas y del entorno. En general, si bien la masa es víctima de las políticas públicas y del sistema de incorporación laboral y de distribución de recursos, la pereza y desmovilización la convierte también en cómplice. Aquí estamos contraponiendo sujetos agrarios y rurales con sujetos urbanos y asalariados. El nuevo agrarismo debe incorporar a los campesinos e indígenas también como consumidores y no sólo como productores.

Hay esfuerzos interesantes, aunque con matices, pero todavía no hay luces suficientes para superar las limitaciones de los conceptos que contraponen lo urbano y lo rural, en ámbitos como el de la estadística y el de la antropología. Hay estudios que ya dan pistas para revertir la idea de que la relación subordinada de lo rural significa necesariamente un paso a la urbanización como principio universal.

En cuanto a movilidad humana, se estudian en gran medida los fenómenos de migración hacia las ciudades y, como un avance de las categorías de análisis, la doble residencia; en cambio, se estudian menos los casos en los que el campo es reocupado por personas que agotaron su valor de mercado en las ciudades, han decidido retornar o, sin tener una herencia rural inmediata, deciden iniciar una vida relacionada con la tierra, aunque sea de manera temporal.

Varios investigadores argentinos muestran las distintas vertientes de la aplicación del concepto de la pluriactividad, a través del estudio de casos que la expresan y enfatizan como una fase de transición entre la población que está de salida y todavía no puede dejar el campo porque sus ingresos no son

suficientes. También se aplica para quienes entran al agro y necesitan recursos externos hasta afianzar su nueva fuente de ingresos y forma de vida. Sin embargo, la pluriactividad va más allá, porque puede entenderse «como un esquema más o menos permanente de organización laboral familiar» y por tanto estructural a ciertas regiones y condiciones (Craviotti, 2005).

Nuestro criterio es que hay mucho por construir. El primer paso será mirar mejor el entorno y los sucesos que están ocurriendo. Es fundamental, sin embargo, no conformarse con las herramientas conceptuales y las interpretaciones teóricas que hemos utilizado, ya que el verdadero desafío es repensar las categorías en el nuevo contexto que ofrece una oportunidad. Por lo tanto, apremia a detenerse y mirar el aporte que estamos brindando desde la academia a estos nuevos desafíos.

Es urgente combinar los avances metodológicos en términos de multidisciplina y transdisciplina, con los recursos teóricos de cada rama, logrando una combinación adecuada, que invite a revertir el letargo de algunas ciencias indispensables para el debate rural o, al menos, a promover su contribución al debate rural.

A manera de ejemplos, imaginemos un mejor equilibrio entre las ciencias agronómicas, pecuarias, biológicas y la tecnología de alimentos y la nutrición. Que los economistas dejen de ver el mercado como el único factor que mueve la producción y que se pongan al desnudo los otros factores que podrían favorecer a que un sector importante de la población en cada país se dedique a la actividad agropecuaria, y que hagan esfuerzos para diseñar nuevas herramientas que desde las distintas áreas de la economía se pongan al servicio de los más pequeños. Que los sociólogos comprendan de mejor manera las interacciones sociales y de mercado, en estricto sentido territorial, para promover una nueva consciencia de consumo y políticas públicas que favorezcan a colectivos e individuos que generen nuevas condiciones de producción, empleo y recreación de culturas. A su vez, que las ciencias políticas valoren nuevas formas de representación orientadas al fortalecimiento de los gobiernos locales como mecanismo indispensable para un mejor control territorial y social sobre el deterioro de los recursos naturales; entre ellos la tierra, el bosque y el agua.

En sentido estricto, estamos sugiriendo la combinación de distintas disciplinas, desde el eje articulador de las políticas orientadas hacia temas de interés social común, como la soberanía alimentaria.

Consecuencias prácticas para la investigación en el contexto rural

En Bolivia, el programa de posgrado en Ciencias del Desarrollo (Cides) de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA), en el marco del proyecto de investigación Transformaciones Rurales (RP13) y de las investigaciones realizadas por maestrantes, se pretende que la nueva generación de estudiantes avance en proximidad y conocimiento del nuevo contexto y la renovada significación de la tierra y la producción de alimentos que éste trae consigo. No resulta un camino llano, en la medida en que no existe un marco teórico sobre el que las investigaciones puedan sustentarse y que propicie que los ejercicios académicos se preocupen por la elección del método y su aplicación en unidades locales.

Una de las preocupaciones centrales del Cides es explicar qué ha ocurrido en términos de transformación de los sistemas agrarios en el altiplano boliviano. Una región en la que, desde hace 20 años, se estableció con mayor fuerza la ganadería lechera, pasando a ser una zona de cultivos de forrajes para la alimentación de bovinos (alfalfa, cebada y avena) después de haber sido una región en la que las mejores tierras eran utilizadas para una variedad de cultivos de alimento humano (papa y otros productos andinos en complementariedad con la cría de camélidos). La producción de forrajes es hoy prácticamente la principal actividad de las zonas más dinámicas y habitadas de la región altiplánica.

Esta evidente transformación de los sistemas productivos ha traído un conjunto de cambios económicos, sociales y políticos. Nos interesa especialmente conocer cómo la organización y el régimen comunitario asimilaron la nueva circunstancia, qué mecanismos y normativas fueron adoptadas para que un cambio en el régimen productivo no afectara las estructuras básicas de la comunidad.

Los estudios sobre las comunidades del altiplano boliviano, como en muchas otras zonas del país y de la región sudamericana, tropiezan desde el inicio con el lenguaje que se utiliza para la identificación de los sujetos de las comunidades: comunarios, campesinos, originarios, pequeños productores, vecinos. Todos son conceptos que se refieren a las mismas personas, pero que pueden ser aplicados y hasta apropiados por ellas en distintas situaciones.

En Bolivia, estas denominaciones asumen una condición legal, en sus distintas acepciones, habiéndose institucionalizado la intermediación con el Estado, al mismo tiempo que se van generando ajustes internos de las organizaciones en un estado de permanente cambio. Todo esto ocurre en un momento en el que las organizaciones están recuperando símbolos e incluso estructuras de la memoria ancestral.

Hay preguntas sobre los típicos diagnósticos e interpretaciones respecto a la migración. ¿Realmente esta categoría es adecuada para describir los flujos poblacionales entre las ciudades y el campo? Lo mismo ocurre con la multiactividad y el flujo de los ingresos entre el campo y la ciudad. ¿Podemos conformarnos con afirmar que los campesinos logran «sobrevivir» en condiciones de escasez de tierra y maltrato en el mercado, solamente porque tienen opciones laborales temporales en las ciudades o porque reciben remesas de familiares? Mientras tanto, el campo sigue subvencionando a las ciudades y el flujo de alimentos a los familiares de la ciudad sigue sin contabilizar, así como los recursos para comprar el lote y mejorar la vivienda en el pueblo cercano.

¿Cómo escapar de la descalificación si se trabajan temas de transformación de sistemas agrarios y se comparan rendimientos, productividad y resulta difícil comprender los cambios, en unos casos desde las valoraciones económicas y en otros desde criterios de sostenibilidad ambiental y cultural?

¿Cómo realizar estudios contemporáneos de mercado, si la literatura clásica se sostiene en la ignorancia y el aislamiento de los productos y en la rapacidad de los intermediarios y comerciantes? ¿Si las cadenas y los complejos proponen el tránsito de una relación subordinada e infeliz a una relación de subordinación en armonía? ¿Si se desconoce el valor de las redes sociales y la tecnología más moderna para ponerla en funcionamiento al momento de tomar decisiones en la participación en el mercado, incluido el de la mano de obra?

¿Cómo enfrentar el estudio de las culturas, valores, ritos, prácticas y creencias, en un contexto de alta movilización territorial y económica? ¿Las nuevas condiciones de la ruralidad y el retorno del agrarismo enfrentan un contexto de destrucción, contaminación y descolonización de las ritualidades o más bien son procesos de continua transformación? Existe un escaso acervo sobre las transformaciones del rito, las nuevas ritualidades, incluso aquellas generadas por los medios de comunicación, enajenadas a los sujetos individuales. En el caso de Bolivia, la trascendencia de los nuevos espacios

rituales relacionados con el poder, con el gobierno, como consecuencia de su reivindicación plural.

¿Cuánto de la transformación de los sistemas agrarios, como lo que ha ocurrido aceleradamente en el altiplano boliviano, ha conseguido mantener un sistema de ocupación del espacio con vitalidad, en aparente armonía con incursiones en otros territorios, ciudades y fronteras? En estos espacios la gente transita entre la inseguridad, la conformidad, la subordinación, la adulación y el soborno; en unos casos como mecanismos de sobrevivencia o de enriquecimiento en otros. ¿Qué categorías utilizar para desnudar este aparente estado de pobreza en el que, sin embargo, la tierra no es sólo un bien material; sino que ampara, cobija, arraiga y prestigia, como parte de un tipo de vida que encuentra armonía con otros tipos de vida en diferentes espacios, como un todo?

Hoy, no solamente se discute el acceso a los recursos, sino también las diferentes formas de su gestión, los mecanismos internos de control, la condición de gobierno y el ejercicio de administrar justicia. Algunos académicos y estudiantes tienen motivación especial para acompañar la construcción teórica que ha sido liderizada por los pueblos indígenas y originarios.

En fin, la sociología, la antropología, la economía y estudios agronómicos, forestales, ambientales y bioculturales, están ante el reto de construir una nueva plataforma teórica y conceptual que acompañe los cambios de contexto y a los principios metodológicos de la investigación-acción, los de la complementariedad cualitativa-cuantitativa, los del diálogo de saberes, y todo el conjunto de prácticas sustantivas incorporadas en el tan desafiante concepto de la *transdisciplina*.

Bibliografía

- Antequera, N. y Cielo, C. (2011). *Ciudad sin fronteras. Multilocalidad urbano rural en Bolivia*. La Paz: Gobierno Municipal de La Paz / Cides / Pieb / Oxfam.
- Asencio, R. (2012). «Dinámicas territoriales rurales». En *Sepia XIV: Perú. El problema agrario en debate*. Lima: Sepia.
- Banco Mundial (2007). *Informe sobre el desarrollo mundial 2008. Agricultura para el desarrollo*. Washington: Banco Mundial.

- Bartra, A. (2012). *Tiempo de mitos y de carnaval. Indios, campesinos y revoluciones, de Felipe Carrillo Puerto a Evo Morales*. La Paz: IPDRS / FXA.
- De la Batut, C., Beau, C. y Barret, P. (1990). *Desarrollo rural en América Latina. La experiencia de algunas organizaciones no gubernamentales*. México: Grupo de Estudios Ambientales (GEA) / Geysner.
- Bazoberry, O. (2012). «Mercosur con Venezuela, implicaciones regionales». *Diálogos*, núm. 86.
- Bazoberry, O., Ruiz, C. (2010). *¿Qué esperar de las ONG? Enfoques y prácticas de desarrollo rural en los países andinos*. La Paz: EED.
- Cepal / FAO / IICA (2012). *Perspectivas de la agricultura y del desarrollo rural en las Américas: una mirada hacia América Latina y el Caribe 2013*. Santiago: Cepal / FAO / IICA.
- Craviotti, C. (2005). «Nuevos agentes en la producción agropecuaria, ¿nuevos sujetos del desarrollo rural?». En Guillermo Neiman y Clara Craviotti (comps.), *Entre el campo y la ciudad. Desafíos y estrategias de la pluriactividad en el agro* (pp. 49-67). Buenos Aires: CICCUS.
- Gómez, S. (2008). *La «nueva ruralidad». ¿Qué tan nueva?*. Santiago: GIA / Universidad Académica de Humanismo Cristiano.
- Hernández, R. (1994). «Teorías sobre el campesinado en América Latina. Una evaluación crítica». *Revista Chilena de Antropología*, núm. 12, 179-200.
- Maluf, R. (2009). *Seguridad alimentaria y nutricional. Un enfoque de derecho y soberanía*. Quito: Cafolis.
- Ostrom, E. (2006). «Una perspectiva del capital social desde las ciencias sociales. Capital social y acción colectiva». *Revista Semestre Económico*, volumen 11, N° 21. Universidad de Medellín. Medellín. Pág. 75-90.
- Powell, A. (coord.). (2012). *El mundo de los senderos que se bifurcan: América Latina y el Caribe, ante los riesgos económicos globales*. Washington: BID.
- Queda, O. et al. (2009). «Assentamentos rurais: alternativas frente ao agonegocio». *Retratos de Assentamentos*, núm. 12.
- Regidor, Jesús (coord.). (2008). *Desarrollo Rural Sostenible: un nuevo desafío*. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino - Gobierno de España. Madrid.
- Rodríguez Carmona, A. (2009). *Rompiendo con el «proyectorado». El gobierno del MAS en Bolivia*. La Paz: Itaca / Red Solidaria.

Rubio García, L. (1961). «Notas sobre la política agraria de Polonia. En revista de Estudios Agrosociales N° 35. España. Págs. 83 - 102.

Schneider, S. y Peyré, I. (2006). «Notas sobre la política agraria de Polonia». En M. Manzanal, G. Neiman y M. Lattuada (comps.), *Desarrollo Rural: organizaciones, instituciones y territorios*. CICCUS Buenos Aires. pp. 71-101.

El vivir bien como alternativa al desarrollo y no como modelo de desarrollo alternativo

Patricia Roncal Revollo

El sistema económico imperante se caracteriza por un proceso de globalización de la economía, por una flexibilización y apertura irrestricta al capital internacional en el mundo entero, por una liberación del tráfico de servicios y bienes; así como por la creación de un mercado unitario global, por la ocupación de mercados nacionales y regionales y sobre todo, por la subordinación de los Estados Nacionales a los intereses de las empresas transnacionales; ya que, a través de las políticas estatales que aplica, crea las condiciones más favorables para la reproducción y acumulación del capital.

A partir de las modificaciones introducidas en las políticas estatales y en su aplicación, el Estado adquiere una importancia fundamental en la acumulación y valoración del capital transnacional mediante políticas de posicionamiento. Estas políticas están relacionadas con las regiones periféricas del planeta, pues es en estos espacios territoriales donde la rentabilidad del capital es mayor en función de las características que presentan, tanto con relación a la fuerza de trabajo como a las potencialidades que la biodiversidad ofrece. Así, la fuerza de trabajo en regiones no hegemónicas es barata y abundante, lo que permite acceder a ella con salarios más bajos; de igual manera, el acceso a la biodiversidad es mayor debido a la existencia de ecosistemas menos alterados que, adicionalmente, presentan mayores niveles de productividad. Estos elementos favorecen notoriamente a los procesos de acumulación del capital, ya que están avalados mediante una intervención estatal, que se subordina a los intereses multinacionales mediante políticas que ofrecen exigencias menores en todos los sentidos.

Este sistema económico característico de la modernidad se rige por una racionalidad sustentada por un sistema de reglas de pensamiento que dirigen

sus prácticas y acciones productivas, sociales, políticas y económicas, en la búsqueda desenfrenada de ganancia y utilidad, en la necesidad de concentrar y centralizar capital. Esta búsqueda de ganancia se efectiviza por la vía del crecimiento económico; en otras palabras, por medio del impulso constante y sostenido del incremento de la producción que se ha visto impulsado y fortalecido desde el proceso de globalización, el cual se constituye en un vehículo de la mundialización y transnacionalización del capital y de la ley del valor por la vía del paradigma del desarrollo.

El paradigma del desarrollo fue acuñado y desplegado aproximadamente en los años 50, y es a partir de ese despliegue que aquel concepto de *desarrollar*, adquiere connotaciones especiales; es decir, se empapa de objetivos que expresan y anidan miradas de poder, relaciones de fuerza. La concepción occidental del desarrollo nace a la vida económica y política, considerando como sujetos a aquellos países y habitantes considerados como los pobres del planeta, que están, casi en su generalidad, ubicados al sur del mundo. Este despliegue se da bajo el discurso de «la búsqueda del bienestar» para todos estos sujetos carentes de aquello que hace la felicidad de los no carentes de occidente, quienes consideran el bienestar desde concepciones culturales absolutamente distintas. La pobreza es una categoría que nace imbricada con la de desarrollo, la cual está definida y medida desde variables cuantitativas.

El desarrollo, ahora mirado desde lo económico y penetrado por lo político, no ha cambiado el contenido ideológico de la modernidad, no ha modificado sus nutrientes culturales; por el contrario, los ha reinscrito como válidos en la piel del mundo no moderno a través de un saber construido desde las vertientes que permiten cimentarlo y consagrarlo.

En ese sentido, ese sistema de conocimiento que se desplaza desde los espacios modernos se introduce y hace carne en los rincones de vida, penetrando en los puntos menos modernos del planeta, bajo el objetivo de cooptar, de incorporar sustancias ajenas a los sentidos de existencia sobre los que se emplaza, tejiendo tramas de fuerzas que irrumpen en lo cotidiano de lo real para instalarse como verdades eternas e insoslayables, como saberes infalibles y carentes de duda.

Esta manera sui géneris de poder, este saber funcionando como poder, ha impuesto una forma de entender la realización del ser como ente y no como ser, ha desvirtuado los saberes de la experiencia que son constructos cultu-

rales de data histórica y de compleja estructuración, emplazando un saber único que ha pretendido sujetar seres e inhibir saberes.

Así, la modernidad a través del desarrollo deja instaurado el pensamiento único, negando la posibilidad de visibilidad de todo saber enraizado en el ser, de aquellos conocimientos cargados de realidades y experiencias que son catalogados como saberes rústicos, torpes, baldíos, yermos y salvajes y, por lo tanto, inservibles y sujetos a ser ignorados e invisibilizados. Pero a la vez, ha negado otros sentidos de existencia que no sean los emanados desde la mirada de progreso y bienestar occidental, sentidos de vida que son ajenos a los del sur. Por lo tanto, la concepción del saber y del ser desplegada por la modernidad ha colocado los cimientos para que el capitalismo pueda desarrollarse según sus argumentos y racionalidades.

Mas el conocimiento desplegado por la modernidad y el desarrollo mostró fisuras. Este saber fue incapaz de advertir los efectos que su propio conocimiento generó, la crisis que su propio entender provocó a través de la expansión de un sistema de poder en función de sus motivaciones y fines, de una racionalidad que reprodujo las condiciones de marginación y deterioro ambiental y ecológico como signos elocuentes de una crisis cuyas características no tienen parangón, ya que «en el desarrollo de la racionalidad capitalista, la irracionalidad se convierte en razón: razón como desarrollo desenfrenado de la productividad, conquista de la naturaleza, ampliación de la masa de bienes; pero irracional, porque el incremento de la productividad, del dominio de la naturaleza y de la riqueza social, se convierten en fuerzas destructivas» (Marcuse, 1972).

En ese sentido, el posicionamiento de la ideología del desarrollo y de la modernidad, además de haber producido exclusión, marginación y haber acentuado y generalizado la pobreza —aquella concebida desde occidente—, ha explotado a la naturaleza más allá de su capacidad de autorregeneración; ha producido desechos por encima de su capacidad de reciclaje; ha producido daños irreparables a los ecosistemas; ha contaminado cuerpos de agua, aire y suelo; en suma, ha generado una crisis ambiental sin precedentes, llevando al planeta a una acelerada destrucción entrópica. Una crisis ambiental que a su vez trasciende lo social, lo político, lo cultural y lo económico; pero sobre todo, que no es excluyente, pues abarca todos los ámbitos de vida, penetrando en lo local, repercutiendo a nivel regional y abarcando al mundo entero.

Es así que la problemática ambiental, generada por la racionalidad imperante, es la propia expresión del pensamiento y del conocimiento que ha sustentado el paradigma del desarrollo, es la huella de un conocimiento que ha forjado y justificado los hilos del poder de la modernidad, legitimando el acceso y explotación de la naturaleza y la sujetación de los pueblos; es decir, es la manifestación más evidente de la «crisis del pensamiento occidental» (Leff, 2004).

Es precisamente desde esos efectos provocados por las fisuras del saber occidental que emergen aquellos sujetos que no han sido completamente asidos por los amarros del despliegue del poder hegemónico; esos sujetos no absolutamente sujetos levantan el rostro desde sus propios saberes mantenidos, aquellos que retornan, que insurreccionan manifestando voluntades de poder; evidenciando sus contenidos históricos y abriendo una crítica férrea a la sustancia que estructuró al desarrollo y a la modernidad.

Ante este contexto y desde los propios sujetos «pobres», desde las rupturas ambientales y culturales que ha supuesto la búsqueda incansable por el progreso, emergen los saberes locales de los sujetos que se des-sujetan, que se desmarcan gracias a las marcas que su saber ha impreso en sus hábitats y en sus hábitos. Es por el despojo y destrucción de sus territorios de vida y de las potencialidades de la biodiversidad que los nutre y da significado a su cultura que retornan los saberes sometidos, que insurreccionan contra los efectos del saber centralizador y de sus contenidos, en voluntades de poder desde el saber.

Es así que en Latinoamérica emergen movimientos sociales cuestionando los efectos producidos por la modernidad; son luchas con nuevas gamas de reivindicaciones, son demandas estratégicas arraigadas en la necesidad de construir nuevas territorialidades por medio de la reapropiación social y cultural de los recursos naturales que estos espacios sustentan. Esto supone profundos cuestionamientos estructurales y, por tanto, miradas de poder desde el saber mantenido.

En Bolivia, estas luchas se inician aproximadamente en la década de los 90, época caracterizada por la falta de protagonismo de la clase obrera, poderosa clase revolucionaria de antaño, que deja de ser la vanguardia en las luchas sociales de los años 90; ya que, producto de la aplicación de políticas neoliberales emanadas desde el Estado, la clase obrera es desarticulada y arrancada de su lugar de constructo ideológico y político: las minas.

La clase obrera se enfrenta al cierre de las minas, este hecho marca un hito sin parangón en la dirección agencial de las luchas reivindicativas, pues, desposeída de su lugar de construcción ideológica, filosófica y política, la clase obrera entra en un largo periodo de letargo político que permanece hasta la actualidad.

En ese sentido, en América Latina las luchas no son más protagonizadas por los obreros, tradicionales actores agenciales modernos del sistema capitalista; por el contrario, son los hombres no modernos los que liderizan los movimientos de resistencia, aquéllos llamados por Marcuse el «sustrato de los marginales, de los perseguidos de otras razas y colores»; es decir, de aquellos que se sostienen por fuera de la sociedad moderna, los que impulsan las luchas de resistencia a la modernidad (Marcuse, 1972). Es desde tierra adentro, desde esos seres no modernos, que se están tramando las nuevas relaciones de poder. Para la realidad latinoamericana en general y para la realidad boliviana en particular, los años noventa marcan una década excepcional en la cual se van fraguando los sentidos de la construcción y reconstrucción de los intereses históricos de cambio y transformación.

Estos conflictos sociales que enuncia la Ecología Política son los protagonizados y manifestados por los pueblos indígenas y campesinos de América Latina, los cuales, sin clase política de vanguardia, se organizan en nuevos e inéditos movimientos sociales, cuyas reivindicaciones incorporan demandas que expresan fundamentos y principios contrahegemónicos. Éstos se estructuran con base en demandas no tradicionales que van más allá de reivindicaciones laborales, educativas o de salud. Con dinámicas y saberes propios, las luchas se constituyen en voluntades de poder, en movimientos para sí; cuyas demandas se refieren a la defensa y reapropiación de la naturaleza, a la reafirmación de sus identidades, a la autogestión de los recursos naturales, al fortalecimiento de sus economías locales a través de la descentralización de la economía, al cuestionamiento a los actuales estilos de desarrollo y al derecho a ser diferentes y a definir sus propios derroteros de vida y de desarrollo; es decir, a su derecho a la autodeterminación.

Los pueblos indígenas y campesinos de América Latina constituyen la vanguardia agencial de la lucha por la construcción de nuevas sociedades, las cuales reivindican nuevos conceptos contrahegemónicos concebidos a contracorriente de la modernidad, del progreso y del bienestar; aquellos que conforman los cimientos de las utopías de occidente.

Como, en palabras de Stuart Hall, «los movimientos provocan momentos teóricos» (Restrepo *et al.*, 2010:16), éstos colocan en la palestra de reflexión los contenidos de los conocimientos emergentes desde los saberes de la experiencia, aquellos que resistieron a pesar de los dispositivos desplegados por la modernidad y que hoy se expresan a través de la construcción de una nueva epistemología crítica: el vivir bien.

El vivir bien es una nueva mirada epistemológica que emana desde el saber de la experiencia de los pueblos indígenas; la cual está escrita en sus actos, en sus pensamientos, en sus hábitos, en sus saberes y vivencias cotidianas. Es un pensamiento que debe ser visibilizado y traducido para interpretar los sentidos emancipatorios de los nuevos tiempos, de las nuevas utopías. Este pensamiento es crítico —de la racionalidad y del pensamiento— ya no sólo del sistema capitalista, sino también de la propia modernidad; así como, de las vías para alcanzarla. Por tanto, el vivir bien enuncia una crítica intransigente hacia los fundamentos estructurales que lo conciben.

La modernidad se caracteriza por una mirada de vida estructurada con base en la cultura occidental y, por lo tanto, monocultural de los sentidos del ser, que contiene un saber que se pretende poseedor de verdades inequívocas e insoslayables plasmadas en un uni-verso, es decir, un pensamiento único, una visión lineal y ascendente de la vida, cuyo lugar de arribo —para todos los pueblos del mundo— es el industrialismo; cabe decir que está constreñida por el individualismo, por la competencia, el derroche y el antropocentrismo, guiada bajo una visión utilitarista de la naturaleza, donde el capital es el único vehículo generador de bienestar.

El vivir bien declara la crisis civilizatoria de la modernidad y enuncia los futuros posibles contruidos desde otras concepciones de vida, desde una cosmovisión indígena diversa y radicalmente opuesta a los contenidos culturales de occidente.

El vivir bien no privilegia al capital como lo hace el capitalismo; tampoco privilegia al hombre, como lo hace el socialismo. Privilegia a la vida en todas sus manifestaciones y entiende al ser humano como parte integrante e indisoluble de la naturaleza y de la vida que de ella mana. Entiende a la naturaleza marcada por la cultura y ésta estructurada y sentida desde la naturaleza en un nuevo pacto: madre tierra y cultura, pachamama y cultura.

Su lucha está estructurada en función de la vida, es una lucha por mantener la vida y a la calidad que la hace posible, la cual es puesta en riesgo por

la concepción ideológica del desarrollo y de la modernidad. Es la construcción del tiempo comunitario de la vida para la vida; vivir bien es una utopía de concepción de sentidos de vida diversos, como diversos son los sentidos culturales de la América Latina habitada, que entiende a la igualdad desde la diversidad, desde las propias diversidades del ser, manteniendo los deseos de mundos posibles concebidos desde esas diversidades.

Esta cosmovisión no es despilfarradora, consumista ni desechable. Vivir bien no es vivir mejor, no es vivir en abundancia ni en escasez, no es recibir más de lo que se necesita para estar bien y hay que estar y sentirse bien, para vivir bien; es decir, es estar en plena armonía con el otro, con la comunidad, con la madre tierra, con los otros seres vivos de la pachamama; es vivir y desarrollar la vida en correspondencia, reciprocidad, complementariedad, espiritualidad, integralidad y armonía con la comunidad de la vida, entendida ésta como la unidad y estructura de vida.

Lo comunitario es esencial en la cosmovisión de los pueblos indígenas, esta categoría es entendida como la gran familia que involucra al cosmos, al ser humano, a la naturaleza, a los ancestros, bajo una verdadera convicción de práctica comunitaria entendida no sólo como estructura social, sino también como una estructura y un lenguaje profundo de vida.

Avanza sustancialmente en el sentido de la solidaridad, despojando a ésta de su sentido jerárquico: «se es solidario con quien menos tiene». En tal sentido, la concibe como reciprocidad, no sólo como el don de dar sino también el de recibir en un ciclo continuo y ascendente, en una espiralidad que vuelve siempre, que retorna para dar y recibir, pero no sólo lo material, sino lo espiritual, lo simbólico y lo afectivo; una reciprocidad plasmada y plagada desde lo comunitario de lazos sociales, de uniones de vida compartidas en las que el uno y el otro dan y reciben en un lenguaje silencioso siempre recíproco de igual a igual. Ésa es la verdadera solidaridad concebida desde el vivir bien.

El vivir bien es sobre todo un camino de espiralidad, de circularidad, de encuentro y reencuentro, donde las enseñanzas del pasado son el referente de las utopías del futuro construidas en el aquí y en el ahora.

Esta cosmovisión va de la mano con los principios de la ética de la sustentabilidad. La naturaleza debe mantener su calidad y armonía para albergar al ser humano que es parte absoluta de ella, donde éste no se sirve de la madre tierra sino que la cría y se deja criar, en un sentido de protección mutua nacido del afecto que se estructura cuando la una y el otro son parte constitutiva.

Concibe a la vida en armonía con todo el cosmos, de ahí su esencia ligada a la complejidad y la integralidad. Su equilibrio se asienta en el juego complejo de diversos equilibrios tramados desde todas las formas de existencia. El ser del campo y de la naturaleza no es productor ni es propietario; es, sobre todo, el protector que cuida los fundamentos materiales y espirituales de su vida.

Sus relaciones no son sociales sino son relaciones con la vida, es este sentido se diferencian de forma radical con las de occidente, las cuales son relaciones sociales de dominación y subordinación, que responden a la ley que guía a la modernidad, a la racionalidad que la impulsa: la acumulación del capital. Para esta cosmovisión las relaciones, no son solo sociales, sino son de vida, de ahí la necesidad de que sean de igual a igual, sin subordinados ni subordinadores; es decir, relaciones marcadas por racionalidades distintas, explicadas por la complementariedad e inscritas en un verso plural, donde la diversidad de verdades da sentido a diferentes razones del *ser*.

En suma, el vivir bien vislumbra la construcción de nuevos y diversos sentidos de vida, de nuevas plurisociedades multiculturales de vida diversa, compleja, complementaria, sustentable y recíproca.

En suma, el vivir bien es una alternativa al propio desarrollo y no un estilo de desarrollo alternativo, y emerge como respuesta a la crisis civilizatoria moderna convirtiéndose en un proyecto político para la construcción del porvenir.

Bibliografía

- Marcuse, H. (1972). *El Arte como forma de la realidad*. Argentina.
- Leff, E. (2004). *Racionalidad Ambiental*. México: Siglo XXI.
- Restrepo, E., C. Walsh y V. Vich (Eds.) (2010). *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Stuart Hall. Popayan, Colombia: Envión.

Metodologías agroecológicas: una propuesta sociológica de sistematización desde una perspectiva transdisciplinaria e intercultural

Eduardo Sevilla Guzmán y Stephan Rist

Nota introductoria

El presente trabajo constituye una reflexión epistemológica sobre las diferentes posibilidades que ofrece esta nueva área de conocimiento, la agroecología, que articula los métodos y técnicas de las ciencias naturales con aquellos de las ciencias sociales, y con otras formas de conocimiento que han probado históricamente su sustentabilidad en lo que respecta a la gobernanza¹ de los recursos naturales.

Hemos querido reflejar en el título la importante contribución disciplinar de la sociología introduciendo en nuestra propuesta de sistematización la expresión «sociológica». Ello tiene aquí una doble acepción; ya que, por un lado, nos basamos fundamentalmente en esta tradición teórica² del pensamiento científico. Por otro lado, la aportación fundamental de la agroeco-

¹ Como definiremos en detalle más adelante, entendemos por *gobernanza* las relaciones normativas y de poder que pautan el manejo de los recursos naturales desde una cosmovisión específica.

² Incluyendo a Marx, quien, aunque no se considerara a sí mismo como sociólogo, ha inspirado una buena parte de los mejores trabajos sociológicos. De hecho, la diferenciación de las perspectivas de investigación en Agroecología que proponemos en este trabajo parten, como veremos más tarde, de la sociología de Pierre Bourdieu; aunque nosotros las utilicemos tras una crítica al excelente trabajo de Althusser sobre Marx (1969) y al estructuralismo de Levi-Strauss, al alejarnos de su concepto de *estructura social*, como modelo ajeno a la realidad empírica (1953).

logía tiene una naturaleza social, ya que se apoya en la acción colectiva de determinados sectores de la sociedad civil vinculada al manejo de los recursos naturales; por lo que es también, en este sentido, sociológica. Queremos dejar claro que cuanto sigue es una propuesta, dentro del proceso de construcción de la agroecología que hemos desarrollado durante las últimas décadas un grupo de investigadores de diverso pelaje y condición académica (Guzmán Casado, González de Molina y Sevilla Guzmán, 2000: 12 y 13), en un proceso de interacción con diversos grupos y movimientos sociales, fundamentalmente —aunque no sólo— de agricultores.

La agroecología propone modificar no sólo la parcelación disciplinar, sino también la epistemológica de la ciencia al trabajar mediante la orquestación de las distintas disciplinas y formas de conocimiento que componen su pluralismo dual —metodológico y epistemológico— donde la perspectiva sociológica juega un papel central. Ello se debe a la amplitud del enfoque agroecológico que, desde la perspectiva de los actores, desde su predio y comunidad, pretende comprender toda la complejidad de procesos biológicos y tecnológicos (fundamentalmente durante la producción), y socioeconómicos y políticos (básicamente durante la circulación de los bienes hasta el consumidor) que intervienen en que una semilla se transforme en un bien de consumo (Altieri, 1985; Gliessman, 1997). Esta investigación es, obviamente, el resultado de varios trabajos previos en los que los autores hemos estado involucrados. El primer intento de sistematización de los métodos y técnicas de la agroecología lo realizamos en el 2000, como aportación al Manual del Instituto de Sociología y Estudios Campesinos de la Universidad de Córdoba en España.³ Igualmente, en la reelaboración de la tesis doctoral de Graciela Ottmann para su publicación por el PNUMA, introdujimos una revisión del

³ Aunque el presente trabajo se base en el capítulo 5 del citado *Manual de Agroecología del ISEC* (Guzmán, González de Molina y Sevilla Guzmán, 2000: 149-195), sistematizando el trabajo de quince años (1985-2000) del equipo del Instituto de Sociología y Estudios Campesinos (ISEC), el texto que aquí aparece es una versión marcadamente diferente. Un apretado resumen se publicó en el número uno (vol. 3 de Enero/Marzo de 2002) de la revista de Emater R/S *Agroecología e Desenvolvimento Rural Sustentavel*, con el título de «A perspectiva sociológica em Agroecologia: uma sistematizaçao de seus métodos técnicas», como un resumen de la ponencia presentada en la Sesión C: «Pesquisa em Agroecologia» del *II Seminario Internacional Sobre Agroecologia / III Seminario Estadual Sobre Agroecologia / III Encontro Nacional Sobre Pesquisa Em Agroecologia*, que tuvo lugar en Porto Alegre del 26 al 28 de noviembre de 2001. Es

trabajo originario para dar a aquel texto el demandado carácter de manual de educación ambiental desde la agroecología; por lo que apareció allí una nueva versión adaptada a aquel contexto (Ottman, con la colaboración de Eduardo Sevilla Guzmán y el CEPAR, 2006). Este trabajo es una ampliación de aquellas exploraciones haciendo énfasis en la dimensión intercultural de la producción agroecológica. Ello es resultado de las discusiones que, en los marcos académicos en los que ambos autores coincidimos desde hace más de diez años,⁴ hemos ido desarrollando; y que han sido catalizadas por nuestra reciente contribución a *Compas*:⁵ Queremos así mostrar la potencialidad epistemológica de la agroecología de acuerdo con la posición en que se sitúe la praxis del investigador. Ello exigirá realizar una clarificación respecto a la transdisciplinariedad y las dificultades que presentan las interacciones entre distintas formas de conocimiento; para abordar después las dimensiones ontológico-epistemológicas del diálogo de saberes en agroecología. Finalmente, pretendemos presentar sistemáticamente los métodos y las técnicas, en nuestra opinión, más fértiles en lo que definiremos más adelante como perspectivas de la investigación en agroecología. Pero antes de hacerlo resulta necesario especificar qué entendemos por métodos y técnicas, puesto que haremos referencia a ellos en cada una de las perspectivas de investigación y niveles de análisis de la agroecología que vamos a considerar.

La palabra *método* tiene un carácter polisémico. Se usa tanto referido a la forma de crear conocimiento científico (método científico) como a procedimientos específicos en su seno (por ejemplo, método inductivo o método deductivo). Puede, sin embargo, tener otros muchos usos dentro de esta lógica. La acepción utilizada en este trabajo es la segunda, la cual creemos es la más común en la metodología de la ciencia o epistemología. Definimos

obligado agradecer aquí al profesor de Métodos y Técnicas en Ciencias Sociales de la Universidad de Córdoba, Juan Salas Mesa, su valiosa ayuda en la primera versión.

⁴ Son éstos los programas de postgrado (doctorado y maestría) en Agroecología del ISEC de las universidades de Córdoba e Internacional de Andalucía en España, por un lado; y el programa de maestría sobre Agroecología en los Andes de Agruco de la Universidad Mayor de San Simón de Cochabamba en Bolivia, y el NCCR North-South de Suiza y del CDE de la Universidad de Berna, por otro.

⁵ En forma de asesoramiento al citado programa *Compas*, que aglutina a 28 ONG de 18 países de América Latina, África y Asia, articuladas con diversas universidades de aquellos países para promover el desarrollo endógeno.

como *método* el conjunto de procedimientos que, articulando los presupuestos teóricos con los mecanismos de producción y contrastación de la información, constituyen el soporte y orientación en que se sitúa el investigador para llevar a cabo sus aportaciones. Entendemos por *técnicas* el conjunto de herramientas o procedimientos concretos a través de los cuales se lleva a cabo la recolección o producción de datos que nos permiten encarar el análisis. No obstante, si esto es así en la ciencia convencional, lo es mucho más aún en el caso de la agroecología, como consecuencia de su naturaleza pluriepistemológica y de la prevalencia de técnicas participativas, en las que la metodología utilizada tiene una naturaleza (o perspectiva de la investigación) dialéctica. Aunque esto es algo que se hará comprensible al lector en el apartado 5 al desarrollar la sistematización de los métodos y técnicas que utilizamos, cruzadas en la tabla 1 con las perspectivas de investigación, considerando la posición del investigador respecto a su objeto de análisis, que en la dinámica de interacción agroecológica pierde tal naturaleza.

Pero antes de desarrollar estas herramientas de la práctica agroecológica, se nos hace imprescindible clarificar la naturaleza epistemológica de la agroecología, donde la interculturalidad aparece como elemento central. Ésta surge como consecuencia del papel que, en esta nueva área del conocimiento, juegan los actores sociales involucrados en los procesos que la generan; donde la producción científica de conocimientos sólo se da a partir de las necesidades definidas por los mismos actores sociales fuera de la comunidad científica. Esto significa para la agroecología reconocer que sus bases son y han sido siempre desarrolladas en los predios de los agricultores y campesinos, y que la ciencia se ha subido a ese tren cuando la agroecología se encontraba ya establecida políticamente, a través de los movimientos sociales, surgidos en torno al manejo de los recursos naturales, que han tenido que enfrentarse a la ciencia ortodoxa. Es decir, queremos dejar explícito desde un principio que los autores de estos papeles reconocen que la agroecología comienza en los predios y chacras de los campesinos/agricultores; que es desde ahí desde donde se define si debe haber algún tipo de investigación procedente de la ciencia ortodoxa, con sus estaciones experimentales; ya que esta última no puede considerarse como la fuente para el desarrollo agrícola, sino más bien como una fuente complementaria en los esfuerzos de agricultores y campesinos esencialmente autodeterminados. Toda esta reflexión sólo puede cobrar sentido en el contexto de la discusión

en torno al concepto de *coproducción comunal y pública de conocimientos* que desarrollamos a continuación.

La investigación en agroecología: definiendo la transdisciplinariedad

Al plantear la necesidad de contribuir desde la ciencia a la potenciación de las aspiraciones y proyectos de vida emancipatorios generados históricamente por el campesinado y los pueblos indígenas, la agroecología se basa en un proceso de coproducción de conocimientos comunitarios y públicos que, con una clara orientación normativa, se enmarca en la idea de un desarrollo endógeno (Sevilla Guzmán, 2001:35-47). La agroecología no solamente plantea una definición participativa de los objetivos del mismo proceso de coproducción de conocimientos; junto a ello, establece la necesidad de una participación solidaria en el mismo proceso de traducción de los principios normativos en una práctica tecnológica, socioeconómica, cultural y, finalmente, política.

La coproducción de conocimientos agroecológicos entronca con la investigación transdisciplinar que está adquiriendo un reconocimiento creciente justamente en aquellas situaciones donde las ciencias ortodoxas se ven impotentes en dar respuestas críticas constructivas a las expectativas de aquellos sectores (muchas veces marginados, excluidos y oprimidos) que se enfrentan a una noción de modernidad que se reduce a una adaptación permanente de la humanidad a los objetivos de crecimiento económico y material definido cada vez más desde la perspectiva de un conglomerado de empresas transnacionales y partes de los sistemas burocráticos estatales instrumentalizados por ellas (Freitas, Morin y Nicolescu, 1994).

En otras palabras, la agroecología plantea una redefinición de la relación entre sociedad y ciencia que quedó reflejada en la Agenda 21 (de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, Río de Janeiro, 1992), donde en el capítulo 35 se establece que las actuales formas de organizar la investigación tienen que ser ampliadas involucrando el ámbito público más directamente en la definición de los objetivos societales y a largo plazo, y en la formulación de los escenarios del desarrollo sustentable, además de desarrollar métodos que permitan articular los conocimientos de las cien-

cias establecidas con las formas de conocimientos indígenas.⁶ Es de lamentar que desde la articulación transnacional de los estados, a través de los organismos internacionales (FMI, BM y OMC), las aspiraciones de sustentabilidad de los pueblos hayan quedado reducidas a un discurso ecotecnocrático (Alonso Mielgo y Sevilla Guzmán, 1999), apoyado en el reduccionismo monetario, que la ciencia económica convencional establece desde su contexto teórico neoclásico (Naredo, 1997-2003: *passim*) «ayudando más a encubrir que a analizar los problemas ecológicos y sociales que acarrea el comportamiento de la civilización industrial» (Naredo, 2006: X).

Probablemente el primer planteamiento de la transdisciplinariedad surgiera de la búsqueda de una explicación compleja de las relaciones individuo/especie/sociedad que la ciencia disocia en su pesquisa: «cada vez estoy más convencido que la ciencia antro-po-social necesita articularse con la ciencia de la naturaleza, y que esta articulación requiere una reorganización misma del saber», que la ciencia hasta ahora rehuye: «ninguna ciencia natural ha querido conocer su origen cultural. Ninguna ciencia física ha querido conocer su naturaleza humana» (Morin, 1977: 9 y 11). La transdisciplinariedad se alcanza con lo que Edgar Morin llama la reintegración del sujeto; es decir, «se trata de afrontar ese problema complejo en el que el sujeto del conocimiento se convierte en objeto mismo de su conocimiento al mismo tiempo que sigue siendo sujeto». Esto constituye el fundamento sin fundamento de la complejidad: si el conocimiento existe es porque es organizacionalmente complejo»; lo que hace necesaria «la formación, la formulación y el pleno empleo de un pensamiento a la vez dialógico, recursivo y hologramático». En efecto, cualquier noción que se adquiere sobre el conocimiento se convierte en un medio que aclara al conocimiento que le ha permitido adquirirlo. Podemos añadir entonces una vía de retorno al sentido único epistemología-ciencia, y efectuar pasajes de un nivel de conocimiento al otro y viceversa. Podemos al mismo tiempo considerar un desarrollo transformador en el que el conocimiento que elabora intenta conocerse a partir del conocimiento que ha elaborado, que de ese modo resulta *colaborante* (Morin, 1986: 22 y 232). Así pues, la relación entre la sociedad y la ciencia comienza a ser replanteada desde los años ochenta de la pasada centuria; tanto desde evoluciones teóricas procedentes

⁶ Sustainable Developmentknowledge Platform, <<http://www.un.org/esa/sustdev/documents/agenda21/english/agenda21chapter35.htm>>.

de la sociología rural, como es el caso de Morin, como desde la antropología (Richards, 1985); e incluso desde la propia ecología (Toledo, *et al.*, 1985).

Un paso importante en la reconceptualización de la relación entre sociedad y ciencia ha sido la creación de la *ciencia posnormal* por Funtowicz y Ravetz (1993) quienes proponen una nueva tipología de ciencias que toma en cuenta los diferentes niveles de incertidumbre, complejidad y los intereses que están involucrados en una problemática determinada. Los autores demuestran que con crecientes niveles de incertidumbre, complejidad e intereses tocados se requiere de un cambio gradual que partiendo de una ciencia aplicada ortodoxa (normal) pasa por la consultoría profesional de expertos formados en las ciencias sociales y naturales a una investigación posnormal que se orienta en la solución conjunta de problemas definidos a partir de una estrecha interacción entre comunidades científicas y los actores sociales involucrados en problemáticas actuales que reflejen altas prioridades societales. La ciencia posnormal responde a las grandes incertidumbres epistemológicas y éticas cuando la toma de decisiones políticas afecta muchos actores sociales e intereses importantes como es el caso en los debates sobre cambio climático, la pérdida de la diversidad biológica y cultural, el tratamiento político-legal de los transgénicos, el futuro del modelo neoliberal o la lucha contra la pobreza. En todos estos casos la ciencia postnormal asume las deficiencias que tiene con relación a poder establecer conocimientos razonablemente 'objetivos' con un nivel suficientemente bajo de incertidumbre como para ofrecerse como marco de referencia principal para la toma de decisiones públicas. Consiguientemente la ciencia posnormal enfatiza en definir las premisas epistemológicas y éticas bajo las cuales la investigación tiene que seguir buscando la generación de conocimientos científicos que contribuyan a un proceso societal de su coproducción, donde el científico es una forma de conocimiento entre varias otras.

Las orientaciones de la ciencia posnormal han sido desarrolladas y ampliadas más profundamente por el caudal creciente de trabajos referidos a la transdisciplinariedad que más acogida han tenido en la investigación sobre el desarrollo sustentable (Brutschin y Wiesmann, 2003; Hirsch Hadorn *et al.*, 2006; Hurni y Wiesmann, 2004); la evaluación y monitoreo participativo de impactos de nuevas tecnologías (Klein, 2001); la educación, en general (Motta, 2002), o la educación ambiental, en forma específica (Leff, 2000 y 2004); la economía ecológica y ecología política (Naredo, 1987-2003, 2006

y Martínez-Alier 1999, 2005), y la agroecología (Sevilla Guzmán y González de Molina, 2003) en el campo del desarrollo epistemológico-metodológico (Kumar 2002; Turpin 2002).

El replanteamiento de la relación entre sociedad y ciencia ha encontrado espacio más inmediato en la transdisciplinariedad que enfatiza en la necesidad de proyectar la producción de conocimientos más allá de lo disciplinario, multidisciplinario e interdisciplinario, ya que ellos, frente a la integralidad de la vida, son intentos inadecuados para superar la fragmentación del conocimiento científico al interior del sistema que ha perdido de vista que metodológicamente intentar realizar la ilusión de separar al observador de lo observado, y aislarlos en el mismo instante de sus contextos reales (Morin 2000). Nicolescu (1996) puntualiza que la transdisciplinariedad concierne a todo lo que está «entre, a lo largo y más allá de las disciplinas». Esta visión de la ciencia y su relación con la sociedad es la concretización lógica de un hecho fundamental no considerado suficientemente por la comunidad científica hasta hoy día: aunque las ciencias se definan generalmente como autónomas y libres de valores, ellas han sido parte —y lo serán siempre— de procesos sociales que están involucrados en la configuración de relaciones específicas entre actores sociales, instituciones y naturaleza, que son expresiones culturales de relaciones entre sociedad y naturaleza que coevolucionan históricamente (Norgaard, 1994).

La transdisciplinariedad, en su dinámica de investigación, considera que es parte de los procesos que describe y analiza. Pero en vez de considerarlo como limitante, lo transforma en un potencial; reconociendo cómo la ciencia interviene como una entre muchas otras formas de indagación que, como resultado de su interacción, intervienen en la reproducción de las estructuras societales. De esta manera, la transdisciplinariedad reconoce la pluralidad de formas de conocimientos prácticos, normativos e interpretativos que en su conjunto configuran la gran diversidad de cosmovisiones que representan las culturas y civilizaciones del mundo entero (Scholz *et al.*, 2005). Un reto fundamental de la transdisciplinariedad consiste en encontrar el camino que permita favorecer el diálogo y la integración cooperativa entre las diversas formas de conocimiento que representan diferentes actores sociales como alternativa a la imposición de una sola que, por autodefinirse internamente como coherente y objetiva, se posiciona fuera del contexto en el cual ha

nacido; atribuyéndose el derecho de marginar o silenciar otros discursos cualificándolos como subjetivos, simbólicos, románticos o ilusorios.

Ampliando las definiciones de transdisciplinariedad sugeridas por Hurni *et al.* (2004), Rist *et al.* (2004), Wiesmann (2006), Hirsch Hadorn *et al.* (2006), Nicolescu (1996) y Morin (1980 y 1986), sugerimos caracterizar la investigación transdisciplinaria sobre la base de los siguientes once principios:

1. La investigación transdisciplinaria formula sus objetivos sobre la base de un proceso de negociación y aprendizaje colectivo para garantizar de esta manera que tanto los problemas definidos como las potencialidades consideradas reflejen preocupaciones y prioridades que nacen desde la vida cotidiana de los actores sociales involucrados.
2. La planificación, realización, evaluación e interpretación de los resultados obtenidos son parte de un proceso de diálogo permanente entre la comunidad científica y los otros actores sociales que forman parte de los procesos coproductivos de conocimiento. La transdisciplinaridad supera de esta manera la tradicional secuencia entre conocer y actuar y recoge la idea del viraje lingüístico en la sociología, que considera el acto de hablar como expresión primaria de la acción.
3. La investigación transdisciplinaria genera en forma simultánea y participativa conocimientos sistémicos (que permiten entender las dinámicas e interrelaciones entre los factores internos y externos), conocimientos normativos (que expresan las bases normativas en que se basa la búsqueda de la transformación conjunta de las estructuras socioeconómicas, políticas y culturales) y conocimientos de transformación (que dan cuenta de cómo alcanzar los objetivos trazados en la vida cotidiana de los actores involucrados).
4. La investigación transdisciplinaria no rechaza la posibilidad de integrar perspectivas disciplinarias, multi e interdisciplinarias, pero en vez de proponerlas como fuente primaria para el diálogo con la sociedad recurre a ellas en función de los requerimientos que surgen desde el proceso de coproducción de los conocimientos.
5. La investigación transdisciplinaria considera la coexistencia de diferentes niveles de realidad. De este modo, se da reconocimiento explícito a formas heterodoxas de conocimientos representados por el campesinado, los pueblos indígenas, los movimientos sociales o grupos de la sociedad

civil comprometidos con la defensa de los bienes públicos. Pero además, pretende como un elemento más de su posicionamiento hacer visible la pluralidad epistémico-ontológica y normativa que está —muchas veces de forma implícita— configurando las bases cognitivas de las diferentes formas de conocimiento que interactúan.

6. La expansión o creación de nuevos espacios sociales, plataformas, foros o redes que posibilitan y favorecen la interacción solidaria y permanente entre los actores involucrados constituye una parte integral de los procesos de investigación transdisciplinarios.
7. La investigación transdisciplinaria se convierte en parte de un proceso de aprendizaje colectivo que se produce a nivel comunitario y público. La sociedad, junto con las ciencias, determina el curso de coproducción de los conocimientos no sobre la base de una agenda predefinida sino sobre la de un proceso iterativo de generación, evaluación y monitoreo de conocimientos teniendo en cuenta tanto la pluralidad de las combinaciones específicas de conocimientos prácticos, normativos e interpretativos como las relaciones de poder internas y externas que caracterizan a los actores sociales involucrados.
8. La investigación transdisciplinaria se basa en procesos de diálogo, negociación y aprendizaje colectivo que requieren inmiscuirse en las constelaciones de poder y de intereses; de modo que, a parte de un conocimiento profesional sólido y contextualizado, un alto grado de competencia social y comunicativo, se convierte en un elemento indispensable para la participación exitosa en los procesos de coproducción de conocimientos.
9. La investigación transdisciplinaria requiere de nuevos parámetros de evaluación de eficiencia, ya que en contraposición a las ciencias ortodoxas no solamente quiere producir conocimientos, sino contribuir a través de esto a la transformación de estructuras actuales que impidan la realización de los proyectos emancipatorios del campesinado, de los pueblos indígenas o de los distintos movimientos sociales.
10. Para evaluar la eficiencia de la investigación transdisciplinaria se tiene que tomar en cuenta que los proyectos emancipatorios sólo pueden ser realizados mientras se logre una transformación de las condiciones internas y externas de la interacción social que permitan convertir el actuar estratégico (orientado en la persecución de objetivos egocéntricos) en el actuar comunicativo, que en el sentido de Habermas se orienta en la com-

preensión y validación intersubjetiva de las situaciones y estructuras que impiden la realización de los proyectos que nacen desde la vida cotidiana de los actores involucrados.

11. La transdisciplinariedad sitúa al investigador en un marco de referencia tridimensional que concierne a su trasfondo disciplinario, el contexto interdisciplinario involucrado, y el ambiente social de los grupos sociales afectados por el proceso de investigación que con frecuencia presenta un cúmulo de escollos difíciles de soportar. Un trabajo en equipo con un asesoramiento adecuado de parte de personas experimentadas es una estrategia valiosa para crear un ambiente social que permita enfrentar de manera constructiva el relativamente alto potencial de frustraciones que puedan surgir de las tensiones resultantes del proceso.

Cuando se aplica un enfoque transdisciplinario a la coproducción de conocimientos agroecológicos, se tiene que tomar en cuenta que la asignación de sentido a la información científica por parte de los actores sociales involucrados siempre se hace desde las acepciones fundamentales que constituyen la gran diversidad de formas de los mundos de vida que constituyen, en palabras de Bilton *et al.* (1996:663), el conjunto de significados compartidos sobre los que viven e interactúan los actores sociales. Cuando la ciencia pretende imponer sus propios conocimientos normativos e interpretativos sobre aquellos que constituyen las bases cognitivas de los «mundos de vida» de otros actores, ellos reaccionan con desconfianza y rechazo, ya que sienten que esto pone en peligro su soberanía interpretativa como un aspecto fundamental en todo proceso de formación identitaria personal y colectivo. Los actores sociales que comparten en un determinado mundo de vida generalmente no requieren legitimar sus conocimientos normativos e interpretativos con el hecho de que coincidan con aquellos que surgen del conocimiento científico; más bien, están interesados en la manera en que sus propias aspiraciones pueden ser realizadas o se verían dañadas, en caso de que se recurriera a los aportes que provienen de la producción científica de conocimientos.

Como consecuencia de lo hasta aquí señalado, debemos repensar también las relaciones institucionales convencionales entre la investigación, la política y la sociedad. Los actuales modelos que predominan en el ámbito político suponen que el enfoque más adecuado es aquel que busca la reproducción

de las estructuras sociales mediante permanentes procesos de negociación que, recurriendo de nuevo a Habermas, se entiende como el actuar que se orienta en objetivos o intereses definidos egocéntricamente, reconociendo al otro como competidor.

No obstante, como demuestra Leeuwis (2000), esto debería ser cuestionado si tenemos en cuenta la capacidad potencial y real que la gente tiene para aprender juntos a cambiar las formas de interacción haciendo valer el entendimiento mutuo por encima del actuar estratégico. Los resultantes procesos de aprendizaje social que se basan sobre el actuar comunicativo (Habermas 1984) constituyen una faceta importante de muchos movimientos sociales (Eder, 2000), hacen pensar que los modelos políticos que proponen la negociación como mecanismo fundamental para la organización social y política, en vez de ser la solución, son más bien parte del problema, ya que en este caso se ignora y se perpetúan las actuales asimetrías de poder. En consecuencia, los enfoques participativos de la coproducción de conocimientos agroecológicos tienen que buscar la ampliación de espacios sociales existentes o la creación de nuevos espacios que permitan transformar el actuar estratégico en un actuar comunicativo; que en vez de enfatizar en los intereses egocéntricos se basará en el desarrollo de un entendimiento compartido de las situaciones actuales, las limitaciones y potenciales existentes como base para definir estrategias colectivas que favorezcan la cooperación por encima de la competencia.

Tanto los contenidos como las dinámicas específicas de esta conversión de estructuras inducen de la acción estratégica a otra que favorezca el actuar comunicativo. Ello quiere decir que dependen de las situaciones concretas, complejas y altamente diversas del proceso de coproducción de conocimientos agroecológicos; ello es así puesto que en lugar de ser algo prefijado es más bien un rasgo de carácter emergente. En este sentido, representa un proceso de aprendizaje social y colectivo entre todos los actores involucrados (Norgaard, 2004). El enfoque del aprendizaje social se deriva de una filosofía de cambio participativo de las estructuras societales vigentes y comprende los procesos sociales como algo que no tiene un carácter lineal ni determinista, de modo que el desarrollo en esta perspectiva es considerado esencialmente como calidad emergente, que hace necesario ir más allá de los paradigmas de la transferencia de conocimientos y tecnologías científicos que forman parte de la intervención planificada (Woodhill & Röling 2000).

La importancia central que tienen los aspectos epistemológicos y los valores éticos en los procesos de aprendizaje colectivo mediante los cuales se da la co-producción de conocimientos agroecológicos sobre la base de una metodología transdisciplinaria hacen que lo que generalmente se denomina como manejo se convierta en gobernanza de los recursos naturales, ya que es este concepto de *gobernanza* el que designa la transformación societal y participativa de las normas, reglas y relaciones de poder que guían la gestión de los recursos naturales en la perspectiva de los proyectos emancipatorios de los movimientos sociales, campesinos e indígenas (Rist *et al.* 2006a). El hecho de que la investigación transdisciplinaria juegue un papel central en los resultantes procesos de aprendizaje social nos permite puntualizar que los procesos sociales se deben entender como algo multidimensional que abarca en forma simultánea la transformación de las competencias sociales, cognitivas y emocionales y los capitales sociales —específicos para cada actor social involucrado— en la perspectiva de la integración cooperativa y solidaria (Rist *et al.* 2006b).

Concluyendo, como hemos mostrado más arriba, la transdisciplinariedad surge de la propuesta de Edgar Morin de reintegración del sujeto que es desarrollada desde la complejidad, al pretender incorporar a la lógica de la complejidad la lógica de lo viviente (Morin, 1984: 324), que debe ser preservada de las formas coercitivas vinculadas a la imposición tecnológica convencional. Como señalamos respecto a la crisis ecológica dentro del proceso de recuperación de la agroecología:

El hombre respira sin conocer las leyes de la respiración ya que su saber biótico tiene la vida de la vida. La coevolución social y ecológica tienen la naturaleza de la naturaleza, por eso los sistemas de uso de la tierra que han sido desarrollados durante largos años de experiencia empírica y experimentación campesina han mantenido los mecanismos de su renovabilidad sin conocerlos. Pero la ciencia no tiene conocimiento del conocimiento por lo que está llegando a romper la coevolución social y ecológica [...] por ello humildemente, debe acercarse al campesino para aprender: la ciencia tiene que humanizarse y en su dimensión productiva, campesinizarse (Sevilla Guzmán y González de Molina, 1993:20).

O más genéricamente, como señaló Víctor Manuel Toledo: «no es posible aplicar ciencia y tecnología a la resolución del uso destructivo de la naturaleza

si no se examina, se revisa y se pone a prueba de manera paralela, la experiencia que representan las ciencias campesinas de carácter empírico, creadas y acumuladas a lo largo de la historia» (Toledo, 2003:176). Sin embargo, como pasamos a considerar la relación entre distintas epistemologías o formas de crear conocimiento, es algo sumamente difícil de alcanzar.

Definiendo la relación entre distintas formas de conocimiento desde la agroecología

Como se mencionó anteriormente, el conocimiento del campesinado, de los pueblos indígenas o de otros movimientos sociales no es solamente un insumo importante para la agroecología, sino que estas formas de conocimiento constituyen la base sobre la cual se articula el acompañamiento científico. La clarificación de las bases sobre las cuales se debería definir la relación entre las formas científicas y no científicas de conocimiento es por tanto de importancia fundamental.

Sin embargo, el debate sobre la relación de la ciencia con otras formas de conocimiento no es, como ya hemos empezado a adelantar, de fecha reciente. Desde el inicio de la época de la Ilustración las ciencias han entendido su papel esencialmente en la revisión formalizada y crítica de las diferentes formas de conocimientos no científicos, que según las épocas tenían denominativos distintos como supersticioso, romántico, ilusorio, irracional, simbólico, subjetivo, etcétera. Es por esto poco sorprendente que la relación entre ciencias y otras formas de conocimiento a menudo se reduce hasta hoy en día a la evolución o validación de los conocimientos no científicos con los criterios epistemológicos y metodológicos de las ciencias modernas.

No obstante, hoy día hay un reconocimiento creciente de que toda forma de conocimiento científico —incluyendo las ciencias naturales y sociales— es resultado de una producción social. Desde esta perspectiva, Eder (1996) puntualiza que *naturaleza* es una construcción social que se realiza en los tres niveles de lo cognitivo, lo moral y lo simbólico; de forma tal que la naturaleza representa un generador de significados (*signifier*) mientras que el elemento que asigna la calidad significadora a la naturaleza es la sociedad. Queda

Tabla 1: Tipología de las relaciones que se establecen entre ciencias y otras formas de conocimiento

Posturas de la ciencia frente a otros conocimientos	Características	Ejemplos
Desconocimiento	La ciencia ignora las prácticas y conocimientos extracientíficos.	La investigación veterinaria no considera válido investigar una posible relación entre un ritual y la fiebre aftosa en los Andes.
Utilitarista	Las partes del conocimiento extracientífico que pueden ser entendidas o usadas para acrecentar el capital de conocimientos científicos ortodoxos son incorporadas.	Conservación <i>exsitu</i> de germoplasma local, bioprospección. La aspirina se basa en una práctica documentada de los griegos que usaban un preparado de corteza de sauce para curar el dolor de cabeza.
Paternalista	El conocimiento tradicional como punto de entrada para luego mejorarlo científicamente.	La agrobiodiversidad milenaria del campesinado es mejorada con ingeniería genética fomentando agricultura anticampesina.
Esencialista	El conocimiento local es fundamentalmente superior que el occidental y no debería ser influenciado por cultura y tecnología occidentales.	«Volverse nativo», descartando contribuciones potenciales desde las ciencias occidentales, buscando crear reservas para indígenas.
Intercultural	La ciencia se reconoce como una forma de conocimiento entre otras; el conocimiento es producto de una construcción social e histórica; relación en marco de un diálogo de saberes que admite la inconclusión del conocimiento científico como base para un aprendizaje mutuo con otras formas de conocimiento.	Desarrollo de agricultura orgánica y biodinámica, medicina complementaria y tradicional, cronobiología (investiga interrelaciones entre constelaciones astronómicas y crecimiento de plantas); la justificación de esto radica en la evidencia de que en la práctica funciona, aunque las ciencias ortodoxas no tengan una explicación válida todavía.

Fuente: Rist (2005).

con ello claro que la sociedad tiene muchas maneras para dar significado al conocimiento científico en su relación con otras formas de conocimiento.

En la tabla 1 se resumen algunas de las relaciones más comunes que encontramos entre ciencias y otras formas de conocimiento. Hemos situado en la primera columna la posición generalmente adoptada por la ciencia ortodoxa cuando se ha encontrado históricamente con otras formas de conocimiento en su accionar; y en primera fila, las características del encuentro cuando la relación entre ambas epistemologías se ha producido, en primer lugar; y la especificidad del ejemplo utilizado, en segunda posición.

La tipología de la tabla 1 permite sustentar los siguientes tres aspectos fundamentales que hay que considerar cuando se intentan clarificar las bases sobre las cuales se relacionan las ciencias con otras formas de conocimientos:

1. El análisis de las bases sobre las que pueden interrelacionarse diferentes formas de conocimientos muestra que ello no es posible sobre una neutralidad de valores. Es decir, no es posible establecer una relación objetiva en el sentido científico entre diferentes formas de conocimiento; por el contrario, la relación solamente se puede establecer sobre la definición de una postura ética, de modo que sea ésta la que constituya el fundamento sobre el cual se puede definir el tipo de relación entre las ciencias y otras formas de conocimiento. Esto significa que una ciencia que se empieza a ocupar de otras formas de conocimientos tiene que integrar la dimensión ética —y por consiguiente también la interpretativa, normalmente de naturaleza cosmológica— al mismo proceso de investigación, lo que le dispensa de pretender producir un conocimiento objetivo y descontextualizado. De este modo se facilita tender un puente epistemológico que favorezca una comunicación con las comunidades extracientíficas, que también representan un conjunto articulado de conocimientos prácticos, normativos e interpretativos.
2. Resulta evidente que una postura intercultural es la más adecuada. Ello implica reconocer el carácter inconcluso de las ciencias no solamente en su dimensión práctico-tecnológica, sino sobre todo en cuanto al tratamiento poco reflexivo que se da generalmente con relación a sus dimensiones normativas y epistemológicas. El diálogo de saberes, por tanto, es parte de un proceso de interacción en condiciones de igualdad y respeto mutuo que busca la integración cooperativa y solidaria, teniendo en cuenta las articulaciones internas entre conocimientos prácticos, normativos e interpretativos que caracterizan las diferentes formas de conocimiento.
3. La postura intercultural implica reconocer que, debido a la interdependencia creciente entre las diferentes formas de conocimiento, prácticamente todas ellas muestran rasgos de influencia mutua. Esta característica hace cada vez más difícil que se puedan identificar los criterios fundamentales que permitan diferenciar un sistema de conocimientos de otro, ya que hablar de un sistema implicaría definir sus fronteras y sus componentes e interrelaciones internas de una manera nítida y distintiva. Si se toma en cuenta que desde la vida cotidiana no hay hoy en día un actor social que sólo tenga en cuenta un sistema de conocimiento, las limitaciones de querer definir unidades particulares de conocimiento se hacen aún más claras.

Para superar las limitaciones conceptuales de concebir conocimientos en el sentido de *sistemas*, preferimos hablar de *formas de conocimiento*, como un concepto más abierto y adecuado para captar las múltiples opciones de combinación y recombinación que se dan en el polílogo entre las formas de conocimiento que guían la interacción social. Considerar las formas de conocimiento significa dar más valor a los procesos de generación de conocimientos que a la clasificación de sus productos coyunturales. Esto es de importancia fundamental sobre todo para las formas extracientíficas del conocimiento agroecológico, ya que sus fuentes no están limitadas por lo que se ha fijado espacial y temporalmente (como ocurre en las ciencias ortodoxas), sino que se nutren del reservorio de conocimientos implícitos (Polanyi 1983) que proviene de las fuerzas vivas del universo que son accedidas mediante la intuición, inspiración, meditación y empatía con seres no visibles, como son ancestros o seres sagrados de la naturaleza (Millar. 1996). De esta manera se establece una epistemología agroecológica que ni rechaza ni santifica por principio las ciencias, sino que busca cómo transformar los actuales procesos que practican el trabajo científico desde la perspectiva de convertirlo en un proceso de coproducción de conocimientos en los espacios comunitarios y públicos, de modo que su articulación con las aspiraciones y proyectos del campesinado, pueblos indígenas y movimientos sociales esté garantizado a lo largo de todo el proceso de investigación. La base de esta epistemología agroecológica está constituida por el pluralismo metodológico y epistémico (Costa Gomes, 2005) basado en la complejidad ambiental.

[La complejidad ambiental] abre una nueva reflexión sobre la naturaleza del ser, del saber y del conocer; sobre la hibridación de conocimientos en la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad; sobre el diálogo de saberes y la inserción de la subjetividad, los valores y los intereses de la toma de decisiones y en las estrategias de apropiación de la naturaleza. Pero también cuestiona las formas en que los valores permean el conocimiento del mundo, abriendo un espacio para el encuentro entre lo racional y lo moral, entre la racionalidad formal y la racionalidad sustantiva [...] Aprender a aprender [la complejidad ambiental] implica una nueva comprensión del mundo que incorpora los conocimientos y saberes arraigados en cosmologías, mitologías, ideologías, teorías y saberes prácticos que están en los cimientos de la civilización moderna, en la sangre de cada cultura, en el rostro de cada persona» (Leff, 2000: 13).

Explorando las dimensiones epistémico-ontológicas del diálogo de saberes en agroecología

En la actualidad, las ciencias agrarias forman parte de un contexto paradójico. Por un lado, las ciencias especializadas de la agronomía, biología o economía y sociología rural, y sus aplicaciones al desarrollo rural, son responsabilizadas por una gama de problemas ecológicos, sociales y económicos. Por otro lado, estas ramas del conocimiento científico siguen siendo vistas como la esperanza para hallar soluciones para estos problemas.

Se vislumbra cada vez con mayor claridad que una salida de estas contradicciones solamente es posible si las ciencias logran superar el —ya viejo— paradigma de la iluminación según el cual la ciencia representa el único conocimiento racional capaz de dar respuestas positivas a los retos del desarrollo (Fals Borda & Mora-Osejo, 2004). No obstante, reconocer esto no significa que habría que olvidarse de las ciencias como tal. Los fuertes cuestionamientos de la forma actual de definir el rol y los patrones de aplicación de las ciencias naturales y sociales lejos de las necesidades y aspiraciones de los grupos sociales mayoritarios en el Norte como en el Sur, son considerados más bien como una oportunidad para seguir evolucionando e innovando las instituciones académicas tomando en cuenta los retos del siglo XXI.

Un primer paso para responder ante los mencionados desafíos desde el interior de las instituciones académicas es reconocer que cada ciencia, sea social o natural, está necesariamente enraizada en fundamentos normativos específicos. El hecho de que esto en la práctica quede generalmente implícito, sin embargo, no significa que las ciencias carezcan de cimientos ontológicos, epistemológicos y normativos bien definidos (Rist *et al.*, 2004; Delgado, 2004).

Reconocer los cimientos ontológicos y epistemológicos no solamente es un asunto de rigor científico, sino a la vez constituye uno de los puntos focales de las críticas societales de las instituciones académicas. Ya sea en cuanto a los debates en torno al modelo futuro de agricultura (agricultura mercantilizada basada en el uso de cultivos transgénicos versus agricultura indígena y orgánica basada en la coexistencia de economías de mercado y de reciprocidad), de la medicina (alopática versus alternativa) o de la economía (neoliberalización versus control social de los procesos económicos); lo que reclaman los actores sociales mayoritarios es una mayor participación en la definición de los fundamentos ontológicos, epistemológicos y normativos

del proceso de generación de conocimientos científicos, del cual resultan los diferentes escenarios de desarrollo socioeconómico, cultural y tecnológico.

En esta sección pretendemos profundizar en la conceptualización del *diálogo de saberes* mediante un ejemplo; a través del cual exploraremos algunas de las principales continuidades y discontinuidades que se presentan cuando pretendemos establecer un diálogo entre saberes entre la ciencia natural y aquella expresada y recreada en la vida de los miembros de una comunidad indígena aymará en los Andes bolivianos.⁷

Nuestro objetivo aquí es mostrar qué significa la construcción de un espacio para el diálogo de saberes desde una institución universitaria y comunidades indígenas aymará en la perspectiva de una coproducción de conocimientos agroecológicos que buscan la identificación conjunta de los elementos que permitan la integración cooperativa de formas de conocimiento indígena y científica como parte de un proceso de aprendizaje colectivo.

El manejo de los recursos naturales que desarrollan las comunidades del altiplano boliviano se basa, según nos cuenta Juan San Martín (1998), en un conjunto de conceptos espaciotemporales a través de los cuales conciben la vida y configuran su tecnología. De esta forma, la matriz cultural de su cosmovisión abarca todos los aspectos sociales, materiales y espirituales de su existencia, la cual pretende romper la separación establecida por el pensamiento hegemónico occidental entre naturaleza y sociedad. Los conceptos clave de su estrategia son *pacha*, *pachakamak* y *pachamama*.

Pacha hace referencia al espacio-tiempo de la vida que «incluye la noción de totalidad, universalidad, eternidad, sucesión infinita de momentos que fluyen de la realidad viviente, concreta, cualitativa». Además, permite percibir «todas las cosas mutuamente relacionadas [...] relativiza los cálculos antropocéntricos sobre edades, sobre límites territoriales uniendo más bien lo vital de la totalidad» (San Martín, 1998: 88).

Pachakamak es el ser vivificador de todo el universo, el que da la vida al cosmos «el que formó la Luz primaria de todo el que dio la Luz primera a

⁷ El ejemplo es parte de una iniciativa del centro universitario Agroecología Universidad Cochabamba (Agruco) que pertenece a la Universidad Mayor de San Simón en Cochabamba, Bolivia, que desde 1985 trabaja con un enfoque agroecológico que apunta a la construcción de puentes epistemológicos en una perspectiva transdisciplinaria (Rist *et al.* 1998).

todo. Esta sublime concepción de gran espíritu, constituye el hecho más notable, pues se trata del origen del universo inmaterial, en su propia naturaleza. Desde finales del siglo pasado, con la explicación cosmológica que ocupaba el Altar de Korikancha, gran templo del Sol en el Cuzco Tawantisuyano, hoy sabemos que se trata del Sol de soles» (San Martín, 1998: 89).

Finalmente, Pachamama, «es la Divinidad femenina principal, es la protectora y cuidadora por excelencia, a ella se le tiene respeto profundo por la tierra, reverenciándola continuamente, invocándola en casi todos los rituales y ofreciéndole pago mediante ofrenda por los bienes que se recibe de Ella. Dicho pago es un acto significativo para cada familia extensa propiciándola para que siga alimentando a sus hijos» (San Martín, 1998).

La etnoecología de comunidades indígenas

Un punto de entrada que desde las ciencias se ha revelado como fundamental es la etnoecología que desde una perspectiva orientada en los actores, trata de entender cómo actores sociales conceptualizan su entorno ecológico a partir de las categorías normativas e interpretativas culturalmente constituidas. En otras palabras, se establecía de qué manera las prácticas agroecológicas están interrelacionados con las nociones de tiempo, espacio, naturaleza y sociedad específicas de la cultura andina (Delgado, 2001; Rist, 2002; San Martín, 1997).

La relación indígena entre sociedad y naturaleza se hace visible cuando consideramos las acciones que emprenden en las comunidades luego de haber sido afectados por una granizada. Las granizadas pueden afectar de manera severa sobre todo la producción de patatas, que son un cultivo básico en la producción y reproducción de las comunidades campesinas. La granizada es interpretada como una señal de Pachamama (la madre de la tierra), que indica que en la comunidad se ha derramado sangre humana de manera violenta. Por esta razón, las autoridades encargadas de mantener balanceadas las relaciones entre la comunidad humana y la de los seres espirituales van de casa en casa para encontrar a los o las responsables del fenómeno climático. Una vez identificados son invitados a realizar, con el apoyo de las autoridades respectivas, una serie de rituales con la finalidad de apaciguar a la Pachamama, perdonándose así en el nombre de la comunidad por haber permitido esta ofensa (Van den Berg, 1990).

Tabla 2: Formas de interpretación de granizada en la perspectiva de indígenas aymará y en la de las ciencias naturales (traducido de Rist & Dahdouh-Guebas 2007)

Explicación indígena	Explicación científica
<p>Explicación: «La madre Tierra de acuerdo al trato que le damos los humanos. Si la tratamos bien, nos dará buena producción y protección para todos. Si la tratamos mal, desastres naturales pasan y afectan las cosechas».</p> <p>«Cuando se derrama sangre humana a raíz de violencia se presentan granizadas [...] juntos con los responsables tenemos que hacer rituales para calmar a la madre de la tierra».</p>	<p>La granizada se forma en nubes cumulonimbus a 5-7000 msnm. La dinámica térmica hace que la humedad suba hasta estas alturas, donde condensa formando gotas que por las temperaturas debajo de 0°C se congelan, cayendo a la superficie terrestre en forma de granizo. Un grano de 3 gramos puede alcanzar una velocidad de hasta 100 km/h al tocar la tierra, causando daños considerables en cultivos agrícolas.</p> <p>Es difícil predecir dónde caerá una granizada, de modo que es considerada en su ocurrencia local-espacial como un fenómeno casual.</p>
<p>La explicación enfatiza en la pregunta por qué ocurre una granizada en un tiempo-espacio específico. La interpretación se da en el marco de la admisión de una interrelación directa entre procesos naturales, suponiendo que la naturaleza es un ente inteligible. La relación entre naturaleza y sociedad es de tipo holista.</p>	<p>La explicación enfatiza en la pregunta cómo se da el fenómeno de la granizada. El marco explicativo parte de una separación del sistema natural y social. La naturaleza es percibida como un ente no-inteligible. Representa una explicación reduccionista y materialista que supone la independencia de procesos naturales y sociales.</p>

Fuente: traducido de Rist & Dahdouh-Guebas (2007).

Este punto de vista andino expresa la noción de la naturaleza como un ente inteligible que permite reaccionar en el ámbito natural con una caída de granizo como consecuencia de una conducta ética-moral determinada por parte de los miembros de la sociedad humana (véase tabla 2). De esta manera se vislumbra una cosmovisión según la cual la vida se configura y reconfigura continuamente como resultado de las dinámicas emergentes de la vida social, espiritual y natural. Los humanos, sobre la base de sus competencias sociales, cognitivas y emocionales, participan en el ámbito de la vida espiritual, estableciendo así una relación directa con los ámbitos de la vida social y natural. Es así que desde la vida espiritual se convierten en el ente articulador de los tres ámbitos de vida en que interactúan. En consecuencia, el espacio físico-natural se transforma en un paisaje viviente que constituye parte de un universo cognitivo-emocional en el cual conviven los humanos, animales, plantas, nubes, vientos, cerros, aguas, suelos y los muchos seres intangibles. El tiempo tiene naturaleza cíclica y hace que la vida, las estaciones del año, las estrellas y planetas, los periodos históricos o los recursos naturales estén en movimiento constante entre sus diferentes ámbitos de existencia. Mediante la reconfiguración permanente de las relaciones entre

los tres ámbitos fundamentales de la vida, la naturaleza o la Pachamama habla con los hombres (Rist, 2002).

La relación entre hombre y naturaleza muestra una idea clara de una coevolución entre los ámbitos de la vida social, espiritual y natural en la que los humanos son parte del universo que buscan entender continuamente. La no separación del hombre del ámbito de la vida espiritual y natural hace que el observador sea parte de los fenómenos observados, lo que le da la base para poder reaccionar desde adentro y desde sus propias potencialidades en un afán de evitar tipos de interrelaciones entre los ámbitos de vida que afecten sus aspiraciones concernientes a lo social, espiritual o material. La interrelación entre los tres ámbitos de vida no se da en una lógica determinista, sino que tiene que ser entendida más bien como un proceso de comunicación multidimensional y permanente (Delgado & Ponce, 2003).

Es importante mencionar que la cosmovisión andina no es esencialista-evolucionaria o determinista, ya que el concepto de *Pachamama* no obliga a los humanos a adoptar actitudes preestablecidas, sino que más bien invita a una observación y participación empática en las dinámicas emergentes de los diferentes ámbitos de vida como base de una reconstrucción inductiva y comunitaria de los patrones vinculantes de la vida material, espiritual y social.

La estrategia para prevenir las granizadas mediante la reconfiguración de la conducta ética de los humanos en el seno de la vida social demuestra cómo las tecnologías y prácticas sociales y productivas no pueden ser entendidas fuera de su marco interpretativo fundamental, y que éste se ve motivado sobre todo por una pregunta que enfatiza en el por qué de la granizada. De esta manera, se vislumbran elementos de una teoría epistémico-ontológica andina que admite la interacción directa entre lo material, lo biológico, lo social y lo espiritual.

Si bien es altamente necesario entender estas dimensiones epistémico-ontológicas de la cosmovisión andina, también es importante tomar en cuenta que las teorías epistémico-ontológicas de los indígenas o del campesinado se formulan de una manera completamente distinta a las teorías cognitivas que sustentan las ciencias ortodoxas. Raúl Iturra (1989), a pesar de referirse a un contexto rural muy distinto al andino, ha formulado esto de una manera precisa que también es válida para ese caso:

El saber del campesinado se aprende en la heterogénea ligazón entre grupo doméstico y grupo de trabajo. El conocimiento del sistema de trabajo, la epistemología, es el resultado de esta interacción donde la lógica inductiva es aprendida en la medida que se ve hacer y se escucha para poder decir, explicar, devolver el conocimiento a lo largo de las relaciones de parentesco y de vecindad. Al compararlo al saber letrado, la conducta reproductiva rural, es el resultado de una acumulación que no se hace en los textos, sino que directamente sobre las personas y los lazos que tejen (p. 135).

Por esta dimensión existencial de la teoría epistémico-ontológica de los indígenas aymará, es importante estar consciente de qué parte de ella aún se encuentra en un nivel implícito, de modo que no podemos asumir que los fundamentos epistémico-ontológicos de la cosmovisión aymará estén disponibles en el sentido en que la ciencia ortodoxa se referiría a un cuerpo de conocimientos explícitos y articulados en torno a la cuestión de qué es conocimiento y cómo se relaciona con los supuestos básicos acerca de los aspectos constitutivos de una noción de realidad. No obstante, esto no significa que las comunidades aymará no tengan interés en avanzar en un proceso de diálogo intraepistémico-ontológico en esta dirección. Como muestran las investigaciones respectivas, hay una clara tendencia a poner en valor las crecientes capacidades reflexivas que se van generando al interior de las comunidades indígenas (Loayza 1996; Rist 2002; Wachtel 1990).

La etnoecología de las ciencias convencionales

Los resultados del estudio etnoecológico acerca del tratamiento de la granizada han sido presentados y analizados con las comunidades indígenas participantes como parte del diálogo de saberes que mantiene Agruco con ellos. Al hacer esto surgió la pregunta sobre la acepción etnoecológica de las ciencias naturales que también se ocupa del estudio de la granizada. De acuerdo al conocimiento científico, la granizada es un fenómeno climático interpretado en el marco de una lógica de causalidad (Malberg, 2002). De esta manera, la explicación científica forma parte de una ontología de las ciencias modernas que de acuerdo a Guttenplan (1994:76) se refiere a un mundo que está constituido de partículas, átomos y moléculas gobernados

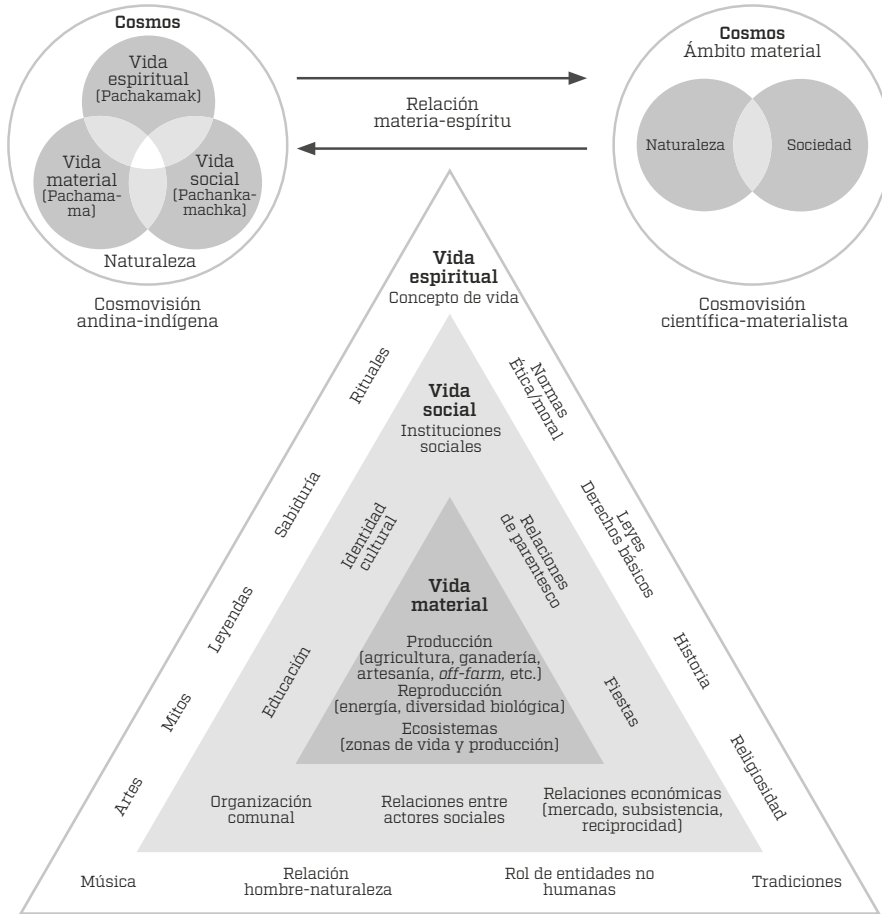
mediante leyes, que en su orden establecido y en un arreglo crecientemente complejo de materia energética, forman el mundo que experimentamos. Una visión de este tipo postula una autonomía interna de las leyes naturales frente a las acciones humanas. Si bien los sistemas naturales y sociales se influyen mutuamente, también son percibidos como dos sistemas autónomos que interactúan externamente, mientras que internamente obedecen a sus propias leyes independientes.

Los procesos naturales son percibidos como nointeligibles, de modo que en su funcionamiento interno no pueden ser influenciados por factores sociales o espirituales. Más allá de puntualizar que el fenómeno de la granizada en su expresión local y concreta es prácticamente imposible de predecir, de modo que es considerado como aleatorio, la ciencia no puede decir nada acerca de por qué una granizada ocurre en un determinado tiempo-espacio. Concluimos que la teoría epistémico-ontológica de las ciencias sociales implica poder explicar cómo se genera el fenómeno del granizo, mientras el por qué, en el sentido del interés de los indígenas, queda imposibilitado de dar una respuesta (véase tabla 2). Con relación al conocimiento práctico-tecnológico que se refiere a la previsión de daños por granizadas, la posición epistémico-ontológica de las ciencias naturales no puede hacer más que aceptarlos pasivamente en caso de que ocurran y protegerse materialmente contra ellos.

Considerar los fundamentos ontológicos de la etnoecología ayuda a clarificar también en qué relación se posicionan las ciencias sociales frente al conocimiento indígena. La etnoecología, que forma parte de la antropología cognitiva de acuerdo a Ingold (1992:40), representa una ontología dualista que supone que las personas no pueden ni saber ni actuar sobre su medio ambiente en forma directa, ya que sólo lo pueden hacer de manera indirecta mediante sus representaciones culturales sobre este medio. Este supuesto se fundamenta profundamente en una percepción cognitivista de las ideas de los humanos y refleja así un fundamento ontológico clave de la cultura occidental.

El ejemplo del encuentro de las formas de conocimiento científico (natural y social) con aquéllos de las comunidades indígenas revela las continuidades y discontinuidades epistémico-ontológicas fundamentales. Las tres formas de conocimiento coinciden en la existencia de tres ámbitos fundamentales de la vida, que son las esferas del mundo social, natural y espiritual (véase figura 1).

Figura 1: Aspectos básicos de la cosmovisión andina-indígena en una perspectiva intercultural



Fuente: traducido de Rist y Dahdouh-Guebas (2007).

Sobre las perspectivas agroecológicas de investigación

Como hemos señalado en la introducción, pretendemos aquí dar continuidad a trabajos anteriores respecto a la sistematización de los métodos y técnicas

de la agroecología introduciendo la biodiversidad sociocultural; es éste el motivo por el que hemos partido de explorar previamente la transdisciplinariedad, las relaciones entre la ciencia y otras formas de conocimiento, y finalmente las dimensiones epistemológicas y ontológicas del diálogo de saberes, mediante una ejemplificación indígena aymará.

En la tabla 3, que presentamos a continuación, aparecen situados en la primera columna vertical los distintos niveles de análisis que, en nuestra opinión, utiliza normalmente la agroecología para cruzarlos con las tres perspectivas de investigación, que se sitúan en la primera fila. Aunque las unidades de análisis de la agroecología que aparecen en la primera columna tienen una naturaleza espacial, también constituyen espacios socioculturales de explo-

Tabla 3: perspectivas agroecológicas de investigación

Niveles de análisis	Perspectivas		
	Distributiva [productiva]	Estructural (desarrollo)	Dialéctica [movimiento social]
Explotación o predio familiar	Investigación participativa «de acompañamiento» en predios; eventualmente complementada con ensayos en «estación experimental». Diagnóstico clínico predial).	Historia predial e historias de vida personales y familiares	Desarrollo participativo de tecnologías productivas, económicas, sociales y culturales en finca
Racionalidad de manejo (Estilo de manejo)	Observación sociológica y antropológica clásica (enfoque cualitativo y actor-orientado).	Grupo de Discusión (formas locales de gobernanza de RN)	Estrategias participativas de diseminación (campesino a campesino, visitas intra e intercomunales)
Comunidad local	Diagnóstico rural rápido y revalorización de formas locales de gobernanza de RN.	Observación participante hacia la dinámica de IAP.	Diagnóstico Participativo y talleres de futuro.
Sociedad local	Transecto y talleres para la promoción de innovaciones locales.	Grupo de discusión (caracterizador de discurso).	Estrategias participativas de Articulación, negociación y lucha
Sociedad mayor	Apoyo a procesos de negociación y aprendizaje social con sociedad local (planificación rural convencional).	Diseños participativos de Desarrollo Endógeno	Socioanálisis de Grupos Asamblearios
Nivel de análisis genérico	Encuesta.	Entrevista.	Asamblea en dinámicas de IAP.
Enfoque metodológico	Multidisciplinario.	Interdisciplinario-transdisciplinario.	Transdisciplinario.
Énfasis en ...	Predio-producción	Organización social y aspectos normativos	Transformación de formas de gobernanza y distribución de poder

ración agroecológica; éstos son la explotación o predio; el estilo de manejo de los recursos naturales (grupo de agricultores con análoga tecnología, aproximada inserción en el mercado y similares proyectos de reproducción social. Cf Sevilla Guzmán y Gonzalez de Molina, 1993: 76-86; Ploeg, 1994; y Guzmán *et al.*, 2000: 82-85); la comunidad local (o núcleo de población vinculado a un territorio administrativamente dependiente de él); la sociedad local (cuenca o comarca significativamente homogénea, que incluye normalmente a varias comunidades locales); y la sociedad mayor (región, provincia o estado-nación). Volveremos a considerar tales locus socioculturales en los epígrafes finales, cuando desarrollemos teóricamente el referido cuadro.

Las tres últimas filas de la tabla 3 hacen referencia a aspectos genéricos de las perspectivas de investigación, como son: (a) la técnica más representativa de cada una de dichas perspectivas, de acuerdo a la naturaleza de los datos obtenidos, que hemos denominado nivel genérico de análisis, dado que en cada uno de los cinco niveles de análisis diferenciados, es posible utilizar la técnica referida; (b) el enfoque metodológico prevalente en cada perspectiva, donde puede apreciarse el paso de la multidisciplinariedad hacia la transdisciplinariedad, como analizaremos con cierto detalle más adelante; y (c) la acción agroecológica prevalente en cada perspectiva en lo que respecta a la naturaleza que adquiere la coproducción comunal y pública de conocimientos desarrollada.

La información obtenida por los métodos y técnicas que aparecen en cada una de las casillas del cuadro deberán ser, en general, contextualizadas con los antecedentes de investigación existentes sobre el agroecosistema predial, de la comunidad local, de la sociedad local (rural o urbana) estudiada o con la información histórica necesaria para una comprensión cabal del problema considerado. Según la procedencia de los datos utilizados, tanto las técnicas como los métodos suelen clasificarse en primarios, cuando son producidos en el propio proceso; o secundarios, si han sido generados previamente en otra investigación o preceden a estadísticas o documentación. En realidad, los métodos y las técnicas, en el curso dinámico de una investigación, aparecen revestidos por el pegamento de la teoría; de forma tal que es difícil diferenciar cuando comienza uno y termina otro. En definitiva, se trata de un proceso de operativización que se mueve transformando un objeto de representación en un objeto de conocimiento, como esperamos mostrar al definir el concepto de *perspectiva de investigación* en agroecología.

Probablemente una de las contribuciones más importantes de la sociología española al pensamiento social del siglo xx sea lo que puede definirse como la Escuela cualitativista de Madrid. Surge ésta en el último tercio de la pasada centuria en torno al excelente trabajo de Jesús Ibáñez (1979, 1985; 1994: 51-85) y a la praxis intelectual y política de Alfonso Ortí (*cf.* 1984, 1986 y los trabajos de ambos en Ferrando *et al.*, 1994). Una de las aportaciones más interesantes de este grupo, su conceptualización de las perspectivas de la investigación en ciencias sociales, fue ampliada en su enfoque, haciéndolo extensible a la agroecología a través de las referidas investigaciones en las que ésta se basa y en las que el grupo de Jesús Ibáñez llegó, en cierta forma, a participar.⁸ Fue Jesús Ibáñez (1994: 51-85) quien, a partir de Pierre Bourdieu, reflexionó sobre la naturaleza de la indagación científica con base en la diferenciación de tres niveles que, si los articulamos en torno a la agroecología como campo de análisis, pueden cristalizar en una reflexión sobre las siguientes tres preguntas: ¿cómo debe desarrollarse el manejo de los recursos naturales y qué tipo de conocimiento permite llevarlo a cabo? (nivel tecnológico o empírico); ¿por qué debe desarrollarse así el manejo y quién decide cómo se desarrollan las formas de conocimiento que permiten su implementación? (nivel metodológico); y ¿para qué, para quién y sobre qué tipo de supuestos cognitivos fundamentales (ontología) se desarrolla este tipo de manejo? (nivel epistemológico-ontológico).

Así, abriendo el espacio de la investigación social hasta el pluralismo (transdisciplinar primero, y epistemológico-ontológico después), de la agroecología aparecen igualmente tres niveles de indagación o perspectivas de investigación que, manteniendo las denominaciones propuestas por Jesús Ibáñez, llamaremos *distributivo*, *estructural* y *dialéctico*. Cada una de estas tres perspectivas vendrá definida por la naturaleza de las técnicas utilizadas, que dependen de la posición que ocupa tanto el sujeto como el objeto de la

⁸ Desde los inicios del «grupo agroecológico» (generado a través de su participación en el Instituto de Sociología y Estudios Campesinos (ISEC, que desarrolla su actividad en las universidades de Córdoba e Internacional de Andalucía), allá por el comienzo de los años noventa, Alfonso Ortí y Luis Enrique Alonso aportaron, a través de su docencia, el enfoque cualitativo a la configuración de la metodología agroecológica que iba generando este grupo. Sin embargo, la contribución central a la transdisciplinaridad de la metodología agroecológica aparece ya en la obra de Jesús Ibáñez *Más allá de la Sociología*.

investigación en cada una de ellas. Cuando Jesús Ibáñez (1996: 57) afirma que «en toda situación de interacción verbal se pone en juego un contexto situacional o existencial (plano de la enunciación) y un contexto convencional o lingüístico (plano del enunciado)», nos ofrece un soporte teórico en el cual nos basamos para explicar la compleja red de relaciones que se establece cuando intervenimos en un espacio de la realidad con pretensiones de iniciar un proceso de investigación.

Teóricamente, la dinámica metodológica completa del proceso de construcción agroecológica de la nueva realidad es la siguiente: primero, tan solo el cambio productivo hacia la dirección de una agricultura de base ecológica; después, el socioeconómico mediante la consolidación de tal agricultura participativa a través de la obtención del control de todo el proceso de circulación con la incorporación de los sectores no agrarios de la economía local; y finalmente, la transformación sociocultural y política, mediante el cambio de las estructuras de poder, con la utilización del potencial endógeno —ya rescatado y reconstruido, o generado como algo nuevo allá donde no existiera históricamente.

Así, tales modos de abordar la problemática del manejo de los recursos naturales son pensados e instrumentalizados desde una triple perspectiva: ecológicoproductiva, socioeconómica y sociopolítica, respectivamente. No son éstos excluyentes, sino que pretenden constituir niveles acumulativos que permitan una indagación-acción cada vez más profunda de y en la realidad. El nivel primero de los aquí abordados, el distributivo de la exploración-acción agroecológica es aquel que se mueve en un espacio puramente productivo, que hemos caracterizado como *dimensión ecológica y agronómica* de la agroecología y que en otro lugar conceptualizamos como *ecoagricultura*.⁹ Incluye ésta tanto las agriculturas de base ecológica del norte (las agriculturas orgánica y biológica de IFOAM; la biodinámica de Steiner; la natural de

⁹ Definimos allá *ecoagricultura* como el conjunto de formas alternativas al manejo industrial de los recursos naturales que han desarrollado tecnologías de naturaleza ecológica, en el sentido de pretender proporcionar el acceso a los medios de vida intentando restituir, en la medida de lo posible, el inevitable deterioro causado por la artificialización de la naturaleza. Las adjetivaciones *centro-periferia* se refieren a la acepción vulgar *desarrollo-subdesarrollo* atribuida a los Estados-nación. Las acepciones *norte* y *sur*, en este contexto, se refieren a zonas pobres-ricas dentro de un mismo país o espacio socioeconómico.

Fokuoca; y la permacultura de Mollison, entre otros estilos modernos) como los estilos de agricultura de base ecológica del sur o agriculturas tradicionales campesinas o indígenas que —tanto en el centro como en la Periferia— han probado su sustentabilidad histórica empíricamente (Sevilla y Ottmann, 2000:185-207), al caracterizar la *raíz ecológica del manejo agropecuario y forestal de la agroecología*.

El nivel estructural de la investigación agroecológica se refiere a la agroecología como proceso socioeconómico hacia la obtención del óptimo nivel de vida permitido por los recursos existentes; es decir, como estrategia participativa para obtener la sustentabilidad a través de formas de acción social colectiva (Sevilla Guzmán, 2000: 35-45). Finalmente, el nivel dialéctico, en el que la investigación-acción participativa rompe la estructura de poder sujeto-objeto de la metodología científica, provocando lo que Tomás R. Villasante denomina la rebelión del laboratorio, generando la posibilidad de un cambio en acciones sociales dentro de sucesos de actuación como analizadores históricos (Delgado y Gutiérrez, 1995:400).

La perspectiva distributiva como génesis de la coproducción agroecológica

La perspectiva distributiva puede ser definida como aquella forma de indagación que busca la creación de un espacio que permita procesos colectivos de aprendizaje con los que se pueda iniciar una coproducción de conocimientos de naturaleza pública y comunitaria, en la que el papel central lo juegue la caracterización sistemática del conjunto de datos obtenidos de la realidad para describirla en forma que sea posible entender la situación de los hechos, sean éstos sociales o naturales. Se trata de medir, con toda la sofisticación que las herramientas de que disponemos nos permitan, los fenómenos y las relaciones entre fenómenos, para expresarlos cuantitativamente, con el mayor rigor posible y, en los casos que ello pueda hacerse, con apoyo estadístico. Se sitúan aquí el conjunto de conocimientos de las matrices socioculturales intervinientes: por un lado, de la identidad en que se inserta el conocimiento campesino y los contenidos históricos con que interactuemos; y por otro, de las «ciencias» agrícolas, pecuarias y forestales en sus aspectos técnicos respecto al funcionamiento de los recursos naturales.

Se trata de iniciar el proceso de coproducción comunitaria y pública de conocimiento propio de la agroecología iniciando una forma de indagación en la que se vaya transformando la relación sujeto-objeto propia de la ciencia agronómica convencional que hace que la posición que ocupa el investigador sea externa a la situación que se quiere investigar. Aunque todavía aquí, en la perspectiva distributiva, nos movemos en un espacio puramente productivo o empírico; generándose un tipo de datos con carácter técnico-agronómico; tales tecnologías sólo nos son válidas cuando no degradan significativamente los recursos naturales, como es el caso de aquellas tecnologías convencionales que no utilizan agroquímicos u otras tradiciones próximas a la agricultura ecológica. Agronómicamente, es el momento de la caracterización sistemática de los agroecosistemas desde las dos identidades socioculturales que inician un proceso de interacción. En el estadio de sustitución de insumos de los procesos de transición de agricultura convencional a agricultura ecológica, es el momento de rescate de técnicas obtenidas desde la Agronomía Científica convencional; donde las metodologías desarrolladas en las estaciones experimentales y sus tecnologías —si son ecocompatibles— se abren hacia procesos de participación.

La coproducción comunitaria y pública de conocimiento que pretende la agroecología en su perspectiva distributiva intenta corregir la reproducción de la realidad físico-biológica que la ciencia agronómica convencional pretende realizar; sea ésta en su laboratorio agronómico de las estaciones experimentales, o en su realidad socioeconómica de la encuesta a campo. La herramienta que permite generar un contexto de control de tal reproducción la constituye la acción participativa entre los actores implicados al eliminar la estructura de poder que convierte al productor en objeto y al investigador en sujeto del proceso generador de información.

En el primer caso, en la estación experimental, el conocimiento se crea en un proceso que se desarrolla en el contexto de los diseños de proyectos agronómicos experimentales estableciendo el conjunto de simplificaciones que dicten los especialistas de las diferentes disciplinas para detectar las interrelaciones existentes entre las variables seleccionadas. Se pretende así obtener las características deseables en los procesos biológicos analizados mediante sus selecciones técnicas, y alcanzar los resultados cuantitativos deseados (generalmente buscando una mayor producción o un mayor ingreso). Normalmente son éstas las variables relacionadas con el clima, los factores

biológicos, las condiciones del suelo y demás componentes de la naturaleza que son controlados en una estación experimental para, desde ella, aportar a los problemas una solución que será entregada más tarde por los extensionistas a los agricultores, que no tendrán que hacer sino aplicar tales soluciones técnicas generadas en los laboratorios.

En el segundo caso, es decir, mediante la reproducción sociológica a campo a través de encuestar a los productores y desde ellos mismos obtener los datos necesarios para entender la realidad agropecuaria y forestal, el proceso de producción de conocimiento tiene análoga naturaleza al de la estación experimental. En efecto, el investigador que encuesta es el sujeto del proceso de producción de conocimientos al establecer los límites de la realidad recreada en el cuestionario por él confeccionado. El productor encuestado es el objeto de investigación, al limitar su participación en el proceso a una mera respuesta a las preguntas establecidas; sujetas además a una supuesta correcta interpretación. Con ello se está obviando que las contestaciones del entrevistado forman parte de un proceso sociocultural productivo que para su correcto funcionamiento requeriría de su previa participación en el establecimiento de la arbitraria parcela de realidad que pretendemos recrear: el cuestionario.

En efecto el proceder de la encuesta, como define en forma sutil y profunda Jesús Ibáñez (1979: 29), es el siguiente: «La encuesta es una técnica que sólo permite captar “enunciados de observación” de enunciaciones (la respuesta captada es un enunciado de observación, de la observación realizada por el entrevistador de la respuesta enunciada por el entrevistado)».

Como vemos, la información que puede proporcionar la encuesta es harto limitada, ya que sólo registra como datos aquellos que produce. Cuando tales datos tienen un carácter objetivo cuantificable —como el número de hectáreas de una finca, los cultivos que la integran, el número de personas que trabajan en cada uno de ellos, etcétera—, tal información resulta de una gran utilidad y no es equívoca. Deja de ser así cuando los cuestionarios recogen opiniones y actitudes, ya que los datos (enunciados de observación) son contruidos por quien confecciona el cuestionario y apuntados activamente por el entrevistador, quien interpreta la respuesta enunciada del entrevistado y a la vez la capta fuera su realidad, alejada del proceso sociocultural productivo del entrevistado.

Al actuar así, las ciencias agronómicas convencionales ignoran la existencia de «un agricultor específico en un terreno específico, en un año específico»

(Richards, 1985: 40); es decir, se mueven en un discurso coactivo ya que, aunque proporcione un importante acervo de conocimientos cuantitativos sobre el funcionamiento de los recursos naturales, éstos han sido obtenidos mediante una relación asimétrica de poder. Desde la sociología podría decirse que esta perspectiva nos permite hablar de hechos sociales que «se explican, se registran, correlacionan, cuantifican y estructuran mediante censos y/o encuestas estadísticas formalizadas» (Alfonso Ortí, 1996: 189-190), ya que la agronomía convencional registra sus datos mediante una producción de análoga naturaleza; es decir, con una interacción verbal que prácticamente es inexistente, por lo que el plano del enunciado es reconstruido por el investigador.

La acción participativa que introduce la agroecología pretende evitar la reducción de este proceso a una mera operación técnica, tal como actúa la agronomía convencional al atribuir al manejo de los recursos naturales una secuencia fija de procesos de trabajo sustrayéndolos del tiempo y del espacio, y sobre todo de la matriz sociocultural en la que cobran sentido (Iturra, 1993: 135-152). ¿Es posible moverse en un discurso puramente tecnológico desde el nivel distributivo sin perder la naturaleza de la identidad sociocultural generadora del acervo de conocimientos sobre el funcionamiento de los recursos naturales que pretendemos registrar? Creemos que sí; aunque ello dependa de la naturaleza sociocultural del productor, por un lado, y del contexto relacional del acompañamiento.

Es importante dejar claramente establecido que la estrategia agroecológica se desarrolla con la utilización del «conocimiento y algunos de los inputs desarrollados por las ciencias agrarias convencionales y la experimentación acumulada por las tecnologías e instituciones agrarias occidentales» (Altieri, 1985, 1990). Ello resulta a todas luces insuficiente, ya que, como veremos más adelante, para mejorar tanto los agroecosistemas tradicionales como los modernos necesita combinarse con el conocimiento obtenido de los sistemas agrarios que históricamente han probado su sustentabilidad. Así pues, la perspectiva distributiva se mueve en un plano ecológico productivo en el que, partiendo del conocimiento sustentable de los campesinos, utiliza aquello de las ciencias agrarias que es compatible con el medio ambiente, para además tratar de generar un diseño de agroecosistemas sustentables.

La primera técnica distributiva incluida en el cuadro sistematizador, en la unidad de análisis predial, es la investigación participativa de acompañamien-

to, que supone la caracterización sistemática del funcionamiento del manejo predial de los recursos naturales, pretendiendo aceptar su gobernanza, tal como ha sido definida más arriba. La eventualidad de un apoyo científico desde la estación experimental sólo aparecerá si surge del contexto relacional del acompañamiento realizado. Aparece también aquí el *diagnóstico clínico ecosistémico predial*, que en un esfuerzo de síntesis puede definirse como la recogida y análisis sistemático de la información predial con de fotogrametría y computación que permitan medir las unidades biogeoestructurales, hidroestructurales, tecnoestructurales y socioestructurales, que a efectos analíticos diferenciamos en dicho ecosistema.¹⁰ Para obtener un resultado agroecológicamente distributivo resulta imprescindible un reconocimiento a campo dentro de la dinámica de acompañamiento.

La observación sociológica y antropológica clásicas constituyen la técnica situada en el nivel de análisis *estilo de manejo*, que dependiendo de la naturaleza de la forma social de explotación (basado en la conceptualización inicial de Sevilla Guzmán y González de Molina, 1993:78), implicará una heterogeneidad de manejos o una homogeneidad dictada por una cosmovisión, como es el caso de comunidades indígenas como la aymará.

En el nivel de análisis de comunidad local situamos en primer lugar al diagnóstico rural rápido (técnica histórica en el contexto del Farming System Research: *cfr.* Guzmán *et al.*, 2000:164-166) como taller de generación de información endógena de los ecosistemas analizados, obtenida participativamente de un conjunto de agricultores de la comunidad local estudiada. Su grado de agroecologización dependerá de la naturaleza del acompañamiento y, por tanto, de la profundidad de la reflexión comunitaria sobre la problemática agropecuaria y forestal en sus aspectos técnico-productivos para obtener el conocimiento básico de los agroecosistemas. Donde la naturaleza agroecológica aflora claramente es en la revalorización de formas locales de gobernanza, técnica sólo aplicable en formas sociales de explotación en las

¹⁰ Utilizamos, adaptada a las necesidades del enfoque agroecológico, la metodología desarrollada por Juan Gastó (*cfr.* Gastó, J., Gallardo, S., Rodrigo, P., Melo, E. y Fleishman, M. 1987; y Gastó, J., Cosío, F. y Panario, D., 1993, 1995) que cuenta con una vasta experiencia práctica en las facultades de agronomía españolas (escuelas técnicas superiores de ingeniería agronómica), donde el diagnóstico clínico del territorio fue introducido en los años ochenta por el citado profesor chileno como resultado de la interacción académica entre las universidades de Córdoba y Católica de Santiago de Chile.

que se mantienen rasgos claros de las identidades originarias que artificializan los ecosistemas desde las cosmovisiones de etnicidades profundas, a pesar de la erosión sociocultural sufrida desde la etapa colonial.

Los clásicos levantamientos agrológicos para establecer las unidades de mapeo y para correlacionar los suelos, propios de la ingeniería civil y de las ciencias del suelo convencionales, adquieren una significación especial en procesos de acompañamiento caracterizador desde la identidad local, constituyendo el transecto agroecológico situado en el nivel de análisis societal distributivo, al ampliar su enfoque al ecosistema global de la sociedad local considerada. Junto a éstos, hemos incluido en esta casilla distributiva a los talleres potenciadores de la innovación local, que permiten revalorizar la experimentación campesina o indígena, mediante técnicas de reconocimiento identitario al desarrollo del potencial endógeno de naturaleza productiva (Rist y Brueschweiler, 2005).

Concluimos las técnicas distributivas incluidas en el cuadro 1, con las acciones de apoyo a procesos de negociación y aprendizaje social que tienen lugar como consecuencia de los procesos de ajuste entre las siguientes subculturas: la de los agricultores que buscan una transición a agricultura de base ecológica (con un conocimiento empírico) y los agentes de extensión (con una formación desde la ciencia); la rural (de los campesinos) y urbana (de los investigadores), en caso de encontrarnos en un espacio sociocultural relativamente homogéneo; y la indígena (de una etnicidad que no haya visto completamente erosionada su cosmovisión e identidad histórica) y técnico-académica (de los miembros de la ONG o institución investigadora), en los inicios de la coproducción pública y comunitaria de conocimientos que persigue la agroecología.

La perspectiva estructural como generadora de discursos para la participación

La perspectiva estructural consiste en el intento de explicar las relaciones existentes entre los fenómenos analizados, en términos de la percepción de los sujetos intervinientes en ellos, a través de sus discursos. Se genera así una información cualitativa que dota de sentido sociocultural a los procesos generados en la realidad, sean naturales o sociales. Es ésta una fase impres-

cindible en la estrategia agroecológica, donde comienza a consolidarse el proceso de coproducción comunal y pública de conocimientos; para lo cual resulta imprescindible generar el espacio relacional donde tengan lugar la negociación y el aprendizaje colectivo que permitirá la defensa de los bienes ecológicos comunitarios (aire, agua, tierra y biodiversidad) desde la pluralidad epistemológico-ontológica de los grupos participantes. Ello requiere conocer sus discursos colectivos para desvelar las bases cognitivas de las formas de conocimiento intervinientes.

En las ciencias sociales, la técnica de obtención de datos utilizada tradicionalmente como ilustrativa de la perspectiva estructural es el grupo de discusión. Probablemente la persona que mejor ha caracterizado las bases teóricas y metodológicas de esta técnica sea Alfonso Ortí (1994:189-221), quien considera que

situados en la divisoria entre lo psicológico y lo sociológico, los grupos pequeños o grupos restringidos configuran aquella privilegiada perspectiva que permite [...] captar e interpretar —al mismo tiempo— [...] una vivencia colectiva [...] y observar experimentalmente los comportamientos y las producciones. Trasladada al terreno de la investigación motivacional con finalidades sociológicas [...] la práctica de la llamada dinámica de grupo (en su sentido más laxo en impreciso) se convierte —y reestructura— en la técnica cualitativa de aproximación empírica a la realidad social denominada reunión de grupo, discusión de grupo, o también entrevista de grupo. Se trata en este caso, aclaremos ante todo, de una práctica *sui generis*, con peculiaridades propias, que en realidad poco o nada tiene que ver con lo que se entiende —de forma rigurosa— como *dinámica de grupo* en el ámbito de la psicología de los pequeños grupos.

En realidad, la dinámica de grupo generada en este tipo de reuniones y que definimos aquí como grupo de discusión aparece configurado por y para la investigación sociológica motivacional, siendo «fundamentalmente pragmático, macrosociológico y extragrupo: el grupo tan sólo interesa como medio de expresión de las ideologías sociales, como unidad pertinente de “producción de discursos ideológicos”» (Ortí, 1994: 216).

La perspectiva estructural constituye un elemento central para la agroecología, surgida como crítica a la agricultura convencional que ignora los sujetos sociales vinculados al manejo de los recursos naturales. Dicha igno-

rancia es consecuencia del proceso de cientifización a que se ha visto sometido el manejo de recursos en los últimos siglos y que ha desembocado en la construcción de un modo industrial de uso de los recursos naturales; que deteriora gradualmente tanto a éstos como a la sociedad. En efecto, en el contexto de los procesos de transición agroecológica del manejo industrial al de base ecológica de los recursos naturales, el discurso de los actores vinculados es incorporado por la agroecología a través del grupo de discusión, la entrevista y demás técnicas dentro de las metodologías cualitativas. Con dicho conocimiento de las tecnologías locales —en general subsumidas en hibridaciones de manejo—, es posible articularlas con técnicas participativas; y al hacerlo, comienza a construirse una alternativa al fracasado modelo de agricultura industrializada.

En el cuadro 3 presentamos, en la columna correspondiente, las técnicas que consideramos más adecuadas dentro de esta perspectiva estructural. En primer lugar situamos una técnica socioantropológica que pretende iniciar el proceso de incorporación del conocimiento local al manejo de la finca o explotación: la historia predial. El conocimiento de los sistemas de cultivo desarrollado en el pasado —y con ello, de las soluciones prácticas incorporadas por los «agricultores aún no industrializados» a través de técnicas de historia oral en cada finca, es el primer paso para alcanzar una agricultura participativa.

La historia predial puede definirse como la reconstrucción a través del tiempo de la secuencia de formas de manejo acaecidas en la explotación, intentando analizar su dinámica en el contexto de la sucesión ecológica atravesada por el territorio al que pertenece. El papel desempeñado por la historia predial en la investigación agroecológica es análogo al desarrollado por los estudios de caso en las ciencias sociales. En general este método, con técnicas de registro desarrolladas desde la historia oral y el análisis de documentos del pasado, constituye parte de una investigación más amplia en la que se quiere profundizar respecto a determinados aspectos significativos de una unidad de análisis más amplia estudiada. Desde el punto de vista del diseño agroecológico de sistemas productivos, «la historia predial es relevante para conocer el punto de la sucesión ecológica en que se encuentra el agroecosistema predial, utilizando tal situación para, mediante la contrastación virtual con el “ecosistema natural” correspondiente, diseñar

la forma de manejo más adecuada» (Guzmán, González de Molina y Sevilla Guzmán, 2000: 178).

La «historia predial es una adaptación, a los fines de la agroecología, de la historia de vida que, en realidad, surge de la práctica antropológica»¹¹ cuando es realizada en equipo e intenta una caracterización ecosistémica, como es el caso del análisis de Sidney Mintz de los obreros agrícolas como parte del campesinado que, al estudiar a un sindicalista, trabajador de la caña, esboza una interpretación medioambiental del conocimiento local campesino o indígena.¹² Sin embargo, la historia de vida personal o familiar constituye una importante variante agroecológica de gran valor para el conocimiento de las culturas indígenas en su dimensión epistémico-ontológica (Rist, 2002), en el camino para obtener el diálogo de saberes.

Concluyendo, es muy variado el papel que pueden jugar las historias prediales, de vida personal y familiar en la investigación agroecológica. En este sentido, el análisis agroecológico a través de estas metodologías puede explorar diferentes unidades de análisis. Así, el conocimiento desde la comunidad local hasta la sociedad mayor, pasando por las sociedades locales, puede ser abordado mediante el establecimiento de las historias de vida

¹¹ La historia predial llega a la agroecología desde la antropología ecológica que, en sus inicios, estudió casos vinculados a los procesos de trabajo en determinados cultivos y a la posición de clase surgida de tales situaciones. La investigación pionera en este sentido fue la dirigida por Julian H. Steward, *Gente de Puerto Rico*, a final de los años cuarenta, donde mediante diferentes estudios de caso se pretendía caracterizar globalmente la sociedad, tanto rural como urbana, del conjunto del país. La estrategia metodológica se basó en trazar sobre la sociedad mayor estudiada cortes horizontales (como cultivos clave, explotación del trabajo en sus faenas, clases sociales vinculadas a ellos) y cortes verticales (como comunidades, barrios o minorías étnicas u otras formas sociales de naturaleza grupal), que serán después agrupados en estudios de caso. El equipo que realizó este trabajo estaba integrado por investigadores clave de lo que se conoce como la tradición intelectual de los Estudios Campesinos (Newby y Sevilla Guzmán, 1983: 146-153), que configuró finalmente la agroecología.

¹² Aquella conceptualización primera fue completada más tarde por sus análisis históricos sobre el campesinado caribeño donde, en cierto sentido, se esboza una definición agroecológica de *campesinado* (Sevilla Guzmán, 1997: 43-45). Estos trabajos han tenido una clara repercusión en el desarrollo de la agroecología; sobre todo en las investigaciones relacionadas con la existencia de un campesinado sin tierra (González de Molina y Sevilla Guzmán, 1993) y con la conformación de una agroecología específicamente andaluza generada por ése (Guzmán Casado *et al.*, 2000: *passim*).

prediales, personales y familiares seleccionadas adecuadamente en cada uno de sus agroecosistemas más significativos. Como consideraremos después, en la perspectiva dialéctica —en el caso de dinámicas generadas ya desde la investigación acción participativa, de transición de agricultura convencional a agricultura ecológica—, la historia predial puede jugar un papel relevante en la búsqueda de procesos de diseminación agroecológica para promover elementos de reflexión que movilicen hacia el cambio intercultural; obteniendo así elementos de transformación social vinculados a los tecnológicos, de naturaleza ecológica, que posibiliten el paso del manejo a la gobernanza de los recursos naturales.

Los niveles de análisis de racionalidad o estilo de manejo y de comunidad local son una posición ideal para preparar el terreno de los diagnósticos grupales, a través de la entrevista y el grupo de discusión. En ambos casos es posible ver la caracterización del manejo local de los recursos naturales desde los propios sujetos, obteniendo a través del grupo de discusión técnico-agronómico los aspectos tecnológicos, y mediante la entrevista los socioculturales; para la incorporación de las soluciones de los propios agentes implicados en cada comunidad. Esta tarea podrá realizarse a través de los diagnósticos rurales participativos (como veremos después, al considerar la perspectiva dialéctica). Tales técnicas participativas pueden alcanzarse mediante una observación participante previa para iniciar las formas de interacción propias de la investigación de acción participativa.

En el nivel de análisis de sociedad local, proponemos al grupo de discusión para captar el discurso de los sectores sociales significativos de dicho ámbito espacial. Finalmente, el nivel de sociedad mayor permite, con los métodos participativos, superar la planificación rural convencional (que proponíamos, en este mismo nivel, para la perspectiva distributiva) para obtener soluciones desde dentro mediante diseños participativos de desarrollo endógeno.

Todas estas técnicas, dentro de las metodologías participativas, surgen de la necesidad de romper el discurso agronómico convencional, cuya información es obtenida en las estaciones experimentales y cuyas soluciones generales suelen ser aportadas con base en principios homogeneizadores que pretenden poseer el rango de ley científica. Con ello se pierde la unicidad de los agroecosistemas y la dimensión específica que en ellos cobran los problemas locales, rompiendo así la dinámica de la interacción del hombre con los recursos naturales; y se pierden también los contextos temporales, sociales,

políticos y económicos concretos donde están insertos. Las prácticas agrícolas generadas a partir de la ciencia agronómica convencional carecen de la articulación necesaria entre la información obtenida y la significación que ésta tiene para los actores intervinientes. Veamos aún en forma esquemática, por la naturaleza de estos papeles, la definición de cada una de estas técnicas.

La *observación participante* permite que el investigador se involucre en los procesos que desarrolla la acción social colectiva objeto de su análisis, por lo que la interacción adquiere una especial naturaleza. En efecto, los procesos de observación participante son de larga duración; y en su curso quedan claramente explicitados los intereses del investigador y los de el grupo de acción investigado: sus convergencias y divergencias, las estrategias comunes a configurar, y en definitiva el grado de aceptación que va adquiriendo el nuevo partícipe. La peculiaridad de esta técnica consiste en la intensidad de la interacción del investigador en los procesos que definen la realidad estudiada, produciéndose un claro elemento de identificación con los actores sociales involucrados. Así, esta técnica ha de considerarse como una fase de reconocimiento e intercambio entre los grupos de pertenencia del investigador y del agricultor, en la que se genere una dinámica tal que permita desarrollar el proceso de aceptación y legitimación mutua en la que los discursos institucionales de ambos colectivos hayan penetrado en todos aquellos aspectos donde el ajuste sea posible. Sólo mediante una aceptación mutua de la complementariedad de ambas aportaciones es posible que la IAP, adquiera la naturaleza de investigación participativa en finca, generándose así la deseada agricultura participativa (a que nos referiremos en la perspectiva dialéctica), que permite el desarrollo participativo de tecnologías en finca y las demás acciones agroecológicas.

Como es sabido, la *entrevista* es una técnica cualitativa que utiliza los datos obtenidos del registro del discurso de un informante en situación de comunicación interpersonal. En agroecología es una técnica especialmente importante, utilizada, entre otros fines, como herramienta que permite obtener la contextualización cualitativa de los problemas investigados. El análisis primario permite, con la utilización de la entrevista en profundidad, aproximarnos con bastante certeza al conocimiento y la explicación de las relaciones existentes entre los fenómenos analizados, en términos de la percepción de los sujetos intervinientes en ellos, a través de sus discursos. Es desde esta perspectiva que la agroecología aplica la dimensión estructural del

lenguaje a través de la investigación de opiniones recogidas en un discurso, en cuanto éstos «comprenden las significaciones culturales de la comunicación simbólica estructurada por el lenguaje y atravesada por el sentido subjetivo del actor hablante» (Alfonso Ortí, 1996: 189-190). Se genera así una información cualitativa que dota de sentido sociocultural a los procesos generados en la realidad, sean naturales o sociales.

No obstante, la entrevista abierta en una investigación cualitativa se presenta como una situación comunicativa con la intención de captar una información cuando lo que se pretende indagar no son sólo las representaciones individuales, sino también las colectivas. La entrevista «no se sitúa en el campo puro de la conducta —el orden del hacer—, ni en el lugar puro de lo lingüístico —el orden del decir—, sino en un campo intermedio en el que se encuentra su pleno rendimiento metodológico: algo así como el decir del hacer» (Alonso, L., 1998:72). En este sentido, la entrevista abierta permite caracterizar cada uno de los estilos de manejo predial previamente identificados en una comunidad o sociedad local, para trabajar específicamente sobre ellos.

El método de selección debe realizarse a través de los propios productores, quienes nos ponen en contacto con otros, técnica conocida como la bola de nieve (Valles, 1999: 92). Ello permite, normalmente, compatibilizar el criterio de *diversidad* con un segundo criterio de vital importancia: el de *viabilidad* (Valles, 1999: 91), es decir, la factibilidad de poder realizar esta parte del trabajo de campo en función de los recursos económicos disponibles. Otra cuestión central en la aplicación de esta técnica cualitativa es el tema de la representatividad. En un trabajo de campo en el que se pretende interpretar la percepción de los agentes involucrados en la investigación y no solamente los hechos sociales para cuantificarlos, la representatividad radica en el propio discurso reconstruido en cuanto ellos «comprenden las significaciones culturales de la comunicación simbólica estructurada por el lenguaje y atravesada por el sentido subjetivo del actor hablante» (Ortí, 1996: 189-190). Debemos, por tanto, recabar la información sobre aquel número que satisfaga el criterio de saturación o redundancia (Valles, 1999: 92); es decir, cuando comenzamos a escuchar lo mismo acerca de la problemática que estamos indagando y, si el lector nos permite la licencia de graficarlo, «cuando el perro se muerde la cola». El análisis primario de las entrevistas a los productores convencionales nos permitirá identificar los cambios que se han producido, a lo largo de sus vidas, en la agricultura de su específica

comunidad o sociedad local y analizar sus percepciones acerca de dichos cambios para, finalmente, detectar en sus discursos aquellos elementos que permitan hablar de un posible cambio hacia prácticas de manejo sustentables como las que propone la agroecología.

El *grupo de discusión* puede definirse como la técnica que, dentro de los métodos cualitativos, permite captar el discurso de una determinada forma social colectiva o grupo social, en sentido lato. Supone «una forma de aproximación empírica a la realidad social específicamente adecuada a la comprensión significativa e interpretación motivacional (intencionalmente) profunda de la conducta de los actores sociales, en su orientación interna —creencias, valores, deseos, imágenes preconscientes, movimientos afectivos—. La investigación empírica de los discursos mediante el grupo de discusión permite «captar, contextualizar e interpretar, en términos culturales concretos, las actitudes y motivaciones básicas de los distintos grupos sociales —campesinos, oficinistas, jóvenes, viejos, etcétera—, latentes detrás de estas imágenes más o menos cristalizadas» (Ortí, 1996: 203). Técnicamente, consiste en construir una reunión de un pequeño grupo de personas (5 a 10), seleccionadas previamente con criterios que permitan detectar la homogeneidad/heterogeneidad del discurso de la forma social colectiva con que estamos trabajando. La realización del grupo¹³ consiste en el registro de la discusión, más o menos dirigida por un moderador, generada en tornos al/los tema/s que desean ser ideológicamente contruidos por la intervención de los actores durante el tiempo acotado (que no suele ser más de dos horas). La transcripción de la sesión ha de realizarse de forma tal que se pueda identificar a cada uno de los participantes para la interpretación cabal del texto.

¹³ La obtención del discurso colectivo dentro del grupo de discusión se obtiene siguiendo un procedimiento análogo al análisis de las entrevistas, donde se procede a identificar los elementos más generalizados y arraigados en el grupo social de referencia del informante. En este caso, el análisis de la interacción entre los distintos miembros del grupo —desprovista ésta de sus especificidades personales— proveerá de una mayor riqueza de matices. Desde el contexto de la Sociología existen descripciones muy precisas de la técnica de las reuniones de grupo en los excelentes trabajos de Alfonso Ortí (1994: 189-221; 216-219) y de Jesús Ibáñez (1994: 569). Igualmente, resultan extremadamente fértiles las realizadas por Luis Enrique Alonso Benito (1988 y 1995) para entender las bases teóricas y metodológicas de esta técnica, cuyo análisis global acometió el mencionado Jesús Ibáñez en su trabajo *Mas allá de la sociología. El grupo de discusión: Técnica y Crítica* (1979).

En su aplicación a la investigación agroecológica deben introducirse ciertas específicas modificaciones a esta técnica con respecto a la ortodoxia sociológica de acuerdo con las exigencias del nuevo contexto. Así, si en la investigación agroecológica se busca el manejo local de un determinado cultivo, los integrantes habrán de ser seleccionados cuidadosamente por su conocimiento local respecto al manejo histórico de ese cultivo. Si, por el contrario, el aspecto que nos interesa escrutar para detectar su naturaleza endógena se relaciona con otros temas, será la naturaleza de éstos lo que determine los criterios de selección de los participantes, que en cualquier caso habrán de ser considerados localmente como expertos sobre el tema. En este sentido, el grupo de discusión agroecológico puede definirse como la interpretación del discurso registrado sobre un grupo de individuos que interactúan con libertad bajo condiciones de control semántico para incorporar a los procesos agroecológicos la palabra de los agentes sociales intervinientes en ellos.

La perspectiva estructural de la agroecología permite —tal como acabamos de ver— preparar el terreno para el desarrollo de una agricultura participativa, haciendo emerger así una dimensión global de búsqueda de mejora del nivel de vida de las comunidades rurales afectadas, definido éste desde ellas mismas. Así, es posible plantear un desarrollo rural desde la agricultura participativa como el conjunto de esquemas de desarrollo que parten del reconocimiento de la necesidad o el interés de trabajar con las comunidades locales en la identificación, diseño, implementación y evaluación de los métodos de desarrollo endógeno más adecuados para la resolución de sus problemas. La ruptura epistemológica con el desarrollo rural convencional surge de la experiencia acumulada en los últimos treinta años en América Latina, África y Asia respecto a que los campesinos no sólo tienen un amplio conocimiento de sus sistemas agrícolas, sino que, además, son capaces de dirigir pruebas y experimentos. La agricultura pretende así dotar a estos agricultores del *poder de la participación*.¹⁴

¹⁴ Véase en este sentido Markus Brose (2001) como un texto acertado en su forma de presentar los métodos y técnicas participativos recogiendo una extensa variedad de ellos, tanto desde las organizaciones públicas y el sector terciario como desde las comunidades; también como instrumentos para estructurar el diálogo entre las comunidades y los técnicos. La organización del libro fue realizada con la colaboración de la Associação Brasileira para Promoção de Participação (Participe), sita en la Universidade de Santa Cruz do Sul (UNISC), del estado de Rio Grande do Sul, lugar donde

La perspectiva dialéctica y la investigación acción-participativa

La perspectiva dialéctica hace referencia a la involución de la relación que se establece en todo proceso de indagación entre los investigadores y la parcela de la realidad investigada, al aceptar como accionar del investigador la dinámica establecida por lo investigado. Queremos desarrollar aquí este principio agroecológico ya señalado en la introducción. Ello quiere decir que la agroecología se acerca a su objeto de análisis aceptando que los propios agricultores con su conocimiento local, campesino o indígena son quienes deben decidir cuando aparezca en sus dinámicas la producción científica de conocimientos; y que ésta sólo se dé a partir de las necesidades definidas por los mismos actores sociales con los que interactuamos. Lo que significa que, aun cuando ellos se encuentren fuera de la comunidad científica, su forma de manejo de los recursos naturales es reconocida desde una posición simétrica de poder. La naturaleza pluriepistemológica de la agroecología significa aceptar en pie de igualdad la capacidad de otras formas de conocimiento para generar tecnologías de manejo de los recursos naturales con potencial de sustentabilidad. Precisamente, esto significa reconocer que las bases de la agroecología son y han sido siempre desarrolladas en los predios de los agricultores y campesinos.

La agroecología, como ciencia, ha aparecido mucho después como resultado de una crítica a las ciencias agropecuarias y forestales después de comprobar los estragos de la revolución verde y su brazo armado en el desarrollo comunitario (Sevilla Guzmán y Woodgate, 1997: 83-100; Sevilla Guzmán, 1997:19-32; 2002: 57-81; y 2005: 101-132). En realidad la agroecología, como manejo ecológico de los sistemas biológicos a través de formas de acción colectivas portadoras de estrategias sistémicas que buscan activar el potencial endógeno promoviendo la biodiversidad ecológica y sociocultural de sus acciones productivas (Woodgate, *et al.*, 2005:605-607), sólo actúa como tal cuando se encuentra establecida políticamente; a través de los mo-

se está desarrollando, desde hace más de diez años, la experiencia más importante de la actualidad respecto a la participación de la sociedad civil, en todos los niveles anteriormente señalados.

vimientos sociales surgidos en torno al manejo de los recursos naturales que han tenido que enfrentarse a la ciencia ortodoxa.

Así pues, en la perspectiva dialéctica, no se trata tan solo de conocer (como sucedía en la perspectiva distributiva iniciando procesos de negociación y aprendizaje social común) abriendo un proceso para obtener la coproducción comunal y pública de conocimientos entre las formas de aprendizaje de los agentes intervinientes: Tampoco se trate de explicar (como sucedía en la perspectiva estructural), afianzando la coproducción con la identificación de los discursos y su exploración en dinámicas de aprendizaje común. Por el contrario lo que se pretende; ahora, dialécticamente, es intervenir y articularse con el objeto investigado (una vez perdida totalmente tal condición) para incidir conjuntamente, en forma crítica, en el curso de dinámicas de transformación social.

Ello supone una clara desviación del proceder científico convencional. En efecto, la fundamental trasgresión de la agroecología proviene de la propia posición del investigador frente a lo investigado. La ortodoxia científica establece un necesario empeño, por parte del investigador, en encontrar elementos que le mantengan distanciado de la realidad investigada, y por ende, de separar claramente su discurso del de aquello que está escrutando. Es necesario, por tanto, construir el mayor número de controles posibles, que permitan separarse del objeto estudiado. Esta posición de objeto distante comienza a romperse ya en la perspectiva distributiva ya que, aunque normalmente el conocimiento científico aparece como algo natural en ella, lo hace con una actitud interactiva de cambio. En la perspectiva estructural, el proceso de coproducción comunal y público de conocimientos comienza a aparecer con la captación de discursos; lo que supone una implicación parcial del investigador con el objeto estudiado, que deja de ser tal para transformarse en objeto creador de datos: el experimento científico deja ya de estar supuestamente en las manos exclusivas del investigador y comienzan a consolidarse los procesos de negociación y aprendizaje social.

Frente a la perspectiva distributiva, que se caracteriza por su subordinación al poder o coexistencialidad con él, las perspectivas estructural y dialéctica tratan de trascender las relaciones de poder de sujeto (investigador) a objeto (investigado). En efecto, la agroecología pretende, como una tarea esencial a su actividad, incorporar al manejo de los recursos naturales los elementos socioeconómicos y políticos. Para ello necesita producir una

ruptura epistemológica que libere a las ciencias agropecuarias y forestales de las relaciones de poder que atribuyen, a aquellos que son objeto del poder (los investigados), la situación de ignorar, «dotándoles al tiempo de un saber ilusorio que recubre la realidad de lo que ignoran, ocultando el hecho del poder y su brutalidad». La reproducción de tales relaciones de poder, desde las ciencias agropecuarias y forestales, tiene lugar por la posición del investigador-sujeto que sabe frente al investigado-objeto que ignora. Así «el poder consiste en apropiarse el azar, ser inexplicable e impredecible, y atribuir a la norma poder explicar y predecir» (Ibáñez, 1979: 23). La agroecología, al utilizar en su perspectiva dialéctica la investigación acción-participativa, pretende romper la reproducción de tales relaciones de poder; y desarrollar plenamente la coproducción comunal y pública de conocimientos iniciada y consolidada en las dos perspectivas anteriores.

En el cuadro 3 pueden verse las técnicas propuestas como más adecuadas en cada uno de los niveles de análisis adoptados para su inserción dentro de una metodología de investigación acción-participativa, elemento central de la perspectiva dialéctica considerada. Sin embargo, la lectura del cuadro resumen no puede hacerse tan sólo en forma vertical (como hiciéramos al considerar las perspectivas distributivas y estructural); sino que requiere acumular, dentro de cada nivel de análisis, la contribución horizontal ya realizada por aquéllas.

En el nivel de análisis predial, el conocimiento sistémico de los procesos biológicos intervinientes, aportados desde la perspectiva distributiva, se une con el conocimiento local rescatado (en la medida posible de la tradición productiva aportada por el ecosistema local) desde la historia predial e historias de vida personal y familiar obtenidas en la perspectiva estructural. Se llega así, después de una prolongada interacción de intercambios entre los productores y los técnicos, a una reestructuración del diálogo surgido entre ellos que finalizará en la lógica construcción de un desarrollo participativo de tecnologías en finca, que pasamos a considerar.

El desarrollo participativo de tecnologías en finca, en un esfuerzo de síntesis, podría definirse como la generación de tecnologías en la propia finca para resolver los problemas del manejo conjuntamente por el agricultor (que incorporan su comprensión empírica del problema y su explicación cognitiva, caso de mantener viva su cosmovisión indígena) y el técnico agrónomo (que proporciona la visión analítica y explicativa), en un proceso de ajuste entre

saber local y conocimiento científico. En dicho proceso se ha de producir la ruptura de la microestructura de poder generada por la relación asimétrica entre el sujeto (investigador) y el objeto (investigado) que establece la epistemología de las ciencias agroforestales y pecuarias convencionales que atribuyen una situación de superioridad al conocimiento científico frente a los saberes locales; obteniéndose así el diálogo de saberes buscado por el proceso de coproducción de conocimientos.

La investigación acción participativa ha intentado ser desarrollada desde las primeras fases; en la perspectiva distributiva podría incluso llegar a aparecer, en caso de haberse realizado un prolongado trabajo previo de observación participante. Si ello hubiese sido así, y la situación comunicativa interpersonal ha llegado a ser efectiva, en el sentido de que la articulación entre lo social y lo verbal ha superado la consideración de ser una versión meramente instrumentalista del lenguaje (puramente formalizado inequívoca y automática), la investigación acción participativa ha llegado a dejar de ser una acción simbólica discursiva que reproduce y transforma las relaciones de poder.¹⁵

La *observación participante*, tal como ha sido definida anteriormente, ha de considerarse como una fase de reconocimiento e intercambio entre los grupos de pertenencia del investigador y del agricultor que mediante una aceptación mutua de la complementariedad de ambas aportaciones adquiere, alcanzada ya la comunicación simétrica de la IAP, una naturaleza de investigación participativa en finca, generándose así la deseada agricultura participativa (a que nos referimos en la perspectiva estructural con acciones de tipo socioeconómico), que permite el desarrollo participativo de tecnologías en finca.

Recordemos que la construcción técnica del método requiere de la articulación de los valores y asunciones del enfoque teórico con las herramientas utilizadas; lo que en esta instancia adquiere una mayor significación, ya que la investigación participativa en finca, constituye la arena donde los espacios

¹⁵ Como señala Pierre Bourdieu, «las relaciones de comunicación impliquen conocimiento y reconocimiento, se debe procurar no olvidar que las relaciones de comunicación por excelencia son los intercambios lingüísticos son también relaciones de poder simbólico donde se actualizan las relaciones de fuerza entre los locutores o los grupos respectivos (Bourdieu, 1982: 14).

de cobertura de lo cuantitativo y cualitativo pueden solaparse más. «En efecto, aunque la investigación participativa en finca no trabaje con discursos, requiere un claro reconocimiento y ajuste de los discursos científico y local (deconstruidos ambos participativamente) por la práctica en la finca; lo cual implica moverse en el complicado equilibrio de haber llegado a establecer una delicada relación simétrica de poder entre el investigador y el agricultor, quien, en la dinámica agronómica de trabajo en finca, pasa a ser también investigador.

Un proceso análogo de acumulación de las técnicas desarrolladas en las perspectivas distributiva (de inicio de la coproducción y de naturaleza agropecuaria y forestal, de tipo productivo) y estructural (de consolidación coproductiva de conocimientos y de naturaleza socioeconómica) desembocará, en cada uno de los restantes niveles de análisis agroecológico, en distintas estrategias. En efecto, una vez situados en la dinámica de la investigación acción participativa obtenida en la perspectiva dialéctica, será posible conseguir el salto de la acción social colectiva a la del movimiento social. Ello será posible gracias a la cristalización de las metodologías participativas en la elaboración, en cada nivel de análisis, de las siguientes estrategias:

- a. Participativas de diseminación de experiencias agroecológicas, desarrolladas por los integrantes del grupo establecido, como racionalidad o estilo de manejo más próximo al manejo agroecólogo, tras la observación sociológica o antropológica que permitió la posterior realización del grupo de discusión técnico-agronómico; a través del cual se obtuvo el conocimiento local sobre el manejo, por ejemplo, de un determinado cultivo. Son las visitas intra e inter comunales, es decir, las interacciones entre productores de una misma comunidad o sociedad local para intercambiar conocimientos o insumos localmente accesibles, como parte de sus tecnologías tradicionales en el contexto de la coproducción de conocimientos.
- b. Diagnósticos participativos que permitan la comprensión real de los mecanismos que generan las formas de dependencia de la localidad tras la obtención de información básica por el diagnóstico rural rápido y la integración de los técnicos en las dinámicas de la comunidad local, a través de la previa observación participante. El diagnóstico rural participativo en agroecología puede ser definido como el análisis, desde el discurso de la localidad, de los obstáculos y potencialidades para el diseño de estrategias

de desarrollo endógeno, con base en la utilización de la agricultura ecológica como el elemento desencadenador de tales procesos. El contexto de actuación de esta técnica es la IAP, con lo que la naturaleza de la acción social colectiva

- c. Talleres de futuro. El contexto procesal y acumulativo en que estamos definiendo las perspectivas de investigación de la agroecología, el de transformación social, constituye la fase más avanzada del proceso; supone dotar a las dimensiones ecológica y técnicoproductiva, y socioeconómica y cultural de un contenido sociopolítico aportado desde la dinámica de la acción participativa. Se refiere a las actuaciones conjuntas investigador-agricultor realizadas para que el diseño de acciones productivas y de cambio social no sólo mejore su nivel de vida, sino que además busquen la sustentabilidad. Ahora, no sólo se trata de dar la voz al investigado (al reconocer la lógica de sus prácticas productivas), sino de aceptar que éste adquiera el papel de investigador (tomando la responsabilidad e iniciativa de las acciones); como conductor del curso dinámico de sus prácticas económicas, sociales y políticas. Esto es lo que se lleva a cabo en los espacios de relación en los que los agentes intervinientes diseñan su futuro en una coproducción predictiva.
- d. Participativas de articulación que permitan generar redes dentro de un proceso de fortalecimiento de las dinámicas de cambio. La comprensión de la percepción local de los ecosistemas mediante los transectos es el primer paso hacia la obtención del discurso colectivo de las distintas comunidades locales (obtenido a través del grupo de discusión) integrantes de la sociedad local. La generación de redes de intercambio y estrategias de acción productivas, de comercialización y creación de mercados alternativos e infraestructuras organizativas, es la práctica más habitual dentro de una dinámica vinculada a movimientos sociales rurales (Sevilla Guzmán y Martínez Alier, 2004).
- e. Socioanálisis de grupos asamblearios donde la articulación en redes generada en diversas sociedades locales permita estrategias de acción más amplias en foros de acción de la sociedad mayor. La planificación rural convencional aportó una información distributiva que en la dinámica de posteriores diseños participativos de desarrollo endógeno permitió, a través de la investigación acción-participativa en formas de acción social colectiva, alcanzar tal fin.

Concluyendo, los métodos y técnicas hasta aquí expuestos responden a la definición de *agroecología* que establecimos en términos interculturales (Rist *et al.*, 1998; Sevilla Guzmán, 2006: 223) como:

manejo ecológico de los recursos naturales a través de formas de acción social colectivas para el establecimiento de sistemas de control participativo y democrático, en los ámbitos de la participación y circulación. La estrategia teórica y metodológica así elaborada tendrá un control sistémico y un enfoque holístico, ya que tales formas de manejo habrán de frenar selectivamente el desarrollo actual de las fuerzas productivas para contener las formas degradantes de producción y consumo que han generado la actual crisis ecológica. Y, por otro lado, tal necesario manejo ecológico de los recursos naturales, tendrá igualmente, una fuerte dimensión local como portadora de un potencial endógeno, que, a través del conocimiento campesino (local o indígena, allí donde pueda aún existir), permita la potenciación de la biodiversidad ecológica y sociocultural y el diseño de sistemas de agricultura sostenible [para mantener las cosmovisiones y vida interculturales].

Bibliografía

- Alonso Benito, L. E. (1998). *La mirada cualitativa en sociología*. Madrid: Fundamentos.
- Alonso Mielgo, A. y E. Sevilla Guzmán (1999). «El discurso ecotecnocrático de la sostenibilidad». *Renglones. Revista del ITESO*. México: Universidad de Guadalajara.
- Althusser, L. (1969). *For Marx*. Londres: Allen Lane.
- Altieri, M. A. (1985). *Agroecología. Bases científicas de la agricultura alternativa*. Valparaíso: CETAL.
- Bilton, T. *et al.* (1996). *Introductory Sociology*. Londres: Macmillan.
- Bourdieu, P. (1982). *Ce que parler veut dire, l'économie des échanges linguistiques*. París: Fayard.
- Brutschin J. y U. Wiesmann (2003). «Transdisciplinary Research in Development Cooperation. Origins and Paradigms». En *The Encyclopedia of Life Support Systems* (EOLSS). París: UNESCO.

- Costa Gomes, J. C. (2005). «Bases epistemológicas da agroecología. En *Agroecologia. Princípios e Técnicas para uma Agricultura Oranica Sustentável*. Sao Paulo: Embrape.
- Delgado, F. y D. Ponce (2003). «Endogenous Development and University Education». En B. Haverkort, K. van 't Hooft y W. Hiemstra (eds.), *Ancient roots, new shoots. Endogenous development in practice* (pp. 192-203). Londres: Zed.
- Delgado, F. (2001). *Simbiosis interzonal en las estrategias de autodesarrollo sostenible en ecosistemas de montaña. El caso del ayllu Mujlli, Departamento de Cochabamba, Bolivia*. Tesis doctoral no publicada, Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos, Instituto de Sociología y Estudios Campesinos (ISEC), Universidad de Córdoba, Córdoba, España.
- Delgado, J. M. y J. Gutiérrez (coords.). (1995). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis.
- Eder, K. (1996). *The Social Construction of Nature. A Sociology of Ecological Enlightenment*. Londres: Sage.
- Eder, K. (2000). *Kulturelle Identität zwischen Tradition und Utopie: soziale Bewegungen als Ort gesellschaftlicher Lernprozesse*. Frankfurt: Campus Verlag.
- Fals Borda, O. y Mora-Osejo, L. E. (2004). «La superación del eurocentrismo. Enriquecimiento del saber sistémico y endógeno sobre nuestro contexto tropical». *Polis. Revista online de la Universidad Bolivariana*, 2.
- Freitas, L., E. Morin y B. Nicolescu (1994). *Charter of Transdisciplinarity*. Recuperado de: <<http://perso.club-internet.fr/nicol/ciret/>>.
- Funtowicz, S. y J. Ravetz (1993). «Science for the post-normal age». *Futures*, 25, 739-755.
- García Ferrando, M., J. Ibáñez y F. Alvira (1994). *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid: Alianza.
- Gastó, J. et al. (1987). *Metodología clínica para el desarrollo del ecosistema predial*. Santiago de Chile: Instituto Juan Ignacio de Molina / Comisión de la Investigación en Agricultura Alternativa (Cial).
- Gastó, J. et al. (1993). *Clasificación de ecorregiones y determinación de sitio y condición*. Santiago de Chile: Repaan.
- Gliessman, S. R. (1997). *Agroecology. Researching the Basis for Sustainable Agriculture*. Nueva York: Verlang.

- Guttenplan S. (1994). *A companion to the philosophy of mind*. Oxford: Blackwell.
- Guzmán Casado, G. I., M. González y E. Sevilla (2000). *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible*. Madrid: Mundi-Prensa.
- Habermas, J. (1984). *The theory of communicative action* (vol. 1). Boston: Beacon Press.
- Hirsch Hadorn, G., D. Bradley, C. Pohl, S. Rist y U. Wiesmann (2006). «Implications of Transdisciplinarity for Sustainability Research». *Ecological Economics*, 60, 119-128.
- Hurni, H., U. Wiesmann y R. Schertenleib (eds.) (2004). *Research for Mitigating Syndromes of Global Change. A Transdisciplinary Appraisal of Selected Regions of the World to Prepare Development-Oriented Research Partnerships*. Berna: Perspectives of the Swiss National Centre of Competence in Research (NCCR) North-South / Geographica Bernensia.
- Ibáñez, J. (1979). *Más allá de la sociología. El grupo de discusión*. Madrid: Siglo XXI.
- Ibáñez, J. (1985). *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*. Madrid: Siglo XXI.
- Ingold, T. (1992). «Culture and the perception of the environment». En E. Croll y D. Parkin (eds.), *Bush Base. Forest Farm* (pp. 39-56). Londres: Routledge.
- Iturra, R. (1989). «Letrados y campesinos. El método experimental en antropología económica». En E. Sevilla Guzmán y M. Navarro (eds.), *Campesinado, ecología e historia*. Madrid: La Piqueta.
- Klein, J. T. (2001). *Transdisciplinarity. Joint problem solving among science, technology, and society: an effective way for managing complexity*. Birkhäuser Verlag, Basel.
- Kroeber, A. L. (ed.) (1953). *Anthropology Today. An Encyclopedic Inventory*. Chicago: University of Chicago Press.
- Kumar, A. G. (2002). «The Calling of a Creative Transdisciplinarity. *Futures*, 34, 103-115.
- Leeuwis, C. (2000). «Reconceptualising Participation for Sustainable Rural Development. Towards a Negotiation Approach». *Development and Change*, 31, 931-959.
- Leff, E. (comp.) (1994). *Ciencias sociales y formación ambiental*. Madrid: Gedisa.

- Leff, E. (coord.) (2000). *La complejidad ambiental*. México: Siglo XXI.
- Leff, E. (2004). *Racionalidad ambiental*. México: Siglo XXI.
- Loayza, R. (1996). «Mirando el futuro con los pies en el pasado». En *Construyendo el Futuro. 25 opiniones sobre Desarrollo Sostenible en Bolivia. La visión de: el Gobierno, la Sociedad Civil, los Partidos Políticos*. La Paz: Ministerio de Desarrollo Sostenible y Medio Ambiente / PNUD / Cosude.
- Malberg, H. (2002). *Meteorologie und Klimatologie*. Berlín: Eine Einführung.
- Martínez Alier, J. (1999). «The Socio-ecological Embeddedness of Economic Activity. The Emergence of of a Transdisciplinary Field». En E. Becker y T. Jahn (eds.), *Sustainability and the Social Sciences. A Cross-disciplinary Approach to Integrating Environmental Considerations into Theoretical Reorientation* (pp. 112-140). Londres: Zed.
- Martínez Alier, J. (2005). *El ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Barcelona: Icaria.
- Millar, D. (1996). *Footprints in the mud: re-constructing the diversities in rural people's learning processes*. Tesis doctoral no publicada, Wageningen Agricultural University, Wageningen, Países Bajos.
- Mintz, Sydney. (1951). «Cañamelar: The Comtemporary Cultura of a Rural Puerto Rico Proletariat» (Tesis doctoral, Universidad de Columbia, 1951). *Ann Arbor Columbia University Microfilms*.
- Morin, E. (1977). *La Méthode. La Nature de la Nature*. París: Éditions du Seuil.
- Morin, E. (1980). *La Méthode. La Vie de la Vie*. París: Éditions du Seuil.
- Morin, E. (1984). *Ciencia con consciencia*. Barcelona: Anthropos.
- Morin, E. (1986). *La Methodé. La Connaissance de la Connaissance*. París: Éditions du Seuil.
- Morin, E. (2000). *Los siete saberes necesarios a la educación del futuro* (Mercedes Vallejo-Gómez trad.). Caracas: UNESCO.
- Motta, R. (2002). «Complejidad, educación y transdisciplinariedad». *Polis. Revista Académica de la Universidad Bolivariana*, 1.
- Naredo, J. M. (1987-2003). *La economía en evolución*. Madrid: Siglo XXI.
- Naredo, J. M. (2006). *Raíces económicas del deterioro económico y social. Mas allá de los dogmas*. Madrid: Siglo XXI.
- Norgaard, R. B. (1994). *Development Betrayed the End of Progress and a Coevolutionary Revisioning of the Future*. Londres: Routledge.

- Norgaard, R. B. (2004). «Learning and Knowing Collectively». *Ecological Economics*, 49, 231-241.
- Ortí, A. (1984). «Crisis del modelo neocapitalista y reproducción del proletariado rural». En E. Sevilla, *Sobre agricultores y campesinos*. Madrid: Mapa.
- Polanyi, M. (1983) *The tacit dimension*. Gloucester: Smith.
- Richards, P. (1985). *Indigenous Agricultural Revolution*. Londres: Hutchinson.
- Rist, S., San Martín, J. y Tapia, N. (1998). «Bolivia. Concepto andino de cosmovisión y vida». En Compas (ed.), *Plataforma para el Diálogo Intercultural sobre Cosmovisión* (pp. 37-55). Cochabamba: Plural / CID.
- Rist, S. (2002). *Si estamos de buen corazón, siempre hay producción. Caminos en la revalorización de formas de producción y de vida tradicional y su importancia para el desarrollo sostenible*. La Paz: Plural / Agruco / CDE.
- Rist, S. (2005). «Ciencia, transdisciplinariedad y saber de los pueblos indígenas». *Revista de Agricultura Ciencias Agrícolas, Pecuarias, Forestales y Veterinarias*, 57, 45-48.
- Rist, S., A. Zimmermann y U. Wiesmann (2004). «From Epistemic Monoculture to Cooperation Between Epistemic Communities. Development Research and Sustainability». En *Proceedings of the International Conference on "Bridging Scales & Epistemologies" Millennium Assessment* (p. 21). Alejandría, Egipto.
- Rist, S. y S. Brueschweiler (2005). *Apoyando innovaciones locales. Un instrumento local para el fortalecimiento de innovaciones locales y promoción del desarrollo rural sostenible*. Berna, Suiza: Centre for Development and Environment (CDE) / Universidad de Berna.
- Rist S., M. Chiddambaranathan, C. Escobar y U. Wiesmann (2006). «“It was Hard to Come to Mutual Understanding...” Multidimensionality of Social Learning Processes in Natural Resource use in India, Africa and Latin America». *Journal of Systemic Practice and Action Research*, 19, 219-237.
- Rist, S., M. Chiddambaranathan, C. Escobar, U. Wiesmann y A. Zimmermann (2007). «Moving from Sustainable Management to Sustainable Governance of Natural Resources. The Role of Social Learning Processes in Rural India, Bolivia and Mali. *Journal of Rural Studies*, 23, 23-37.
- Rist, S. y F. Dahdouh-Guebas (2007). «Ethnoscience. A Step Towards the Integration of Scientific and Non-scientific Forms of Knowledge in the Management of Natural Resources for the Future». *Environment, Development and Sustainability*, 8, 467-493.

- San Martín, J. (1997). *Uk'amäpi. En la búsqueda del enfoque para el desarrollo rural autosostenible*. La Paz: Agruco / UMSS / CSUDE / Plural.
- Sarandón, S. (2002). *Agroecología. El camino hacia una agricultura sustentable*. La Plata: Ediciones Científicas Americanas.
- Scholz, R. W., D. J. Lang, A. Wiek, A. Walter y M. Stauffacher (2005). «Transdisciplinary Case Studies as a Means for Sustainability Learning. Historical Framework and Theory». En *Natural and Social Science Interface* (pp. 37). Zurich: Swiss Federal Institute of Technology.
- Sevilla Guzmán, E. (1997). «Origen, evolucao e perspectivas do desenvolvimento sustentavel». En J. Almeida e Z. Navarro (eds.), *Reconstruindo a Agricultura. Idéias e ideais na perspectiva do desenvolvimento rural sustentável* (19-32). Porto Alegre: Universidade do Rio Grande do Sul / UFRGS.
- Sevilla Guzmán, E. (1998). «Los marcos teóricos del pensamiento social agrario». En C. Gómez Benito y J. J. González (eds.), *Agricultura y sociedad en la España contemporanea*. Madrid: Ministerio de Agricultura / Mapa / Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Sevilla Guzmán, E. (2001). «Una estrategia de sustentabilidad a partir de la agroecología». En *Agroecologiae Desenvolvimento Sustentavel*, 1 (2): 35-45.
- Sevilla Guzmán, E. (2005). «Agroecología e desenvolvimento rural sustentável». En A. de Aquino y R. Linhares de Assis (eds.), *Agroecologia. Principios e técnicas para uma agricultura orgânica sustentável* (pp. 101-132). Brasilia: Embrapa Informação Tecnológica.
- Sevilla Guzmán, E. (2006). *Perspectivas agroecológicas desde el pensamiento social agrario*. Córdoba: ISEC / Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba.
- Sevilla Guzmán, E. y M. González de Molina (1993). *Ecología, campesinado e historia*. Madrid: La Piqueta.
- Sevilla Guzmán, E. y G. Woodgate (1997). «Sustainable Rural Development. From Industrial Agriculture to Agroecology». En M. Redclift y G. Woodgate (eds.), *The International Handbook of Environmental Sociology*. Cheltenham: Edward Elgar.
- Sevilla Guzmán, E. y G. Ottmann (2000). «Ecoagricultura, agroecología y desarrollo rural sustentable. Pensando en el caso argentino». En Colegio de

- Abogados de Rosario, *III Encuentro de Colegios de Abogados de Rosario sobre temas de Derecho Agrario*. Rosario: Instituto de Derecho Agrario.
- Sevilla Guzmán, E. y M. González de Molina (2005). *Sobre a evolução do conceito de campesinato*. Sao Paulo: Editora Expressão Popular / Via Campesina do Brasil.
- Sevilla Guzmán, E. y J. Martínez Alier. (2006). «New Rural Social Movements and Agroecology». En P. Cloke, Terry Marsden y P. Mooney (eds.), *Handbook of Rural Studies* (472-483). Londres: Sage.
- Toledo, V., J. Carabias, C. Mapes y C. Toledo (1985). *Ecología y autosuficiencia alimentaria. Hacia una opción basada en la diversidad biológica, ecológica y cultural de México*. México: Siglo XXI.
- Turpin, T. (2002). *Transdisciplinary Research and the Dissemination of Ideas. A Paradox for Academic Science in the 21st Century*. Australia: Centre for Research Policy / University of Wollongong / University of New South Wales.
- Van den Berg H. (1990). *La tierra no da así nomás. Los ritos agrícolas en la religión de los aymaras-cristianos*. La Paz: Hisbol-UCB / ISET.
- Van der Ploeg, J. D. (1994). «Styles of Farming. An Introductory Note on Concepts and Methodology». En J. D. van der Ploeg y A. Long (eds). *Born from Within. Practices and Perspectives of Endogenous Rural Development*. Assen: Van Gorcum.
- Wachtel, N. (1990). *Le retour des ancêtres. Les indiens Urus de Bolivie XIXe-XVIe siècle: Essai d'histoire régressive*. París: Gallimard.
- Wiesmann, U. (2006). «Transdisziplinäre Forschung: Notwendig und einlösbar?». *Uni Press*, 128: 13-14.
- Woodgate, G., B. Ambrose, R. Fernández Durán, G. Guzmán Casado y E. Sevilla Guzmán (2005). «Alternative Food and Agriculture Networks. An Agroecological Perspective on Responses to Economic Globalization and the New Agrarian Question». En M. R. Redclift y G. Woodgate (eds.), *New Developments in Environmental Sociology* (pp. 586-612). Cheltenham: MGP Books.
- Woodhill, J. y N. Röling (2000). «The Second Wing of the Eagle. The Human Dimension in Learning our Way to More Sustainable Futures». En N. Röling y A. Wagemakers (eds.), *Facilitating Sustainable Agriculture. Participatory Learning and Adaptive Management in Times of Environmental Uncertainty* (pp. 46-71). Nueva York: Cambridge University Press.

La investigación participativa revalorizadora: Contribuciones y desafíos hacia el desarrollo endógeno sustentable

Nelson Tapia Ponce

Introducción

En América y el mundo la agricultura se inició hace más de 10 000 años, y hasta hace unos 20 años había abundancia y diversidad de alimentos y no existía tantos problemas como hoy. En estos días el hambre no es causada por déficit de comida o alimentos en general. Las razones reales son históricas y políticas y explican por qué muchos agricultores en el sur carecen de capacidad para aguantar malas cosechas de los cultivos. La inequidad que existe entre el norte y el sur —legado de la intrusión colonial— ha provocado una caída en espiral para la agricultura campesina del mundo, y la subsiguiente ineficacia de la ayuda convencional y su poca habilidad para prevenir hambreras futuras. Por enfocarse en aliviar los síntomas del hambre sin prestar la debida atención a las causas, las estrategias de la ayuda alimentaria dominante están perpetuando un sistema de dependencia, sometimiento agrícola y pérdida de la soberanía alimentaria que refuerza las desigualdades del mundo (Mellen Matt, 2004).

En la actualidad, el dominio de los países occidentales sobre la mayoría de las poblaciones del mundo está más extendido que nunca. Pero los modos del colonialismo interno de hoy difieren en algunas formas del modelo histórico. El control social no siempre es ejecutado a través de la opresión y la violencia directa del Estado, sino cada vez más por medidas y manejos económicos. De haber continuado, por ejemplo, África con su trayectoria de desarrollo sin la influencia de los europeos, bien podría no enfrentar las crisis de hambre histórica que hoy enfrenta. Europa occidental estableció

una relación que aseguró la transferencia de riquezas de África a Europa, la cual ha perdurado desde entonces. Las tarifas comerciales y los subsidios son manifestaciones modernas de las desigualdades que comenzaron con el colonialismo. En 1992 este derrame del sur al norte fue de 619.2 mil millones. En términos de agricultura, el colonialismo destruyó las pautas culturales de producción mediante las cuales las sociedades tradicionales satisfacían anteriormente las necesidades de las personas (Lappe y Collins, 1977 en Mellen Matt, 2004).

En el aspecto metodológico, para estudiar los sistemas de producción y las formas y técnicas de producción de alimentos históricamente, se ha basado en metodologías cuantitativas de orden neopositivo que otra vez apuntan a describir en la lógica de sujeto (investigador) y objeto (investigado) resultados emergentes de procesos de análisis estadísticos o modelos matemáticos que no consideran para nada la opinión de los actores locales que son las comunidades campesinas, productores o indígenas. Por tanto, los resultados de estos procesos de investigación de métodos cuantitativos en gran medida han beneficiado a la empresa privada o, en su caso, han servido como punto de partida para desarrollar otras investigaciones básicas, o a fin de cuentas termina simplemente en las bibliotecas de las unidades académicas.

En los últimos tiempos, como cuestionamiento a esta metodología de tinte universalizante, han surgido diversas propuestas alternativas metodológicas que pretenden dar respuestas a las necesidades de la sociedad civil y, en el campo agronómico, a los requerimientos de los productores y comunidades campesinas e indígenas. Estas propuestas metodológicas, que consideran estrategias articuladoras entre la generación de conocimientos y acciones concretas de desarrollo, surgen desde el sur y contienen en su planteamiento reivindicaciones de orden político y social. Uno de estos planteamientos es la investigación-acción participativa que en la década de 1980 —desde Colombia, con Orlando Fals Borda— plantea una manera diferente de hacer ciencia con la gente y para la gente. La investigación-acción participativa que plantea Fals Borda apunta por una parte a la construcción de conocimientos y saberes de manera participativa, y por otra, aplicar estos conocimientos y saberes de manera simultánea a la resolución de problemas referidos a la vida cotidiana del sector rural.

En este propósito, también se debe considerar que en los últimos años en el quehacer de la ciencia se ha observado claramente que los aportes de las corrientes que cuestionan al neopositivismo, denominadas como la nueva filosofía de la ciencia, la corriente historicista o teorista, las ciencias sociales críticas o la filosofía blanda de la ciencia; ha dado origen a disciplinas y programas como la sociología del conocimiento, el programa relativista, el programa fuerte o el anarquismo metodológico, que han sido fundamentales en este proceso de reflexión de tipo epistemológico y tienen cada vez más partidarios en sociedades con una alta diversidad cultural como la de Bolivia, Ecuador y Perú (Escobar y Lisperguer, 2006).

Con base en la aceptación de la concepción y aplicabilidad de la investigación acción participativa por la comunidad científica de las áreas disciplinas de las ciencias naturales y sociales, surgen propuestas de mejora a este proyecto emancipador; así, por ejemplo, con los aportes del centro universitario Agruco en los años noventa se plantea la investigación participativa revalorizadora que añade a la propuesta de Fals Borda el componente revalorizador, que no es nada más que poner al mismo nivel del conocimiento académico los saberes de las comunidades campesinas e indígenas del planeta.

Con base en estas consideraciones, la formación académica en Agruco y la FCAPFV de la UMSS integran un programa que se fundamenta en las experiencias acumuladas a partir de la investigación participativa científica y la interacción social en y con comunidades rurales del departamento de Cochabamba. Estas experiencias están desarrolladas con base en el enfoque de la agroecología, la revalorización de la sabiduría indígena y el desarrollo endógeno sustentable. Este enfoque metodológico participativo propone el manejo sustentable de los recursos naturales y los agroecosistemas con base en la recreación de las experiencias y sabidurías indígenas, así como la gestión del conocimiento basado en el diálogo de saberes (entre conocimientos científicos y sabidurías indígenas o campesinas).

Por otra parte, el acompañamiento institucional a procesos de desarrollo en comunidades campesinas de los Andes bolivianos en áreas temáticas que han comprobado su pertinencia metodológica es fruto de las experiencias de campo que han reportado evidencias empíricas y la permanente retroalimentación teórica del personal docente investigador a través de una política interna de formación en pre y posgrado. El enfoque metodológico de la IPR

es aplicado en la formación universitaria a través del taller de titulación en pre y posgrado que permite a los estudiantes plantear temas de investigación pertinentes y aplicativos a la acción de desarrollo endógeno y que puedan utilizarse luego en el corto plazo para la resolución de problemas locales. Ejemplos son la transformación de sistemas agrarios en el municipio de Independencia, en los últimos 20 años.

Por otra parte, ligada al aspecto metodológico de la IPR se trabaja como propuesta de planteamiento de cambio social la disciplina de la agroecología, que tiene su fundamento epistemológico en el manejo sostenible de los recursos naturales para el diseño de modelos de producción ecológicos y agroecosistemas sustentables; así, la agroecología necesita en la mayor medida posible los elementos de resistencia específicos ante los modelos de desarrollo de corte neoliberal. En la opinión de Sevilla (2001), la manera más eficaz de realizar esta tarea consiste en la potenciación de las formas locales de acción social colectiva que posean un potencial endógeno transformador no sólo en el aspecto técnico-productivo, sino también en el sociocultural. No se trata de llevar soluciones ajenas a la comunidad o región, sino de detectar aquellas que allí existen y acompañar los procesos de transformación existentes en una dinámica y enfoque participativo; este es el núcleo central del planteamiento teórico y operativo de la agroecología y de la investigación participativa revalorizadora.

Este planteamiento teórico-operativo de la agroecología y la IPR es pertinente en nuestro medio y fundamental para recrear prácticas tradicionales de producción agropecuaria campesina, indígena, y promover innovaciones tecnológicas adecuadas a cada contexto; más aún si partimos de reconocer que el manejo de sistemas productivos campesinos en esencia es una estrategia ancestral de los pueblos indígenas para un manejo más equilibrado y sostenido de los sistemas de producción, basado en una visión particular de la relación sociedad —naturaleza y una concepción propia de lo que es la vida y el contexto, afirmación que no pretende desmerecer los aportes e innovaciones que la ciencia haya podido desarrollar en este rama, más bien otorgar el debido reconocimiento a los aportes de los pueblos indígenas originarios y campesinos en relación con la agricultura campesina, con sus respectivas particularidades adecuadas a cada contexto particular de Bolivia.

Enfoque metodológico de la investigación participativa revalorizadora

La metodología de la investigación participativa revalorizadora tiene su fundamento filosófico-teórico y de praxis en el enfoque histórico cultural lógico (HCL), que busca dar una valoración adecuada a todas las características culturales y formas de vida cotidianas de las comunidades campesinas y pueblos indígenas en la perspectiva de sus aportes a una gestión más sostenible de los recursos naturales y de los sistemas de producción agrícolas y forestales. Las actividades de investigación científica, interacción social y formación académica desarrolladas por Agruco están basadas prioritariamente en este enfoque.

El enfoque metodológico histórico-cultural-lógico busca comprender la vida de la comunidad en su quehacer cotidiano, estudiando las alternativas y el porqué de sus actividades cotidianas para asegurar la reproducción y producción de la vida. Este enfoque interpreta cada hecho de la vida cotidiana de las familias indígenas campesinas a partir de tres ámbitos de vida: el material, el social y el espiritual (Delgado, 2006).

Lo novedoso de este enfoque es que además de considerar la vida social y la vida material relacionadas a las ciencias sociales y naturales, respectivamente, considera la vida espiritual como parte de la vida cotidiana y se traduce en la esencia del enfoque HCL con una perspectiva transdisciplinar, intra e intercultural (Delgado, 2006). Reconocer y considerar la vida espiritual como parte de la vida cotidiana permite al investigador comprender la manera particular como los pueblos indígenas se relacionan con su entorno, su cosmovisión, que va a determinar la forma de intervención y la relación con cada uno de los componentes de su ecosistema.

Por otra parte, el enfoque HCL y la transdisciplinariedad buscan dar una valoración adecuada a todas las características, culturas y formas de vida cotidianas de las comunidades campesinas. Además de permitir la generación de conocimientos de manera participativa, busca también estrategias de solución a problemas del agro y plantea de manera participativa acciones de desarrollo local en áreas de la agricultura, forestería, agroforestería y ganadería a partir de resultados de las investigaciones realizadas con participación activa de los actores locales (campesinos, comunidades indígenas, tierras comunitarias

de origen [TCO] y municipios). Sin dejar de lado el fortalecimiento de las organizaciones sociales campesinas y de sus propias capacidades de gestión.

En efecto, para operativizar cualquier trabajo de investigación o de interacción social, es necesario construir conjuntamente con los actores sociales comunales procesos de revalorización de sus sabidurías y tecnologías locales, empezando por entender, compartir y respetar los conceptos, las lógicas, las visiones, percepciones y los valores de la comunidad rural donde se desarrolla la práctica social. Por eso la interacción y el intercambio de saberes se realiza por medio de relaciones de interculturalidad y de diálogos intercientíficos¹ generando nuevos conocimientos al compartir e intercambiar saberes y prácticas contemplados en la vida cotidiana de las comunidades campesinas (representadas en los tres ámbitos vida: material, social y espiritual), de manera teórico-práctica, creando nuevas inquietudes, reflexiones y dando también origen a nuevas iniciativas locales.

La figura 1 muestra de manera conjunta el enfoque HCL, la investigación participativa revalorizadora y las técnicas participativas que hacen posible su operativización y la construcción de conocimientos de manera participativa.

En resumen, el concepto de la IPR hace referencia al rol de generación de conocimientos o revalorizar saberes locales de manera participativa considerando la perspectiva de los actores locales (comunarios-productores) para la comprensión de la vida cotidiana campesina (vida material, social y espiritual) encaminada hacia la búsqueda de opciones para el desarrollo endógeno sustentable (Delgado y Tapia, 1998:9).

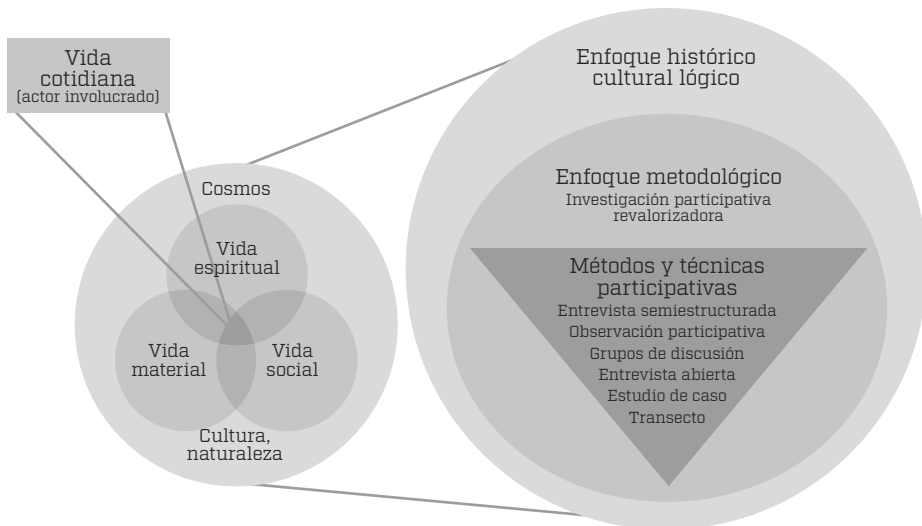
¹ Definimos como diálogo intercientífico aquel proceso de complementariedad de saberes teóricos, métodos aplicativos e investigativos provenientes de diferentes culturas y matrices civilizatorias dentro del marco del reconocimiento y la horizontalidad. Esto es, todos los conocimientos tienen una misma jerarquía y la misma validez. Complementariamente con esta aseveración, el diálogo intercientífico se puede entender desde dos perspectivas: primero, el diálogo se puede enmarcar dentro del relacionamiento de dos o más ciencias cuya raíz esté dentro de un mismo paradigma y matriz civilizatoria, esto es, compartir los mismos principios ontológicos, gnoseológicos y epistemológicos (diálogo intercivilizatorio). Segundo, el diálogo intercientífico se puede materializar en la relación de dos o más sistemas de conocimiento científico cuya matriz civilizatoria sea distinta, por tanto, los principios ontológicos, gnoseológicos y epistemológicos son diferentes, pero complementarios, con base en un proceso revalorizador y reconociendo que ambos sistemas tienen la misma importancia, validez y pertinencia (Delgado y Escobar, 2006: 292).

Esta pretensión conceptual implica abrir en la formación universitaria el enfoque de la transdisciplinariedad, que significa el desarrollo de capacidades que vayan más allá de la formación disciplinar (sin descuidar ésta), entablando diálogo y complementariedad entre disciplinas bajo un denominador común: el desarrollo endógeno sustentable. Si asumimos que el conocimiento local, indígena y originario es también un conocimiento científico, la transdisciplinariedad alcanza también a buscar la formación en el marco de las ciencias de los pueblos indígenas, originarios y campesinos.

El enfoque de la transdisciplinariedad, por su parte, no propone ni pretende abandonar la disciplina científica, sino generar capacidades metodológicas y epistemológicas en los profesionales, de manera que en situaciones concretas puedan adaptarse y desarrollar el conocimiento propio en diálogo con el conocimiento popular (Escobar y Lisperguer, 2006).

Entendemos entonces esta perspectiva como un proceso de autoformación, investigación y acción colectiva que se orienta en la complejidad real de cada contexto. Esto significa que la academia busque que los estudiantes universitarios, generalmente con tendencia a la especialidad disciplinar, supe-

Figura 1: Enfoque metodológico histórico-cultural-lógico y la investigación participativa revalorizadora para la generación de conocimientos y acciones de desarrollo local



ren los límites del conocimiento monodisciplinario de modo que su práctica de investigación, la generación de conocimientos nuevos y la creación de soluciones sean definidas indistintamente desde un conocimiento disciplinario específico y multimetodológico. Entonces, la transdisciplinariedad busca la integración de otros sistemas de conocimientos como los propios de las comunidades campesinas e indígenas de Bolivia, de Latinoamérica y del mundo.

Aplicación de la investigación participativa revalorizadora

En la perspectiva de la IPR se pretende no sólo la construcción de conocimientos, sino también la generación de alternativas de desarrollo buscando la amplia participación con toma de decisiones propias de las comunidades campesinas e indígenas. Se debe considerar la búsqueda de opciones para la generación de alternativas de desarrollo mas pertinentes y sostenibles. Se requiere por tanto de un trabajo interdisciplinario y transdisciplinario, en el sentido de dar soluciones integrales a problemas que van más allá de lo que sólo una disciplina puede abordar de manera aislada.

En este entendido, el programa de investigación-desarrollo que Agruco plantea considera en su parte conceptual y operativa la vida cotidiana de las comunidades campesinas e indígenas y los municipios rurales como el eje central de la investigación y el desarrollo endógeno. El centro Agruco ha desarrollado estas experiencias a través de importantes programas y proyectos piloto con las características mencionadas, además de formar parte de otros programas que permitan el trabajo interdisciplinario con otros centros de investigación y desarrollo dentro y fuera de la Universidad Mayor de San Simón, y el trabajo transdisciplinario considerando los conocimientos, prácticas y tecnología que los pueblos indígenas han ido acumulando en su vida cotidiana.

El diálogo intercultural por otra parte, promueve la investigación y experimentación campesina, entendiendo ésta como aquella que fusiona métodos cualitativos y cuantitativos, objetivos y subjetivos en el desarrollo de una experiencia o la generación de una determinada tecnología. La investigación campesina permite de esta manera la innovación y la recreación del conocimiento que por sus características no es fácil ni automáticamente replicable

o generalizable, dando la impresión al observador externo de una suerte de estancamiento o inmovilidad del conocimiento y las prácticas agroecológicas campesinas. Así, el método de investigación campesina es lento pero en contraparte es altamente efectivo en la consecución de resultados por su aplicación práctica en la vida cotidiana. Entonces la investigación campesina es la base para alcanzar buenos resultados en la IPR y en el proceso del desarrollo endógeno, en un enfoque de diálogo de saberes y transdisciplinariedad (Escobar y Lisperguer, 2006:13).

En este entendido, la transdisciplinariedad pretende integrar, además de las disciplinas científicas, las sabidurías indígenas-campesinas en procesos de generación de conocimientos y en la elaboración de propuestas de desarrollo. De tal forma, en la actualidad las metodologías de interacción social con las comunidades campesinas para apoyar ya sea al rubro de producción agropecuaria, agroforestal, artesanal o las multiactividades campesinas, requiere que los profesionales que vayan a trabajar en estos rubros tengan una perspectiva y enfoque transdisciplinar y un cierto nivel de sensibilidad social para comprender, dialogar, y aportar de manera más pertinente a desarrollar de manera más eficiente y sustentable los sistemas de producción y los sistemas de organización sociales locales.

De esta manera la perspectiva transdisciplinar y la IPR para su concreción han partido de las experiencias en formación, investigación y desarrollo que han facilitado el diálogo de saberes intra e intercultural para la autogestión y la sostenibilidad de la diversidad biológica y cultural que están presentes y vivas en las comunidades campesinas de Bolivia.

El caso de las fichas de revalorización y la aplicación de la IPR

El proceso de revalorización de los saberes locales implica la aplicación de una metodología basada en la investigación participativa revalorizadora y el enfoque transdisciplinar que requiere de la amplia participación de las comunidades campesinas, organizaciones sociales y familias comuneras que con su sabiduría transmitida en tecnologías, prácticas agronómicas y culturales, experiencias y conocimientos sobre la relación hombre-naturaleza, pueden aportar significativamente a la construcción de conocimientos nuevos con

el propósito de revalorizar, revitalizar y difundir en otros contextos geográficos y sociales donde es importante saber que sí existen estas sabidurías que pueden aportar a la construcción de un modelo nuevo de desarrollo: el desarrollo endógeno sustentable.

En este entendido, las cartillas de revalorización son instrumentos metodológicos interesantes e importantes que contribuyen no sólo al rescate de las sabidurías de los pueblos indígenas originarios, sino también a su revitalización, recreación y puesta en vigencia en cada contexto diferente.

Objetivos de la revalorización.

¿Por qué o para qué revalorizar?

Varios son los propósitos que motivan a desarrollar procesos de revalorización y revitalización de las sabidurías campesinas indígena originarias, siendo la más importante devolver la vigencia a aquellos saberes ancestrales que por influencia de la modernidad corren el riesgo de perderse o erosionarse. A continuación se describen los objetivos que motivan al rescate de los saberes:

- Conocer, describir y analizar las técnicas, tecnologías o conocimientos y *sabidurías* de los comunarios y comunidades, desde la vida cotidiana (material, social y espiritual), tal como la percibe el actor local.
- Fortalecer y recrear la sabiduría de los pueblos indígenas, originarios campesinos a través de la revalorización y difusión de estos saberes y conocimientos, que muestran una auténtica relación de la sociedad con la naturaleza, para elevar la autoestima de los comunarios y por ende mejorar su calidad de vida.
- Contribuir a recopilar e inventariar las prácticas, técnicas y tecnologías productivas; y sabidurías comunitarias, familiares e individuales de importancia, para devolver su vigencia en cada espacio-tiempo determinado.
- Contribuir a la formación de técnicos que trabajan en municipios, instituciones de desarrollo públicas y privadas en el desarrollo sostenible; así como a estudiantes universitarios, en el propósito de complementar su conocimiento académico con las sabidurías campesinas (diálogo de saberes), por medio de la elaboración de fichas de revalorización.

- Formular proyectos comunitarios con base en las tecnologías recopiladas para la gestión sostenible de los recursos naturales, la biodiversidad y la vigorización de las sabidurías indígenas y campesinas.

Metodología para la revalorización y sistematización de las sabidurías

La elaboración de registros de autoría campesina, de los conocimientos y las prácticas quechuas y aymaras locales —denominados cartillas de revalorización— que se comparten entre los miembros de la comunidad, educadores y estudiantes, es el punto de inicio de la actividad de investigación y desarrollo (figura 2). Estas cartillas contienen testimonios de los campesinos, y describen de una manera simple y comprensiva una práctica o un conocimiento innovador, incluyendo su relevancia social y espiritual. Esta descripción es acompañada por dibujos claros que indican los detalles de la práctica o experiencia concreta; de la manera en que se conoce y es utilizada por el campesino, indígena, productor o tecnólogo. De igual modo describe el contexto sociocultural de la comunidad microrregión o ayllu, donde se origina la tecnología, sabiduría o conocimiento, así como los datos personales del autor del testimonio. Finalmente, existe una contribución más técnica que contiene otro tipo de información relevante. Toda esta información sistematizada está basada en la investigación participativa revalorizadora.

Primero se identifica un conocimiento, sabiduría o tecnología de interés, en torno al cual se organiza un diálogo abierto con el miembro o miembros de la comunidad que posee el saber o práctica ancestral, y se recolecta a través del testimonio. Por medio de la observación participante y la entrevista se reconoce aun más el proceso en el que la tecnología o la sabiduría se desarrollan. Luego, en una reunión o un taller comunal, se recoge más información sobre el tema de manera participativa y se valida dicho saber; luego, la información y el conocimiento construido de manera participativa se sistematizan y distribuyen como una cartilla (ficha de revalorización) dentro de la comunidad, en las instituciones de desarrollo, en la escuela, en la universidad o en los contextos afines.

Estas cartillas informativas y reflexivas sobre los saberes y tecnologías indígenas, campesinos u originarios demostraron ser herramientas útiles para

Figura 2: Procedimiento metodológico para la elaboración de cartillas de revalorización



Fuente: Delgado y Tapia (2006).

avivar, revitalizar y fortalecer las discusiones sobre la importancia del conocimiento y la forma en que se puede ajustar a las necesidades y requerimientos actuales. Además, ha estimulado la autoestima de la comunidad y las familias campesinas comuneras para continuar experimentando y recreando todo tipo de prácticas y saberes ancestrales. De esta manera, el diálogo de saberes entre institución y comunidad se traduce en un conocimiento nuevo, que puede ser aplicado luego en procesos de generación de propuestas de desarrollo o de toma de decisiones participativas. Este hecho contribuye a la generación de un nuevo modelo de desarrollo comunal y de propuestas de capacitación universitaria al interior de las facultades de agronomía y otras unidades académicas de enseñanza-aprendizaje de las universidades públicas de Bolivia.

En este sentido, las cartillas de revalorización en este proceso de difusión pasan a ser documentos importantes no sólo de rescate y recreación de las sabidurías y tecnologías campesinas, sino que también se constituyen materiales de enseñanza, principalmente en las universidades y escuelas rurales, y se traducen en material de partida para emprender investigaciones académicas a nivel de tesis de pregrado o investigaciones participativas en temas productivos o sociales que apunten a la generación de conocimientos propios y, por ende, de propuestas de desarrollo endógeno con amplia participación de los actores locales.

A modo de reflexión final

A manera de conclusión podemos afirmar que el enfoque metodológico HCL y la IPR permiten entender desde una visión integral la realidad rural y la vida cotidiana de las familias campesinas, es decir, aun cuando la visión convencional fracciona la realidad para una mejor comprensión y prioriza el estudio de los fragmentos de la realidad, la visión alternativa pretende ver en su integralidad los diferentes componentes desde diferentes perspectivas como la visión social, cultural, económica y política, lo cual permite el respeto a la cultura y las estrategias de vida propias de las comunidades campesinas para, de esta manera, promover la revalorización de formas de gestión de los recursos naturales, conducentes a la generación de estrategias de vida familiares y comunitarias sustentables.

Así, la investigación participativa revalorizadora transdisciplinar aplicada de forma adecuada y precisa permite a investigadores y actores comprometidos con el desarrollo endógeno trabajar e interactuar de manera horizontal con organizaciones campesinas e indígenas, no sólo en el propósito de construir conocimientos de manera participativa, sino también de construir alternativas sustentables para la gestión de recursos naturales, la biodiversidad y los agroecosistemas productivos y fortalecimiento de la organización social comunitaria. Entonces, esta construcción metodológica tiende a no ser instrumental sino reivindicativa, revolucionaria a nivel metodológico y generadora de propuestas de acción junto y para las comunidades campesinas e indígenas.

La aplicación de las cartillas de revalorización de las sabidurías de los pueblos indígenas originarios, lejos de ser sólo instrumental, apunta a la recreación de los saberes locales en el propósito de dar vigencia y continuidad a la vida cotidiana, pero con aporte de las instituciones de desarrollo que aplican enfoques participativos, revalorizadores y transdisciplinarios. La IPR, al enmarcarse al enfoque del pensamiento complejo (Morin, 2010), trata de abarcar no sólo la sistematización de conocimientos, sino su validación primero por la comunidad campesina y luego por la comunidad científica. En este sentido la IPR, al plantear un método diferente para abstraer la realidad concreta, se aproxima con más nitidez a las realidades rurales no sólo en el afán de generación de conocimientos, sino de revalorizarlas, recrearlas, revitalizarlas y hacerlas digeribles en ámbitos comunales, académicos, municipales y educativos.

Bibliografía

- Delgado, F. (2006, diciembre). «El diálogo intercultural e intercientífico. Un nuevo marco teórico para el desarrollo endógeno sostenible y la reforma universitaria. *Revista de Agricultura*, 38 (58).
- Delgado, F. y N. Tapia (1998). *Políticas, estrategias y gestión de la investigación en agroecología y revalorización de saber local para un desarrollo sustentable*. Cochabamba: Agruco / UMSS.
- Escobar, C. y G. Lisperguer (2006, diciembre). «Innovaciones metodológicas para el diálogo intercultural intercientífico. La perspectiva transdisciplinar y el enfoque intermetodológico. *Revista de Agricultura*, 38 (58).
- Mellen, M. (2004). «Agricultura campesina y soberanía alimentaria». *Biodiversidad y Culturas*, 45.
- Sevilla, E. (2001). *El desarrollo económico en el contexto del neoliberalismo y la globalización*. Documento presentado en el simposio Desarrollo Económico y Sustentable, Temuco, Provincia de Cautín, Chile.

La transdisciplinariedad, el diálogo de saberes y la investigación participativa revalorizadora en una perspectiva del desarrollo endógeno sustentable como interfase para el vivir bien

Freddy Delgado Burgoa

Introducción

Existe una coincidencia generalizada en el mundo: que el modelo occidental o eurocéntrico de desarrollo que prioriza el crecimiento económico y el bienestar material no ha funcionado, y más bien ha ahondado la pobreza y la desigualdad social, afectando además la sostenibilidad de la vida en el planeta, el cual muestra un acelerado deterioro ambiental y una pérdida de los valores éticos (PNUMA-UNCTAD, 1974).

El desarrollo sostenible, que surge como un nuevo paradigma y un nuevo concepto, es parte de un proceso que Escobar (1995:8) llama «Problematización Global de la relación entre naturaleza y sociedad y que han traído consigo una serie de discursos que buscan dar forma a la realidad a que se refieren». Lo cierto es que la crisis no es un concepto o un discurso de desarrollo que deba modificarse, sino que, como dice Morin (1995: 397 y 399), «se trata de una crisis autoparcial, de una crisis cultural de civilización, de una crisis industrial/económica, crisis del oeste, crisis del este, crisis del norte y crisis mucho más radical, que afecta a los principios de una inteligibilidad de las creencias y de los mitos motores de la civilización, asentadas en Europa

y EUA principalmente. Es en este sentido, en el que efectivamente se puede hablar de crisis de civilización».

Esta crisis de civilización está claramente identificada con el occidente (tanto EUA como Europa), donde su ciencia y su tecnología han jugado un rol fundamental en todo este proceso y han puesto en riesgo la vida en el planeta. Es por ello que para «cualquier definición de sostenibilidad, es necesario, de hecho, que se tengan en cuenta las dimensiones cultural y estructural, ya que, de lo contrario, alentará las destructivas tendencias del despotismo urbano-industrial en que nos ha introducido la dinámica del capitalismo» (Sevilla y Alonso, 1994:25). Por tanto, el desarrollo en su versión economicista, o ahora en su versión sostenible, dio hegemonía global a una genealogía de la historia puramente occidental, limitando a las naciones indígenas originarias campesinas de otras regiones la oportunidad de plantear sus propias concepciones y visiones del mundo y del cosmos, que permitan la recreación y generación permanente de conocimientos desde lo local hacia lo universal; fortaleciendo sus culturas, sus saberes, sus tecnologías, sus métodos y sus herramientas a partir de un diálogo de saberes, un diálogo intercultural e intercientífico, reconociendo las grandes capacidades de otras culturas y ciencias de aportar a la humanidad, como son, por ejemplo, la medicina china, ayurvédica en la India o kallawayá en Bolivia; esta última reconocida por la UNESCO como patrimonio intangible de la humanidad, pero no valorada en su esencia por la medicina occidental moderna.

Hoy surge, desde los diferentes continentes y regiones del mundo, desde culturas y pueblos antiguos como la china, la india, la maya y la andina, la necesidad de revalorizar y recrear su sabiduría con base en un diálogo de saberes, donde la ciencia occidental moderna o eurocéntrica es parte de este proceso, pero no es el todo ni la única, en una perspectiva de buscar alternativas nuevas o antiguas miradas revalorizadas que permitan nuevos enfoques de vida o de desarrollo, como es el vivir bien, que tiene diferentes acepciones en diferentes naciones y culturas del mundo (*sumaj kamaña* en aymara, *sumaj kausay* en quechua, *teko kavi* en guaraní, *kumefelem* en mapuche, *Ubuntu* en el Congo africano, *utz kaslemal* en maya quiche, *el plan de la felicidad* en Buthan).

La transdisciplinariedad y el diálogo de saberes como instrumentos para la deconstrucción de las ciencias y el desarrollo

En los últimos cincuenta años, la apertura de la ciencia occidental moderna eurocéntrica para discutir sobre la validez científica de otras perspectivas que no parten del único y dominante enfoque neopositivista, ha permitido enriquecer el sistema de conocimientos de la sociedad global; que es, al final de cuentas, al que deben aportar todas las investigaciones científicas.

Sin duda que los cuestionamientos a la crisis del modelo occidental de desarrollo y las consecuencias indeseadas de su aplicación, han influido notablemente en las reflexiones y estudios que se han realizado desde esta ciencia eurocéntrica, dando origen al surgimiento de nuevos paradigmas y la apertura y flexibilidad para el diálogo intercultural e intercientífico con base en un profundo cuestionamiento, a lo que se ha denominado como el neopositivismo, basado fundamentalmente en la objetividad universalidad y cuantificación —medición y experimentación de todo proceso de investigación.

Fruto de ello, y como resultado de las investigaciones de Agruco durante más de 25 años, principalmente en la región andina y como parte de redes internacionales como Compas y Captured, proponemos en este capítulo la transdisciplinariedad, la investigación participativa revalorizadora y el diálogo de saberes como un aporte y avance teórico metodológico, en la perspectiva de construir puentes epistemológicos que fortalezcan las ciencias chinas, indias, mayas, mapuches, andinas y occidentales modernas; pero que fundamentalmente permitan vislumbrar nuevas visiones y enfoques de vida, alternativos a la visión de desarrollo, en todas sus acepciones.

Después de más de un siglo de debates teóricos y epistemológicos sobre la objetividad y la subjetividad de la ciencia moderna, la universalidad y el relativismo de sus resultados, la discusión continúa encontrando cada vez más complementariedad entre las posiciones estructuralistas y las no estructuralistas;¹ entre los métodos cuantitativos utilizados por el neopositivismo

¹ El estructuralismo en sentido general es una denominación genérica de los métodos y concepciones diversas, relativas a numerosas disciplinas (física, biológica, lógica psicológica, lingüística, sociología, etnología) que tienen por carácter común la búsqueda y determinación de estructuras (Morfaux, 1985).

(que ha sido la perspectiva dominante en la ciencia) y el del paradigma hermenéutico que parte de la perspectiva del actor, en el que predominan los métodos cualitativos; donde las nociones de comprensión, comunicación y diálogo desempeñan funciones centrales (Torres, 2000).

La ciencia occidental moderna eurocéntrica debe continuar buscando complementariedades o tomar el riesgo de aislarse en un mundo que se globaliza no sólo a nivel de la apertura y la emergencia de mercados financieros globales, que están además en crisis, o por la integración vertical de empresas que proveen insumos para un único mundo consumista, o por el predominio vertical y avasallador de las transnacionales que intentan apropiarse del mercado de la alimentación a través de la producción de semillas y alimentos transgénicos; sino en un mundo que se abre al conocimiento de otras culturas y saberes.

Los avances reconocidos de la ciencia occidental moderna y de la globalización, cuyos objetivos no deberían servir para buscar el predominio de la lógica económica capitalista y que han causado en el mundo tanta miseria y deterioro ambiental, especialmente en su fase más nefasta —el neoliberalismo— deben más bien aceptar que existen otras lógicas y maneras de ver el mundo que permiten mantener una relación equilibrada de la sociedad con la naturaleza con base en una economía comunitaria, de reciprocidad, donde las relaciones sociales se basan en la ayuda mutua, la solidaridad y la redistribución equitativa de los recursos naturales, gracias a decisiones que relacionan a la comunidad con el individuo y la familia; considerando tal economía como parte importante de lo que se ha denominado en Bolivia, a través de la Nueva Constitución Política del Estado (2009), la economía plural.

Los avances en esta perspectiva lógicamente han tenido mayores repercusiones en comunidades científicas latinoamericanas, asiáticas y africanas a partir de las investigaciones etnológicas, etnohistóricas y antropológicas, creando una mayor predisposición y avidez de buscar, cada vez más, la participación de la sociedad civil o de los actores sociales locales en las políticas, programas y proyectos de investigación y de desarrollo.

Es lógico entonces considerar que los aportes de las corrientes que cuestionan el neopositivismo —como son la investigación participativa revalorizadora, el diálogo de saberes y la transdisciplinariedad— y que nacen a partir de la obra trascendental de Kuhn (1962) *La estructura de las revoluciones*

científicas, son fundamentales en este proceso de reflexión y tienen cada vez más partidarios en sociedades con una variabilidad cultural y ecosistémica mayor; además se constituyen como una opción más de las comunidades científicas no occidentales, como instrumentos para crear puentes epistemológicos entre los saberes de las naciones indígenas originarios y el conocimiento científico eurocéntrico, donde se resalta la fuerte interrelación entre investigación y acción-desarrollo (figura 1).

La transdisciplinariedad, el diálogo de saberes y la investigación participativa revalorizadora son tres consecuencias y resultados favorables de más de medio siglo de experiencias y debates epistemológicos y metodológicos de la comunidad científica occidental, que ha empezado a reconocer y aceptar los aportes de las sabidurías de las naciones indígenas originarias de las sociedades no occidentales (como es la andina), especialmente por su relación equilibrada con la naturaleza y su percepción integral de la vida, siendo nexos fundamentales a considerar para la perspectiva de buscar nuevas alternativas al desarrollo y a otras visiones de vida.

Figura 1: La transdisciplinariedad y el diálogo de saberes en la deconstrucción de las ciencias y el desarrollo



Es por ello que, desde varios campos de las ciencias, se van dando pasos para sentar las bases de un nuevo paradigma menos rígido y más respetuoso con la complejidad que se viene detectando en la materia, los seres vivos y la sociedad en general. En tales circunstancias, es preciso realizar trabajos enfocados al análisis y comprensión de las relaciones entre disciplinas, campos y conocimientos; ya que de esta interdependencia entre las partes surgen normalmente nuevas propiedades, que antes no las poseían eran consideradas de manera aislada (Torres, 2000).

Como indica Torres (2000), «La Interdisciplinariedad implica una voluntad y compromiso de elaborar un marco más general en el que cada una de las disciplinas en contacto son a la vez modificadas y pasan a depender claramente unas de otras»; dando como resultado una intercomunicación y un enriquecimiento recíproco y, en consecuencia, una transformación de sus metodologías de investigación, el uso paralelo de varios métodos (perspectiva multimetodológica e intermetodológica); modificación de conceptos, de terminologías y nuevas teorías.

En esta perspectiva, la transdisciplinariedad, como etapa superior de la interdisciplinariedad, la entendemos como un proceso de autoformación e investigación-acción que se orienta en la complejidad real de cada contexto, superando los límites del conocimiento disciplinario, de modo que la investigación y la recreación de alternativas y soluciones sean definidas indistintamente de su conocimiento específico y metodológico.

La transdisciplinariedad, por tanto, es un concepto que asume la prioridad de trascender a las disciplinas y a su simple interacción mecánica o una sumatoria de disciplinas, cada una con sus teorías, métodos y metodologías (multidisciplinariedad e interdisciplinariedad). En este nivel desaparecen los límites ante las diversas disciplinas y se constituyen en un sistema total que sobrepasa el plano de las relaciones e interacciones entre ellas, dando origen a una macrodisciplina; pero fundamentalmente da la apertura a otras formas de conocimiento y a otras culturas, lo que hemos denominado *diálogo intercultural e intercientífico*, donde se reconoce a cada cultura y cada conocimiento como parte de un todo que interactúa entre sí.

En esta perspectiva, nos adscribimos como individuos o comunidades formadas en el conocimiento científico occidental moderno, pero con el pleno reconocimiento de la sabiduría de nuestras naciones indígenas originarias de las que nos consideramos también parte, en lo que se ha denominado por

Kroker (citado en Torres, 1994) la *interdisciplinariedad crítica*, que obliga a una deliberación colectiva de problemas públicos y a la presencia de las memorias reprimidas y silenciadas en el análisis de las experiencias de carácter sociohistórico. Esta perspectiva crítica, según el autor, conlleva a repensar, redescubrir y reconceptualizar las razones de marcos teórico-conceptuales y metodologías, recuperando las voces de quienes quedaron en el camino.

La investigación participativa revalorizadora y su aporte a la sabiduría de las naciones indígenas originarias campesinas

Por otra parte, los aportes de la investigación participativa revalorizadora —que hoy ha tomado carta de ciudadanía mundial, después de un largo periodo de cuestionamientos desde la ciencia neopositiva—, atribuidos a la subjetividad de los saberes locales y su no universalidad, aparecen hoy como fundamentales en la construcción de opciones de desarrollo sostenibles u otras alternativas de vida; saberes construidos a través de siglos de experiencia en su relación con la naturaleza, en una diversidad de ecosistemas y culturas que no pueden ser negados por la ciencia moderna y la cultura eurocéntrica, que ha intentado hacer prevalecer una sola visión del mundo y su total hegemonía.

El enfoque teórico metodológico de la investigación-acción participativa que surge con Paulo Freyre y Fals Borda en América Latina reivindica los conocimientos locales y la educación popular como respuesta de los pueblos a las políticas capitalistas implementadas por los Estados, entre los años cincuenta y noventa, y ahondados con el neoliberalismo en los últimos veinte años; por otro lado, la aplicación de métodos y técnicas cualitativas que surgen con el método hermenéutico se han basado, para el caso latinoamericano, en la construcción conjunta de conocimientos entre investigador científico o comunidad científica y familias o comunidades indígenas o campesinas, lo que ha permitido iniciar un diálogo dentro de un proceso histórico que reconoce como diferente a cada pensamiento filosófico y científico y no como saber genéricamente prehistórico y primitivo o subdesarrollado. Además, el pluralismo cognitivo y metodológico, propio de algunas escuelas de las ciencias sociales que surgen a partir de la publicación de Kuhn (1962), han

sido fundamentales para promocionar un proceso de diálogo de saberes entre el conocimiento científico moderno eurocéntrico y el saber andino —en el caso boliviano—, que permite aportar de forma más práctica y con recíproco beneficio, planteamientos de investigación y desarrollo desde la perspectiva de los actores o comunidades locales, considerando como una prioridad, la revalorización de saberes, tecnologías, métodos, prácticas y visiones de vida de las naciones indígenas originarias campesinas, a lo que hemos denominado investigación participativa revalorizadora.

Por tanto, nuestra propuesta es avanzar en la relación sujeto-objeto del neopositivismo cómo sistema de generación de conocimientos y empezar una relación de un sujeto, que aplica el método científico moderno occidental y tiene una visión determinada por su formación científica, sin dejar de tener su propia visión de la vida; con otro objeto, que se basa en la praxis de su vida cotidiana y no conoce ni aplica el método científico moderno, por lo menos en toda investigación donde se genere una interrelación entre seres humanos y que busque el consenso entre el conocimiento científico moderno eurocéntrico y los saberes locales reconocidos como ciencias, por ser racionales y empíricas, pues nuestras naciones no pueden seguir siendo el objeto de estudio de la ciencia occidental moderna eurocéntrica (Delgado, 2001).² En este caso, se relativizarían los enunciados de causalidad de las ciencias naturales producidos en una torre de cristal aislada de la dimensión histórica, social y pragmática de lo que debería ser la empresa científica; como si fuera algo que está fuera de la historia y que, gracias a su método, resulta ser independiente de los sujetos que la producen. Esta propuesta rompe el campo de las relaciones sujeto-objeto e intenta superarla con una dimensión horizontal en la interacción entre sujeto investigador científico moderno eurocéntrico y sujeto investigador local científico, cuyo resultado es la investigación participativa revalorizadora, diferente al planteamiento de la epistemología positiva clásica que desprecia al objeto del conocimiento y prioriza, por el contrario, al cómo hacer que este se refleje sin distorsiones; tomando ade-

² Delgado (2001), en su tesis doctoral, realiza un análisis exhaustivo de los diferentes avances de la ciencia occidental moderna en la perspectiva de buscar un diálogo intercultural e anticientífico, tomando como punto de partida el reconocimiento de los conocimientos de los pueblos indígenas originarios y otros saberes locales como parte de la diversidad, donde el conocimiento científico es también parte.

más «la reflexividad como una segunda dimensión vertical en la interacción sujeto-objeto» (Lamo de Espinoza, *et al.*, 1994:48 y 49).

Hacia el diálogo intercientífico sur-sur y nuevas visiones de vida

El considerar los avances desde algunas escuelas de la comunidad científica occidental, no desconoce las enormes brechas con los neopositivistas ligados generalmente a intereses de la industria y el comercio transnacional que han promovido y prometido un desarrollo material sin límites. En esta perspectiva, reconocemos y nos adherimos plenamente a los cuestionamientos y el análisis que hace Alvares (1996) sobre los principios y objetivos de la ciencia y el desarrollo en el diccionario del desarrollo, editado por primera vez en 1992 por Wolfgang Sachs.

Es por ello, que a partir del análisis del conocimiento desde cada contexto, desde cada cultura y desde cada ciencia, sin preocuparse por el resultado de su posible validez o falsedad *a priori*, remitiría un diálogo intercientífico que deje la razón instrumental que según Quijano (1982) parte de la relación entre fines y medios donde lo racional es lo útil y la utilidad adquiere su sentido desde dominio del poder. Ese poder que ofrece la ciencia moderna promete un paraíso material que dé fin a la pobreza y a la opresión, pero que hasta ahora no ha cumplido, perdiendo credibilidad (Alvares, 1996).

La afirmación de que el conocimiento científico, pretendidamente global, explica «cómo ocurren las cosas» (Rist y Haverkort, 2004), tratando de universalizar los conceptos a partir del racionamiento lógico, denota una fuerte tendencia materialista y racionalista, donde la intuición y otras formas de racionalidad y lógica no son aceptadas, siendo ésta la mayor brecha para el diálogo de saberes, intercultural e intercientífico. Partir de cómo ocurren las cosas es coherente con el *logos* o racionamiento lógico, basado en la medición y la cuantificación que busca, ante todo, la objetividad, pero el objetivo se refiere al objeto en sí y no a nuestro modo de sentir y pensar, pues con esto supondríamos que todos pensamos y sentimos igual, siendo el objeto sólo perceptible por los sentidos.

Partir de «cómo ocurren las cosas» (de qué modo o de qué manera), nos lleva a preguntarnos, una vez conocida la respuesta, para qué necesitamos y

qué haremos con estos resultados. Para la ciencia occidental moderna, esto es claramente encomendado a una comunidad científica, ligada a la perspectiva dominante y utilitaria de la razón instrumental, donde las mismas sociedades occidentales no acceden a la toma de decisiones, sino que las realizan los científicos modernos eurocéntricos y los políticos en permanente alianza. El «por qué ocurren las cosas» según la lengua española, está relacionado a la causa, razón o motivo; pero, como conjunción final, también puede referirse al «para qué». En tal sentido, «el porqué y el para qué,» se refieren más al modo de pensar y sentir y no al objeto en sí. El modo de pensar y sentir no es instrumento para utilizarlo desde el poder dominante de un círculo de científicos; es más bien, una apertura para dialogar entre diferentes modos de pensar y sentir.

Estos argumentos, permitirían afirmar que existe una mayor perspectiva para el diálogo de saberes, intercultural e intercientífico, entre ciencias que no han cerrado su visión del mundo a hegemonizar el conocimiento, reconociendo más bien que cada conocimiento y cada ciencia es parte de la diversidad cultural existente en el mundo y que ha permitido recrear conocimientos y construir su ciencia y tecnología. En tal situación, la ciencia moderna occidental debe aceptar que es parte de este bagaje de maneras de ver el mundo y de la diversidad cultural que intenta dialogar para una mejor convivencia con las otras sociedades, con la naturaleza y con lo extrahumano. Existe un reconocimiento de los saberes de los pueblos originarios como ciencias (medicina china, kallawayá en Bolivia, predicción climática local).

En un seminario internacional realizado en Ginebra en octubre de 2006, se ha expuesto diferentes experiencias de África, Asia, Latinoamérica y Europa, que demuestran que es posible construir un diálogo intercultural e intercientífico a partir de un proceso permanente de aprendizaje social entre la academia de la ciencia moderna y la sabiduría de los pueblos indígenas consideradas como ciencias endógenas. Un paso previo e imprescindible para el diálogo intercientífico, es; sin duda, la construcción del diálogo intercultural basado en la revalorización de la sabiduría de los pueblos originarios y los saberes locales, a lo que se ha denominado *intraculturalidad*. Existe, por otro lado, una mayor interacción de las disciplinas científicas de la ciencia moderna occidental; por ejemplo, entre las ciencias sociales y las ciencias naturales.

Este diálogo está en proceso de construcción de sus fundamentos, sus posibles complementariedades y confrontaciones. Este proceso de construc-

ción debe considerar el estudio del ser (ontología), el origen, causas, límites y perspectivas de todo conocimiento (gnoseología) y del conocimiento científico occidental en particular (epistemología). Reconocemos que partimos de categorías occidentales, que empero deberán ser enriquecidas, sustituidas y complementadas, por categorías propias del conocimiento de los pueblos indígenas. En la construcción del diálogo intercientífico, se ha identificado una limitación de la ciencia occidental moderna, que tiende a priorizar una cosmogonía materialista del universo, lo que lleva a relegar la vida espiritual y lo sagrado al ámbito subjetivo. Este análisis abre la posibilidad de trabajar transdisciplinariamente partiendo de la vida material, social y espiritual (Rist, 2006).

El desarrollo endógeno sustentable como interfase para el vivir bien

El punto de partida para la búsqueda de nuevas alternativas de vida o nuevos enfoques de «desarrollo», parte de poner en cuestión la relación estrecha que existe entre el sistema de desarrollo capitalista y su base cognitiva-material, este sistema. es propulsado por el llamado «progreso científico-tecnológico», que hace que también el modo de producción del conocimiento científico y tecnológico, sea cuestionado indiscutiblemente. Se parte del análisis de que la búsqueda de alternativas al actual sistema capitalista y sus enfoques de desarrollo, requieren una revisión crítica de las actuales instituciones y formas de producir conocimientos o «hacer ciencia y tecnología». Lo importante es señalar que esta revisión crítica del modo de producción actual y de los conocimientos científicos, no es una actividad meramente académica; sino que, se da en un marco de una alianza entre las comunidades académicas implicadas y los movimientos sociales que han reconocido que una fuente importante para su fortalecimiento radica también en el planteamiento de nuevas formas de entender y organizar el proceso de producción de conocimientos requeridos para la transformación del modelo de desarrollo dominante (Ravetz & Funtowicz 1999).

Ejemplos claros son los movimientos sociales que propagan el desarrollo endógeno sustentable (Compas, www.compasnet.org), la agroecología que reactualiza y desdogmatiza la cuestión agraria (Sevilla Guzmán, 2010), la

agricultura orgánica como un movimiento político y transdisciplinario (Aeberhard & Rist, 2009), y diferentes movimientos que reivindican la recuperación de las diferentes formas de medicina no-occidental (FRLHT, 2010; Sobometra, <http://sobometra.kallawayas.org>). A esto se suman los múltiples movimientos ambientales que cada vez más empiezan a re-contextualizar la cuestión ambiental, más allá de la ecología, dándose cuenta de las interrelaciones entre lo ambiental y lo político. Como se explica en el último artículo de Magdoff y Bellamy Foster, llamado «Lo que cada ambientalista tiene que saber sobre el capitalismo» (2010), se enfatiza sobre la importancia de recuperar la dimensión espiritual como un elemento de renovación de la cuestión ambiental; tal como, lo ha sugerido, con mucha fuerza, la conferencia Mundial de los Pueblos sobre el Cambio Climático y los Derechos de la Madre celebrada en Cochabamba en abril de 2010 y el Seminario Internacional sobre: Desarrollo Endógeno y Transdisciplinariedad en la Educación Superior: Cambios para el Diálogo Intercientífico entre el Conocimiento Eurocéntrico y el Conocimiento Endógeno, realizado en Tarata, Bolivia en 2011 y organizada por el programa internacional y Agruco-Captured.

Todo ello configura un marco más amplio que en definitiva trasciende lo que puede y debe ser abordado por la comunidad académica; ya que, por un lado, se establece un marco multi e interdisciplinario, apenas trabajado por las ciencias; por otro lado el marco discursivo es de carácter transdisciplinario lo que significa que más allá del conocimiento científico, es imprescindible integrar al proceso de producción de conocimientos el saber no-académico presente; por ejemplo, en las comunidades de grupos indígenas, originarios y populares (Hirsch Hadorn *et al.*, 2006).

Cuando se aplica un enfoque transdisciplinario a la coproducción de conocimientos agroecológicos, se tiene que tomar en cuenta que la asignación de sentido a la información científica, por parte de los actores sociales involucrados, siempre está haciéndose desde las acepciones fundamentales que constituyen la gran diversidad de formas de los mundos de vida que conforman, el conjunto de significados compartidos sobre los que viven e interactúan los actores sociales. Cuando la ciencia pretende imponer sus propios conocimientos normativos e interpretativos sobre aquellos que constituyen las bases cognitivas de los mundos de vida de otros actores; estos reaccionan con desconfianza y rechazo, ya que sienten que esto pone en peligro su soberanía interpretativa como un aspecto fundamental en todo proceso de forma-

ción identitaria personal y colectiva. Los actores sociales que comparten en un determinado «mundo de vida,» generalmente no requieren legitimar sus conocimientos normativos e interpretativos, con el hecho de que coincidan con aquellos que surgen del conocimiento científico; más bien están interesados en la manera en que sus propias aspiraciones pueden ser realizadas o se verían dañadas, en caso de que se recurriera a los aportes que provienen de la producción científica de conocimientos.

Una expresión clara de esto es la respuesta que surge desde las naciones indígenas originarias campesinas; que, frente a la crisis del modelo de desarrollo capitalista y modernizante, plantean el vivir bien como un concepto y una praxis social vivida, más adecuada a las concepciones indígenas de la vida (Cancillería del Estado Plurinacional de Bolivia, 2009). Es importante señalar que el intenso debate que el vivir bien o buen vivir (en su versión ecuatoriana), está suscitando en los niveles de los nuevos gobiernos revolucionarios de América Latina y en la comunidad académica afín, retoma; por lo tanto, un concepto planteado por los movimientos sociales.

Por otro lado, es interesante observar que el debate sobre el «vivir bien» plantea relaciones entre la vida espiritual, material y social que permiten establecer relaciones epistemológicas con lo que se viene generando en el mismo seno de la ciencia occidental, representado; por ejemplo, por las ciencias de enfoque cualitativo o hermenéutico, la física cuántica (Dürr, 2007), la agricultura biodinámica (Schilthuis 1994) o la homeopatía (Bellavite *et al.* 1995).

La experiencia y la praxis institucional del centro universitario Agruco

El centro universitario Agruco, ha seguido un proceso de sistematización y reflexión permanente durante sus 26 años de vida institucional sobre su experiencia en formación, investigación e interacción social en comunidades campesinas, indígenas y originarias, desde el ámbito universitario, principalmente aymaras, quechuas, uruchipayas, guaraníes y chiquitanos, en forma directa —con mapuches, nauales y mayas— e indirecta, a través de la participación en la red internacional Compas de la que es coordinador regional latinoamericano. Las diferentes etapas han ido desde la agricultura biológica, la agroecología, la revalorización del saber y la sabiduría de los pueblos in-

dígenas, originarios y campesinos, hasta el desarrollo endógeno sustentable que entendemos como la interfase para articular con el «vivir bien». Las lecciones aprendidas en cada una de estas etapas sirvieron para fortalecer la propuesta actual (figura 2).

La experiencia desde la agricultura biológica u orgánica (1985-1987) enfatizó en la promoción de una agricultura sana y limpia, que conserve el ambiente y fortalezca el uso de técnicas orientadas a preservar las bases productivas y por ende mejorar la calidad de vida de las familias indígenas, originarias y campesinas. Se aprendió que las comunidades tienen una gran riqueza de saberes y tecnologías de las cuales era necesario considerarlas como punto de partida para cualquier innovación.

Este intento de comprender y aplicar estos saberes y tecnologías en forma integral, holística y multidimensional, nos llevó a adoptar la agroecología, que amplía su visión técnica a una dimensión política, social, cultural y económica, lo que permitió un acercamiento hacia la concepción indígena, originaria y campesina de la naturaleza y su relación con la sociedad. Para ello, fue necesario ampliar los conocimientos más allá de lo técnico agronómico y complementarlos con las ciencias sociales, humanas y económicas, desarrollando un enfoque holístico y transdisciplinar que estableció un diálogo permanente al interior del equipo y con las comunidades con las que se interactuaba, en busca de alternativas cada vez más sustentables, en la perspectiva de aportar con nuevos paradigmas a las ciencias y las visiones de desarrollo.

En este proceso, también se amplió la visión de la realidad y se puso en cuestión el hecho de que el conocimiento científico moderno fuera la única alternativa para alcanzar el desarrollo sustentable propuesto en 1992 a partir de la Cumbre Mundial del Medio Ambiente y el Desarrollo convocada por las NNUU en Río de Janeiro, puesto que las experiencias de trabajo con las comunidades mostraron la vigencia de la sabiduría de los pueblos indígenas originarios y campesinos (Tapia 2000).

Este saber no estaba escrito en los libros, ni era tratado en cursos de pregrado ni de posgrado; por tanto, se llegó a comprender que el saber de los pueblos indígenas está latente en las comunidades y; es allí, donde se deben volcar los esfuerzos de investigación para revalorizar esos saberes, habiendo sido facilitado este proceso por la investigación acción participativa (Fals-Borda, 1991), dando énfasis en el fortalecimiento de la identidad

Figura 2: Agruco y los aprendizajes desde la intraculturalidad hacia el vivir bien



cultural y la sabiduría de los pueblos indígenas originarios y campesinos. De esta base, nace lo que en Agruco hemos denominado la Investigación participativa revalorizadora (IPR) (Delgado, 2006). A diferencia de los enfoques deformados de la investigación participativa, la IPR no busca la transferencia de las tecnologías modernas degradantes del ambiente e irrespetuosas con la madre tierra; sino que da énfasis en la valorización y el potenciamiento de saberes y tecnologías endógenas para complementarlas e innovarlas en el marco del diálogo de saberes con elementos más allá de su propio cuerpo de conocimientos.

El actual estado de experiencia y reflexión institucional entre comunidad académica representada por Agruco y las comunidades indígenas, originarias y campesinas, nos ha llevado a plantear el desarrollo endógeno sustentable como interfase a través del diálogo de saberes en miras a una concepción de la vida que se entiende como el resultado de la interacción entre los seres vivos de la comunidad de humanos y no-humanos (plantas, animales, vientos, piedras, vientos, estrellas, sol, etcétera) generalmente organizados en los ámbitos de la vida social, material y espiritual (Rist 2002), a lo que se ha denominado el vivir bien.

Por tanto, el desarrollo endógeno sustentable no es concebido como un fin sino como un concepto orientado a ayudar en transición para la reproducción material, sociopolítica, cultural y espiritual «desde adentro», en torno

a necesidades y capacidades locales, que contemple sistemas monetarios y no monetarios, saberes locales y universales que eviten pérdida de diversidad biocultural y aporten al vivir bien. Por ello, el vivir bien, no es un modelo ni un concepto acabado y puede tener diferentes acepciones, está aún en construcción y debate que; sin duda, debe responder más a la praxis de vida de naciones indígenas originarias campesinas que han logrado mantener su relación armónica y equilibrada con la naturaleza. Existen avances importantes en la ejecución de proyectos de desarrollo endógeno sustentable ejecutados por la red internacional Comparando y Apoyando el Desarrollo Endógeno — Compas en Latinoamérica (www.compasnet.org); y que, han dado origen a otras, como el Programa Nacional Biocultura, que lidera el Ministerio de Medio Ambiente y Aguas del gobierno plurinacional de Bolivia con financiamiento de la Cosude.

En este marco y proceso institucional surge el concepto de *desarrollo endógeno sustentable*, que definimos como la contribución al «vivir bien», mediante la vigorización de fortalezas, potencialidades y oportunidades socioculturales y económicas de los actores locales (reflejadas en los ámbitos sociales, materiales y espirituales), desde la perspectiva del diálogo y complementariedad con actores externos, en conocimientos, iniciativas y recursos.

El tal sentido, el desarrollo endógeno sustentable asume que la forma de superar los problemas de pobreza, marginalidad social y étnica; así como, el deterioro de recursos naturales e innovación productiva insuficiente, pueden alcanzarse sólo si replanteamos nuestros objetivos, pasando de considerar exclusivamente el vector del desarrollo económico, a considerar también ámbitos integrales como la comprensión y acción local (cosmovisión) de y sobre el entorno natural, y la cohesión social.

El considerar los factores señalados, en la lógica de equilibrio entre ellos mismos y trabajar para su concreción, lo denominamos el «vivir bien». El desarrollo endógeno sustentable; por tanto, es un medio para aproximarnos al «vivir bien». De acuerdo a nuestra experiencia y conocimiento de la realidad de los actores locales, consideramos que el primer paso imprescindible para su vigorización, es considerar las fortalezas, potencialidades y oportunidades locales, también sus debilidades, límites y amenazas. El conjunto de estas consideraciones, puede resumirse en conocer y considerar las cualidades culturales y el contexto particular y global, donde los actores locales desarrollan su vida cotidiana. En la práctica, conocer y considerar los

elementos señalados, puede realizarse si abordamos la vida cotidiana desde sus expresiones objetivas materiales, sociales y espirituales.

Esta forma práctica de trabajo en la vida cotidiana de los actores locales, se realiza mediante la praxis del diálogo y complementariedad de conocimientos, el debate y concertación de iniciativas, y la valoración de recursos disponibles, tanto de los actores externos como y principalmente, de los actores locales. Ello implica de parte de todos los actores, actitudes de horizontalidad, apertura y valoración del otro. De esta manera, el desarrollo endógeno sustentable es estrictamente un enfoque, ya que combina una conceptualización o teoría del desarrollo (el «vivir bien») con una metodología para alcanzarlo: la interfase o el tiempo/espacio de diálogo y complementariedad entre actores.

La metodología para trabajar en el desarrollo endógeno sustentable (la interfase), consiste en crear momentos y espacios, no exentos de tensión, donde se revalorizan saberes, se intercambian experiencias y puntos de vista (elementos que podemos resumir como conocimientos), y se concertan las mejores opciones para solucionar problemas concretos. La interfase no es precisamente la obtención de algo nuevo, sino más bien —la diferencia es sutil pero crucial—, una tercera opción que incluye y combina ambos conocimientos.

Si el «vivir bien» es holístico e integral y, como actores externos, estamos en el camino de aportar tanto a la sistematización de su significado (o tal vez múltiples significados) y, por tanto, ver cuál es nuestro rol en su consecución, los primeros avances en ese sentido, nos indican que los proyectos de desarrollo en las comunidades necesariamente deben ser igualmente integrales y holísticos. Por ello, el significado de lo holístico es asumir las tres dimensiones de la vida cotidiana y, la integralidad, es abordar y aportar en todas las acciones que permitan la reproducción de la vida, tanto humana como natural y espiritual.

El considerar la integralidad, hace que cualquier esfuerzo aislado se disipe en la complejidad de la problemática rural; al otro extremo, asumir un programa integral es iluso y de poca factibilidad. En tal sentido, programas integrales y holísticos requieren necesariamente una participación sinérgica de actores externos (estatales y privados), y de éstos con los actores locales.

Nuestra experiencia nos indica que acciones autogestionadas o de auto-desarrollo; es decir, un desarrollo con plena autonomía, no es posible ni de-

seable. No es posible porque los problemas económicos, sociales y medioambientales en las comunidades, no tienen un origen endógeno; responden, en gran medida, a estructuras socioeconómicas, políticas y culturales externas. Si las comunidades pudiesen trabajar por sí mismas en la perspectiva del «vivir bien», ya lo hubiesen hecho.

No es deseable porque la lógica de la autodeterminación, autonomía o autogestión, no es correspondientes a la lógica campesina indígena de la paridad y de la complementariedad. Varias investigaciones etnohistóricas (Murra, 1979; Condarco, 1986) demuestran que el florecimiento de las culturas andinas se debió en gran parte a la ecosimbiosis interzonal o control de un máximo de pisos ecológicos. Investigaciones contemporáneas, como las de Delgado (2002), demuestran que es imposible la reproducción de la vida si se es monodependiente del ecosistema andino o de valles. El manejo de pisos ecológicos precolombinos y coloniales, se ha trasladado hoy a las zonas de colonización en el oriente, a los centros urbanos e inclusive al exterior del país.

El argumento de fondo, es que el desarrollo endógeno sustentable, como una aproximación externa al «vivir bien» amerindio, sólo es posible en un marco de sinergias y complementariedad de esfuerzos, conocimientos e inclusive de visiones de mundo. En ese marco, tiene sentido el diálogo de saberes, la cogestión de proyectos y las comunidades de aprendizaje, superando de alguna manera la uni- linealidad o parcialidad de las evaluaciones convencionales.

Agruco, como interfase entre universidad y comunidades indígenas, originarias y campesinas, está también comprometido y obligado a relacionar la experiencia emergente con los enfoques, teorías y metodologías en el campo científico. Era claro que las corrientes positivistas y neopositivistas no permitieron una articulación complementaria y sinérgica.³

Es por esto que la sociología del conocimiento científico representó una apertura significativa para la investigación-acción participativa, ya que pasa del análisis de la ciencia como institución, a un análisis de la ciencia como acción, alrededor de los procesos de estructuración del conjunto de las relaciones sociales científicas, incluidas las que se desarrollan en la generación y

³ La revisión y valoración de los trabajos principales de la sociología de las ciencias en miras a la experiencia institucional de Agruco se encuentra en Delgado (2002).

validación de los productos científicos, en torno al axioma de la dependencia social del conocimiento científico.

En general, los rasgos y la concepción de la forma en que aborda su estudio la nueva sociología del conocimiento científico, Lamo de Espinoza *et al.*, (1994:520 y 521), los sintetizan en cinco puntos que desarrollamos a continuación:

La experiencia de Agruco y Compas además demuestra que al desarrollo endógeno sustentable, por considerar la interacción entre los ámbitos de vida social, material y espiritual, se puede acceder mediante la investigación cualitativa por los actores externos y permite establecer una relación con las emergentes tradiciones científicas que trascienden la separación epistemológica entre mundos sociales, materiales y espirituales, en miras a las ciencias post-materialistas o aduales.

Nos damos cuenta de que nuestras posiciones ontológicas y epistemológicas no son más que hipótesis que no tienen valor más allá de ser una posibilidad, pero también aprendemos que hay otras ciencias dentro del cosmos del conocimiento, donde podemos encontrar una especie de conocimiento indígena o endógeno, dentro de la cultura occidental. Ahora, hay una ciencia posmaterialista que se ha ido formando en las ciencias sociales y naturales, dándose cuenta de que en el fondo se explica todo lo que es posible explicar, pero que hay muchos fenómenos que se conocen y que se puede hasta evidenciar científicamente que no se toman en cuenta porque no encajan en el pensamiento o el fundamento ontológico y epistemológico de la ciencia.

La vertiente más prominente, es sin duda la física cuántica que nos hace dar cuenta de que el materialismo y el dualismo occidental, aún son el fundamento primordial de las demás ciencias naturales y de las ciencias sociales. Hans Peter Duerr (2007), resume lo más importante de la siguiente manera: Ahora, vayamos a la física cuántica. Aquí yo cito a mi profesor, Werner Heisenberg, quien, a la edad de 24 años, mientras tocaba un poco (él era pianista), descubrió más o menos accidentalmente, que este cimiento se hallaba errado. Él dice: La Teoría Cuántica (es decir, la nueva teoría que él descubrió), es un ejemplo tan maravilloso para una situación que uno puede entender algunas circunstancias con completa claridad y, al mismo tiempo, uno puede saber que sólo se puede hablar de estas circunstancias en términos de imágenes y metáforas.

Entonces, ése fue un paso terrible para la ciencia, pues siempre hemos afirmado que «nosotros, científicos, sabemos lo que es correcto e incorrecto. No precisamos proceder haciendo afirmaciones vagas como los teólogos y demás; nosotros sabemos lo que es correcto o incorrecto». Y ahora, de repente, nos hallamos en el mismo bote que los demás, y también debemos utilizar imágenes y metáforas para hablar de ello. Y debido a que la realidad ha desaparecido y regresado a lo que se denomina «Wirklichkeit» en alemán, es algo que se halla en constante cambio y yo les demostraré exactamente qué tan extremo es este cambio. A partir de este descubrimiento, emergieron varias paradojas. La primera fue, claro está, la más sorprendente: la materia no está hecha de materia.

Una de las ramas que está cobrando fuerza nuevamente se remite a la ciencia natural goetheanista. Este escritor alemán que en el siglo XVIII era un poeta, investigador y científico porque se preocupaba de todo lo que veía y trataba de entender cuáles eran las bases de todos los fenómenos, desde esa época empezó a describir estos fenómenos en términos de la ciencia natural. Después, en la medicina tenemos muchos investigadores que se han dado cuenta de que con todas las leyes estadísticas con las que se cuenta en la actualidad, en la medicina tradicional se puede mostrar la efectividad de las curaciones a distancia, que son hechas a partir de una actividad espiritual de personas especializadas, esto está publicado en las revistas científicas correspondientes (Sicher, *et al.*, 1998).

También se tiene un campo cada vez más importante dentro de la cronobiología, que estudia no solamente lo que es el enfoque convencional de la biología, sino cómo los organismos están evolucionando en el tiempo. Ellos han logrado mostrar mediante experimentación que efectivamente existe una influencia directa de los ciclos lunares (fases de la luna) en el crecimiento de las plantas (Zurcher, *et al.*, 1998).

El desafío de operativizar el «vivir bien» en las políticas públicas y programas de apoyo a comunidades y organizaciones indígenas, originarias y campesinos

El horizonte ético o «fin mayor» del desarrollo endógeno sustentable, es, sin ninguna duda, el vivir bien que entendemos como un «principio ético-moral de la sociedad plural» mencionada en el preámbulo de la CPE de Bolivia vigente desde el 2009. Desde la perspectiva de las organizaciones indígenas originarias y campesinas, «vivir bien» o Suma Qamaña, significa «vivir en paz», «vivir a gusto» (Albó, 2010) o vivir y convivir en armonía (Yampara, 2010). Es importante señalar que no se trata de una noción antropocéntrica de la vida, sino que ésta es entendida en su acepción más amplia que abarca todo el cosmos viviente (San Martín, 1997).

Considerando el «vivir bien,» como un horizonte relevante para la re-organización y transformación estructural en el contexto de la revolución democrática y cultural propuesta por el gobierno boliviano, es un doble reto que; por un lado, consiste en reconstruir y conceptualizar un principio fundamental ya presente como eje ordenador de la vida cotidiana en las naciones indígenas, originarias campesinas y; por otro lado, significa re-pensar el proceso de construcción e implementación de políticas públicas en miras al desarrollo endógeno sustentable, tomando en cuenta sus articulaciones con los tres ámbitos de vida social, espiritual y material.

En un documento más amplio de la Alianza Universitaria Boliviana (AUB, 2010) conformado por Agruco, Cides y el Instituto de Ecología, se establece que el concepto del *vivir bien* se instala en el escenario político, socioeconómico y cultural del país como fundamento del Plan Nacional de Desarrollo, y su traducción en políticas públicas está en proceso de construcción. Existen importantes debates alrededor de su conceptualización, más allá de ciertos consensos en el seno del gobierno que otorgan al vivir bien la siguiente definición:

El «vivir bien» implica el acceso y disfrute de los bienes materiales en armonía con la naturaleza y las personas. Es la dimensión humana de la realización afectiva y espiritual. Las personas no viven aisladas sino en familia y en un entorno social y de la naturaleza. No se puede vivir bien si los

demás viven mal o si se daña la naturaleza». (Ministerio de Planificación, noviembre 2009).

Desde esta perspectiva, están en proceso esfuerzos de medición del vivir bien considerado como «situación de realización multidimensional» que se desagrega en varias dimensiones. Entre ellas se han incluido las referidas a los siguientes aspectos:

- Satisfacción individual (con componentes materiales y no materiales)
- Satisfacción como miembros de la comunidad (colectiva)
- Relación armónica (sociedad-naturaleza; sociedad-cosmos)
- Principios comunes, definidos desde una perspectiva intercultural: equidad, justicia, complementariedad, independencia, dignidad, reciprocidad, cooperación, solidaridad, soberanía.

Este conjunto de dimensiones se basan en componentes que, desde las propuestas del gobierno boliviano, se sintetizan en la figura 3.

El esfuerzo gubernamental avanza en dirección a complementar y ordenar los componentes según la dimensión a que pertenecen, de establecer los niveles sociales de existencia (individual, familiar, colectivo, etcétera) y grados o rangos de realización, principalmente. Pero este proceso no está exento de dificultades y contradicciones por los hacedores de política debido a que existen diferentes visiones y versiones sobre vivir bien, como visiones extractivistas que dificultan el entendimiento, aprendizaje u «operacionalización» de conceptos como «relación armónica», «realización espiritual», etcétera.

Vale la pena señalar que, aunque el «estar y sentirse bien en armonía con la sociedad» podrían asociarse con los componentes referidos al «convivir bien» y «participar con identidad», quedan totalmente ausentes los componentes que expresan ese estar y sentirse en armonía con la naturaleza y las relaciones entre ésta y los sistemas productivos.

Igualmente, vale la pena señalar que es necesario interseccionar los niveles sociales de existencia y los grados de satisfacción con criterios de equidad de género y también étnica, por cuanto —al menos en lo referente a los criterios de equidad de género— éstos son obviados por considerarse ajenos (externos) a la cosmovisión de comunidades y pueblos que habrían originado la noción de un «vivir bien». Para ellos, la «complementariedad» entre hombre y mujer ofrecería la relación necesaria y satisfactoria a nivel familiar y comunitario,

dejando por fuera consideraciones alrededor de la igualdad de uno y otra en su acceso y participación en las diferentes esferas de la vida social.

Figura 3: Hacia la construcción del índice del vivir bien



Fuente: Plan de desarrollo para vivir bien, 2008 (<http://www.planificacion.gov.bo/vpc/vivir%20bien%202009/1.pdf>)

Otros elementos del debate más conceptual se refieren a la contraposición del «vivir bien» —entendida como noción cosmocentrista— al «vivir mejor» —considerado como concepto propio de una visión dominante-occidental del desarrollo de carácter antropocéntrico— por enfatizar en el bienestar del hombre por encima de los demás seres vivos y mundos, que da lugar al crecimiento sin fin. No obstante, esta oposición no tendría sentido —al menos en relación a su alcance, según Albó (2010)— por cuanto el suma (aymara) o sumaq (quechua) ya incluye aquello de *mejor* al significar «el mayor grado posible». Es decir, el vivir bien no alude a un umbral de vida buena estático sino siempre dinámico, un umbral en permanente desplazamiento hacia nuevos niveles y estados mejores posibles en los marcos —eso sí— de las armonías involucradas (con la naturaleza y los otros) que implican convivencia, intercambios, reciprocidad, y «vivir como humanos» (Temple, 2009). En breve, implica una dimensión económica y material para superar la

mera sobrevivencia y, además, valoraciones y aprecio de los otros (humanos y naturales), que puede variar entre diferentes pueblos o grupos.

En esa perspectiva, se puede señalar que existe una afinidad del «vivir bien» con objetivos de eliminación de la pobreza material, social y espiritual; y también con objetivos de crecimiento compatibles con las necesidades materiales insatisfechas dentro del respeto y gestión sustentable de los ecosistemas.

A lo dicho anteriormente, es necesario agregar el papel de la calidad ambiental en el «vivir bien» de la población, el cual ha sido reconocido como derecho constitucional de toda la población boliviana: «derecho al medio ambiente sano y equilibrado»; lo que plantea desafíos de restauración ambiental en áreas contaminadas y degradadas de los Andes y la Amazonia.

Avances en la concreción del vivir bien: la aplicación de indicadores del desarrollo endógeno sustentable en proyectos de apoyo a comunidades y organizaciones estatales

Si como actores externos estamos interesados en aportar a la construcción o forjamiento del «vivir bien», es necesario que tengamos parámetros que nos permitan conocer cuáles son los avances de dicha tarea, desde la perspectiva externa y, sobre todo, desde la perspectiva de los actores locales. Señalamos nuevamente que acciones orientadas a aportar al «vivir bien», sea desde iniciativas privadas o desde el Estado; o mejor, ambos, junto a los actores locales, son holísticas e integrales.

Lo que buscan los indicadores⁴ es, en primer lugar, reflejar dicha complejidad y en segundo lugar, develar de la manera más objetiva⁵ posible, los avances hacia el «vivir bien». Por las dimensiones conocidas del «vivir bien», sobre todo de carácter subjetivo y posiblemente también de estado de ánimo; nuestro rol, como actores externos, es buscar mecanismos de objetividad

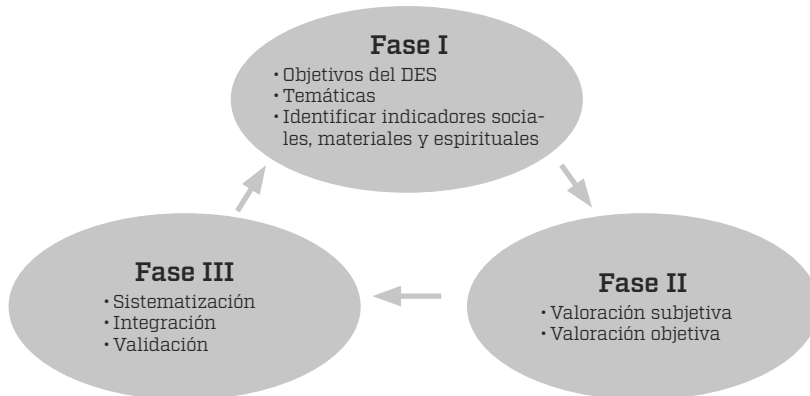
⁴ Entendemos por *indicador* a un criterio que ayuda a valorar, dentro de ciertos parámetros consensuados colectivamente (entre actores locales y externos), el impacto de una multiplicidad de acciones.

⁵ Por *objetividad* entendemos la clarificación de la metodología de aplicación y medición de indicadores. Es objetivo porque sigue un método estricto.

que permitan ir más allá del localismo y la especificidad. Una categoría que nos ayuda mucho a alcanzar, por lo menos niveles meso, es lo biocultural, que combina las características específicas biofísicas y de ecosistema, con la cualidad o características culturales.

La construcción de los indicadores como parte de un sistema de planificación, monitoreo y evaluación, se inicia con la elaboración de un diagnóstico comunitario participativo y la elaboración de una línea de base. Una vez elaborada y validada la línea de base, el proceso luego contempla tres fases (ver figura 4): la construcción del sistema, identificando indicadores; la implementación en campo; y la sistematización y validación en comunidades de aprendizaje.

Figura 4: Fases del sistema de planificación, monitoreo y evaluación participativa.



En tal sentido, para la primera fase, hemos establecido una escala de categorías que consideramos útiles para la implementación de los indicadores. Las categorías, de lo abstracto a lo concreto,⁶ fueron las siguientes: objetivos del DES (abstracto y cualitativo), temáticas (concretas y cualitativas), indicadores sociales, materiales y espirituales (concretos y cuantificables),

⁶ Es importante señalar que lo *abstracto*, no surge de la reflexión aislada de la realidad, sino de la sistematización de lo concreto (la experiencia de campo y la interacción con actores locales). En tal sentido, sería más correcto plantear: concreto (experiencia)-abstracto-concreto (sistematizado).

que ayuden a valorar la consecución del objetivo. Objetivos, temáticas e indicadores surgen de la interacción, diálogo y comunidad de aprendizaje entre actores locales y externos.

A partir de nuestras primeras experiencias, consideramos que los tres ámbitos de la vida cotidiana contienen el objetivo donde se concretizan las cosmovisiones (de dónde vengo, quién he sido, y dónde estoy y quién soy) y las aspiraciones colectivas (a dónde voy y quién quiero ser).

Para la segunda fase, cada uno de los indicadores es valorado objetiva y subjetivamente. La valoración objetiva es la medición de eficiencia y eficacia de la multiplicidad de acciones;⁷ en tanto que la valoración subjetiva se realiza mediante encuestas y entrevistas a una muestra de la población de actores locales, por medio de una escala que cuantifica la percepción local sobre la misma multiplicidad de acciones. Se busca que la muestra sea representativa y, por tanto, la técnica más usual será el análisis multivariado.

Para la tercera fase, la sistematización sigue un riguroso método de integración de valoraciones objetivas y subjetivas, integración entre indicadores (materiales, sociales y espirituales) y de éstos, con el objetivo propuesto. La interpretación externa de los resultados de la evaluación es puesta a consideración de los actores locales, debatidos y consensuados.

Conclusiones

A manera de conclusiones de la experiencia descrita, podemos señalar lo siguiente:

1. La transdisciplinariedad es considerada como un aporte y avance importante de la ciencia occidental moderna de origen eurocéntrico y permite interactuar con el diálogo de saberes entre naciones y culturas indígenas originarias del mundo, aportando a la construcción de programas y proyectos de investigación participativa revalorizadora.
2. La transdisciplinariedad, el diálogo de saberes y la investigación participativa revalorizadora son importantes medios, instrumentos o técnicas

⁷ Cada acción contendrá una meta, igualmente consensuada entre actores, de acuerdo a determinantes económicos, sociales y culturales; y/o determinantes espacio-temporales.

de un marco teórico metodológico que tiene como perspectiva encontrar alternativas de vida o de desarrollo al sistema capitalista imperante y a su más importante instrumento: la ciencia occidental moderna en su vertiente neopositiva e instrumental al sistema.

3. El vivir bien es una alternativa que surge desde el sur, estando en proceso de construcción como marco teórico conceptual metodológico; por tanto, puede considerarse como un nuevo paradigma en el ámbito científico, aunque su existencia está viva en la vida cotidiana de varias naciones indígenas originarias; por ello, está sujeta a múltiples y variadas acepciones; por tanto, nuestro rol como actores externos es identificar aquellos elementos que permitan trascender el localismo y la especificidad de las comprensiones del «vivir bien».
4. El «vivir bien» es el resultado de lo holístico e integral de la vida cotidiana de los actores locales, en íntima relación con su concepción del mundo o cosmovisión. Un intento de aproximación a la vida cotidiana es su sistematización desde los ámbitos materiales hasta sociales y espirituales, y su interrelación mutua, que refleja además, su carácter integral y holístico.
5. El «vivir bien» como tal, no es una construcción intelectual nueva, sino que representa un principio ordenador de la vida cotidiana de las naciones indígenas originarias campesinas. Lo que hace «nuevo» el concepto del «vivir bien» es que debe ser conceptualizado en un esfuerzo colectivo entre las comunidades interesadas en ello para luego buscar expresarlo en la gestión pública intercultural, en políticas públicas y en nuevas formas de traducirlas en proyectos y programas nacionales (de apoyo a las comunidades indígenas, originarios y campesinos); considerando las estructuras territoriales, definidas en la nueva constitución política de Bolivia como las autonomías departamentales, regionales, municipales e indígenas.
6. La complementariedad de las múltiples acciones de los actores locales y externos, con base en lo integral y holístico, es lo que entendemos como el desarrollo endógeno sustentable. El desarrollo endógeno sustentable juega así un rol de interfase entre las concepciones occidentales de desarrollo y las concepciones locales del «vivir bien».
7. La construcción de un sistema de planificación, monitoreo y evaluación participativa, que permita valorar los avances hacia el desarrollo endógeno sustentable como interfase para el vivir bien, sigue la siguiente

- secuencia: línea de base, construcción del sistema, aplicación en campo y sistematización y validación/consensuación de resultados.
8. Los indicadores para el desarrollo endógeno sustentable, como interfase, intentan superar las metodologías convencionales de evaluación de impacto, ya que incluyen los ámbitos en que se desarrolla la vida cotidiana, los valoran objetiva y subjetivamente, para finalmente integrarlos en una valoración global del grado de avance hacia el desarrollo endógeno sustentable. Un esfuerzo importante a partir del gobierno boliviano se está iniciando con el programa Biocultura a través del Viceministerio de Medio Ambiente, Biodiversidad, Cambio Climático y Desarrollo Forestal del Ministerio de Medio Ambiente y Aguas que será ejecutado por la Alianza Universitaria Biocultural conformada por Agruco, el Cides y el Instituto de Ecología.
 9. El trabajo en pro de la construcción social de un desarrollo endógeno sustentable se ve beneficiado por la consideración de los aportes de las ciencias cualitativas y hermenéuticas que permiten construir puentes epistemológicos para la comunidad académica involucrada lo que les permite llegar a captar la realidad socio-ambiental-espiritual desde el punto de vista de los actores sociales, más allá de las valoraciones que subyacen de las teorías y paradigmas, muchas veces contruidos en otros contextos socio-ambientales.
 10. El desarrollo endógeno sustentable, por considerar la interacción entre los ámbitos de vida social, material y espiritual que puede ser accedida mediante la investigación cualitativa por los actores externos, permite establecer una relación con las emergentes tradiciones científicas que trascienden la separación epistemológica entre mundos sociales, materiales y espirituales en miras a las ciencias posmaterialistas o aduales. De esta manera se crean puentes transdisciplinarios que permiten la construcción social y colectiva de nuevas epistemologías del conocimiento que en vez de reproducir la hegemonía y actitud monocultural permiten un crecimiento mutuo de procesos de co-construcción de conocimientos de beneficio mutuo.

Bibliografía

- Delgado, F. y D. Ponce (1999, junio). «Cosmovisión andina para un desarrollo rural sustentable. Investigación, interacción social y educación superior en Bolivia». *Compas*, 29-31.

- Delgado, F. (2001). *Estrategias de autodesarrollo y gestión sostenible del territorio en ecosistemas de montaña. Complementariedad ecosimbiótica en el Ayllu Majasaya Mujlli, departamento de Cochabamba, Bolivia*. La paz: Agruco / Cosude / Plural.
- Harris, O. (1987). *Economía étnica*. La Paz: Hisbol.
- Kuhn, T. (1962). *La estructura de las revoluciones científicas*. Madrid: FCE.
- Lamo de Espinoza, E. et al. (1994). *La sociología del conocimiento y de la ciencia*. Madrid: Alianza.
- Morfaux, L. (1985). *Diccionario de ciencias humanas*. Barcelona: Grijalbo.
- Morin, E. (1995). «Principios de los cambios sociales del siglo xx». En *Sociología* (pp. 337-405). Madrid: Tecnos.
- Mulkay, M. (1979). «Interpretation and the Use of Rules. The Case of Norms of Science». *Transactions of the New York Academy of Science*, 2 (39).
- Organización de las Naciones Unidas (1974). *La declaración de Cocoyot: Modelos de utilización de recursos, medio ambiente y estrategias de desarrollo*. México: PNUMA / UNCTAD / Ilpes.
- Quijano, A. (1988). *Modernidad, identidad y utopía en América Latina*. Lima: Social y Política.
- Rist, S. y B. Haverkort (2004, marzo). *Hacia la coevolución de conocimientos local y global*. Documento para el panel Compas en la conferencia Estrechando Escalas y Epistemologías. Vinculando el conocimiento local con la Ciencia Global en Valoraciones de multiescala, Alejandría, Egipto.
- Rist, S. (1992). *Desarrollo y Participación Experiencias con la revalorización del conocimiento campesino en Bolivia*. Cochabamba: Agruco.
- Sachs, W. (ed.). *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. Perú: Pratec.
- Sevilla, E. y A. Alonso(1994). «Sobre el discurso ecotecnocrático del desarrollo sostenible para los ricos y la respuesta agroecológica». En materiales de trabajo del curso Agroecología y conocimiento local. Programa de doctorado Agroecología, Campesinado e Historia de la Universidad Internacional de Andalucía. Córdoba: ISEC. Pág. 69-140.
- Torres, J. (1994). *Globalización e interdisciplinariedad. El currículo integrado*. Madrid: Morata.

Senderos hacia la soberanía alimentaria y el desarrollo rural sustentable: transitando hacia sistemas agroalimentarios sustentables en Jalisco

Norma Helen Juárez, Peter R.W. Gerritsen
y Jaime Morales Hernández

En el presente documento se sistematiza el trabajo y experiencia de distintos actores que durante las últimas dos décadas han realizado una importante labor de promoción de la agricultura sustentable en el estado de Jalisco, México. A través de los datos obtenidos, se realizó un análisis de los avances en la transición hacia sistemas de producción sustentables en distintas regiones de Jalisco. Así mismo, exploramos las características de la población campesina involucrada, sondeamos sus motivaciones y dificultades para transitar hacia sistemas agrícolas más sustentables. En este análisis regional, indagamos también en torno al papel que han jugado en este proceso las diversas organizaciones civiles, universidades e instituciones de gobierno.

El México campesino: los embates del capitalismo salvaje a un pueblo con profundas raíces agrícolas

A los diversos pueblos indígenas que han habitado el territorio mexicano, centro y sur de América, se les reconoce y atribuye la domesticación de distintos cultivos gracias a su milenaria tradición agrícola. Se estima que de 88 especies de cultivos prehispánicos que comúnmente se consumían en Mesoamérica, 71 eran de origen mexicano (Rojas,1991:19). Algunos de estos cultivos son el jitomate, la calabaza, el aguacate y el maíz, actualmente

forman parte de la alimentación de millones de seres humanos alrededor del mundo. El saber tradicional agrícola indígena y campesino que ha permitido la domesticación de diversas especies tanto vegetales como animales, así como un profundo conocimiento del medio que les rodea, se ha transmitido generación tras generación. Sin embargo, esta sabiduría milenaria ha sido fuertemente desvalorizada por el discurso positivista de las jóvenes ciencias agrícolas.

En el caso de México, el camino hacia una agricultura «moderna» surge a principios del siglo xx, a raíz de los espacios políticos y sociales ganados por la revolución mexicana. La revuelta campesina logró consolidar un proceso constitucional que dio inicio a la reforma agraria y a su promulgación en 1934. Con ello México fue el primer país latinoamericano en poseer un marco jurídico relativo a la propiedad social (Alegrett, 2003:113). Entonces la forma de tenencia fue el «ejido», un sistema comunal con raíces históricas en los tiempos prehispánicos y coloniales (Hewitt, 1978:20). Las políticas rurales del gobierno cardenista (1934-1940) desencadenaron una época de auge agrícola caracterizada por la desintegración de monopolios latifundistas, mejoras en la infraestructura agrícola del país, desarrollo tecnológico y capitalización de la agricultura. Entre 1930 y 1940 el porcentaje de campesinos sin tierra paso del 68% al 36%, y como muestra del potencial agrícola de este sector productivo, Hewitt señala que en menos de una década, los ejidos en su conjunto aportaron el 51% del valor de los productos agrícolas que se consumían en el país (*Ibidem*:19-21).

Sin embargo, los resultados de las políticas nacionales para el desarrollo rural basado en este esquema de pequeños productores, fueron poco valoradas.¹ Pronto los empresarios y políticos relacionados con el sector agroindus-

¹ Desde los años 40 la fundación estadounidense Rockefeller cuestionaba fuertemente la viabilidad de la producción de pequeña escala, al mismo tiempo encontró la vía política e institucional que hizo posible que introdujera en el proyecto agrícola mexicano las múltiples tecnologías agrícolas y nuevos sistemas de producción que posteriormente estarían asociados con la «Revolución Verde» (Ortoll, 2003: 90/96). Sin embargo, las primeras señas de alarma fueron hasta principios de 1960 en E.U., cuando Rachel Carson en su libro *Silent Spring* abrió la caja de pandora, demostrando la peligrosa conexión entre las prácticas agrícolas y la salud humana. Pese a ello, deberían pasar décadas para que los síntomas de degradación y contaminación comenzaran a ser causa de cambios importantes dentro de las políticas de desarrollo rural mexicanas. A más de veinte años de las primeras declaraciones internacionales de alerta por uso de

trial norteamericano impondrían sus intereses a partir de la implementación de las tecnologías de la «Revolución Verde». El Estado mexicano, así como las instituciones educativas nacionales serían los encargados de impulsar, promover y naturalizar entre los campesinos estos sistemas de producción. El resultado ha sido el actual deterioro de un 97% del territorio nacional cultivable, el cual se encuentra afectado en diferentes niveles. Se estima que por lo menos un 60% presenta daño severo, y por ello la pérdida de su productividad natural (Mata, 2002:34).

La presión política de instancias internacionales y empresas trasnacionales comienza con mayor fuerza desde inicios de 1980. Esta influencia marcó una ruptura importante en el desarrollo rural del país. El rumbo de las políticas rurales se caracterizó por ser de corte neoliberal, es decir se aceleró la apertura comercial, se desreguló la actividad de amplios sectores económicos, se alentó la inversión privada nacional y extranjera, se apoyó al sector exportador y se promovieron diversos acuerdos comerciales con otros países, siendo los más importantes, la firma del Acuerdo General sobre Aranceles en 1986, los Tratados de Libre Comercio con Canadá y Estados Unidos en 1993 y con Chile en 1994. Esta serie de acuerdos comerciales, se vieron acompañados de una disminución en el apoyo económico al sector rural (Hernandez y Maya, 2005:33), así como una serie de reformas constitucionales que intentaban disolver las ventajas estructurales propias de la economía campesina (Mackinlay 1996:34/39).

El encarecimiento de los insumos para la producción y la falta de regulación de precios por parte del Estado, dificultaron que los pequeños productores lograran competir con los bajos precios de los productos agrícolas de importación. Las dificultades del sector agrícola para afrontar las nuevas exigencias del mercado devinieron en una desvalorización del sector agroalimentario, así como de su capacidad para contribuir al bienestar de la población y la seguridad alimentaria (González y Macías 2007:52). El resultado fue el incremento de capital internacional, causando una enorme polarización en la estructura agraria mexicana la cual se ve dominada por las grandes empresas agroexportadoras (De Grammont,, 1999:5). En términos económicos si bien hubo un incremento en la productividad del sector alimentario, la contri-

agroquímicos, finalmente en 2001 se emite en México la primera ley para el Desarrollo Rural Sustentable.

bución de este sector al producto interno bruto ha disminuido (González y Macías 2007:52).

Hasta 1976 la producción agropecuaria nacional satisfacía la demanda interna de alimentos (De Grammont,, 2006:5) y se exportaban algunos granos como el maíz, trigo, entre otros (CEDRSSA, 2008b). Después de la introducción de las políticas neoliberales, se ha incrementado considerablemente el abandono de las labores agrícolas, debido a un creciente desánimo principalmente entre los pequeños productores. El despoblamiento de las zonas rurales es muestra de ello: mientras que en 1950 más del 57% de la población desarrollaba labores agropecuarias, para el año 2000 esta cifra descendió al 25% de la población (INEGI, 2005). El rezago económico y educativo o la extrema pobreza son comunes en gran parte de la población que permanece en zonas rurales (Warman, 2003: 87).

Es decir, la falta de apoyo gubernamental, la importación de productos agrícolas básicos a bajos precio y el encarecimiento de los insumos agrícolas, hacen que la producción agropecuaria sea una actividad cara y poco rentable para la mayoría de los productores (Rodríguez, 2004:347). La falta de un ingreso suficiente y la pérdida de 1.06 millones de puestos de trabajo en la agricultura durante las últimas décadas (González y Macías, 2007:69), tiene como consecuencia que desde los años ochenta se haya incrementado de manera preocupante el flujo migratorio a las ciudades y el extranjero (Canales, 2001:132). Con el creciente abandono de las múltiples labores agrícolas el futuro agrícola en México se agrava si tomamos en cuenta que el 76% de la población que opta por salir del país (Estados Unidos es el principal país receptor), se encuentra entre los 15 y 34 años de edad (INEGI, 2000), y tiene como característica una tendencia a no retornar a su lugar de origen.

Alternativas campesinas para un desarrollo rural sustentable

Pese a la disminución de recursos destinados para el sector agrícola (CEDRSSA, 2008:16) y la falta de programas para el fomento y desarrollo del sector agropecuario de productos orgánicos o sustentables, a nivel internacional México se encuentra entre los países con mayor número de productores de

alimentos orgánicos² (FiBL e IFOAM, 2010). Esto en gran parte gracias a una tradición agrícola profundamente arraigada en los pequeños agricultores que ha resistido los embates y dificultades económicas y políticas que ha atravesado este sector durante las últimas décadas.

Prueba de ello es el crecimiento progresivo y sostenido del sector agropecuario de alimentos orgánicos. En 1996 en el país se tenía un registro de 13 176 productores certificados con una superficie de 23 265 ha. Para 2007, se registraron 125 031 productores, y el número de hectáreas incrementó a 372 644 (un crecimiento anual promedio del 35%), de estas un 93% pertenecen a pequeños productores (Gómez *et al.*, 2008: 35). Lo anterior se relaciona con una creciente demanda global de productos agrícolas sustentables y libres de contaminantes. Desafortunadamente de la producción nacional total de productos orgánicos certificados, el 85% se destina principalmente al mercado de exportación (Gómez, 2004). Estas cifras reflejan la parte del sector agrícola que responde a las demandas del mercado global, sin embargo, de forma paralela un creciente sector de pequeños productores no certificados también encuentra en la agricultura sustentable una alternativa productiva para el autoconsumo y para la comercialización a nivel local y regional (Juárez, 2010; Escalona, 2009; Gerritsen *et al.*, 2007; Gerritsen y Morales, 2007 y Martínez, 2006). Estos «sistemas ocultos de producción de alimentos orgánicos» son descritos por Rist (2000) como sistemas productivos que conservan las formas tradicionales de vida propia de los distintos grupos campesinos e indígenas que se encuentran a lo largo del mundo.

El florecimiento de una agricultura sustentable, así como los movimientos locales y nacionales de comercio alternativo se han dado en el marco de los espacios políticos creados por el proceso de descentralización del Estado. Si bien esta apertura ha permitido el avance de las iniciativas civiles dirigidas por ONG, universidades, entre otros actores interesados en el desarrollo sustentable, éstos se han visto limitados por la falta de recursos financieros suficientes. Ante este proceso contradictorio de apertura sin apoyo financie-

² Los últimos datos nos dicen que para 2009 se tenía un registro de 1.8 millones de productores alrededor del mundo. De éstos, la mayoría se encuentran en Asia, seguidos de África y Latinoamérica. Asimismo encontramos que los países con la mayor cantidad de productores son India con 677,257 productores, Uganda con 187,893 y México con 128,862 (FiBL e IFOAM, 2010).

ro (Gerritsen y Morales, 2009:194), las ONG nacionales, suelen recurrir a solicitar apoyo económico de fundaciones y organizaciones internacionales que facilitan recursos económicos para el desarrollo de proyectos civiles para el desarrollo rural sustentable (Gómez *et al.*, 2007:45). O en el mejor de los casos (como nuestro trabajo lo demuestra), se aprovechan algunas coyunturas políticas que fugazmente facilitan el acceso a recursos para este sector.

El potencial de este sector agrícola en el desarrollo regional de Jalisco es un tema que adquiere relevancia social en cuanto que ofrece una posibilidad de mitigar los efectos negativos (ya mencionados) de un sistema agroalimentario productivista estimulado por políticas rurales y acuerdos comerciales que favorecen a una minoría en detrimento de una gran mayoría de campesinos y pequeños productores. El presente estudio es un primer acercamiento para comprender los avances logrados en este sector productivo en el estado de Jalisco.

Andamiaje conceptual. La construcción del concepto de *sustentabilidad rural*, para la transición hacia sistemas agrícolas sustentables

A principios del siglo pasado la noción de *desarrollo*, era el eje central de las teorías económicas y se convirtió en la zanahoria que perseguían los llamados países del «tercer mundo». Pensar en el desarrollo era entonces sinónimo de industrialización, implementación de nuevas tecnologías, explotación de los recursos naturales y seguir al pie de la letra las indicaciones de organismos internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. En principio esta fórmula aseguraba a cada país un gradual desarrollo y a futuro, según algunos economistas, permitiría que: el progreso logrado por los países del «primer mundo» llegara hasta aquellos países rezagados, la realización de crecimiento económico agregado y un síntoma de progreso será la paulatina desaparición del campesinado (Tetreault, 2007:34). Pronto esta tesis sería rebatida desde una perspectiva latinoamericana por un nutrido grupo de intelectuales que harían evidente que el «atraso» y la pobreza, serían condiciones resultantes de la histórica relación de explotación de Europa y

Estados Unidos hacia los países latinoamericanos (Cardoso y Faletto, 1977; Sampedro, 1978; Frank, 1970; entre otros).

Fue en la década de los setenta que en la conferencia de Estocolmo (1972) y los informes del Club de Roma sobre los «límites del crecimiento», apareció una categoría de análisis que Escobar describe como inusitada: «los problemas globales». Gracias a esta noción, por primera vez el mundo es percibido como un sistema global cuyas partes están interrelacionadas (Escobar, 1995:8). Para 1987 el Informe Bruntland daba cuenta de la gravedad de la sobre explotación, deterioro y contaminación de recursos naturales como consecuencia «colateral» de un modelo de desarrollo economicista implementado a escala global. Es entonces cuando aparece el concepto de «desarrollo sustentable», el cual poco a poco se incorporaría en el ámbito de las teorías del desarrollo y de cierto modo representó un concepto importante para el cambio cualitativo que articula el crecimiento económico, la equidad social y la conservación ecológica. Sin embargo, el reconocimiento de la importancia de proteger al medioambiente no detuvo el avance del modelo económico neoliberal, al igual que sus implicaciones negativas en la economía, ecología y cultura de los países latinoamericanos. Pese a ello, de forma paralela surgen dos propuestas de la mayor trascendencia; nos referimos a la teoría del desarrollo humano de Amartya Sen y el Índice del Desarrollo Humano del PNUD. Asimismo, las aportaciones que desde los movimientos ambientalistas permiten avanzar hacia la construcción de una visión holística y multidisciplinaria: el desarrollo sustentable (Gutiérrez, 2007:52).

Camino a la sustentabilidad. Definiendo algunos conceptos

A más de 20 años de propuesto el concepto de *desarrollo sustentable*, es difícil hablar de una sola definición. La definición del Informe Buntland (que se puede decir es el principal referente a nivel internacional para hablar sobre el tema), describe al desarrollo sustentable como aquel que «responde a las necesidades de la presente generación sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones de satisfacer las suyas» (WCED, 1987). Se puede prestar a múltiples interpretaciones; es decir, este mismo concepto puede ser utilizado tanto desde una perspectiva ecologista de cualquier ONG (organización

no gubernamental), que abogue en su discurso por un uso racional de los recursos naturales locales, hasta una perspectiva totalmente economicista; como puede ser algún comunicado del Banco Mundial, en donde se señale la importancia de administrar bien los recursos naturales porque «Una ecología sana es buena economía» (Conable, 1987:6 en Escobar, 1995:10). En la literatura sobre desarrollo sustentable o sostenible se muestra una gran variedad de definiciones de manera tal que «casi cualquiera encontrará una que coincida con sus necesidades» (Goodland y Redcliff, 1991:3 en Müller, 1996:1) Entonces, definir bajo qué noción de desarrollo sustentable estamos partiendo en este trabajo se vuelve una tarea fundamental ya que de ello depende lo que posteriormente entenderemos por agricultura sustentable.

De acuerdo con Müller (1996:3) de las diversas definiciones sobre desarrollo sustentable³ se pueden identificar una gran variedad de posturas y matices, sin embargo, éstas se pueden englobar en por lo menos tres tendencias generales:

1. Autores que equiparan «crecimiento sostenible con desarrollo sostenible»: estos autores privilegian el tema económico por encima del ambiental, ya que desde este enfoque principalmente se busca asegurar la sostenibilidad de las metas económicas generales y el crecimiento económico. Se asume también que existe la sustituibilidad entre el capital producido por el hombre y la naturaleza.
2. Un segundo grupo de autores enfatiza la importancia de la satisfacción de necesidades tanto de las poblaciones presentes como de las futuras. Desde esta perspectiva, para asegurar la equidad intergeneracional, se considera que el desarrollo económico es un factor importante y por ello

³ Se debe señalar que la traducción que se hace del vocablo inglés *sustainability* comúnmente es traducido como *sostenibilidad* que de acuerdo a Elizalde es la forma lingüística castellana a cordada por Naciones Unidas (2003:2). Sin embargo, autores latinoamericanos como Joan Martínez Allier, Miguel Altieri, Antonio Elizalde, Gustavo Esteva, Víctor Toledo, entre otros, utilizan con mayor frecuencia el concepto de *sustentabilidad*. Al no encontrar mayor problema con el uso de uno u otro concepto en este trabajo se ha optado por la noción de *sustentabilidad* por ser de uso común en Latinoamérica. Por tanto, se debe señalar que la alemana Sabine Müller, en su obra *¿Cómo medir la sostenibilidad? Una propuesta para el área de la agricultura y de los recursos naturales* utiliza el término *sostenibilidad* por ello se deja tal como la autora lo propone, ya que para fines de este trabajo ambos conceptos son indistintos.

se tienen que respetar ciertos límites del ambiente. De acuerdo con Müller (1996:4) en este grupo se encuentran las definiciones de *sustentabilidad* de la Comisión Brundtland, la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) y la Unión Internacional de Conservación de la Naturaleza (UICN).

3. El tercer grupo de autores indaga entorno a los cambios fundamentales en el paradigma prevaleciente del desarrollo y cuestionan la posibilidad de crecimiento económico futuro ilimitado. Para Müller (1996) En esta línea de pensamiento se distingue también otro grupo de autores que retoman la segunda ley la termodinámica para señalar que el crecimiento basado en el agotamiento de los recursos naturales conduce a la escasez absoluta y se advierte que el capital natural no puede ser sustituido por el capital producido por el hombre, ni se puede incrementar. Desde esta perspectiva, la sostenibilidad implica un desarrollo a partir de la más eficiente utilización de estos recursos escasos.

Después de esta distinción conceptual, debemos señalar que nuestra noción de *sustentabilidad* se puede ubicar dentro de la tercera perspectiva conceptual propuesta por Müller. Sin embargo, para retroalimentar nuestro concepto retomaremos los aportes de distintos autores latinoamericanos.

Respecto a la noción de *desarrollo*, coincidimos con Esteva⁴ cuando señala que este vocablo «ha ocupado el centro de una constelación semántica increíblemente poderosa [...] Al mismo tiempo, pocas palabras son tan pobres, tan frágiles y tan incapaces de ofrecer sustancia y significado al pensamiento y la conducta» (2000:71)⁵. Ante tal problema conceptual, entendemos por qué cada

⁴ De acuerdo con Esteva, esta palabra suele implicar un cambio favorable, un paso de lo simple a lo complejo o de lo inferior a lo superior, o que se están haciendo las cosas bien porque se está avanzando. Sin embargo, también señala desde una postura crítica que «para dos tercios de la población terrestre, este significado positivo de la palabra *desarrollo* —profundamente arraigado tras dos centurias de construcción social— es un recordatorio de *lo que no son*. Es decir «es un recordatorio de una condición indeseable e indigna», para escapar de ella «necesitan que las experiencias y los sueños de otros los esclavicen» (2000:71).

⁵ Por ello no es de extrañar que dentro de la bibliografía de propuestas alternativas, este concepto casi ha desaparecido. Incluso la misma noción de *desarrollo sustentable* ha venido a menos.

vez es más común que los distintos autores, más que hablar de la búsqueda de un «desarrollo sustentable»,⁶ hablan de la búsqueda de «sustentabilidad», con esta noción que da implícito un deslinde del discurso institucionalista del concepto *desarrollo*, para dar cabida a planteamientos alternativos y desde una visión compleja e integral de la interrelación entre la naturaleza y la vida humana.

Una visión latinoamericana en torno a la sustentabilidad

Podemos decir que la histórica tradición de lucha social de los pueblos latinoamericanos, ha resultado en una fuerte influencia en la construcción de un paradigma alternativo al desarrollo capitalista. Por su parte los movimientos sociales de tipo ambientalista campesino e indígena⁷ han teniendo también una importante influencia en la construcción latinoamericana de la noción de sustentabilidad. Si bien encontramos que los conceptos de sustentabilidad construidos desde los grupos académicos y organizaciones civiles son muy diversos, podemos decir que desde una perspectiva latinoamericana; la noción de sustentabilidad tiene una fuerte carga semántica, de indignación, resistencia y lucha ante las formas de explotación capitalistas a las cuales han sido sometidos tanto los recursos naturales como la cultura y formas de vida de los distintos países del continente; además existe un reclamo por la soberanía y autonomía, y, en algunas nociones de *sustentabilidad*, una

⁶ Para Elizalde «Actualmente el desarrollo sustentable o sostenible se ha ido constituyendo en una referencia indispensable en el discurso político, empresarial y de la sociedad civil», una consecuencia negativa de ello es « la rapidez con la cual este concepto se ha transformado en un concepto discursivamente hegemónico» y por ello «puede significar pérdida de contenido transformador y su transformación en un recurso meramente retórico»; por tanto, «al comenzar a hacerse parte de la agenda política y empresarial, se ha constituido en un buen tema para discursos y negocios, para entrevistas e influencias, y para disputas de poder y también de financiamientos». (Elizalde, 2003:6)

⁷ Martines Alier señala que el tema de la ecología encuentra su raíz histórica en los movimientos sociales de poblaciones pobres, en el presente se les nombra «tercer mundo». Éstos suelen mantenerse al margen de la agenda ambiental internacional (Alier, 1991:122).

fuerte influencia de la cosmovisión de los pueblos indígenas aún presentes del centro al sur del continente. Por tanto, la sustentabilidad pensada desde Latinoamérica, adquiere una diversidad de significados que la distinguen de otras nociones afines provenientes de contextos sociales distintos (por ejemplo, de tipo europeo o norteamericano).⁸

En este sentido «una sociedad sólo puede ser considerada sustentable si gracias a su trabajo y a su producción se hace cada vez más autónoma, si ha superado los niveles agudos de pobreza [...] si sus ciudadanos pueden trabajar decentemente, si la seguridad social está garantizada para todos» además «si se busca constantemente la igualdad social, política, de igualdad de género, y si logra reducir la desigualdad económica a niveles aceptables». Para lograr este objetivo, los ciudadanos deben ser «participativos y de ese modo pueden construir una democracia socio ambiental abierta a continuas mejoras» (Boff, 2008, en Morales, 2011:55). Es decir, «una sociedad es sustentable cuando se organiza y se comporta de tal manera que a través de las generaciones consigue garantizar la vida de los ciudadanos y de los ecosistemas donde están inserto; cuanto más en armonía se encuentre una sociedad con el ecosistema circundante y más se base en el uso de recursos renovables y reciclables más sostenible será» (Boff, 2008, en Morales, 2011:55).

Por tanto podemos decir que, para lograr una sociedad sustentable, no es suficiente estar al margen de los límites de la capacidad carga y residencia del sistema natural, se requiere también generar (en distintos niveles) los procesos económicos y políticos que den pie a formas adecuadas de gestión humana encaminadas a conformar sociedades cuya característica principal sea la participación colectiva, la equidad, social, la justicia y un entendimiento profundo del medio ambiente que favorezca el manejo y preservación ética y responsable de los recursos naturales. Para algunos autores la sustentabilidad o un desarrollo sustentable es tripartita⁹, se compone fundamentalmente de

⁸ Si pudiéramos plantear un concepto latinoamericano alternativo a la noción de sustentabilidad, sería la noción de «ética planetaria por la supervivencia» (Toledo, 2003:20), ya que esta idea tiene como eje central «la conciencia de especie» entendimiento fundamental que impulsa hacia un cambio importante en la actitudes de los individuos en el plano ético, político y espiritual (Toledo, 2003:21).

⁹ Para profundizar en la discusión sobre el tema ver Foladori (2002).

factores ecológicos, económicos y sociales (Altieri (1995), Müller (1996), entre otros). Müller señala que en el corto plazo estas tres dimensiones pueden ser conflictivas, sin embargo, a largo plazo se logrará comprender la interdependencia de estos factores, hasta que finalmente se llegaría a una visión complementaria (1996:5).

La agricultura sustentable

Conforme a lo ya planeado, es importante señalar que la idea de «agricultura sustentable» ha sido también utilizada como un «término paraguas» abarcando varias aproximaciones ideológicas de la agricultura, incluyendo: la agricultura orgánica, agricultura biológica, agricultura alternativa, agricultura ecológica, agricultura de bajos insumos, agricultura biodinámica, agricultura regenerativa, agricultura natural permacultura y agroecología (Hansen, 1996, en Tommansino, 2001; Morales, 2011:80). Es decir, comúnmente este concepto se utiliza para designar todo lo que se percibe como bueno o benigno para la agricultura y la producción de alimentos (Guivant, 1995:103 en Tommansino, 2001), corriendo así el riesgo de centrar la atención nuevamente sólo en el aspecto productivo (por tanto económico) y dejando de lado la dimensión ecológica o la viabilidad social. Por este motivo es que a continuación hacemos un esfuerzo por clarificar a qué nos referimos en este trabajo.

Cuando hablamos de «una agricultura sustentable», necesariamente nos estamos refiriendo a un tipo de agricultura que contribuye a consolidar el proyecto de una sociedad sustentable, no sólo en su dimensión ecológica sino también en su aspecto económico y social. Desde este enfoque, la agricultura es considerada mucho más que una actividad económica, de producción de fibras y alimentos. Es decir, una «agricultura sustentable, establece una serie de articulaciones con los elementos que conforman los proceso hacia un mundo rural más justo y sustentable» (Morales, 2011:80). Por tanto, se diferencia totalmente de los sistemas orientados hacia la monocultura y la agricultura industrial, ya que la evidencia acumulada demuestra que con ello no resuelve problemáticas como la seguridad alimentaria, la estabilidad social o la pobreza rural, simple y sencillamente porque no es su objetivo (Pengue,2005:1).

De manera muy puntual, Sevilla Guzmán (sd:19), propone que el contexto de sostenibilidad puede ser definido como:

1. La ruptura de las formas de dependencia que ponen en peligro los mecanismos de reproducción, sean éstas de naturaleza ecológica, socioeconómica o política.
2. La utilización de aquellos recursos que permiten que los ciclos de materiales y energía existentes en el agroecosistema¹⁰ sean lo más cerrados posibles.
3. La utilización de los impactos benéficos que se derivan de los ambientes ecológico, económico, social y político existentes en los distintos niveles, desde el predial hasta el de sociedad mayor.
4. La no alteración sustantiva del medio ambiente cuando tales cambios, a través de la trama de la vida, pueden implicar transformaciones significativas en los flujos de materiales y energía que permiten el funcionamiento del ecosistema; lo que significa la tolerancia o aceptación de condiciones biofísicas en muchos casos adversas.
5. El establecimiento de los mecanismos bióticos de regeneración de los materiales deteriorados para permitir el mantenimiento a largo plazo de las capacidades productivas de los agroecosistemas.
6. La valorización, regeneración o creación de conocimientos locales para su utilización como elementos de creatividad, que mejoren el nivel de vida de la población definida desde su propia identidad local.
7. El establecimiento de circuitos cortos para el consumo de mercancías, que permitan una mejora de la calidad de vida de la población local y una progresiva expansión espacial, según los acuerdos participativos alcanzados por su forma de acción social y colectiva.
8. La potenciación de la biodiversidad, tanto biológica como sociocultural (s/f.;19).

A partir de esta propuesta de Sevilla Guzmán podemos decir que una agricultura sustentable responde a un paradigma distinto en cuanto a la construcción de nuevos saberes y formas de actuar; además ofrece un marco

¹⁰ Al hablar de agroecosistemas nos referimos a un «ecosistema creado por el ser humano» (Odum, 1969 en Altieri, 1995).

epistemológico capaz de integrar (y reconciliar) dicotomías, como: lo naturaleza-sociedad, conocimiento científico-saber campesino local-global, etcétera. Mientras la agricultura convencional parte de una concepción reduccionista y dicotómica de los sistemas agrícolas, desde la visión de la agricultura sustentable, la agricultura es valorada por su multifuncionalidad (por ejemplo producción de agua, protección del suelo, captura de carbono, conservación de la diversidad, autoempleo, etcétera),¹¹ ya que no solamente proporciona alimentos, sino porque esta actividad provee de múltiples beneficios a la sociedad (Huylenbroeck, 2003:8). Consideramos que desde la perspectiva de la sustentabilidad rural, se reconoce a aquellos productores que se esfuerzan por mantener sistemas productivos tradicionales o no convencionales, que elaboran productos característicos de una región, de una cultura e historia local, ya que con ello logran mantener el carácter multifuncional de la agricultura y su sistema agrario (Belletti *et al.*, 2003:70-73). De acuerdo con Morales, la agricultura sustentable basada en sistemas agropecuarios multifuncionales es un punto de partida para avanzar hacia la soberanía alimentaria en la agricultura familiar a partir de la generación de alimentos ecológicos comercializados en una dinámica de comercio justo (2011;85). En nuestro caso de estudio, como veremos, esta producción de alimentos sustentables se encuentra enfocada principalmente en el mercado local-regional.

Desde un punto de vista agrícola, el integrar la dimensión ambiental exige comprender las limitaciones y potencialidades del escenario biofísico o ecosistémico en el que se desarrollan las actividades de producción, al mismo tiempo se requiere una aproximación cultural a los grupos humanos, que permita hacer visible la estructura simbólica, la organización social y la plataforma tecnológica a través de las cuales se realiza la apropiación de la

¹¹ El concepto de *multifuncionalidad* fue desarrollado principalmente por los países del hemisferio norte (Ploeg, 2004; Van Huylenbroek y Durand 2003; entre otros) y resulta un concepto clave que permite articular diversos debates en torno a los múltiples roles de la agricultura, así como su contribución al desarrollo, la seguridad alimentaria, la reducción de la pobreza, el bienestar social y la preservación del patrimonio cultural (Renting, *et al* 2008:2). Desde su origen, el concepto de *multifuncionalidad*, se relaciona con el paradigma de desarrollo sustentable, al mismo tiempo que asume la existencia de una interacción entre la sociedad y su medioambiente y que esta interacción puede generar tanto externalidades positivas como negativas, que pueden estar relacionadas tanto con factores internos como externos (Rist *et al.*, 2010).

naturaleza (León, 2009:48) y cómo esto permite o no la reproducción social. Para lograr este objetivo, encontramos que la propuesta de la agroecología nos aporta elementos teórico-conceptuales apropiados para el estudio tanto de las relaciones ecológicas y culturales que se dan en los procesos agrarios, como para cuestionar los modelos actuales de desarrollo agrarios y las formas culturales de apropiación de la naturaleza (León, 2009:48).

La agroecología como ciencia y práctica para una agricultura sustentable

La agroecología surge como una alternativa sólida para la sustentabilidad rural, ésta supone una ruptura con las ciencias agronómicas atomistas y mecanicistas, para proponer una visión más holística y dinámica en torno a los sistemas productivos. La agroecología como enfoque, se distingue por ser sensible a las complejidades de las agriculturas locales. Desde su origen se define como multidisciplinaria ya que va más allá de los objetivos y criterios de agrícolas para abarcar propiedades de sustentabilidad, seguridad alimentaria, estabilidad biológica, conservación de los recursos y equidad junto con el objetivo de una mayor producción. Es decir, su enfoque afecta y agrupa varios campos de conocimiento por tanto no se puede definir como una disciplina específica (Gliessman, 2005:22).

Podemos decir que la agroecología es también un sistema de prácticas¹² agrícolas para el aprovechamiento sustentable de un agroecosistema o «ecosistema creado por el ser humano» (Odum, 1969 en Altieri, 1995), se diferencia de manera importante de otros sistemas de producción como el convencional y el sistema de producción orgánico utilizado dentro de la agroindustria. Mientras la agroecología se caracteriza por la aplicación de conceptos y principios ecológicos para diseñar y manejar agroecosistemas sostenibles (Gliessman 2005:108), la agricultura convencional está caracteri-

¹² De acuerdo con Wezel (2009) la agroecología por su carácter integral y polifacético, recae en una polisemántica, desde la cual se puede entender, no sólo como una disciplina científica, sino también como una forma de describir el carácter ecológico de los movimientos campesinos (movimientos agroecológicos), al mismo tiempo que también se le puede relacionar con determinadas prácticas o técnicas empíricas (prácticas agroecológicas) (Wezel *et al.*, 2009).

zada por una alta dependencia de insumos externos, monocultivo, labranza intensiva, aplicación de fertilizantes sintéticos y control de plagas químico, irrigación, y manipulación del genoma vegetal (Gliessman, 2002).

Pasar de una agricultura convencional a una agricultura sustentable, resulta un reto que pocos productores están dispuestos a enfrentar, esto principalmente por la incertidumbre en cuanto a los rendimientos y el ingreso económico durante el proceso de transición (Rosemeyer, 2010:16-18). Sin embargo, en un contexto de degradación de suelo y alto costo de insumos externos, inseguridad alimentaria, especulación de precios, daños a la salud por manejo de agrotóxicos, cambio climático, etcétera, se ha incrementado de manera importante el interés por implementar sistemas de producción alternativos al convencional. Por otra parte, al rededor del mundo el interés por una agricultura sustentable se ha incrementado por incertidumbre energética, pocos beneficios de la agricultura convencional, desarrollo de técnicas viables dentro de la agricultura orgánica, incremento de la preocupación en torno a los problemas relacionados con el incremento de enfermedades desencadenadas a partir del tipo y calidad de la dieta y el surgimiento de un creciente mercado para productos orgánicos (Gliessman, 2010:5).

De acuerdo con Gliessman (2010), en el proceso de conversión o transición, algunos de los principios generales en la transformación del sistema alimentario son:

- Pasar de la extracción de nutrientes a un reciclaje de nutrientes.
- Uso de recursos energéticos renovables por encima de los recursos no renovables.
- Eliminar el uso de insumos no renovables que tengan el potencial de dañar el medio ambiente o la salud de los productores trabajadores del campo y consumidores.
- Cuando las materias deban ser agregadas al sistema se usan materiales locales naturales por encima de los sintéticos.
- El manejo de las enfermedades y pestes necesita verse como parte del sistema completo por encima del deseo de «controlarlos» como organismos individuales.
- Restablecer la relación biológica que puede ocurrir naturalmente en las granjas en lugar de reducirla o simplificarla.

- Hacer mejoras y asociaciones de cultivos más apropiadas, ante el potencial productivo y las limitaciones físicas del paisaje agrícola.
- Usar el potencial de adaptación biológica y genética de los cultivos y especies de animales para las condiciones ecológicas de la granja, más que modificar la granja para reunir las necesidades de animales y plantas.
- Tener una mayor valoración de la salud del agroecosistemas, más que de los ingresos por un sistema de cultivo particular o temporada.
- Enfatizar la conservación de suelo, agua, energía y recursos biológicos.
- Construir cambios en la experiencia del sistema local de alimentos.
- Llevar a cabo cambios que promuevan la justicia y la equidad en todos los segmentos del sistema alimentario.
- Incorporar la idea de sustentabilidad a largo plazo en todo el diseño y manejo del agroecosistema (2010:5-6, traducción de la autora).

Tomando en cuenta estos principios básicos para la transformación del sistema agroalimentario, Gliessman también propone cuatro niveles dentro del proceso de transición hacia sistemas alimentarios sustentables. Éstos son de suma utilidad si lo que se quiere es comprender y categorizar el proceso de transición en el que se encuentra un determinado sistema agrícola.

- Nivel 1: Incremento de la eficiencia y efectividad de las prácticas con el fin de reducir el uso y consumo de insumos escasos y costosos que dañan al medio ambiente.
- Nivel 2: Sustitución de insumos y prácticas convencionales, por prácticas alternativas.
- Nivel 3: Rediseño del agroecosistema así como de sus funciones con base en un conjunto nuevo de procesos y relaciones ecológicas.
- Nivel 4: Restablecimiento de una conexión más directa entre aquellos que siembran los alimentos y aquellos que los consumen, con el objetivo de restablecer la cultura de la sustentabilidad que tome en cuenta la interacción entre todos los componentes del sistema alimentario (2010:6-7, traducción de la autora).

Detrás del proceso de transición se encuentra a su vez el trabajo de múltiples actores que desde organizaciones civiles, grupos ecologistas, universidades, organizaciones religiosas o instituciones gubernamentales, realizan una

importante labor en el rescate de conocimiento agrícola campesino, así como en la difusión de técnicas y tecnologías propias de la agricultura sustentable. Los miembros de cada organización cuentan con un estilo propio en su trabajo como promotores de la agricultura sustentable, sin embargo el interés por ofrecer al campesino o agricultor una alternativa para continuar viviendo de la producción agrícola, sin las dificultades o problemáticas propias de la agricultura convencional, es una actitud en común entre quienes cuentan con la vocación para la difusión de la agricultura sustentable.

Estos actores también juegan un papel clave en la conformación de redes de producción y consumo local o regional de alimentos sustentables. Es decir, junto con la labor de capacitación y acompañamiento (en algunos casos) a productores, se estimula a que éstos comercialicen sus productos. Incluso factores ya mencionados como la demanda de un mercado local de alimentos libres de agrotóxicos y agua contaminada, han resultado un aliciente para que diversos productores y productoras, se vean motivados a establecer sistemas de producción que cumplen incluso con rigurosos criterios de certificación para la producción de alimentos que en nuestro contexto comúnmente son denominados como «orgánicos».

Al respecto se debe aclarar que en el presente trabajo de investigación, se denominan como orgánicos a aquellos productos que provienen de un tipo de agricultura que «mantiene y mejora la salud de los suelos, los ecosistemas y las personas», pero también que «se basa en los procesos ecológicos y los ciclos adaptados a las condiciones locales, sin usar insumos que tengan efectos adversos»; igualmente provienen de una agricultura que «combina tradición, innovación y ciencia para favorecer al medio ambiente y promover relaciones justas, además de una buena calidad de vida para todos los que participan en ella» (IFOAM, 2008).¹³

La presente aclaración resulta pertinente ya que los conceptos de *agricultura orgánica* y *producto orgánico* comúnmente se asocian, a un tipo de agricultura y productos certificados, que cumplen con determinados estándares de inocuidad establecidos por agencias certificadoras. Desde esta perspectiva

¹³ No sólo la agricultura certificada se puede llamar a sus productos orgánicos, existe variedad de sistemas de producción de alimentos que se pueden considerar como orgánicos (véase http://www.ifoam.org/press/positions/pdfs/full_diverstiy_organic_agriculture_spanish.pdf)

comúnmente el componente social y la ética ambiental están totalmente desdibujados (la FAO¹⁴ es uno de los organismos que promueve esta visión).

Sin embargo, el tipo de agricultura sustentable al que nos referimos en este trabajo de investigación corresponde a una agricultura llevada a cabo por hombres y mujeres que en su gran mayoría producen en pequeña escala, muchas veces sólo para el consumo familiar. A diferencia de países europeos, en donde se utilizan conceptos como *ecológico* o *biológico*,¹⁵ en México (en específico entre productores y consumidores de Jalisco) es muy común hablar de «agricultura orgánica» y alimentos o productos «orgánicos», para hacer referencia a aquellos productos libres de agroquímicos. La falta de distinción conceptual es muestra de que aún falta tener más en claro las diferencias entre las distintas formas de producción sustentable, así como sus efectos en el agroecosistema y en las dinámicas sociales.

Sin embargo, en general en este proyecto de investigación al decir alimento o producto «orgánico» se asume que es un alimento seguro para el consumo humano ya que está libre de agroquímicos, tiene impactos positivos al medio ambiente, es fuente de empleo familiar e incluso genera empleos en las localidades.

Avances en el camino hacia la sustentabilidad rural: un análisis preliminar

La presente investigación se realizó en el estado de Jalisco, el cual se encuentra ubicado en el occidente de México. El objetivo fue implementar una estrategia metodológica que nos permitiera trazar un panorama general de los

¹⁴ De manera contrastante, la FAO describe a la agricultura orgánica simplemente como «uno de los varios enfoques de la agricultura sostenible y una de las alternativas de producción de alimentos que enfoca la inocuidad o la neutralidad de sus efectos al medio ambiente». Para este organismo, el término *orgánico* se aplica al proceso de producción que «garantiza que el producto se ha creado y elaborado según normas de producción, manipulación, elaboración y comercialización certificadas por organismos competentes» (www.fao.org).

¹⁵ Para referirse a un alimento que desde su producción no ocasiona efectos adversos al medio ambiente, a la salud, y que son fuente de empleo digno para los productores.

avances en la difusión e implementación de sistemas agrícolas sustentables principalmente en las regiones centro y sur del estado. Para ello se realizaron diversas entrevistas a personas destacadas por su labor de promoción y capacitación en técnicas para la producción agrícola sustentable, también se entrevistó a productores y personal que trabajó o está trabajando en dependencias de gobierno. Estas entrevistas nos permitieron estimar datos importantes en torno a la cantidad de productores que han recibido capacitación en agricultura sustentable, e identificamos sus características y motivaciones para aprender y aplicar técnicas de producción en ella. Los datos obtenidos junto con los recorridos etnográficos, nos permitieron conocer cuáles eran los canales de comercialización de los productos orgánicos en distintas regiones del Estado. Así mismo, se trató de identificar a los actores involucrados en este proceso de capacitación y difusión de la agricultura sustentable, desde organizaciones civiles y universitarias hasta dependencias del gobierno.

Introducción al Jalisco sustentable

En el estado de Jalisco¹⁶, el interés por sistemas de producción alternativos inicia desde la década de 1980 en un contexto nacional, en el cual cada vez era más evidente que las políticas nacionales estaban encaminadas a desproteger el mercado interno y entrar así en la dinámica internacional de libre mercado.

Para ello se reorientaron los recursos y subsidios agrícolas hacia los grandes productores, agroempresas, y dejando a su suerte a los pequeños productores.

¹⁶ Para contextualizar, el estado de Jalisco se divide en 12 regiones y se compone de 125 municipios y 13,649 localidades, y su extensión es de 78,588 km² (INEGI). La orografía del estado se presenta en cuatro provincias geológicas: la Sierra Madre Occidental, ubicada al norte del estado; la región Mesa del Centro, que se encuentra en el extremo noreste del estado; el eje neovolcánico, localizado en el centro de la entidad y que es el que cubre la mayor extensión; y por último, la Sierra Madre del Sur, ubicada en la parte occidental del estado. La mayor parte de la superficie está compuesta por zonas semiplanas que alcanzan alturas desde los 600 a 2,050, siguiéndole las zonas accidentadas con alturas de 900 a 4,260 metros; y en menor proporción, las zonas planas cuyas alturas varían de 0 a 1,750 metros sobre el nivel del mar, respectivamente (Inafed). Jalisco cuenta también con 351 kilómetros de litoral que colindan hacia el océano Pacífico (INEGI). Tales características del territorio, hacen de Jalisco un estado con gran diversidad de paisajes y rico en biodiversidad.

En este contexto nacional, a finales de 1980 e inicios de 1990, en la región Sur de Jalisco, los miembros del Movimiento de Comunidades Eclesiales de Base (CEB) de la diócesis de Ciudad Guzmán¹⁷ detectaban ya tres factores de empobrecimiento de las zonas rurales en las distintas localidades dentro de su territorio: bajo precio del maíz, altos costos de los insumos agrícolas y un fuerte deterioro de las tierras de cultivo. Esta problemática detectada por los coordinadores de las CEB, describía en gran parte lo que estaba sucediendo en el resto de Jalisco. La búsqueda de alternativas llevó a que en 1990 se conformara el proyecto pionero Red de Sembradores de Vida. Esta red estaba conformada por 16 comunidades, logrando con ellas establecer un proyecto para el mejoramiento de la nutrición comunitaria. Éste tenía tres objetivos concretos: promover la agricultura orgánica como un camino para fortalecer a la madre tierra deteriorada por tanto agroquímico; integrar tres cultivos alternativos para mejorar la nutrición comunitaria como la soya, el trigo y el amaranto; y trabajar las siembras en común para propiciar el ahorro entre los campesinos y tener los recursos propios.

En la misma década de 1990 el uso de agrotóxicos comenzaba a ser tema de preocupación en distintas regiones del estado. En respuesta a los problemas de intoxicación por uso de agroquímicos, el Colectivo Ecologista Jalisco inició el primer proceso de capacitación en agricultura orgánica en 1995 en el municipio de Juanacatlán, en la región Centro del Estado. El resultado de este esfuerzo fue lograr conformar la primera red de producción y consumo responsable en la zona metropolitana de Guadalajara (ZMG). Este proyecto aún continúa y está consolidado como uno de los espacios de comercio alternativo más representativos del movimiento de comercio justo en el estado.

¹⁷ La diócesis de Ciudad Guzmán en Jalisco, al igual que la diócesis de San Cristóbal de las Casas, en el estado de Chiapas, son los únicos fragmentos de la Iglesia católica mexicana que se rigen por los principios de la teología de la liberación. Ambas Diócesis han sido instituciones clave para efectuar cambios importantes a nivel regional. Prueba de ello es el apoyo que brindó la diócesis de San Cristóbal de las Casas a los indígenas insurrectos, durante los años de mayor enfrentamiento (1994-2000) entre el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y agentes encubiertos y soldados del gobierno federal. En el caso de la diócesis de Ciudad Guzmán, después del temblor de 1985, los grupos eclesiales de base jugaron un papel fundamental para la reconstrucción de diversas zonas afectadas en la región sur de Jalisco.

Para 1997, en la región Ciénega se echó a andar la primera tienda de insumos agrícolas orgánicos, como parte del interés por ofrecer insumos alternativos para los productores convencionales de la región. Posteriormente, el fundador de la tienda sería un actor clave en la gestión de recursos públicos para realizar cursos de capacitación en agricultura y ganadería sustentable en diversas regiones del estado. Pese a la relevancia de estos avances en diversas regiones, una característica del surgimiento de estas iniciativas es que nacieron de forma desarticulada. Es decir, en un principio, las diversas agrupaciones civiles y los distintos productores de las diferentes regiones en el estado comenzaron a encaminarse en el desarrollo de sistemas productivos sustentables con muy poca o nula relación entre ellos. Sólo con el tiempo se conformarían las redes que permitirían el intercambio de experiencias y trabajo campesino.

Un momento importante en la articulación de las distintas experiencias en agricultura sustentable en Jalisco es el nacimiento en 1999 de la Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias de Jalisco (Racaj ahora mejor conocida como Rasa) la cual continúa abriendo espacios para la capacitación y el encuentro de diversos actores; campesinos, urbanos, indígenas, mujeres, consumidores, miembros de ONG y universidades. Esto gracias al interés y necesidad de intercambiar experiencias, para fortalecer la agricultura familiar, así como para estrechar lazos entre la población rural y urbana a través de los encuentros campesinos. Dentro de las actividades de la Rasa, se encuentra también el coordinar talleres de capacitación y elaborar materiales didácticos, realizar acompañamiento a campesinos en su proceso de transición y comercialización (Morales, 2007:207). La Rasa como organización ha tenido desde sus inicios una importante labor de difusión de la agricultura sustentable en distintas comunidades indígenas nahuas en la costa sur de Jalisco y wixaritari del norte de Jalisco. La metodología «campesino a campesino» ha sido pieza clave en la estrategia para la formación en agricultura sustentable y es una característica de la pedagogía de los promotores de la Rasa ya que la mayoría de ellos son agricultores. La estrategia de compartir conocimientos y rescatar saberes populares, en una actitud de reconocimiento y dignificación de la sabiduría del campesino, ha influenciado de manera importante la estrategia de capacitación de nuevos promotores.

También desde 1999, en los municipios de la Ciénega y Tuxcacuexco, en la región Costa Sur de Jalisco, se encuentra un pequeño grupo de agricultores trabajando agricultura sustentable. Su experiencia ha tenido un papel clave,

tanto para la capacitación en sistemas agrícolas sustentables como en su difusión. Esto en gran medida gracias a la presencia del Centro Universitario de la Costa Sur de Jalisco (CUCSur), ya que a partir de los aprendizajes y logros de los productores de la Ciénega y Tuxcacuexco ha conseguido que profesores universitarios consigan demostrar la rentabilidad de estos sistemas de producción. A partir de este proceso de aprendizaje en 2003 se logró que se integrara la asignatura en «agricultura orgánica» como parte de la oferta académica de la Ingeniería en Recursos Naturales y Agropecuarios. Desde entonces ha sido posible formar cientos de estudiantes, algunos de éstos durante y después de su formación universitaria han colaborado como promotores de la agricultura sustentable. Varios de estos estudiantes ya como profesionistas se convertirían en promotores y funcionarios de gobierno que facilitarían la difusión y formación en agricultura sustentable, esto como una alternativa para pequeños y medianos productores que buscan mitigar e incluso resolver a fondo diversos problemas comunes en la región como la degradación ambiental, baja productividad, incapacidad para manejar diversas plagas resistentes, altos costos de agroquímicos, etcétera.

Durante los últimos años, en la región Centro se han realizado importantes esfuerzos por desarrollar sistemas productivos en espacios urbanos. A mediados de 2005 en el municipio de Zapopan surge la primera iniciativa formal de capacitación para la producción urbana de alimentos. Posteriormente distintas organizaciones civiles, actores e instituciones gubernamentales comenzarían a introducir el tema de la producción de alimentos como una estrategia de desarrollo comunitario para colonias marginadas en municipios como Tonalá, Tlajomulco y Zapopan. Dentro de los logros del esfuerzo de capacitadores y agricultores urbanos se encuentra el establecimiento de los encuentros de agricultura urbana y enotecnias,¹⁸ los cuales desde 2009 se realizan por lo menos dos veces al año. Estos encuentros año con año logran convocar e integrar a productores y capacitadores tanto de zonas rurales como urbanas.

¹⁸ Se conoce como *enotecnia* a aquellos instrumentos desarrollados para aprovechar eficientemente los recursos naturales y materiales y permitir la elaboración de productos y servicios, así como el aprovechamiento sostenible de los recursos naturales y materiales diversos para la vida diaria. Entre los más comunes encontramos; estufas y hornos ahorradores de leña, calentadores solares de agua, biodigestores, baños secos, etcétera.

En esta breve introducción a las primeras iniciativas de agricultura, se debe señalar que el desarrollo y establecimiento de sistemas sustentables, ha tenido sus mejores frutos dentro del territorio indígena, ya que algunas de las experiencias más exitosas en cuanto a impacto a nivel comunidad, las encontramos como ya mencionamos en grupos wixarica en la región Norte de Jalisco y en comunidades nahuas en la región Costa Sur. Esto en gran parte gracias al capital social y comunitario que caracterizan los modos de vida de estas comunidades, pero también por la labor de capacitación y acompañamiento de promotores ligados tanto a organizaciones civiles como a instituciones universitarias y del gobierno. Por otra parte, la producción de alimentos para la comercialización en la zona metropolitana de Guadalajara, como veremos más adelante, se ha consolidado como una fuente importante de ingreso para mujeres y productores urbanos y periurbanos. Esto gracias también a un crecimiento en la demanda de estos productos y al establecimiento de distintos puntos de venta enfocados a la comercialización de productos alternativos y comercio justo.

La capacitación en la agricultura orgánica: su impacto en el incremento de productores rurales, urbanos y periurbanos

Como ya se ha mencionado, las primeras iniciativas de capacitación en agricultura orgánica o sustentable iniciaron a finales de 1980. Desde entonces a la fecha, año con año se ha incrementado el número de personas interesadas tanto en compartir sus conocimientos como en aprender técnicas para la producción agrícola sustentable. De acuerdo con los resultados de nuestro estudio, a la fecha se han realizado talleres en agricultura orgánica en 111 de los 125 municipios que componen Jalisco. Es decir, en el 88.8% de los municipios del estado se han realizado cursos o talleres de capacitación en agricultura orgánica, logrando con ello que 12,386 personas conozcan los fundamentos y distintas técnicas para una producción agropecuaria sustentable.

A partir de este importante esfuerzo de difusión y capacitación, se ha logrado que por lo menos 1,141 personas (el 9.21% de quienes han recibido capacitación) se encuentren actualmente produciendo alimentos a partir de sistemas agrícolas sustentables. Sobre esta población podemos decir que el

86.85% (991 personas) se encuentra en zonas rurales, mientras el 13.14% restante (150 personas) se considera como agricultura urbana y periurbana, ya que los productores en su gran mayoría se encuentran dentro de la zona metropolitana de Guadalajara (ZMG)¹⁹ en la región Centro de Jalisco.

Si bien el proceso de urbanización y expansión de la ZMG avanza rápidamente, al borde de la mancha urbana (e incluso dentro de ella) prevalecen ciertas actividades agrícolas como la producción de vegetales, maíz, cría de ganado e incluso el uso de la naturaleza para ciertas actividades de ocio. Estas actividades se encuentran en constante presión por la inminente expansión urbana y son susceptibles a la ocupación (principalmente en el caso de las extensiones territoriales más amplias). Pese a ello, como veremos más adelante, la cercanía con los núcleos urbanos más importantes, resulta una ventaja, ya que la producción de alimentos orgánicos resulta una importante fuente de empleo para decenas de personas que comercializan sus productos en tianguis²⁰ de productos alternativos.

A continuación profundizaremos un poco más en torno a las distintas regiones con mayor producción de alimentos orgánicos, así como sobre el destino de estos productos.

Regiones del estado en donde se producen, consumen y comercializan productos orgánicos

De las 12 regiones del estado de Jalisco encontramos que 5 se destacan por la cantidad de productores que actualmente están implementando sistemas agrícolas sustentables. De acuerdo a los datos obtenidos, en la región Costa Sur se encuentra el 46% (526) de los productores que actualmente están produciendo alimentos sin uso de agroquímicos. Alrededor del 85% es pro-

¹⁹ La ZMG se compone por 5 municipios con alto nivel de urbanización (Guadalajara, Zapopan, Tlaquepaque, Tonalá y Tlajomulco, los cuales suman una población de 2,896,704 habitantes) y 4 municipios en los alrededores con un menor desarrollo urbano (Ixtlahuacán de los Membrillos, el Salto y Juanacatlán, con una población de 343,948 habitantes).

²⁰ Pequeños mercados informales que se establecen periódicamente en lugares públicos.

ducción para el autoconsumo, esto principalmente en las localidades con población indígena nahua del municipio de Cuautitlán de Gracia Barragán.

Enseguida encontramos que la región Sur cuenta con un 16% (191) de los productores. Aproximadamente el 40% son mujeres que realizan agricultura de traspasío o que participan en proyectos de huerto comunitario. En esta región, al igual que en las regiones Sierra de Amula, Costa Sur, Ciénega Norte y Centro, se pueden encontrar varios de los agricultores y capacitadores que participan de forma regular en las actividades de la Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias (Rasa). Destaca el hecho de que en esta región se encuentra el mayor número de productores certificados por empresas particulares. De los 17 productores registrados, 7 se encuentran en esta región. Cinco de ellos son apicultores y otros dos son productores de hortalizas y jitomate.

Encontramos también que la región Centro, cuenta con un 12% (130) de los productores. De éstos, más del 65% son mujeres y se estima que el 50% de ellas comercializan sus productos dentro de la zona metropolitana. Una característica importante de las mujeres productoras es que la mayoría de ellas buscan darle un valor agregado a sus productos. Es decir, los comercializan tanto frescos como empaquetados y listos para el consumo; algunos están procesados (en dulces, agua fresca, tortillas) o son ingredientes de productos más elaborados como tamales, postres, licores, tinturas, pomadas, cremas, etcétera. Una buena parte de estos productos se comercializan en los tianguis y mercados de la zona metropolitana y en Ajijic, en la región Ciénega. Para algunas de las agricultoras urbanas y periurbanas que tienen la posibilidad de producir en mayor escala es posible atender la demanda de otros canales de venta alternos a los tianguis. Ante la demanda de productos y diversidad de canales de comercialización, un predio periurbano puede generar empleo a dos o más personas, éstas apoyan tanto en la labor de producción en parcela, como en el empaque y comercialización de los productos.

Finalmente en la región norte encontramos un 4% de los productores. Éstos son indígenas wixaritari (wirarica en singular). Si bien es difícil calcular cuántas personas en esta región producen alimentos sin agroquímicos²¹, de acuerdo con los datos obtenidos, en la comunidad de Santa Catarina y Bancos

²¹ De acuerdo a uno de los entrevistados se calcula que entre un 75 y 80% de la población wixarica no utiliza químicos. La principal causa es el alto costo de los insumos agrícolas.

de San Hipólito, desde 2002, se decidió en asamblea comunitaria abandonar el uso de agroquímicos y entrar a un proceso de transición. En el siguiente apartado profundizaremos un poco más al respecto.

Finalmente, podemos decir que en términos generales el 61% de la producción de alimentos sustentables, se destina para el consumo familiar. El 49% (446) de los productores restantes comercializan sus productos. El 89% es producción de pequeña escala y un 11% es producción grande y mediana. Este 49% suele comercializar de dos formas: 1) el 93% vende su producto en el mercado convencional, es decir, no comercializan sus productos como orgánicos y éstos se mezclan con otros convencionales. 2) sólo 7% comercializa sus productos como orgánicos, la mayoría en espacios de comercio alternativo. De estos productores que comercializan sus productos como orgánicos, sólo 21 productores cuentan con algún tipo de certificación, 17 están certificados por agencia y 5 se han certificado de forma participativa con los parámetros de la Red Mexicana de Tianguis y Mercados Orgánicos. Esta forma de certificación participativa actualmente tiene una lista de espera de 36 productores.

Características y motivaciones de los productores que practican la agricultura sustentable

De acuerdo con nuestros datos, el 56% (645) de las personas que actualmente están produciendo alimentos orgánicos son mujeres, de éstas la mayoría producen para el autoconsumo familiar. Sin embargo, un 13% de las mujeres que tienen la posibilidad de producir excedentes para la comercialización obtiene un ingreso constante por la venta de sus productos, ya que reciben por ellos un considerable sobrepeso. Esta actividad les permite un ingreso económico importante. Una característica de las mujeres que actualmente están comercializando sus productos, es que tienen acceso a distintos mercados para su venta local o regional, la mayoría de ellas de la ZMG, esto les permite acceder a distintos espacios de comercialización directa al consumidor.

Se debe resaltar que, de los 1,141 productores orgánicos, un 44% son indígenas (nahuas y wixaritari), de estos el 90% son mujeres. El 97% produce alimentos de autoconsumo y sólo el 3% de ellas actualmente cuenta con condiciones favorables para comercializar sus productos. Estas mujeres

indígenas nahuas, radican en la localidad de Cuzalapa, ubicada al interior del territorio de la reserva de la biósfera de la sierra de Manantlán (en el municipio de Cuautitlán de García Barragán). Gracias a la asesoría que ha recibido por parte de académicos de la Universidad de Guadalajara y diversas personas que les han dado asesoría y acompañamiento, actualmente como agrupación cuentan con la posibilidad de obtener un ingreso económico gracias a la comercialización de diversos productos orgánicos como el café y el mojote (*Brosimum alicastrum*) e incluso por la elaboración de pomadas y remedios caseros.²² La belleza natural de su sistema de producción agroforestal resulta un atractivo para los visitantes, a quienes se les ofrecen servicios ecoturísticos, entre los que se encuentran actividades como recorridos por las plantaciones de café y mojote.

A partir de 2009, gracias a la implementación del programa de promoción de la agricultura de traspatio por parte del Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF), se logró que 450 familias de mujeres indígenas recuperaran el interés por la siembra para autoconsumo, a la par se retomó la conservación de semillas de algunos cultivos tradicionales que estaban a punto de perderse. Este programa se desarrolló exitosamente en localidades con población indígena nahua del municipio de Cuautitlán de García Barragán en la Costa Sur de Jalisco. Mientras, en la región Norte se encuentran las localidades con población indígena wixarica. Estos grupos indígenas aún preservan su lengua, vestimenta y formas de gobierno tradicionales. Entre las organizaciones que han tenido una importante labor de capacitación con este grupo indígena, se encuentra la Rasa y el ya extinto Consejo de Agricultura Sostenible (Coas). Pese a los esfuerzos de capacitación, encontramos que la producción de alimentos en comunidades indígenas se ha visto afectado por dos factores principales: falta de acceso a la tierra (caso de la mayor parte de las comunidades nahuas) y condiciones climáticas y geográficas adversas (caso de las comunidades wixaritari). Al respecto, si bien las comunidades indígenas nahuas cuentan con condiciones climáticas favorables, no tienen suficiente acceso a la tierra. Pese a ello, para las mujeres nahuas, esta pequeña producción de traspatio, asegura una fuente de alimentos que complementa la dieta de su familia.

²² Ejemplos de algunos de estos productos se pueden encontrar en Gerritsen y Morales (2007:64), véase también Gerritsen y Gutiérrez (2009).

De manera contrastante, las comunidades indígenas wixaritari de la región Norte de Jalisco, cuentan con amplias extensiones de tierra, sin embargo gran parte de su territorio se encuentra atravesado, por la Sierra Madre Occidental, lo que se traduce en una geografía accidentada, de difícil acceso, con escasos recursos hídricos y por tanto el ciclo agrícola que depende totalmente del temporal de lluvias. Las difíciles y a veces extremas condiciones de vida de las comunidades wixaritari, hacen de la agricultura una actividad de vital importancia ya que de ella depende la seguridad alimentaria de la mayor parte de las familias. En estas condiciones aprender e implementar prácticas agroecológicas representa una alternativa para mitigar los efectos de los temporales con poca lluvia, las limitaciones geográficas y la dificultad o imposibilidad de invertir en insumos externos o infraestructura de riego.

Dentro de las motivaciones para transitar hacia una agricultura sustentable en zonas rurales, los entrevistados coincidieron en cuatro principales razones en orden de importancia: bajar costos de producción, evitar degradación de suelos o recuperar la fertilidad del suelo, salud (evitar riesgos por el uso de agroquímicos), y aprovechar el mercado local (pequeños productores que están cerca de municipios donde hay demanda de productos) y de exportación (productores con suficiente capital para invertir en los requisitos de las empresas certificadoras). Un mismo productor puede tener más de una de estas inquietudes, sin embargo, las hemos organizado según la frecuencia con que se manifiestan. También encontramos que conforme los productores avanzan en sus conocimientos sobre agricultura sustentable, su visión se va complejizando y poco a poco se van dando cambios de tipo estructural en sus sistemas de producción.

Al respecto, se señaló que, aproximadamente un 70% de los agricultores se acercan a las capacitaciones con el principal interés de aprender técnicas que les permitan disminuir su inversión en insumos externos. Algunos incluso pueden estar en graves situaciones de endeudamiento. Estos productores buscan principalmente aprender sobre insumos alternativos que incluso ellos mismos puedan elaborar de forma económica (foliares, compostas, nutrientes, minerales) con el fin de disminuir la inversión en insumos químicos. El que un productor se preocupe principalmente por el aspecto económico explica por qué gran parte de los agricultores que se interesan en la agricultura sustentable, se quedan sólo en un nivel de sustitución de insumos.

De manera contrastante, un 20% de los productores, se interesa por alternativas sustentables ya que les preocupa el hecho de que su suelo haya perdido su fertilidad. Los productores que comprenden que la estructura del suelo es importante para elevar su productividad, pueden llegar a incorporar prácticas agroecológicas con mayor facilidad ya que, entienden que es tan importante lo que sucede debajo del suelo, como lo que sucede arriba. Esta visión lleva implícita una visión a largo plazo ya que cuidar el suelo, es cuidar el patrimonio familiar y garantizar que continúe siendo productivo a futuro.

Los problemas de salud por uso de agroquímicos resultan también una causa importante para buscar alternativas sustentables. De acuerdo con los entrevistados son pocos los productores (un 20%) que reconocen que producir a base de agroquímicos es una actividad que ha dañado su salud y la de su familia, por tanto a búsqueda de alternativas es fundamental para poder vivir de la producción agrícola. Cuando la salud está de por medio, la apertura a nuevas alternativas es mucho mayor en los productores. Éstos encuentran en la agricultura orgánica una práctica que además de no poner en riesgo su salud, les permite bajar costos y acceder a un mundo de conocimientos y relaciones sociales que en varios casos (como sucedió con uno de los entrevistados), los estimula a ser promotores de este tipo de alternativa.

Entre las motivaciones de los agricultores rurales, urbanos y periurbanos, hay algunas diferencias importantes. Al respecto se debe señalar que dentro de la zona urbana se pueden detectar dos formas diferentes de producir alimentos: están las personas que siembran sin tierra, es decir quienes sólo pueden producir alimentos en recipientes, en sus jardines o azoteas, y quienes cuentan con extensiones de tierra que en el mejor de los casos (que conocemos) llegan a ser predios de hasta 50m². Para el primer caso la producción es completamente de autoconsumo y en el segundo caso, hay productores que al implementar de forma adecuada sistemas de producción biointensivos tienen la posibilidad de comercializar sus excedentes. Para los agricultores periurbanos las condiciones son diferentes, si bien el acceso al agua limpia es un problema constante, se pueden encontrar parcelas con una extensión de hasta 5 hectáreas para la producción de alimentos orgánicos. Incluso se tiene la posibilidad de complementar la agricultura con la cría de pequeñas especies.

En esta diversidad de estrategias de producción dentro de la zona metropolitana, las motivaciones para hacer agricultura sustentable varían de

manera importante. Sin embargo se logró detectar que, entre las principales motivaciones de los agricultores urbanos y periurbanos se encuentran en orden de importancia: acceso a alimentos saludables, aprovechar la demanda de productos orgánicos, y tener una actividad recreativa complementaria a sus actividades cotidianas.

Respecto al primer punto, se argumentó que a raíz de que se ha incrementado la información en torno a la contaminación de los alimentos (tanto por la aplicación de agroquímicos como por el uso de agua contaminada), sus efectos en la salud y el medio ambiente, la preocupación sobre la calidad de los alimentos ha incrementado. Ante las pocas opciones para acceder a productos seguros, un 90% de las personas que buscan aprender sobre agricultura urbana, ven en ella una opción viable para producir algunos alimentos en casa, principalmente hortalizas. En contraste, para quienes tienen los medios para una sobreproducción de alimentos, el interés del público por los productos orgánicos abre una posibilidad de ingreso económico importante ya que los espacios de comercio alternativos dan pie a una venta directa al consumidor, lo que permite que la ganancia por la venta de sus productos sea atractiva. Esto resulta un aliciente para seguir produciendo y en la medida de las posibilidades, atender parte de la demanda de sus consumidores. Desde otra perspectiva el auge de talleres en agricultura urbana, también ha atraído el interés de personas de todo tipo, desde los amantes de la jardinería, hasta personas jubiladas que ven en la agricultura urbana no sólo una posibilidad de producir alimentos, sino también una actividad recreativa.

Actores y coyunturas. Un camino largo hacia la sustentabilidad rural

Al principio de este apartado expusimos una introducción a las organizaciones e instituciones con mayor presencia e influencia en la construcción de un Jalisco rural y urbano más sustentable. Como ya se mencionó, el principio de la capacitación y difusión de la agricultura sustentable surgió a finales de 1980 y principios de 1990 por parte de la diócesis de Ciudad Guzmán, en un tiempo en el que la idea de lo «sustentable» u «orgánico», aún no formaban parte del vocabulario popular, apenas a nivel internacional, comenzaba a ser tema de debate. El desarrollo sustentable aún estaba lejos de entrar en

la agenda política, entonces sólo se hablaba de «agricultura sin químicos» desde entonces los promotores tenían muy claro que con ella era posible la producción de alimentos sin invertir ni arriesgar la salud por el uso de agroquímicos. Sin embargo la falta de información y el profundo arraigo al uso de agroquímicos aún impedían que los productores se arriesgaran a dejar un sistema productivo que les había funcionado bien, por lo menos durante los últimos 20 o 15 años. La gran mayoría de los productores aprendieron a usar agrotóxicos desde jóvenes y por lo menos las últimas dos generaciones de productores rurales crecieron con la idea de que la agricultura era así, y no había nada que pudiera superar los avances de la tecnología. A finales de la década de 1990 el país comenzó a experimentar con dureza las desventajas de la apertura comercial, así como la vulnerabilidad del mercado interno frente a los embates del libre mercado internacional. La baja de precios de los productos agrícolas y el alza imparable de los insumos agroquímicos, ponían a prueba la capacidad de resistencia y arraigo a la tierra por parte de los campesinos. De forma paradójica, esta soga al cuello del campesinado, provocó una mayor apertura para el aprendizaje de formas de producción alternativas, que les permitiera continuar su labor agrícola. El interés año con año se multiplicaba, al punto que para finales de la década ya existían diversos actores convencidos de que la agricultura sustentable representaba no una alternativa, sino una «necesidad» ya que no había señales de una mejora en las políticas agrícolas que dieran pie a un cambio en favor del campesino o pequeño productor.

La primera organización civil en involucrarse en la difusión de la agricultura sustentable fue el Colectivo Ecologista Jalisco en 1994, entonces la preocupación se centraba en los efectos del uso de agroquímicos, sin embargo, pronto se involucrarían otros actores que desde a título personal comenzarían a hacer difusión de alternativas. Académicos del Instituto Tecnológico de Educación Superior de Occidente (ITESO), la Unidad de Apoyo a Comunidades Indígenas (UACI), profesores e investigadores de la Universidad de Guadalajara en distintas sedes, y la conformación de la Rasa son algunos de los actores que fueron sembrando las bases para lo que se desencadenaría con mayor claridad a mediados de la década de 2000.

Desde finales de 1990 y principios del 2000, a nivel internacional, existía una presión importante para que los países que habían firmado los Acuerdos del Milenio cumplieran las metas a las cuales se habían comprometido. Si

bien poco o nada se había logrado al respecto en cuanto a políticas concretas a nivel nacional, esta presión permitió algunos avances a nivel legislativo, como la aprobación de la primera «Ley de Desarrollo Rural Sustentable» la cual señala como obligación del Estado promover y apoyar a los productores y organizaciones que realicen un aprovechamiento sustentable de las tierras (capítulo IV). La ley entre sus objetivos plantea el promover la adopción de tecnologías que conserven y mejoren la productividad de las tierras, la biodiversidad y los servicios ambientales (artículo 55), plantea el apoyo para la comercialización de productos agropecuarios orgánicos o sustentables para asegurar el abasto interno (artículo 104). También señala el estímulo a los productores para la exportación de productos orgánicos (artículo 113), aquí se mantiene una visión similar a la de la FAO entorno a los productos «orgánicos». Desafortunadamente, también la seguridad alimentaria solamente se entiende como el «abasto oportuno, suficiente e incluyente de alimentos a la población» (pag.3). Esta definición refleja el carácter pasivo que se tiene con respecto a la capacidad de producción de alimentos de la población tanto rural como en lo urbano. Así mismo, se mantiene una visión asistencialista para con los grupos de productores de subsistencia. Pese a ello, este primer marco jurídico dio una mayor apertura para lograr introducir otros marcos legales como la «Ley de Producto Orgánico», en la cual se reconoce la certificación participativa y se establecen ciertos mecanismos para la gestión de recursos para capacitación y organización del sector productivo de alimentos orgánicos.

Si bien existen estos avances a nivel legislativo, gran parte del mérito lo tienen los productores, las universidades y organizaciones civiles nacionales por su interés y por la presión que han ejercido para la aprobación de tales marcos jurídicos. Sin embargo su existencia no es garantía de su aplicación. A nivel nacional existe una clara política de financiamiento y subsidio enfocada a los productores con mayor potencial productivo del país. Los productores pobres no son sujetos de crédito y sólo reciben subsidios como parte de una política de «combate a la pobreza» (CEDRSSA, 2007:52), es decir, se asume que son sujetos improductivos.

En nuestro trabajo de investigación encontramos que la obtención de recursos económicos para propuestas civiles de desarrollo rural alternativo, así como lograr avances importantes como fue la creación del Sipro (Sistema Producto Orgánico) en Jalisco, es nula. Los apoyos que se han logrado

conseguir por parte del gobierno para este sector durante los últimos años, responden más a coyunturas políticas importantes que facilitan la gestión y el avance de algunas propuestas de desarrollo rural provenientes de actores civiles no gubernamentales. Es decir, muchos de los avances en la promoción de la agricultura sustentable y apoyos económicos para este sector se originaron hace apenas 7 u 8 años, esto gracias a que personas sensibles a la problemática del campo, vieron en la promoción de la agricultura sustentable una alternativa viable, para el desarrollo sustentable y la reactivación económica de los pequeños productores de la región. Estos funcionarios favorecieron al sector, apoyando económicamente a las organizaciones que ya desde entonces tenían un trabajo importante en la promoción de la agricultura sustentable para que continuaran con su labor de capacitación y talleres a productores. Así mismo, apoyaron la conformación de grupos de productores con interés y potencial para comercializar productos orgánicos. Así se formó el Sistema Producto Orgánico en 2009, con un padrón de 77 productores.

Se calcula que entre el 60 y 70% de las capacitaciones se realizaron durante este periodo de apoyo económico para el desarrollo de la agricultura sustentable y alrededor del 70 y 80% de los productores que actualmente producen de manera sustentable se vio beneficiado por las capacitaciones y asesoría durante este periodo. Como toda coyuntura política, con el cambio de gobierno estos tiempos de bonanza para las organizaciones llegaron a su fin una vez terminado el ciclo político de los funcionarios que facilitaron estos procesos, principalmente desde la Secretaría de Desarrollo Rural (Seder). Con la entrada de nuevos funcionarios no sólo se detuvo el apoyo económico para continuar el trabajo logrado por diversas organizaciones civiles, sino que también, se retrocedió en los avances realizados. Entre ello, se inhabilitó la recién creada Secretaría de Sustentabilidad, la cual tenía entre sus objetivos el trabajar con todas las cadenas productivas para la implementación de tecnologías sustentables.

Conclusiones

Podemos afirmar que a más de 20 años de promoción de la agricultura sustentable, ésta ha resultado una importante alternativa para: disminuir los gastos de la producción de alimentos agrícolas, eliminar los riesgos a la salud por

uso de agroquímicos, recuperar la confianza en el saber campesino, y abrir nuevos canales de comercialización y dinámicas de comercio justo. Por otra parte, hemos encontrado que en este proceso de transición hacia la agricultura sustentable, el acompañamiento a productores es una actividad fundamental para consolidar la adopción de sistemas sustentables de producción de alimentos. Como pudimos observar (tabla 1), las instituciones que tienen la logística para dar seguimiento y acompañamiento a productores después de sus cursos de capacitación, tienen un mayor impacto en la cantidad de personas que transitan hacia sistemas de producción sustentables.

A nivel de producción de autoconsumo, la agricultura sustentable, es una estrategia que ha estimulado la producción en localidades con alto nivel de marginación y pocas posibilidades de ingreso económico, con lo cual se ha logrado disminuir su vulnerabilidad alimentaria. Al respecto, también encontramos que las mujeres juegan un papel importante en la producción de alimentos principalmente para el autoconsumo, pero también para la comercialización, logrando con ello una fuente de ingreso económico importante para su familia.

Si bien los resultados de nuestro estudio muestran importantes avances en la promoción de la agricultura sustentable, para quienes trabajan desde organizaciones civiles está claro que no hay una política de Estado que esté impulsando de manera real el desarrollo rural sustentable. Así que la aprobación y asignación de recursos estatales para esta actividad dependen más de la buena intención y disponibilidad de los funcionarios políticos en turno que de un proyecto de Estado dirigido a resarcir los profundos problemas de degradación ambiental, social y económica de las bases campesinas del agro mexicano.

Por lo tanto, se debe enfatizar que, en el contexto jalisciense, el avance hacia una agricultura más sustentable en gran medida ha sido posible gracias a la entrega y compromiso de los diversos actores involucrados en su difusión, así como al creciente interés de los productores, de tal forma que en múltiples ocasiones, se ha logrado superar diversas dificultades tanto económicas como logísticas. Así mismo, nuestro estudio nos ha permitido hacer visible el importante papel que juegan las mujeres en su mayoría madres que encuentran en la agricultura orgánica una alternativa para producir alimentos saludables para el consumo familiar; mientras que para los productores, la agricultura orgánica ofrece diversas técnicas que permiten bajar costos de producción al mismo tiempo que se mejora la calidad y fertilidad del suelo. Al mismo

tiempo, el intercambio de saberes y conocimientos agrícolas permite una revaloración del saber campesino que permite fortalecer la identidad de los productores, así como el interés por cuidar sus parcelas y sus frutos.

Si bien aún la comercialización de los productos orgánicos dentro del estado resulta aún incipiente, para diversas regiones, comienza a ser una posibilidad de ingreso económico y una forma de que productos de calidad estén disponibles para los consumidores de la región. Al respecto hemos encontrado que las mujeres también juegan un papel importante en la comercialización y procesamiento de estos productos.

Bibliografía citada

- Altieri M. A. (1995). *Agroecology. The Science of Sustainable Agriculture*. Boulder: Westview Press.
- Alegrett, R. (2003). «Evolución y tendencias de las reformas agrarias en América Latina». *Land Reform, Land Settlements and Cooperatives*, 2, 112-126.
- Belletti, G., G. Brunori, A. Marescotti y A. Rossi (2003). «Multifunctionality and Rural Development. A Multilevel Approach. En G. van Huylenbroeck y G. Durand, *Multifunctional Agriculture. A New Paradigm for European Agriculture and Rural Development* (55-80). Ashgate: Aldershot.
- Canales, A. (2001). *Factores demográficos del asentamiento y la circularidad en la migración México Estados Unidos*. Documento presentado en el Seminario Permanente de Migración Internacional, Universidad de Guadalajara.
- Cardoso, F. y E. Faletto (1977). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Carson, R. (2002). *Silent Spring*. Nueva York: Mariner.
- CCEDRSSA (2008). Memoria del Seminario Internacional «Derecho a la Alimentación; Legislación y políticas públicas para su garantía», Cámara de Diputados XL Legislatura, Ciudad de México, México.
- De Grammont, H. (1999). «La modernización de las empresas hortícolas y sus efectos sobre el empleo». En H. de Grammont, C. Gómez, H. González y R. Schwentesius, *Agricultura de exportación en tiempos de globalización*. México: Juan Pablos.

- De Grammont, H. y H. Mackinlay (2006). «Las organizaciones sociales y la transición política en el campo mexicano». En H. De Grammont (ed.), *La construcción de la democracia en el campo latinoamericano*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso).
- Elizalde, A. (2003). *Desde el «desarrollo sustentable» hacia sociedades sustentables*. Buenos Aires: Manantial.
- Escobar, A. (1998). «El desarrollo sostenible, diálogos de discursos». *Ecología Política*, 9, 7-25.
- Escobar, A. (2005). «El “postdesarrollo” como concepto y práctica social». En *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*. Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales-Universidad Central de Venezuela.
- Escalona, M. (2009). *Los tianguis y mercados locales de alimentos ecológicos en México. Su papel en el consumo, la reproducción y conservación de la biodiversidad y cultura*. Tesis doctoral no publicada, Universidad de Córdoba, Córdoba, España.
- Esteva, G. (2000). «Desarrollo». En A. Viola, *Antropología del desarrollo. Teorías y estudios etnográficos en América Latina*. Barcelona: Paidós.
- ETC-group (2003). *Contaminación transgénica del maíz en México. Mucho más grave*. Boletín de prensa colectivo, en <http://www.etcgroup.org/es/materiales/publicaciones.html?pub_id=148>.
- Foladori, G. (2002, julio-diciembre). «Avances y límites de la sustentabilidad social». *Economía, Sociedad y Territorio*, 3 (12).
- FiBL-IFOAM. (2010, febrero). *Organic Agriculture Worldwide: The main results of the FiBL-IFOAM survey 2010*, documento presentado en el BioFach Congress.
- Frank, A. (1970). *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Frank, A. (1976). *Acumulación dependiente y subdesarrollo*. México: Era.
- Gerritsen, P. (2007). *Globalización y desarrollo endógeno y multifuncionalidad en la Costa Sur de Jalisco*.
- Gerritsen, P. y J. Morales (2007). *Respuestas locales frente a la globalización económica. Productos regionales de la Costa Sur de Jalisco*. México: Universidad de Guadalajara / ITESO / RASA.

- Gerritsen, P. y J. Morales (2009, junio-noviembre). «Experiencias de agricultura sustentable y comercio justo en el estado de Jalisco, occidente de México». *Pueblos y Fronteras*, 4 (7): 187-226.
- Gerritsen, P. y M. Gutiérrez (2009, mayo-agosto). «Experiencias de turismo rural sustentable en la costa sur de Jalisco». *Carta Económica Regional*, 21 (102).
- Gómez, M., R. Schwentesius y L. Gómez (coords.) (2007). «Problemática del sector orgánico mexicano. Participación del Estado». En *México orgánico, Experiencias y reflexiones, propuestas*. México: CIESTAAM.
- Gómez, M., R. Schwentesius, J. Ortigoza y L. Gómez (2008). *Datos básicos de la agricultura orgánica de México*. México: Universidad de Chapingo.
- Gómez, S. (2004). «Nueva ruralidad (fundamentos teóricos y necesidad de avances empíricos). Una mirada desde la sociología rural». *Revista de Desarrollo Rural y Cooperativismo Agrario*, 8, 141-164.
- González, H. y A. Macías (2007, septiembre-diciembre). «Vulnerabilidad alimentaria y política en México». *Desacatos*, 47-78.
- Gutiérrez, E. (2007, septiembre-diciembre). «De las teorías del desarrollo al desarrollo sustentable. Historia de la construcción de un enfoque multidisciplinario». *Trayectorias*, 9 (25), 45-60.
- Gliessman, S. (2002). *Agroecología. Procesos ecológicos en agricultura sostenible*. Turrialba: Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza.
- Gliessman, S. (2005). «Agroecology as Agroecosystem». En J. Pretty (ed.), *The Earthscan Reader in Sustainable Agriculture*. Londres: Earthscan.
- Gliessman, S. y M. Rosemeyer (eds.) (2010). *The conversion to sustainable agriculture, principles, processes, and practices*. Nueva York: CRC Press.
- Hernández, M. y C. Maya (2005). *Los actores sociales frente al desarrollo rural*, tomo 2. México: Praxis.
- Hewitt, C. (1978). *La modernización de la agricultura mexicana 1940-1970*. México: Siglo XXI.
- IFOAM (2008, diciembre). *Insider*, 5 (6).
- Juárez, N. (2010). *Del sentido del valor a la construcción del precio. La gobernanza entre productores, intermediarios y consumidores de alimentos orgánicos de Juanacatlán y de Guadalajara*. Tesis de maestría no pulicada, CIESAS Occidente, Guadalajara, Jalisco, México.

- León, T. (2009). «Agroecología. Desafíos de una ciencia ambiental en construcción». En M. Altieri (ed.), *Vertientes del pensamiento agroecológico: fundamentos y aplicaciones*. Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología. Disponible en <www.agroeco.org/socla>.
- Mackinlay, H. (1996). «El agro en México. Un futuro incierto después de las reformas». En H. de Grammont y H. Tejera (coords.), *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio*, vol. 3. México: Plaza y Valdez.
- Martínez-Alier, J. (1991). «Ecological Perception, Environmental Policy and Distribution Conflicts. Some Lessons from History». En R. Costanza, *Ecological Economics. The Science and Management of Sustainability* (pp. 118-136). Nueva York: Columbia University Press.
- Martínez, E. (2006). *Organic Coffee. Sustainable Development by Mayan Farmers*. Ohio: Ohio University Press.
- Mata, B. (2002). *Desarrollo rural centrado en la pobreza*. México: Universidad Autónoma de Chapingo.
- Morales, J. (2007). «Partiendo de lo local hacia la sustentabilidad. El caso de la Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias de Jalisco». En P. Gerritsen y J. Morales (coords.), *Respuestas locales frente a la globalización económica*. Coord. Gerritsen Peter y Morales Jaime. Autlán de Navarro: Universidad de Guadalajara.
- Morales, J. (2011). *La agroecología en la construcción de alternativas hacia la sustentabilidad rural*. México: Siglo XXI.
- Müller, S. (1996). *¿Cómo medir la sostenibilidad? Una propuesta en el área de la agricultura y los recursos naturales*. San José: Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura.
- Ortoll, S. (2003). «La Fundación Rockefeller y la revolución verde». *Sociedades Rurales, Producción y Medio Ambiente*, 4 (1): 81-96.
- Renting, H., W. Rossing, J. Groot, J. D. van der Ploeg, C. Laurent, D. Perraud, D. J. Stobbelaar y M. K. van Ittersum (2008). «Exploring Multifunctional Agriculture. A Review of Conceptual Approaches and Prospects for an Integrative Transitional Framework». *Journal of Environmental Management*, 90, 112-123.
- Rist, S. (2000). *Hidden Organic Food Production. A New Approach for Enhancing Sustainable Agriculture in Developing Countries* (pp. 657-661). Ponencia presentada en el XIII International IFOAM Scientific Conferen-

- ce vdf Hochschulverlag AG an der ETH and International Federation of Organic Movements (IFOAM), Basel, Suiza.
- Rist, S., P. Gerritsen, J. Morales, y N. Juárez (2010). Informe taller RP13, Coroico, Bolivia, no publicado.
- Rojas, T. (coord.) (1991). *La agricultura en tierras mexicanas desde sus orígenes hasta nuestros días*. México: Grijalbo.
- Riechmann, J. (1995). «Desarrollo sostenible. La lucha por la interpretación». en VV.AA., *De la economía a la ecología*. Madrid: Trotta / Fundación 1 de Mayo.
- Rodríguez, G. (2004). «El Barzón y la construcción popular de una nación globalizada al cierre del siglo». En G. de la Peña y L. Vázquez (eds.). *La antropología sociocultural en el México del milenio. Búsqueda, encuentros y transiciones*. México: Fondo de Cultura Económica / Instituto Nacional Indigenista / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta).
- Sampedro, J. (1978). *Revista de Estudios Agrosociales*, 103, 51-69.
- Sevilla, E. (s.f.). *Agroecología y desarrollo rural sustentable*. Documento presentado en el XI Curso Intensivo en Agroecología: Principios y Técnicas Ecológicas Aplicadas a la Agricultura. Disponible en <<http://www.agrotecnicounne.com.ar/biblioteca/agroecologia/SEVILLA.PDF>> consultado en marzo de 2009.
- Tetreault, D. (2007). *Los proyectos de abajo para superar la pobreza y la degradación ambiental en dos comunidades del México rural. Ayotitlán y la Ciénega, Jalisco*. Tesis doctoral no publicada, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, Jalisco, México.
- Tommasino, H. (2001). «Sustentabilidad rural. Desacuerdos y controversias». En G. Pierri y N. Foladori (eds.), *¿Sustentabilidad? Desacuerdos sobre el desarrollo sustentable*. Montevideo: Trabajo y Capital.
- Toledo, V. (2003). *Ecología, espiritualidad y conocimiento. De la sociedad de riesgo a la sociedad sustentable*. México: Universidad Iberoamericana / ONU / PNUMA.
- Pengue, W. (2005). «Agricultura industrial y agricultura familiar en el Mercosur. El pez grande se come al chico... siempre?» *Le Monde Diplomatique, Edición Cono Sur*, 71 (7).
- Van der Ploeg, J. D. (1994). «Styles of Farming. An Introductory Note on Concepts and Methodology». En J. D. van der Ploeg y A. Long, (eds.),

- Born From Within. Practice and Perspectives of Endogenous Rural Development* (pp. 7-30). Assen: Van Gorcum.
- Van Huylenbroeck, G. y G. Durand (2003). *Multifunctional Agriculture. A New Paradigm for European Agriculture and Rural Development*. Cornwall: Ashgate.
- Warman, A. (2003). «La reforma agraria mexicana. Una visión de largo plazo». En *Land Re-form / Réforme Agraire / Reforma Agraria* (2), 84-94.
- Wezel, A., S. Bellon, T. Doré, C. Francis, D. Vallod y C. David (2009, octubre-diciembre). «Agroecology as a Science, a Movement and a Practice. A review». *Agronomy for Sustainable Development*, 29 (4), 503-515.
- World Commission on Environment and Development (WCED) (1987). *Our Common Future*. Londres: Oxford University Press.

Fuentes directas:

- Inegi (2000), en <<http://www.inegi.org.mx/>>.
- Inafed, en <<http://www.e-local.gob.mx/>>.

Transformación del sistema agrario y su multifuncionalidad en dos comunidades indígenas: Cuzalapa y Ayotitlán, Jalisco

Iliana Licona Flores, Peter R.W. Gerritsen y Jaime Morales Hernández

El surgimiento de la agricultura fue un detonante para el desarrollo de las civilizaciones. Con la domesticación de plantas y animales silvestres el ser humano logró asegurar un abasto de alimentos y otros productos básicos para su supervivencia, permitiendo una mayor densidad poblacional que, a la larga, llevó a conformar una organización social más compleja. Así, a lo largo de la historia, las poblaciones que habitan en el campo han interactuado con su ambiente, para dar forma a diferentes sistemas agrarios, influidos éstos, por el contexto histórico, político y económico, por lo que el sistema agrario se refiere a la relación entre población rural, ambiente y sociedad mayor a la que pertenece, considerando su evolución institucional, socioeconómica, étnica e histórica (Planck y Ziche, 1979; Rist *et al.*, 2010).

Actualmente, se reconoce que la agricultura es más que la provisión de alimentos, fibras y materias primas. Ésta constituye una actividad que puede cumplir múltiples roles, así como brindar bienes y servicios no-alimentarios de carácter ambiental, sociocultural, económico-productivo y territorial (Kallas y Gomez-Limón, 2005; Valdés y Foster, 2004; OECD, 2001; Ayala-Ortiz, y García-Barrios, 2009). Esta idea de multifuncionalidad de la agricultura, ha cobrado cada vez mayor importancia ya que se asocia a políticas de protección de la biodiversidad y de las culturas tradicionales. Entre sus principales atributos, se menciona el valor de mantener la cultura del poblador rural; así como a las propias personas que viven en el campo, a sus comunidades y a las economías locales que desarrollan. Así mismo, contribuye a la disminución de la migración hacia las ciudades.

En el aspecto ambiental, destaca la idea de mantener un paisaje rural donde se intercalan elementos naturales y transformados por el trabajo humano, así como de mantener la calidad del ambiente y de conservar la biodiversidad. Esto sin dejar de lado su función de proveedora de opciones alimentarias a través del mantenimiento de unidades productivas familiares (Gudynas, 2001).

Cuando abordamos la necesidad de analizar la sustentabilidad del campo, nos enfrentamos a un mundo heterogéneo, múltiples ecosistemas, culturas, cosmovisiones y formas de producción. Entender las múltiples funciones de la agricultura, permite comprender mejor la dinámica de la vida campesina, su complejidad y sus aportes al desarrollo local (Gerritsen, 2010).

Recientemente los pueblos originarios andinos han impulsado la noción del «vivir bien» como una propuesta alternativa para entender e implementar el «desarrollo» en comunidades campesinas e indígenas de Latinoamérica. El «vivir bien» puede entenderse como una noción local de bienestar integral del ser humano; es decir, se parte de la idea de que, para vivir bien, hay que estar y sentirse bien, en armonía con la sociedad y con la naturaleza, para lo cual hay que comer bien, tener una vivienda adecuada a las costumbres y entorno de la familia, desarrollar capacidades como persona, convivir, recrearse, tener una identidad y un trabajo e ingreso dignos (Delgado *et al.*, 2011).

En este contexto, quisimos rescatar, a través de historias de vida, las percepciones locales sobre los roles, bienes y servicios que la agricultura cumple; así como, su noción del «vivir bien». Como estudios de caso, tomamos dos comunidades agrarias que se encuentran dentro de la reserva de la biósfera Sierra de Manantlán: la comunidad indígena de Cuzalapa y el ejido Ayotitlán. Estas comunidades se caracterizan por una gran riqueza ecológica y una gran diversidad de recursos, así como por presentar un alto grado de marginación.

Los sistemas agrarios: Cuzalapa y Ayotitlán

La comunidad de Cuzalapa se ubica al suroeste de la Reserva en el municipio de Cuautitlán de García Barragán. Cuenta con una superficie de 24,057 hectáreas, de las cuales el 65% se encuentra dentro de la zona de amortiguamiento, 10% la zona núcleo donde se prohíben asentamientos humanos y ac-

tividades productivas, el resto fuera del área de influencia (Gerritsen, 2006). Son siete las localidades que pertenecen a Cuzalapa: Canoítas, Cuzalapa, El Durazno, El Vigía, La Pareja, La Rosa y Las Gardenias, las cuales suman un total de 1377 habitantes (INEGI, 2005). La localidad de Cuzalapa concentra la mayor parte de la población 777 hombres y mujeres, aquí se encuentran la delegación, la casa comunal y la mayoría de los comercios.

Cuzalapa es una comunidad de origen nahua, sin embargo sus habitantes han ido perdiendo gran parte de los elementos indígenas de su cultura como son la lengua, la vestimenta y el sistema de cargos tradicionales, pero aún persisten rasgos del saber indígena, como en la taxonomía, manipulación y uso de plantas, animales, suelos, y prácticas cívicas y religiosas.

La economía de las familias se basa en la agricultura y la ganadería, actividades que complementan en muchos casos con producción de hortalizas y especies menores en el traspatio y la recolección de plantas silvestres. Los trabajos asalariados los realizan tanto dentro como fuera de la comunidad y son el mayor ingreso económico de los hogares (Gerritsen, 2006).

Las características del ejido Ayotitlán presentan algunas diferencias respecto a Cuzalapa: la primera cuenta con casi el doble de superficie, 45 mil hectáreas, de las cuales ocho mil están bajo el control de compañías mineras y cerca de nueve mil se localizan dentro del núcleo de la reserva. Se pueden encontrar 88 localidades dispersas en todo su territorio, con una población aproximada de 7,400 habitantes (Tetreault, 2007: 316). Ayotitlán y Telcruz son las localidades con mayor densidad de población con 683 y 1165 personas respectivamente (INEGI, 2005). La localidad de Ayotitlán es considerada centro político y cultural, donde se encuentran la casa ejidal, la delegación; así como, el Consejo de Mayores. Telcruz en cambio, es el centro comercial ya que se ubica más cercano al poblado de Minatitlán, Colima, donde la economía es más dinámica por su cercanía con el puerto de Manzanillo (Tetreault, 2007:317).

A diferencia de Cuzalapa, en Ayotitlán sus habitantes se consideran indígenas nahuas y aunque ya no hablan su lengua nativa ni usan su ropa tradicional, conservan su identidad a través de sus formas de organización, toma de decisiones, sistemas de producción, ceremonias religiosas, historias, creencias y valores (Tetreault, 2007). La mayoría de la población se dedica a la agricultura de subsistencia, principalmente el cultivo de maíz y frijol; además, al igual que en la comunidad de Cuzalapa, muchas familias produ-

cen en sus traspatios hortalizas y especies menores. Los trabajos asalariados también los realizan fuera de su comunidad.

La comunidad indígena de Cuzalapa y el ejido Ayotitlán, son parte del territorio que históricamente comprendía la provincia indígena de Amula, por lo que comparten un mismo origen en los sistemas productivos más antiguos, como la agricultura de coamil y de yuntas de lluvia. Sin embargo, con el paso del tiempo el sistema agrario ha sufrido procesos de reconfiguración de las relaciones sociales de producción influidas por sucesos históricos y la incursión de políticas públicas dirigidas al campo, como la aculturación de los indígenas, la modernización del sistema rural y la liberalización del mercado, los cuales han tenido un impacto en la diversificación de los sistemas productivos, la diferenciación social entre y dentro de las dos comunidades agrarias.

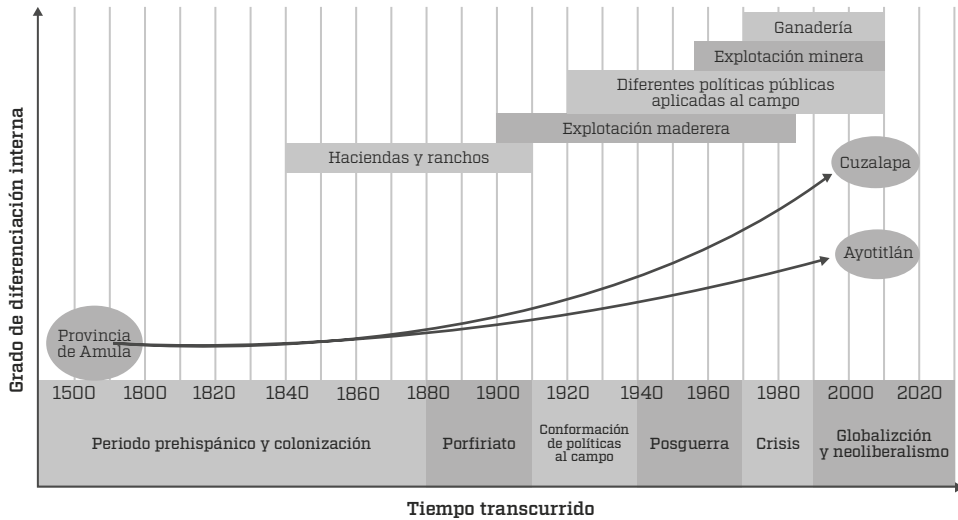
La figura 1 representa de forma esquemática los factores de transformación que han llevado a la diferenciación de las dos comunidades agrarias desde sus orígenes, cuando ambas formaban parte de la provincia de Amula, pasando por el periodo de colonización, momento en el cual inicia la transformación de los sistemas con la introducción de nuevas especies y formas de producir por parte de los colonizadores, pasando por las haciendas, la revolución verde, hasta su configuración actual en la era de la globalización. Actualmente tanto en Cuzalapa como en Ayotitlán encontramos diferentes unidades de producción, las cuales caracterizamos a continuación.

Unidades de producción en la comunidad indígena de Cuzalapa

Pequeñas unidades agropecuarias de temporal (PUAT)

El principal cultivo de esta unidad es el maíz, en su mayoría se cuenta con superficies planas o con pendientes suaves donde es posible la agricultura de temporal o yunta de lluvia. Son superficies planas o con pendientes suaves. Algunas de estas unidades cuentan además con parcelas más pedregosas y con pendientes mayores donde la yunta no se puede utilizar, por lo que, para la siembra de la semilla, se utiliza la coa o barretón. Las semillas de maíz son criollas, el uso de herbicidas y fertilizantes de origen químico es generalizado.

Figura 1: Periodos del campo mexicano y factores que han influido en la diferenciación de los sistemas agrarios de Cuzalapa y Ayotitlán



Fuente: elaboración propia.

La producción de temporal es principalmente para el autoconsumo, cuando se tienen excedentes se comercializa localmente.

En promedio, la superficie utilizada para cultivar de temporal no es mayor a las 5 hectáreas. La producción agrícola se complementa con ganadería de traspatio (especies menores, de carga y animales de tracción) y huertos de frutales para el autoconsumo o huertas de café bajo sombra para venta.

En su mayoría, la mano de obra es familiar y complementan el ingreso con trabajo de jornaleros dentro de la misma comunidad o localidades de los alrededores.

El ingreso monetario de estas familias es bajo y dependen económicamente, en gran medida, de los subsidios gubernamentales como Oportunidades¹ y Procampo.²

¹ Programa del gobierno federal que entrega subsidios económicos directos a las mujeres para alimentación, salud y educación de sus hijos.

² Este programa de la Sagarpa otorga apoyos para la adquisición de maquinaria y equipo para la realización de actividades de producción agrícola, pecuaria y acuícola,

Pequeñas Unidades Agropecuarias de Riego (PUAR):

El principal cultivo de esta unidad también es el maíz. Estas unidades cuentan con superficies planas cercanas a algún arroyo o corriente de agua donde es posible realizar pequeños riegos por agua rodada donde, además de maíz y frijol, se suelen producir algunas hortalizas como la calabaza y el pepino. Aunque algunos productores utilizan semillas de maíz mejoradas, sigue predominando el uso de semillas criollas. Se emplean herbicidas y fertilizantes químicos. La producción es principalmente para el autoconsumo, cuando se tienen excedentes se comercializa localmente. La superficie empleada para fines agrícolas suele ser menor a 5 hectáreas. Así mismo, cuenta con producción de especies menores, de carga y animales de tracción de traspatio.

La fuerza de trabajo es familiar, por lo que los jefes de familia dedican gran parte del año al trabajo en sus parcelas y sólo se emplean como jornaleros dentro de la misma comunidad o localidades de los alrededores para conseguir un ingreso económico que les permita satisfacer otras necesidades del hogar. Sin embargo, este ingreso es bajo, por lo que los subsidios gubernamentales como Procampo y Oportunidades lo complementan.

Pequeñas unidades ganaderas y de agricultura de riego o temporal (PUART)

La ganadería comercial a pequeña escala caracteriza a esta unidad productiva; sin embargo, las familias no cuentan con más de 60 cabezas de ganado y las mantienen bajo un sistema de pastoreo extensivo en agostaderos que alternan con el uso de esquilmos. Muchas familias, además de ganado, cuentan con parcelas para la producción agrícola. El cultivo principal sigue siendo el maíz, el destino de la cosecha de este grano es, principalmente, para el autoconsumo en el hogar y para la alimentación del ganado.

Los agricultores que cuentan con parcelas de riego, además de maíz y frijol, han empezado a sembrar cultivos comerciales como la caña. El riego es principalmente por canal, aunque también existen terrenos con cierto grado de tecnificación (aspersión o goteo), lo cual permite que la parcela pueda ser explotada todo el año.

incluyendo conservación y manejo. El apoyo es de hasta el 50% del costo total del activo y para productores de zonas marginadas puede ser hasta del 75%.

En promedio, estas unidades no cuentan con más de 5 hectáreas destinadas a la agricultura, las semillas de maíz son criollas y mejoradas, es común el uso de tracción mecánica y se aplican insumos químicos. Las familias representadas en esta unidad de producción cuentan también con ganadería de traspatio de especies menores. La mano de obra es familiar; sin embargo, se llegan a contratar jornaleros para las labores de desmonte, preparación del terreno con tractor y la cosecha.

Además del ingreso por venta de ganado y excedentes de maíz, frijol y algún otro cultivo de riego, en ocasiones complementan con trabajo como jornaleros dentro de la misma comunidad y algunas remesas que les envían sus hijos o parientes que residen en Estados Unidos.

Unidades Ganaderas y de Agricultura de Riego de Guzalapa (UGAR)

Se caracterizan por practicar la ganadería comercial como actividad principal. En un sistema extensivo de producción, se utilizan terrenos que van desde lomeríos a terrenos con pendientes más pronunciadas, donde se desmonta la vegetación original para sembrar pastos y se introduce el ganado, el cual es principalmente bovino. La mayoría de los ganaderos cuentan con al menos 60 cabezas de ganado en promedio, por lo que requieren de grandes superficies de tierra. Además, complementan con agricultura de riego.

La semilla empleada es en su mayoría mejorada, se utiliza tracción mecánica y agroquímicos. La cosecha es principalmente para el autoconsumo de la familia y para complementar el alimento balanceado que se le da al ganado cuando no se está pastoreando. Estas unidades aprovechan al máximo los programas gubernamentales para el fomento de sus actividades agropecuarias e incluso tienen acceso a diferentes formas de financiamiento.

Los jefes de familia e hijos varones son los que generalmente trabajan en el campo; pero además, por ser una unidad de producción de mayor escala, es necesario emplear mano de obra asalariada, la cual obtienen principalmente de otros productores de la misma comunidad agraria.

Unidades de Producción en el Ejido Ayotitlán

Pequeñas unidades agropecuarias de Temporal en coamil (PUAT)

Estas unidades se caracterizan por el cultivo de maíz en coamil,³ sistema en el cual se realiza la roza-tumba-quema de la ladera y se rota cada dos o más años para dejar descansar la tierra. Se utiliza la coa o barretón como herramienta para la siembra de la semilla, generalmente criolla, el uso de agroquímicos se limita a herbicidas y en algunas ocasiones fertilizantes como el sulfato. La producción se destina para el autoconsumo. Las familias cuentan con menos de 6 ha. La producción agropecuaria se complementa con ganadería y cultivo de traspatio donde se crían especies menores como aves y chivos, y se tienen pequeños huertos de hortalizas y frutales para el consumo familiar. Además de contar con 1 o 2 ha de café bajo sombra libres del uso de agroquímico, esta producción es destinada a la venta.

Pequeñas Unidades Agropecuarias de riego y de temporal de Ayotitlán (PUART)

En estas unidades se practica la agricultura de riego, la cual se lleva a cabo en planos o terrenos con pendientes poco pronunciadas y se caracteriza por contar con cierta infraestructura hidráulica, lo cual permite que la parcela pueda ser explotada todo el año. En su mayoría, el riego es por canal o con manguera, aunque también existen los terrenos con riego tecnificado por goteo. En estas parcelas también se siembra maíz y frijol, así como cultivos comerciales como el Aguacate Hass. Por lo general, no se tienen más de 5 ha, las semillas son mejoradas, se utiliza tracción animal y se aplican insu-
mos químicos. El destino de la producción es para la comercialización en su mayoría.

Pequeñas Unidades Ganaderas y de Agricultura de Temporal de Ayotitlán (PUGA)

La agricultura de temporal y/o coamil se complementa con ganadería comercial a pequeña escala, donde las familias no cuentan con más de 11 cabezas de

³ El coamil es un sembradío de maíz que se siembra con instrumento llamado coa.

ganado bovino y/o caprino, las cuales mantienen bajo un sistema de pastoreo extensivo en agostaderos que alternan con el uso de esquilmos. Es importante mencionar que gran parte de esta producción es comercializada localmente para fiestas o utilizadas cuando un integrante de la familia tienen que cumplir un cargo religioso. Además al igual que en las otras unidades de producción, también cuentan con ganadería y cultivos de traspatio.

Agricultura campesina y sustentabilidad

El modo campesino o tradicional de producción tiene sus raíces en los orígenes de la especie humana, resultado de un proceso de coevolución entre la sociedad humana y la naturaleza, lo que involucra un profundo conocimiento de su actividad adaptada a su entorno (Toledo *et al.*, 2002). A este tipo de producción campesina se le asocian más efectos positivos que negativos, principalmente por su aporte a la economía familiar; así como, en la generación de bienes públicos de carácter social y ambiental, como la conservación de la sabiduría campesina, los principios de autosuficiencia, la conservación de servicios ambientales, como el agua y la diversidad genética de variedades criollas (Gerritsen, 2010).

En cambio, el modo agroindustrial es una propuesta que surge del mundo urbano-industrial, diseñado para generar los alimentos, materias primas y energías requeridas en los espacios no rurales del planeta (Toledo *et al.*, 2002). Lo cual ha dado como resultado una búsqueda por modernizar el campo promoviendo la transición del modo tradicional al agroindustrial. Es importante mencionar que existen diversos autores (Gerritsen, 2010; Toledo, 1992, 2002; Morales 2004) que consideran que esta transición generalmente se traduce en una pérdida de la sustentabilidad y trae consigo más impactos negativos que positivos.

Con estas consideraciones tomamos los nueve atributos propuestos por Toledo *et al* (2002) para caracterizar y evaluar la sustentabilidad de los sistemas agrarios de Cuzalapa y Ayotitlán (tabla 1).

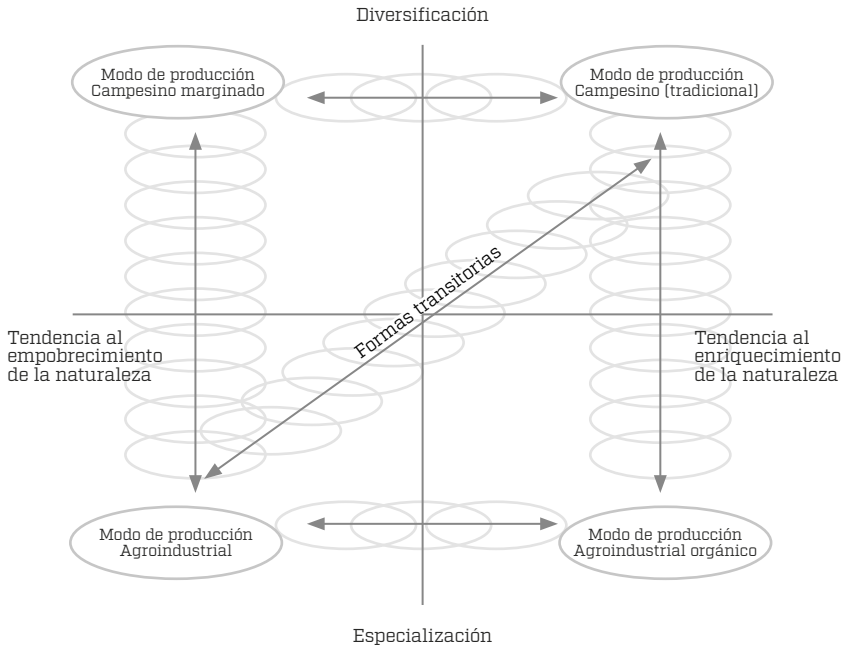
Es importante mencionar que, a partir de estos dos modos de producción, se generan formas transitorias que dan lugar a diferentes patrones de desarrollo agropecuario. Tomando como referencia a Gerritsen (2010) y Toledo (2002), en la figura 2, se muestra gráficamente patrones de desarrollo agrope-

Tabla 1: Los nueve atributos que diferencian la agricultura campesina de la agricultura tradicional (Toledo, 2002, 36:46)

Variable	Modo Campesino	Modo Agroindustrial
Energía	Uso predominante de energía solar, fuerza animal o humana. Fuentes de energía: biomasa, viento, agua.	Uso predominante de energía fósil (petróleo y gas).
Escala	Superficies pequeñas, menor a 10 ha.	Superficies de tamaños medios y grandes.
Autosuficiencia	Alto grado de autosuficiencia. Busca la reproducción de la unidad familiar campesina. Nulo o bajo empleo de insumos externos.	Bajo grado de autosuficiencia. La mayor parte de la producción va al mercado. Alto empleo de insumos externos. Separación espacial entre producción y consumo.
Fuerza de trabajo	Familiar y/o comunitaria.	Asalariada y/o familiar.
Diversidad	Sistema integrado agropecuario-forestal- (pesquero) o agro-silvo-pastoril- (piscícola). Estrategia de uso múltiple del ecosistema. Alta diversidad eco-geográfica, biológica, genética y productiva.	Sistema especializado de producción. Homogeneidad paisajística para facilitar manejo de áreas mayores. Baja diversidad eco-geográfica, biológica, genética y productiva.
Productividad Ecológica	Alta	Baja
Productividad en el trabajo	Baja	Alta
Conocimientos	Conocimientos objetivos y creencias subjetivas. Derivado de la práctica cotidiana y de carácter holístico. Transmitido intergeneracionalmente. Oral. Se construye y se comparte permanentemente con otros productores locales y regionales.	Conocimiento objetivo, técnico y especializado. Originado en centros de investigación científica y tecnológica. Se transmite por medios escritos.
Cosmovisión [Actitud frente a la naturaleza y la producción]	Visión no materialista. La Naturaleza como entidad no sacralizada y viviente con la cual los seres humanos interactúan y con la que es necesario dialogar y negociar.	Visión productivista y pragmática del universo natural. La Naturaleza como entidad separada de la sociedad, sujeta a ser manipulada y dominada mediante la tecnología y la investigación científica.

cuarios basados en 2 variables: la autosuficiencia y el impacto al ambiente. El modo de producción campesino tradicional, se caracteriza por ser altamente autosuficiente, donde se busca primeramente la reproducción de la unidad doméstica, el empleo de insumos externos es bajo o nulo y que; además, tiene

Figura 2: Patrones de desarrollo agropecuario



Fuente: Elaboración propia con base en Gerritsen (2010).

una estrategia de diversificación donde se hace un uso múltiple del ecosistema con sistemas agropecuarios-forestales-pesqueros o agro-silvo-pastoriles, conservando la diversidad biológica, genética y productiva de la unidad, lo que genera un impacto positivo al ambiente al fomentar el enriquecimiento de los recursos naturales. En contraste, el modo de producción agroindustrial, tiene una alta dependencia al empleo de insumos externos, se rige por el mercado y, generalmente, existe una separación espacial entre la producción y el consumidor final. Así mismo, el modo agroindustrial es un sistema especializado de producción con homogeneidad paisajística que facilita el manejo de superficies mayores lo que trae como consecuencia una baja diversidad biológica, genética y productiva generando un impacto ambiental negativo.

Relacionando de estas dos variables podemos hacer una valoración cualitativa de la sustentabilidad de los patrones de desarrollo agropecuario y ubicamos los siguientes:

Modo de Producción Campesino Tradicional: basado en la autosuficiencia y la diversificación de la unidad productiva, contribuyendo a la preservación de los recursos biológicos, genéticos y productivos.

Modo de Producción Agroindustrial: predomina la dependencia al uso de recursos externos con producción dirigida al mercado y unidades de producción especializadas que tienden al empobrecimiento de los recursos y la pérdida de la biodiversidad.

Modo de Producción Campesino Marginado: son los campesinos que no tienen el acceso suficiente a los recursos naturales que les permita establecer una estrategia de diversificación, aun cuando su producción sea dirigida al autoconsumo y la utilización de insumos locales sea alta; por lo que, tienden a degradar el ecosistema para poder subsistir.

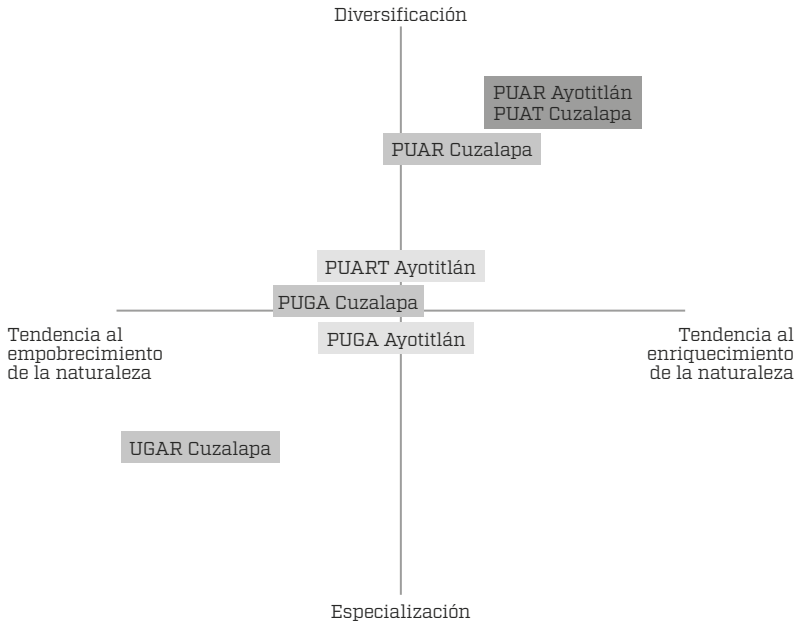
Modo de Producción Agroindustrial Orgánico: son sistemas dirigidos principalmente al mercado, con cierta dependencia a los insumos externos, pero aun cuando se basen en la especialización esta forma de producción ayuda a conservar la fertilidad de los suelos y evita la contaminación de las fuentes de agua: En general las prácticas agrícolas realizadas en estos sistemas tienen impactos positivos en el ambiente (Gerritsen, 2010).

Sustentabilidad de las unidades producción de Cuzalapa y Ayotitlán

Considerando los nueve atributos de los modos de producción y la caracterización presentada en apartados anteriores sobre las unidades de producción de Cuzalapa y Ayotitlán, podemos hacer una valoración cualitativa de su sustentabilidad (figura 3).

Como podemos observar en la figura, las pequeñas unidades de agricultura de temporal, tanto de Cuzalapa como Ayotitlán, tienden a la autosuficiencia, con un bajo uso de insumos externos y con la finalidad principal de la reproducción de la unidad familiar; así mismo, presentan estrategias de diversificación, como el cultivo de cafetales bajo sombra; así como, otras especies que complementen la producción de maíz y frijol. Las pequeñas unidades de agricultura de riego en Cuzalapa se consideraron un poco más dependientes del uso de insumos externos al utilizar en ocasiones semillas mejoradas y un mayor uso en insumos químicos, aunque este sigue siendo

Figura 3: Acercamiento cualitativo a la sustentabilidad de las unidades de producción de Cuzalapa y Ayotitlán



Fuente: Elaboración propia

bajo, en comparación con las otras unidades. Por lo que, estas tres unidades, bajo los criterios de sustentabilidad de los modos de producción, resultan las más apegadas a la agricultura campesina o tradicional y; por lo tanto, más cercanas a los principios de la sustentabilidad. Así mismo, estas unidades son las que predominan en ambos sistemas agrarios.

Las pequeñas unidades de agricultura de riego y temporal de Ayotitlán; así como, las pequeñas unidades ganaderas y de agricultura de Cuzalapa y Ayotitlán, se pueden clasificar en una etapa de transición donde se realizan prácticas de la agricultura agroindustrial, como lo es un mayor uso de insumos externos, mayores superficies de aprovechamiento, producción regida y dirigida al mercado externo, como lo es el ganado en Cuzalapa y el Aguacate en Ayotitlán. Sin embargo, también se mantienen prácticas de conservar semillas criollas de maíz y frijol y, parte de esta producción, es para el consumo de la familia.

Sólo en el caso de Cuzalapa se tienen unidades de producción más cercanas al modo de producción agroindustrial, como es el caso de las unidades ganaderas y agricultura de riego, donde predomina el uso de insumos externos y se tiende a una especialización de la unidad con la finalidad de optimizar la rentabilidad, ya que la mayor parte de la producción está dirigida al mercado. Estas unidades son practicadas por pocas familias de Cuzalapa que cuentan con los recursos económicos y suficiente tierra para llevarla a cabo.

Multifuncionalidad y buen vivir a través de las historias de vida

Se realizaron historias de vida a mujeres y hombres que representaba alguna de las unidades productivas descritas en el apartado anterior. Estas entrevistas nos ayudan a captar la vida cotidiana de las familias campesinas de Cuzalapa y Ayotitlán, en las cuales plasman su propia percepción respecto a su unidad productiva y su comunidad; así como, las funciones ambientales, sociales y económicas que cumple la agricultura en sus vidas.

A continuación presentamos 4 historias de vida que representan cada una de los sistemas de producción de Cuzalapa.

Don Domingo: Pequeño productor de maíz en coamil, café y arrayán

Domingo es originario de Cuzalapa, tiene un pedazo de tierra en una loma junto al arroyo San Miguel de aproximadamente 8 hectáreas, ahí tiene café en la cañada que corre a lo largo del arroyo, entre el café tiene muchos cayacos, los cuales se usaban para hacer los techos de las casas de palapa. En una orilla del mismo terreno tiene un huerto de plátano, otro pedazo está sembrado con árboles de arrayán y lo demás lo tiene para sembrar maíz «*de aguas con barretón*». Por lo general, cada año siembra 1 hectárea o 2 hectáreas en lugares distinto. «*Hay que dejar la tierra para que críe abono, y no esté lavada de a tiro*». Aunque no tiene terreno de riego, acostumbra sembrar maíz a medias en las secas en terrenos con riego. En su milpa, Domingo utiliza fertilizante y herbicida; ya que así, se le facilita el trabajo, de esta forma él sólo puede sembrar 2 o 3 ha sin necesidad de emplear mozos, en un día hace lo que haría con 3 o 4 mozos sin el herbicida y el fertilizante

lo usa porque si no la tierra ya no le da. Las variedades que utiliza son el «*tampiqueño tardeón, güino rosquero, argentino y el ancho*».

La siembra es lo que ocupa la mayor parte de su tiempo, el no conoce otros oficios como el de albañil o panadero, pero aunque los supiera el considera que el maíz es lo primero, «*si no tiene el maíz es de lo más triste que no tenga qué darles de comer a sus hijos, si tiene el maíz, está uno contento, feliz, no tiene esa preocupación para con sus hijos, teniendo maíz se acuesta a dormir tranquilo, el maíz da tranquilidad al cuerpo, ... es una preocupación que no coma su familia o sus animales, un animal es como un hijo, usted es el responsable que lo va a mantener. Si tiene maíz y leña en su casa no tiene preocupación*».

Cuando Domingo empezó a trabajar su propia parcela, además del maíz, sembró los cayacos y el café y luego siguió con el arrayán; así que, cuando se casó, ya tenía una parcela que empezaba a dar fruto. Al sembrar su café respetó muchos de los árboles que habían, además reforestó con otros: «*yo tengo cedro plantado, tengo mojote, ahí entre el café, el juaniquil ya estaba, no lo trozo porque es una fruta que, tanto el ganado como la gente, se lo come y sirven para dar sombra. Los he dejado porque le están sirviendo al café. Los he dejado porque pasa junto al arroyo, aquí cortito no le ve árboles todos le mocharon, pero yo vi hasta donde estaba el agua, en ese tiempo abastecía, ahora se seca cuando cortaron, pero yo deje los árboles...la gente me decía para que quieres ese palizal no te sirve, el café a veces no vale, pero yo sé que estoy cuidando el agua, para mucha gente o para cualquier cosa*».

Para Domingo la convivencia es una parte muy importante y necesaria para tener una buena vida: «*se ocupa para vivir bien poner cuidado en las cosas, convivir con el vecino, el hijo, con la familia, estar cerca de su familia, no estar peleando, pelear no es muy bueno, con la familia es peor, enseñarle a sus hijos que no le hagan un mal una gente, servir de algo a su comunidad*».

Oscar: Joven ganadero

Oscar nació hace menos de 30 años en Las Gardenias y a los 21 se casó con una mujer de Cuzalapa con la que tiene 2 hijos pequeños. En esta misma localidad, viven tres de sus hermanos junto con los que trabaja las tierras y tiene ganado. Entre los tres tienen 70 hectáreas de riego además de potreros para pastar el ganado. También cuentan con corrales donde ordeñan y les dan manejo a sus animales. La leche que ordeñan se la dan a las mujeres para

que ellas elaboren quesos, jocoque y requesón. Su madre fue la que enseñó a su esposa y cuñadas a elaborar estos productos.

Ellos ya no siembran de aguas porque consideran que es más riesgoso, si llega un viento muy fuerte pueden perder muchas plantas y; por lo tanto, su cosecha no sería la esperada. Ahora sólo siembran de riego en las secas, además de las tierras que tienen, rentan más.

Además de sus tierras ellos cuentan con maquinaria agrícola como tractor, implementos, molino entre otros, lo que les facilita el trabajo y con lo que pueden producir más. El encargado de manejar el tractor es Oscar, recientemente les apoyaron con una sembradora de un programa de gobierno; por lo que, piensan estrenarla a mediados de septiembre.

La mayor parte de lo que ellos siembran es para alimentar el ganado, pero también producen maíz para su propio consumo. Ellos seleccionan las mazorcas más bonitas para su consumo y la que sale chiquita o medio podrida la muelen junto con la pastura para revolverle con el alimento del ganado.

Todos los hermanos de Oscar han trabajado en Estados Unidos, su hermana vive allá desde hace muchos años, sus hermanos ya se regresaron. Cuando estaban allá le enviaban dinero para invertirlo en terrenos o vacas y Oscar se encargaba de trabajarlo, por eso él nunca se ha ido al «norte».

La vida de Oscar siempre ha sido el trabajo del campo, desde niño su papá lo enseñó a trabajar, a los 7 años ya ordeñaba, por eso a veces llegaba tarde a la escuela, el maestro no le decía nada porque ya sabía que estaba trabajando. *«Dese niño me gustaba el ganado y la agricultura. Sembrar maíz como antes con yuntas, la escardada, dar tierra, la paleta y abonar, con guadaña, no se rociaba, sembrábamos en coamil y en yunta».*

Su familia siempre se ha dedicado al ganado, por eso ya están encariñados con él y no han querido probar con otra cosa, como la caña. Él sabe que últimamente varios han sembrado caña y aunque tienen buenos terrenos para eso, no han querido «entrarle». Consideran que no podrían dedicarse a las dos cosas y tendrían que vender su ganado, le tienen más fe al ganado ya que saben que con la caña no siempre les va bien, los precios pueden variar mucho y lo que tiene el ganado es que es raro cuando vale mucho, pero no deja de valer. Venden sementales o vaquillas y becerros de 300 kg y lo menos que les llegan a pagar son 18 pesos, a veces hasta 22 pesos. Ellos se han esforzado por hacer buenas cruza ya que saben que el cebú vale menos y no lo compran tan fácil, Oscar considera que el manejo que ellos le dan a su

ganado le garantiza a sus compradores que sus animales son buenos para la engorda porque están acostumbrados a comer pastura que les dan cuando ordeñan; en cambio, los animales que sólo están pastando se asustan con la gente y es más difícil manejarlos. Las vacas que no están paridas son las que tienen sueltas en los potreros y las que tienen becerros son las que mantienen en los corrales, cuando los becerros machos se destetan se los llevan a pastar para que engorden bien y se quedan con las hembras.

A los productos que elaboran las señoras con la leche ellos les buscan salida, ya tienen algunos «entregos» fijos, cada ocho días llevan para el rumbo de Ayotitlán, entre las 4 casas que hacen quesos sacan entre unos 700 a 800 por semana y de vez en cuando les encargan unos 100 o 200 litros de leche. El dinero que se obtiene de la venta de los quesos es para las mujeres.

Oscar no cambiaría su vida en el rancho por vivir en la ciudad, *«no cambiaría, he ido a Guadalajara, aquí no pagas renta, lo único que pagas es el agua y porque uno quiere, aquí cerquita hay agua bien limpia, además aquí tiene uno plátanos, es rancho pues y gracias a Dios que todo se da, se vive bien, se vive despejado, a gusto»*. Oscar considera que el campo siempre es una opción y una ventaja cuando se sabe trabajar; por eso, cree que es bueno prepararse, estudiar y si no se encuentra trabajo como profesionista o no le gusta siempre tiene la opción de regresar al campo a trabajar.

María: Pequeña productora de maíz de riego

María es una mujer campesina de 59 años de edad originaria de la comunidad de Cuzalapa, se casó muy joven con un hombre mucho mayor que ella con el cual tuvo 7 hijos: 3 mujeres y 4 hombres, uno de sus hijos varones murió a los 28 años. Ella trabaja la tierra de su papá junto con su único hermano, aunque él es el responsable, ella le ayuda a trabajar cuando se necesita. *«Trabajamos unidos, él trabaja y yo le llevo de almorzar, echa mozos y yo le llevo de almorzar o de comer y así cuidamos el riego»*.

Sólo cuentan con un riego de una 1 ha y media aproximadamente cerca de la Rosa a la orillas del río Cuzalapa, aproximadamente a media hora caminando desde su casa. Al tener la tierra en las orillas del arroyo, no siempre tienen la misma superficie disponible para la siembra, a veces más a veces menos, como ella dice *«no hay seguridad en la tierra a veces te da a veces te quita»*. Como ellos siembran con arado tienen sus «bestias», además de gallinas para tener blanquillos para su propio consumo.

A diario María se levanta muy temprano. «*Yo me levanto a las seis de la mañana porque yo torteo diario, aquí es rancho y no me gusta comprar tortillas*». Hace su nixtamal, lo lleva al molino y cuando regresa con su masa molida pone el comal para echar tortillas, para que coman los que se van a trabajar. Luego se pone a barrer, fregar, lavar, coser.... «*el quehacer de uno de mujer nunca se acaba, más le busca uno más le haya uno*», dice María. Por lo general, también va a darse su vuelta al potrero, les lleva de comer a los que están sembrando y les ayuda un ratito a machetear.

Su hermano siembra puro maíz de secas, antes también sembraban frijol pero desde hace algunos años empezó una plaga que no deja que dé el frijol. Ellos no siembran de temporal porque no tienen más; así que, año con año siembran donde mismo en noviembre o diciembre para que en marzo o abril ya estén cosechando. A veces no les alcanza el maíz para todo el año; por lo que, tienen que comprar en lo que vuelven a cosechar. Ellos siembran maíz ancho porque ese sale primero y una mazorquita o dos de maíz amarillo y negro para que haya elote, pero cocinar usan el maíz blanco.

El elote negro también lo utiliza para preparar atole agrio, el cual lo preparaban los abuelos porque se considera medicinal dicen que limpia el estómago. Es una bebida especial que no se puede hacer todo el año, sólo cuando hay elotes, muchas veces lo acompañan con calabaza de castilla cocida con piloncillo. Con el elote blanco hacen tamales de elote y se acompañan con leche o atole blanco. Otros platillos tradicionales con maíz son las torecas que son una especie de tamal en hoja de maíz elaborado con carbonato y azúcar, también están los sopitos de elote y los colados. Los tamales colados se acostumbran poner como ofrenda junto con un jarrón de leche el día de los difuntos; así como, los tronchados que se elaboran con masa y sal y se envuelve en una hoja larga de plátano amarrada con izote en forma de bolitas. Al ser estas las comidas que acostumbraban los abuelos, se ofrendan el día de muerto junto con arreglos de flores de cempaxúchitl, que juntan del campo o le compran a las personas que siembran.

El maíz es la base de alimentación y es una gran ventaja no tener que comprarlo sobre todo porque no hay trabajo en la comunidad. Con el maíz se pueden elaborar platillos para todos los gustos y ocasiones; por ejemplo, se pueden hacer sopitos con azúcar, con un café por las mañanas no hace falta el pan ni las galletas. O existen otros sopitos salados que llevan frijoles en medio los cuales se pueden llevar y mientras caminan irlo comiendo. Además

se pueden aprovechar otros alimentos que se dan en la comunidad como el plátano y el coquixtle con los que se pueden hacer sopitos, dicen que en el tiempo de la Revolución Cristera, la gente tuvo que aprender nuevas formas de preparar alimentos cuando escaseaba el maíz o que los revolucionarios les quemaban el maíz y uno de ellos fue el sopito de platanillo y otro alimento fue el mojote. Del cerro aprovechan otros alimentos como la Lechuguilla, los jotes asados, los quelites, la verdolaga, los jocomecates, la vaca gorda, el congo blanco, el congo de ocote y el colorado. En las secas se pueden sacar chacales, se dan los guajes, hay nopales, mangos, capulines, guamúchiles, anonas, arrayanes y tomatillo de milpa... *«aquí el rancho se ve que esta pobre pero hay mucho de comer... aunque uno tenga dinero... te vas al monte y juntas una yerbita de uno de otro... y de ahí come uno.»*

María sabe que Cuзалapa es un lugar privilegiado porque tienen buenas tierras y no es muy frío por eso se dan muchas frutas y así no tienen que comprarlas. Además ella sabe aprovechar las plantas medicinales del campo, conoce muchos remedios naturales para curar varias enfermedades, como temperatura, tos, enfermedades del estómago y del riñón. Otra ventaja que le ve María al lugar donde vive, es que hay agua todo el tiempo; así que, pueden irse a bañar al arroyo y aprovechar para lavar.

A pesar que la vida de María ha sido difícil ella vive a gusto en su rancho, está orgullosa de él porque sabe que no todos los lugares tienen lo que el suyo: *«aquí es muy bonito, hay mucho árbol, respira uno bonito y también el tiempo, aquí esta el clima bien, si hace calor el agua está helada y el agua no se acaba, en mayo no se acaba, el arroyo principal siempre corre, el agua bien limpia, no hay rancho igual, si quiere uno va a juntar leña y se divierte, distrayéndose en los potreros, arriba al tanque del agua te llevas tus tortillas, tu comida y allá en las secas la gente hace lumbre y come sus carnes asadas, pega el aire bien y está bonito».*

Campeño y pequeño ganadero de Cuзалapa: Don Andrés

Don Andrés nació en Cuзалapa hace ya más de 80 años. Se casó con una mujer de ahí cuando ya tenía más de 50 años con la cual tuvo dos hijas. Cuenta con 23 ha de tierra «cerril» la cual tiene empastada para sus 17 cabezas de ganado. Además tiene una hectárea de riego, un cafetal de 500 plantas y un pedazo está sembrado con Aguacate «chino», el cual ya empieza a dar.

El trabajo del campo le gusta mucho a Andrés, todos los días se levanta a las siete de la mañana para salir al potrero, no tiene hijos varones así que contrata mozos para que le ayuden a machetear, sembrar, moler, cosechar y lo que se necesite. El maíz lo cultiva para consumo de la casa y para los animales. El café que cosecha lo entrega en cereza en la misma comunidad y vende becerros de 300 kilos a los compradores que llegan de fuera, o a gente de ahí mismo que saca ganado. Utiliza fertilizantes y renta tractor para que le aren la tierra de su riego, no recibe PROCAMPO; así que, los todos los gastos corren por su cuenta. Como también es ganadero, le dan el «procampo ganadero⁴» para que tenga limpias praderas y cuide los árboles. *«Uno se lo gasta uno en lo que le conviene uno, tengo limpias mis parcelas, hay árboles de roble esos los dejamos y eso guarda agua en el cerro, de la madera muerta sacamos los postes para los lienzos, vivos no, sólo que haiga una necesidad se le pide permiso al comisariado, los árboles que dan al arroyo, tampoco los cortamos para que no se seque el agua... un potrero sin agua no vale, de donde va a mantener sus animales de ahí».*

Al ser ya un hombre de la tercera edad recibe apoyo de OPORTUNIDADES, el 70 y más⁵; así que, aunque no es mucho, es otra fuente de ingreso para él y su familia. Tiene 15 años que regresó de Estados Unidos, donde estuvo viviendo 20 años, él se fue cuando tenía 50 años en la década de los 80's buscando nuevas oportunidades para salir adelante, *«...a buscarle aquí estaba uno muy apenas, regresé compré ganado, terreno e hice mi casa, tengo porque compré, soy comunero pero tenía poquito unas cinco hectáreas antes de irme».*

Allá trabajó en diferentes cosas desde cosechar Manzanas en Washington hasta construcción y jardinería. Don Andrés recibe pensión por haber trabajado 11 años en una fábrica como encargado de mantenimiento. Así como él, muchos se fueron para poder comprar ganado y hacer su casa, *«antes las casas eran de zacate o palapa, nadie tenía su casa de material y ahorita ya..... ya cambia, ya la vida es otra».*

⁴ Se refiere al Programa de Producción Pecuaria Sustentable y Ordenamiento Ganadero y Apícola (PROGAN) que otorga transferencias directas a productores de ganado.

⁵ Se refiere a un programa de la Secretaría de Desarrollo Social que otorga un apoyo bimestral a personas mayores de 70 años con el objetivo de contribuir a la protección social e incrementar el ingreso de los adultos mayores de 70 años y más, así como aminorar el deterioro de su salud física y mental.

A Don Andrés sus abuelos le enseñaron a trabajar la tierra desde que era niño; por lo que, a los 15 años ya era un hombre que podía valerse por sí mismo «*de 15 años para acá es que uno ya está para trabajar, machetear, mandar bueyes, sembrar maíz y frijol*». Cuando empezó a sembrar se trabajaba de sol a sol, sin maquinaria ni químicos. «No había nada, macheteaba uno su milpita, arando con bueyes, haciendo su trabajo humildemente, pobrememente, ahorita ya no.... puro tractor, ya es más fácil, ahora ya viene a comer uno a la casa antes se la pasaba en el potrero, allá le llevaban el lonche.» Aproximadamente son 40 años que las cosas empezaron a cambiar.

Don Andrés ahora vive a gusto, tiene su familia, su casa, buena salud y trabajo, trabajando en lo suyo, así nadie lo manda y hace las cosas como él quiere y cuando quiere. Aunque ya no está muy joven seguirá sembrando hasta que ya no pueda, así pueden tener maíz para el consumo y no estar comprando; además, si la cosecha es buena y les sobra, puede vender y ganar un dinerito extra. «*Ahí estoy pasándola, vivo a gusto, aquí estoy acostumbrando, tengo mis terrenos, sé cómo me mantengo, aquí tengo mis raicitas, ya no voy al otro lado donde estaba, aquí no causo lástima y allá si... ¿a qué voy?*»

Otra de las razones por las que aprecia el lugar donde vive es porque lo considera un rancho con mucha fruta y agua con lugares para sembrar, «*Aquí hay mucha fruta que comer, y en otro lado no hay ni regadíos, aquí siembran en las secas y en las aguas, aquí no se muere de hambre uno, hay... si no es que será muy tímido o no le gusta trabajar....en otro lado no he visto otro ranchito como este, Chacala, Sehuaya puros resecales, aquí no, hay aguas hasta en las secas, allá sólo en las aguas....y hay donde sembrar, siempre hay trabajo, hay vida*».

Para Ayotitlán, presentamos tres historias de vida que representan cada una de las unidades de producción identificadas:

Bernardino: Pequeño productor de maíz, café y frutales

Bernardino es originario de Ayotitlán, fue presidente del consejo de mayores. Su padre era de ahí y su madre de Cuzalapa, su abuelo de Tenamaxtla. Se casó joven y tuvo tres hijos, pero su señora falleció; por lo que, ahora tiene otra mujer que le hace compañía, actualmente tiene ya casi los 60 años de edad y ya es abuelo.

La casa de Bernardino se encuentra sobre una calle angosta que corre paralela al camino principal atravesando todo el pueblo, su casa es de material

con techos de lámina, frente a su casa cuenta con 2 hectáreas de tierra donde tiene una huerta de plátanos, unas palmas de las que dan el coquito de aceite, árboles de mango y café. Además, como a medio kilómetro de su casa, se encuentra su tierra para sembrar maíz de desmonte. Sólo tiene gallinas, los chivos y los puercos no le gustan porque son muy «dañeros».

Bernardino se ha dedicado siempre al campo, siembra generalmente una hectárea de maíz criollo: güino, un maíz pequeño que siempre se ha sembrado ahí. Además de ejotes y calabaza. Cada año Bernardino guarda semilla para volver a sembrarla en junio o julio, tiene maíz de diferentes colores: negro, rojo, blanco y amarillo. En el mes de octubre ya hay elotes, con los que su esposa hace tamales, pozole de elote con ejote o cema⁶ y atole agrio. Lo que más le gusta a Bernardino es el pozole de elote que hacen con los primeros elotes. El maíz lo cosecha ya en noviembre o diciembre y lo guarda en uno o dos tambos para que no se le pique, no todos los años les alcanza el maíz para alimentarse y a veces tienen que comprar, aunque el que venden en la «Conasupo» no les gusta porque es gordo y les cuesta más comerlo.

De su huerta y cafetal cosecha café para vender, plátanos y mangos, de los cuales, una parte vende y; otra es, y ha sido siempre, para el consumo de la familia. Tiene árboles de mango manila que trajo de Cihuatlán hace ya algunos años, se llevó el hueso, «*sembré el hueso y de ahí fueron naciendo los árboles, también tengo mango del corriente.*», además tiene cocos de los chiquitos (coyules). La principal razón por la que sembró huerto fue por sus hijos, para que tuvieran siempre algo que comer y no estuvieran pidiendo por ahí, por eso para Bernardino la siembra es la «vida».

Cuando Bernardino era niño recuerda que en Ayotitlán había mucha fruta: naranjas, canicuil, guayaba, mamey, pero ahora ya casi no hay árboles frutales, desde que entraron los líquidos en la década de los 70's empezaron a secarse y ya no nacieron nuevos.

«*El maíz es oro molido, la base de nuestros alimentos*», por eso lo cuida ya que es lo que los representa y no quiere que llegue el maíz transgénico porque ha escuchado que puede contaminar el maíz criollo y ya no va a ser igual, por eso desconfía del maíz que el gobierno regala. «*Teniendo uno maíz está uno tranquilo y con su mujer pasa las horas contento*; en cambio, para Bernardino depender de la Minsa es casi imposible porque si no hay dinero

⁶ Hongo silvestre.

no comen, por lo que no se imagina sin sembrar maíz, «*ya está impuesto uno a sembrar su maíz*».

La herencia más importante que tiene es «el trabajar», por eso enseñó a sus hijos a trabajar y ya les dio un pedazo de tierra para que de ahí se ayuden y espera que les enseñen lo mismo a sus nietos.

María: Pequeña productora de maíz, café y aguacate hass

María es originaria de la localidad de Telcruz, sus padres también lo son, se casó a los 22 años y tuvo con su esposo 8 hijos. El más grande tiene 28 años y el más pequeño 12, todos sus hijos estudiaron hasta la secundaria, el menor actualmente está cursando. Su esposo es albañil y casi todo el tiempo está fuera trabajando, por lo que ella se hace cargo de las parcelas de aguacate y café junto con sus hijos. Desde hace 40 años vive en el Barrio de la Tuna en Telcruz, su casa en un inicio era de barro y con piso de tierra, ahora es de material con techo de lámina, algunos cuartos con techo de concreto y su piso firme. Ella tiene su cocina tradicional donde tiene su fogón pero además tiene estufa de gas que usa cuando necesita calentar algo rápido, pero para tortear, cocer el nixtamal y hacer los frijoles sigue utilizando su fogón.

María tiene junto con su esposo dos hectáreas de aguacate, dos de coamil y cinco de cafetal que le heredó su papá, ellos no tienen ganado, sólo unas «gallinitas» y en el solar de su casa a ella le gusta sembrar hortaliza, ejote de vara y algunas plantas de maíz para tener elotes.

Todos los días María se levanta a las seis de la mañana, prepara el desayuno y la masa y para las nueve ya terminó de tortear, deja tortillas hechas para el medio día y para la tarde, «*Dejo todo listo, porque aunque soy mujer me gusta salir en el campo*», al medio día regresa a su casa a preparar de comer. Una de sus hijas le ayuda en las tareas del hogar, sus dos hijos mayores son los que trabajan las parcelas, no se han casado y viven con ella, «*ellos casi no salen a trabajar fuera porque tienen mucho trabajo cuando no es la milpa, es el café o el aguacate*», dice María.

Ellos todo el año están ocupados en labores agrícolas, la cosecha del aguacate es en agosto y en noviembre, no todo el fruto sale al mismo tiempo, compradores de Ciudad Guzmán van con sus propios cortadores y se lo llevan, les pagan alrededor de 19 pesos el kilo, desde hace tres años que venden aguacate, y les ha ido bien. Se iniciaron en ese cultivo por un proyecto que

les ofrecieron de la minera Peña Colorada y, junto con otros campesinos de Telcruz, formaron una sociedad de aguacateros.

El café lo cosechan de enero a febrero y, antes del temporal, se realizan las podas, venden el café en cereza a unos compradores de Colima provenientes del área de Comala. En el cafetal predominan árboles como el «cuerillo», «la madera», «el marara» por ser buenos para dar sombra, todos los años María guarda café para el consumo de la casa, lo muele y le pone canela, y la canela le da un sabor más agradable, ella está acostumbrada al sabor original del café y no le gusta el nescafé, todos los días toma café, *«ya no se contenta uno con otra bebida»*, aclara María.

La familia de María empieza a trabajar en marzo en el coamil, es cuando se hacen las quemas; en junio, con el inicio del temporal, siembran; ya que, está bien húmeda la tierra. Los meses siguientes se trabaja de lleno en la milpa rociando, fertilizando y macheteando. En el mes de septiembre empieza a haber elotes y para noviembre o diciembre se pizca, el maíz se desgrana y lo guardan en tambos en un lugar de la casa, junto con el maíz también siembran frijol, el cual una vez cosechado, se pone a secar y, ya seco, lo guarda en costales. El maíz y frijol que cosechan es sólo para su consumo, a veces cuando hay mal temporal, sólo les alcanza para pasar las secas y tienen que comprar este alimento. Las variedades de maíz que cultivan son el güino, ancho y amarillo porque le gusta tener pollitos y los crían con maíz amarillo, el frijol es el bayo ya que es la variedad que mejor se da en el lugar.

A María desde niña le gustó trabajar en el campo, desde los ocho años su papá la llevaba a trabajar con él, ella le ayudó a sembrar el cafetal que le heredó, de su mamá aprendió a trabajar en la cocina, cómo hacer el nixtamal, moler en el metate y tortear, ella ahora ya no usa el metate porque es mucho trabajo y ya se tiene la facilidad de llevarlo al molino, así tiene más tiempo para hacer otras cosas.

La siembra de maíz era diferente cuando era niña, a su papá le gustaba sembrar yunta, pero ahora ya no siembran así, ahora sólo es de desmonte. La tradición de cultivar la tierra de ese modo ya se acabó, ya no hay bueyes, desde que su papá empezó a enfermarse dejó de tener bueyes y la yunta, en aquel entonces, siempre sembraban frijol, calabaza y pepino, así tenían para comer en este tiempo. Antes no había fertilizantes y el hombre trabajaba mucho, vivía para trabajar y no siempre se obtenía suficiente maíz, no se utilizaban herbicidas y tampoco fertilizantes químicos, no había, cuando los

empezaron a utilizar se redujo el trabajo y la milpa dio más; sin embargo, siempre hay que estar abonando porque si no ya no da. Ahora, cuando van a trabajar sólo es medio día y regresan a su casa a comer a diferencia de los abuelos que se iban con su lonche y comían en la parcela para regresar hasta que oscurecía, las mujeres también tenían más trabajo, además de la cocina tenían que acompañar a veces a trabajar en la parcela.

Para María el maíz es el bienestar de la familia: «si no tenemos maíz no comemos, sea para nosotros o para crían los animales»... «*Para comer no me satisface otra cosa que no sea maíz, necesitamos comer tortilla, si no nos llenamos. La tortilla de máquina no es lo mismo, de harina de maseca⁷, no tiene el sabor a nuestra tortilla de maíz original*». Otro aspecto muy importante en la vida de María, es participar en las actividades religiosas y fiestas, todos los domingos va a misa para dar gracias por el temporal, por una buena cosecha o simplemente por la salud de su familia, le gustaría que sus hijos vivieran con bienestar, por eso les recomienda que trabajen, que siembren árboles de aguacate para que se ayuden, «...y así siempre van a tener algo aunque no sea diario», dice María.

María considera que Telcruz está mucho mejor ahora que antes porque ya encuentra todo en las tiendas de ahí, ya no necesita salir a Minatitlán o a Cuautitlán y esta mejoría ha sido gracias al trabajo, aprovechando lo que se tiene a la mano, como por ejemplo «*en temporada de aguas se puede sembrar cerca de la casa calabaza, milpa, ejote y aprovechar la tierrita que uno tiene ahí*».

Gabriela: Mujer campesina con pequeña unidad de agricultura de temporal y ganado

Gabriela nació en el Rincón hace un poco menos de 60 años, a los 10 años se la llevaron a vivir a Quiroma y desde entonces vive ahí, se casó a los 22 años, su esposo es originario de Lagunillas de Arriba y con él tuvo cuatro hijos, tres varones y una muchacha. Su esposo fue un hombre muy trabajador pero ahora ya no puede porque sufrió una embolia; así que, ahora los dos están todo el tiempo en la casa y son los hijos los que trabajan sus tierras.

La casa de Gabriela es como la de la mayoría de las personas de Quiroma, sus muros son de material, el techo de lámina y su cocina es de tablas de

⁷ Marca de harina de maíz nixtamalizada que se vende para elaborar tortillas.

madera y techo de lámina, afuera de la cocina tiene un tejaban con su fogón ahorrador, tienen coamil y cafetales, además de terreno donde pastar vacas. Tienen 18 vacas, algunas en el potrero otras en el solar de la casa, también tiene gallinas y un pedacito cercado con malla gallinera donde siembra tomate, milpa, ejote de vara y otras hortalizas según la temporada, además tiene muchas plantas de ornato que adornan su solar.

Gabriela se levanta todos los días temprano a moler y tortear, después se dedica a las tareas del hogar, a darle una vuelta a sus vacas y cuidar sus plantas, ella siembra su hortaliza en su casa, siempre lo ha hecho, en las secas así tiene su «jitomatito». También sigue trabajando sus cafetales, sus hijos y algunos mozos cortan el café maduro y ella lo seca en su casa, a donde llegan a comprarlo, sus hijos trabajan en el coamil y de ahí le dan maíz, ella siempre se ha quedado en casa a trabajar en las tareas del hogar.

Ella recuerda que su papá todo sembraba: jitomate, tomate, zanahoria, repollo, ejote y que se daba muy bien en una parcela que tenían cerca de su casa, también tenían ganado y no compraban casi nada, en cambio ahora, Gabriela nos dice, que es «puro comprar». Perdió a su mamá cuando era muy niña, por eso su abuelita la crió, ella le enseñó a moler, tortear, hacer de comer y además a ordeñar y hacer quesos, eran unos quesos muy buenos, saladitos y molidos en metate, ahora ya casi nadie hace queso, más bien les llevan en el queso de fuera. Cuando su esposo era joven mucho tiempo criaron pollos y gallinas que llevaban a vender hasta Cihuatlán, no había transporte por lo que se iba caminando y con burro llevaba cargando los pollos y huevos, también llevaba quesos al aserradero, se la pasaba mucho tiempo fuera y ella se quedaba en su casa cuidando a los hijos. Recuerda cómo antes casi no se vendía nada por ahí, por eso no compraban muchas cosas, «*no andaba tomando refresco, ni una pieza de pan*». Existían algunas personas que salían, se iban en bestia y regresaban con cosas, tiene muy presente a una señora de Quiroma que traía ollas y pan.

Ella considera que gracias al maíz uno está vivo, es la base de la alimentación, comprar la maseca no es igual, está cara y no sabe igual que el maíz. Gabriela piensa que con el maíz se puede sacar provecho, hacer cosas y obtener su dinerito; por ejemplo, haciendo tamales, hubo un tiempo que hicieron tamales para vender entre ella y su nuera y les fue bien, aunque no pudo seguir porque le empezaron a doler sus manos y ya no podía batir la masa. Además se pueden hacer muchas otras comidas como el pozole, con el

maíz se le da de comer a las gallinas y; así, obtienen huevo y carne, «*Comer unos quelites con huevito de aquí, aquí sabemos que le damos a las gallinas su maicito, en cambio lo de fuera quien sabe qué le dan*».

Multifuncionalidad en Cuzalapa y Ayotitlán

Para la caracterización de la multifuncionalidad se tomó en cuenta el marco de análisis de sustentabilidad de sistemas agrarios SAFE (Sauvenier *et al.*, 2005), el cual se basa en los tres pilares de la sustentabilidad propuestos por Munasinghe (1992) que son el ambiental (uso responsable de la biodiversidad), el económico (eficiencia económica) y el social (cohesión y progreso social compartido). A través de los relatos de los hombres y mujeres que nos compartieron su historia de vida logramos identificar algunas funciones que consideramos contribuyen a la sustentabilidad.

A continuación presentamos un resumen de la multifuncionalidad de cada Comunidad, en la última columna se contabilizó el número de veces que logramos identificar cada una de las funciones tanto para Ayotitlán como para Cuzalapa.

En Cuzalapa al igual que en Ayotitlán la unidad de producción ofrece a las familias la autogestión laboral, el desarrollo de capacidades, la conservación de la sabiduría, el apego hacia la tierra y la identidad cultural, lo cual contribuye al bienestar físico y psicológico de la unidad familiar y a mantener la identidad cultural.

En la dimensión ambiental, la agricultura practicada por la mayoría de las unidades de producción contribuye a la conservación de la biodiversidad al mantener sus semillas criollas y el paisaje, además de promover la autosuficiencia ecológica al ser autosuficientes en semillas criollas de maíz, en energía doméstica, y al utilizar como principal combustible leña muerta; y en energía para laborar, en su mayoría fuerza humana y algunos casos la animal.

En lo económico, a pesar de que sus unidades no pueden considerarse rentables en términos monetarios, sí les generan un ahorro al no tener que desembolsar dinero para la compra de alimentos básicos como el maíz. Así mismo, el tener estrategias de diversificación como el cultivo de café, aguacate y ganado en algunos casos les permite tener fuentes de ingreso alternas que amortiguan los riesgos.

D	Función	Indicador o Criterio	Cuzalapa				Ayotitlán			N=7
			Domingo	Oscar	María	Andrés	Gabriela	María	Bernardino	
Ambiental	Conservación de la biodiversidad	Diversificación productiva	X		X	X	X	X	X	6
		Preservación de Semillas criollas	X		X	X	X	X	X	6
		Conservación del paisaje	X				X	X	X	4
	Autosuficiencia ecológica	Autosuficiencia en semillas criollas	X		X	X	X	X	X	6
		Autosuficiencia en energía doméstica	X		X		X	X	X	5
		Autosuficiencia en energía para laborar	X		X		X	X	X	5
Social	Mantenimiento prácticas que conserven el suelo y el agua	Captación de Agua	X					X	X	3
		Conservación de fertilidad del suelo	X					X	X	3
	Fortalecimiento de la seguridad alimentaria	Autoabasto de maíz	X		X	X	X	X	X	6
		Producción de alimentos básicos para autoconsumo	X		X	X	X	X	X	6
		Autogestión laboral	X	X	X	X	X	X	X	7
	Bienestar físico y psicológico de la unidad familiar	Desarrollo de capacidades	X	X	X	X	X	X	X	7
		Equidad de Género			X					1
		Continuidad intergeneracional de la actividad	X	X			X	X	X	5
	Mantener la identidad cultural	Conservación de la sabiduría	X	X	X	X	X	X	X	7
Apego hacia la tierra		X	X	X	X	X	X	X	7	
Identidad cultural		X	X	X	X	X	X	X	7	

D	Función	Indicador o Criterio	Cuzalapa				Ayotitlán			N=7
			Domingo	Oscar	María	Andrés	Gabriela	María	Bernardino	
Económico	Mantener o mejorar la viabilidad económica de la unidad	Ahorro	X	X	X	X	X	X	X	7
		Productividad		X		X		X		3
		Participación en el mercado local o regional	X	X		X	X	X	X	6
	Fortalecer la economía contra los riesgos externos	Disposición a la experimentación.	X					X	X	3
		Autosuficiencia financiera para la producción		X						1
		Diversidad de fuentes de ingreso.	X			X	X	X	X	5
		Autosuficiencia tecnológica, en insumos y en equipo.	X		X		X		X	4
No. de funciones	24	21	10	15	14	18	21	21	0	

Por otro lado, en Ayotitlán las mujeres cumplen tareas productivas y reproductivas; sin embargo, no se menciona que tengan una mayor participación en la toma de decisiones sobre la unidad familiar o en la comunidad. Tampoco se manifiesta un reconocimiento por las labores que las mujeres realizan en el hogar y su contribución a la funcionalidad de la unidad productiva.

Un acercamiento al vivir bien de Cuzalapa y Ayotitlán

Otro de los objetivos de nuestro trabajo fue explorar la perspectiva local del vivir bien a través de la valoración que se le da a los diferentes ámbitos en la vida cotidiana de las familias campesinas. Para esto, retomamos los ocho elementos considerados para la construcción del índice del vivir bien basados en una «situación de realización multidimensional», donde se toma en cuenta «la satisfacción individual, la satisfacción como miembros de una

comunidad, la relación armónica (hombre-cosmos; hombre-naturaleza) y principios comunes (como la equidad, justicia, complementariedad, independencia, dignidad, reciprocidad, cooperación, solidaridad, soberanía)» (Delgado, Rist y Escobar, 2011: 26).

En las historias de vida de Cuzalapa podemos apreciar elementos de satisfacción individual como tener una buena casa y salud, disfrutar el trabajo, producir y consumir su propio maíz. En la mayoría de los casos se manifiesta la importancia de estar bien con los demás y convivir en armonía con el vecino, de servir a su comunidad; así como de participar y convivir en las fiestas religiosas, lo cual contribuye a sentirse satisfecho como miembro de una colectividad. En varios de los casos presentados se manifiesta el gusto por disfrutar de la naturaleza y la preocupación por cuidarla, se valora el agua y todo lo que la naturaleza ofrece para dar vida a la comunidad, lo cual pudiera considerarse como una manifestación de la relación armónica hombre-naturaleza. La figura 4 representa un acercamiento inicial a las nociones locales del vivir bien de Cuzalapa.

En Ayotitlán los diferentes casos presentados reflejan elementos muy similares a los de Cuzalapa: la satisfacción de sembrar su propio maíz y preservar la semilla de los abuelos, el tener conocimiento para salir adelante, tener su casa y contar con una buena salud. Así mismo, se valora la cooperación con la comunidad, las tradiciones, la participación en las fiestas religiosas y, a diferencia de Cuzalapa, en varios casos se muestra la importancia que tenía seguir las reglas de la comunidad para tener orden y vivir en armonía respetándose uno al otro. Las nociones del vivir bien recuperadas de las historias de vida de Ayotitlán se presentan en la figura 5.

Este primer acercamiento al vivir bien de Cuzalapa y Ayotitlán muestra una relación con algunas de las funciones que cumple la unidad de producción familiar, principalmente en la dimensión social; como lo son la contribución a la seguridad alimentaria, el bienestar psicológico y físico de la familia, así como el mantenimiento de su identidad cultural. Es importante mencionar que esta propuesta del vivir bien, buen vivir o la buena vida, también es vista como una idea política que reconoce la enorme diversidad biocultural del planeta y la importancia de conservarla, planteando un nuevo referente al desarrollo y al modelo actual de crecimiento económico que puede guiarnos a transformaciones integrales y más profundas en todas las esferas de la vida.

Figura 4: Elementos del buen vivir en Cuzalapa



Fuente: Elaboración propia con base en <<http://www.planificacion.gov.bo/vpc/vivir%20bien%202009/1.pdf>>.

Figura 5: Elementos del buen vivir en Ayotitlán



Fuente: Elaboración propia con base en <<http://www.planificacion.gov.bo/vpc/vivir%20bien%202009/1.pdf>>.

A manera de conclusión

Las formas de hacer agricultura están ligadas al territorio, por lo que en distintos contextos y diversas regiones las funciones de la agricultura pueden brindar diferentes beneficios y servicios a la sociedad. En este trabajo se presentaron las funciones y beneficios que en esta región tiene la agricultura practicada y que probablemente comparte muchas similitudes con otras regiones del país donde el maíz también es visto como un sistema generador de bienes múltiples. También buscamos presentar desde la perspectiva local las funciones que están contribuyendo al vivir bien de sus habitantes. Sin embargo, pudimos notar que existen funciones que se han dejado de cumplir y que es necesario buscar nuevas estrategias para fomentarlas, entre las cuales se encuentran principalmente la autosuficiencia financiera para la producción; la integración en los espacios de intercambio comercial y de productos a nivel local y regional, a modo de estrategia de diversificación del ingreso familiar; así como la continuidad intergeneracional de la actividad, lo cual de no lograrse puede poner en riesgo la viabilidad económica de las pequeñas unidades campesinas y hacerla cada vez vulnerable ante los riesgos externos.

Distinguir funciones enriquece la apreciación de las contribuciones de la agricultura campesina tradicional a la sustentabilidad, las cuales no pueden ser del todo valoradas si sólo se toma en cuenta el ámbito económico de las actividades agropecuarias y se la ve como actividad primaria; cuya única función es la provisión de alimentos, fibras y materias primas. A través de los estudios de caso se muestra la vida cotidiana de diferentes familias de las dos comunidades indígenas, así como la diversidad que puede existir en el campo mexicano, incluso tomando de referencia dos comunidades agrarias vecinas que comparten un mismo origen, lo que nos comprueba la necesidad de desligarnos del concepto de *desarrollo* y tomar en cuenta y escuchar las propuestas de las familias campesinas respecto a su propia noción del vivir bien, no suponer lo que ellos quieren desde un punto de vista occidental. Es necesario voltear a ver el desarrollo desligado del crecimiento económico y dar mayor importancia a la calidad de vida.

Bibliografía

- Ayala Ortiz, D. y R. García Barrios (2009). «Contribuciones metodológicas para valorar la multifuncionalidad de la agricultura campesina en la meseta purépecha». *Economía, sociedad y territorio*, 759-801.
- Concheiro, L., K. Ochoa, S. Grajales y A. Anagua (2006). «Los azarosos caminos». En M. Hernández González e I. Meza Huacuja, *Nueva Ruralidad. Enfoques y propuestas para América Latina* (pp. 17-27). México: Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable y la Soberanía Alimentaria.
- Elías, B. (17 de agosto de 2010). *Apuntes para una economía plural*. Recuperado el 15 de octubre de 2011 de, del sitio web del Centro de Investigación y Promoción del Campecinado: <http://www.cipca.org.bo/index.php?option=com_content&view=article&id=131:claudia-vedia&catid=46:2010&Itemid=113>.
- Esteva, G. (1996). «Desarrollo». En W. Sachs, *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder* (pp. 52-74). Perú: Pratec.
- Farah, I y L. Vasapollo, *Vivir bien: ¿Paradigma no capitalista?*. La Paz: Plural.
- FAO. (1999). *Documento expositivo. El carácter multifuncional de la agricultura y la tierra*. Documento presentado en la Conferencia FAO, Departamento de Desarrollo Sostenible / FAO. Maastrich, Países Bajos.
- Gerritsen, P. (2010). «Globalización, desarrollo agropecuario y sustentabilidad rural». En P. Gerritsen, *Perspectivas campesinas en el manejo de los recursos naturales* (pp. 226-259). Atlán de Navarro: Centro Universitario de la Costa Sur-Universidad de Guadalajara.
- Huanacuni Mamani, F. (2010). «El vivir bien en diferentes áreas». En F. Huanacuni Maman, *Buen vivir/vivir bien. Filosofía, políticas, estrategias y experiencias regionales andinas*. Lima: Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas (CAOI).
- Instituto Manantlán de Ecología y Conservación de la Biodiversidad (2000). *Programa de Desarrollo Regional Sustentable, Región de la Sierra de Manantlán, Estados de Jalisco y Colima*. Atlán de Navarro: Universidad de Guadalajara / Secretaría de Medio Ambiente, Recursos Naturales y Pesca.
- OECD. (2001). *Multifunctionality. Towards an Analytical Framework*. París: OECD Publications Service.

- Rodríguez Borray, G. (2005, octubre). *La multifuncionalidad. Aplicación del concepto a los sistemas agroalimentarios localizados de países en desarrollo*. Documento presentado en el IV Congreso Internacional de la Red SIAL, Mar de Plata, Argentina.
- Sauvenier, X., J. Valckx, N. van Cauwenbergh, E. Wauters, H. Bachey, K. Biala *et al.* (2005). *Framework for assesing sustainability levels in Belgian agricultural systems. The SAFE concept*. Bruselas: Belgian Science Policy Office.
- Toledo, V. (1992). «La racionalidad ecológica de la producción campesina. Agroecología y desarrollo». *Clades*, 5 (6) (número especial), disponible en: <<http://www.clades.cl/revistas/5/rev5art3.htm>>.
- Toledo, V., P. Alarcón Chaires, y L. Barón (2002). *La modernización rural de México. Un análisis socioecológico*. México: Instituto Nacional de Ecología (INE) / Semarnat.
- World Comision on Environment and Development. (1987). *Our Comon Future. Brundtland Report*. Organización de las Naciones Unidas.

Los pasos hacia la agroecología desde la perspectiva campesina: el caso de la Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias, Jalisco, occidente de México

María de Jesús Bernardo Hernández

Introducción

La presente investigación surge a partir del trabajo realizado desde una red ciudadana regional, integrada con una base de grupos de familias campesinas y asesores en la búsqueda de propuestas de desarrollo endógeno sustentable. La Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias (RASA) tiene el objetivo de conocer y entender mediante algunos estudios de caso cómo las familias campesinas han dado el giro a su vida desde la aún prevaleciente agricultura química al paso de buscar por necesidad y convicción una nueva agricultura que trata de retomar todavía elementos de la agricultura de antaño de los abuelos, así como otras técnicas innovadoras en la perspectiva sustentable, llamada agroecología. Por otro lado, busca dar a conocer cómo han sido estos procesos en los sistemas productivos y sus resultados esenciales. Si bien las familias con este tipo de agricultura representan a la minoría del país, sí es muy importante la relevancia de estas experiencias verídicas para sentar las futuras bases de nuevas formas de agricultura en el país, ya que demuestran que son posibles otras maneras de producción de alimentos que no dañen la salud de las personas y el ambiente, y que asimismo ayuden a retomar los valores de respeto a la madre tierra y revaloración de la identidad campesina e indígena, y el conocimiento local campesino.

Ámbito de estudio

La Red de Alternativas Sustentables y Agropecuarias de Jalisco (RASA) es una iniciativa de la sociedad civil que tiene como misión «generar, fomentar y articular formas de producción agroecológica, familiares y comunitarias a través de procesos sociales autónomos; como propuesta alternativa al sistema dominante». Desde su origen en 1999 la red se propuso como objetivo promover la agroecología desde el desarrollo endógeno para buscar en las comunidades estrategias de resistencia ante los efectos de la crisis del campo.

Su trabajo de años se ha enfocado en llevar a cabo su objetivo a través del acceso al conocimiento, de las múltiples experiencias; y formar a diversos actores de la sociedad civil campesinos, mujeres, indígenas y otras personas en las zonas urbanas, organizaciones, que han requerido aprender la agroecología y el desarrollo rural sustentable.

En la actualidad, la RASA trabaja en tres niveles: en un primer nivel está el trabajo desarrollado como organización en este sentido, se enfoca en dar continuidad a los procesos locales de base en las comunidades rurales con una intención de fortalecerlos y multiplicar las distintas experiencias, y así consolidarse como organización. En un segundo nivel trabaja como red de redes, a través de un trabajo articulador para fomentar y apoyar nuevas redes regionales en defensa de alternativas sustentables y cuidado del agua, redes de certificación participativa y comercio justo; y en un tercer nivel trabaja como movimiento ciudadano, para apoyar movimientos de la región y a nivel nacional, RASA es parte de un movimiento nacional en defensa del maíz nativo en el que participan otras 16 organizaciones campesinas e indígenas.

Uno de los trabajos centrales de la RASA es dar seguimiento a 15 grupos de campesinos y campesinas de diferentes comunidades de Jalisco, que trabajan procesos de autonomía mediante la agroecología con el objetivo de que sean en el mediano plazo centros de formación, demostración y multiplicación de las experiencias agroecológicas hacia otras personas en las comunidades rurales.

Hay un trabajo intencionado con jóvenes en una comunidad para integrar sus perspectivas en la búsqueda de sensibilizarlos para que ellos puedan seguir con este trabajo en sus comunidades.

La RASA, en su objetivo de estabilizarse como organización, en la actualidad está buscando estrategias de procuración de fondos para seguir con el trabajo

de la red, por ello el trabajo se vuelve hacia adentro a plantear nuevos retos para la red desde los procesos locales y una planeación en el largo plazo. También continúa la vinculación con otras organizaciones, universidades y movimientos sociales con un trabajo común que pueda fortalecerse en ambos sentidos.

Marco teórico y metodología

Uno de los ejes centrales del trabajo de la RASA que se recupera de lo anterior es la formación. Esta red, desde su origen, ha intentado intercambiar el conocimiento generado de todas las experiencias agroecológicas de sus miembros; también ha servido para conformar a nivel regional una plataforma como base del conocimiento y la experiencia en agroecología, para estructurar proyectos de desarrollo local sustentable (RASA, 2003).

Por ello se planteó analizar cómo han sido los procesos de transformación de las familias campesinas en su paso histórico desde la agricultura tradicional practicada por los abuelos a la agricultura convencional, y cómo ahora ya han dado otro paso hacia la agricultura ecológica. Si bien la agricultura convencional es la que prevalece en el país, los pasos que se han dado en la agroecología son fundamentales en la acumulación de experiencias para transformar la agricultura convencional hacia una agricultura más amigable con la salud y la vida de las personas.

En la transformación de esta agricultura se han analizado no sólo los sistemas productivos sino también a nivel subjetivo, qué elementos de identidad campesina se han recuperado y cómo ha sido revalorada la vida en el campo desde las comunidades.

Los enfoques que se han analizado para fundamentar el trabajo realizado desde RASA han llevado a diferentes perspectivas, sin embargo, existe un consenso sobre las bases metodológicas: la agroecología y la educación popular.

La agroecología es un enfoque fundamental, ya que se define como «aquel enfoque teórico y metodológico que, utilizando varias disciplinas científicas, pretende estudiar la actividad agraria desde una perspectiva ecológica» (Altieri, 1987; citado en Gliessman, 2002). Su vocación es el análisis de todo tipo de procesos agrarios en su sentido amplio, donde los ciclos minerales, las transformaciones de la energía, los procesos biológicos y las relaciones socioeconómicas son investigados y analizados como un todo.

Richard Norgaard (1987 y 1995, citado en Guzmán, González de Molina y Sevilla, 2000) ha sistematizado las demás bases epistemológicas de la agroecología, poniendo énfasis en que el potencial agrario de los ecosistemas ha sido captado por los agricultores tradicionales a través de un proceso de ensayo y error, y aprendizaje cultural que ha durado siglos. A partir de la crítica de la agronomía y de las demás ciencias agrarias convencionales, la agroecología reivindica que el conocimiento más ajustado del potencial de los agroecosistemas se puede conseguir mediante el estudio de cómo la agricultura tradicional ha manipulado los ecosistemas agrarios, por lo que en la actualidad es posible la combinación de distintos conocimientos para entre ellos tomar las decisiones más pertinentes en el sector rural; así pueden interactuar el tradicional, el tecnológico y el científico para mejorar tanto los agroecosistemas tradicionales como los modernos, y hacerlos ecológicamente sostenibles (Gliessman, 2002).

La agroecología considera el conocimiento local campesino como eje central, entendido en su acepción más amplia como el conocimiento local, indígena o tradicional, o campesino; aceptado como el conocimiento generado por una cultura adaptativa según el contexto histórico. Por lo tanto, es un conocimiento transformado en distintos niveles, según cada cultura en particular, y en constante cambio. Según Maya (1995), a través de este conocimiento local se pueden conocer las realidades socioambientales que se tejen en las comunidades rurales, así como sus formas de producción campesina compatibles con la sustentabilidad.

A través del estudio de los agroecosistemas de las culturas tradicionales se pueden utilizar algunos principios que compatibilizan con la agroecología, de tal manera que se pueden combinar distintos conocimientos para mejorar tanto los agroecosistemas tradicionales como los modernos sin perder la perspectiva de la sustentabilidad en ambos sentidos; para fortalecer las culturas tradicionales y para caminar a una apropiación agroecológica de los recursos naturales (Toledo, 2003 y Gliessman, 2002).

Para la agroecología es fundamental ver al ambiente como un espacio complejo, en el cual se dan interrelaciones entre el campesino y la naturaleza para la producción primaria, donde existen conexiones entre el mundo físico y el mundo social, ambos siendo parte de ese complejo socioambiental. Un agroecosistema parte de la alteración que el hombre hace a esos ecosistemas mediante la agricultura, pero desde la agroecología se busca transformar los

ecosistemas de manera sustentable para continuar haciendo agricultura (Leff, 2002; Gliessman, 2002).

Para ello, Hernández (1997, citado en Morales 2004), lo definió «como un ecosistema modificado en diferentes grados por el hombre para la utilización de los recursos naturales, en los procesos de producción agrícola, pecuaria, forestal o de la fauna silvestre». Mientras que para Gliessman un agroecosistema es un espacio donde se dan relaciones dinámicas entre las culturas humanas y sus ambientes físicos, biológicos y sociales a lo largo del tiempo. Por otro lado, para Sevilla (1995; citado en Guzmán, Sevilla y González de Molina, 2000) es una construcción social producto de la coevolución entre las culturas humanas y la naturaleza.

Otro enfoque es la educación popular, que parte de un punto de vista epistemológico, en el cual los procesos educativos son considerados una forma de diálogo entre los actores. La educación popular ha tenido un impacto significativo en el trabajo de los sectores rurales, y ha permitido un profundo cuestionamiento de los métodos de extensión rural y educación usados por la revolución verde. La estrategia de la educación popular pone énfasis en las metodologías alternativas de trabajo con poblaciones rurales y está orientada hacia la labor de los asesores agrícolas con un diálogo horizontal y continuo con los campesinos.

Ambas metodologías, desde el trabajo de RASA, permiten la revaloración del conocimiento local y un cambio hacia las prácticas rurales de educación de manera crítica y consciente, partiendo de la transformación de la realidad rural.

Por ello ha contribuido a la red en tres orientaciones metodológicas: investigación participativa, diálogo entre los diferentes sistemas de conocimiento y el enfoque de campesino a campesino (RASA, 2003).

El conocimiento campesino productivo agroecológico para la RASA es un elemento central que se vierte a través del intercambio de ideas entre los distintos grupos de campesinos, mujeres e indígenas, pretendiendo revalorar y recuperar la cultura campesina e indígena mediante la generación de nuevos espacios que permitan seguir intercambiando las formas campesinas de producción o apropiación de la naturaleza compatibles con los fundamentos de la sustentabilidad.

La propuesta de RASA parte de que es posible revertir la crisis del campo desde la construcción de una racionalidad ambiental, cuya base sea la

reivindicación de los pueblos a partir de procesos formativos orientados al desarrollo sustentable local, buscando nuevas interrelaciones entre el campo y la ciudad más acordes con la naturaleza. Con esta nueva visión rural/urbana se ha buscado sensibilizar y accionar a la sociedad para una verdadera transformación social y ecológica, es decir, el paso hacia una sociedad sustentable (Gadotti, 2002; Toledo, 2003).

Se parte de que toda cultura es un complejo sistema de valores, ideologías, significados, prácticas productivas y estilos de vida que se han desarrollado al paso de la historia. La cultura desde la perspectiva de la sustentabilidad y la educación es una dimensión elemental en la búsqueda de mejores relaciones sociedad-naturaleza. Es desde este enfoque que la recuperación histórica del conocimiento campesino agroecológico aplicado a las formas de manejo del agroecosistema se redimensiona y hace posible articular los aprendizajes que aún siguen vigentes en los sistemas productivos actuales, cómo han sido complementados con otros saberes y bajo qué factores han sido adaptados a cada agroecosistema (RASA, 2006a; 2006b).

Existen en la actualidad dos modos de apropiación de la naturaleza que señala Toledo (2003): uno es el industrial, que prevalece en nuestros días, caracterizado por fundamentarse en el conocimiento científico, y cuyos dos elementos centrales son la industria y el mercado, como únicas fuentes del conocimiento. Ahora, desde la percepción campesina estudiada, se sintetiza que esa apropiación industrial se da con la agricultura convencional caracterizada por apoyar esas dos vertientes a través del acceso de la tecnología, dando como resultado una relación tierra-mercado-tecnología-ser humano.

Esa relación considera para la familia rural una dependencia total de esos factores para como único valor el valor monetario; así, posicionar la visión del manejo del agroecosistema que predomina es sólo en términos económicos, tendiente a debilitar toda relación con el entorno natural, las relaciones familiares y la comunidad, ya que lleva al individualismo. Esta relación con la tierra se considera totalmente dependiente, incapaz de generar autonomía, lo que llaman los campesinos un modo de vida hueco o vacío para el ser humano porque carece de componentes éticos (RASA, 2006a; RASA, 2006b).

Por otro lado, el modo de apropiación campesina que también señala Toledo (2003) busca recuperar el conocimiento campesino e indígena proveniente de la agricultura tradicional y la agroecología. Éste se caracteriza por ser dinámico y complejo, ha existido durante toda la historia de la agricultura

y cambia de generación en generación porque es un conocimiento aplicado a los agroecosistemas regidos por los ciclos naturales, por los astros y por la aplicación en la dinámica social y cultural de cada época; por ello es un conocimiento que parte de la cultura.

El modo de apropiación campesina ha sido adoptado por los campesinos de la RASA y es entendido como aquel que genera una relación directa tierra-ser humano basada en valores de amor y respeto a la naturaleza y los elementos que la componen, como tierra, animales, plantas, ciclos. Esta interacción con la naturaleza fortalece las relaciones con la familia y la comunidad, y a través de esa relación con la tierra se busca la unidad con el entorno y el equilibrio; ambos capaces de generar autonomía, ya que contemplan la producción de alimentos y materias primas causando los mínimos desequilibrios en la naturaleza. Sin embargo, en la actualidad es posible considerar que no hay un conocimiento campesino puro, sino que existen mezclas de distintos conocimientos influenciados por el contexto actual (RASA, 2006a; 2006b).

En la presente investigación se buscó recuperar el conocimiento campesino aplicado a las formas de manejo del agroecosistema y los valores que prevalecen o que sustentan ese conocimiento, mediante 5 estudios de caso de campesinos y campesinas de RASA en proceso de agroecología (RASA, 2006a; 2006b).

Resultados

Al llevar a cabo un análisis general de las historias de vida y los análisis de los talleres colectivos, se recuperaron las características de los sistemas productivos y las historias de la agricultura en reflexiones profundas de los campesinos y campesinas que reflejan sus vivencias desde su niñez hasta ahora. En estas historias se buscaron respuestas sobre los procesos de agricultura de cada caso y sus interrelaciones a nivel familiar y comunal.

Modelo sistémico de agricultura tradicional

El sistema de agricultura tradicional se mencionó por los campesinos como la agricultura de los abuelos, la cual todavía prevalecía en todos los casos

analizados en 1960 en las zonas estudiadas. Este sistema estaba sustentado con la diversidad de cultivos, animales de traspatio y alimentos de recolección de temporada como elementos clave. El objetivo central de la producción se destinaba para el autoconsumo familiar y de los animales. De los cultivos había algunos que eran comunes y básicos como el maíz, el frijol y la calabaza, y según la zona se sembraban otras leguminosas como haba y cacahuete, con el objeto de mantener fértil la tierra. Las asociaciones gramíneas con leguminosas más comunes eran maíz-frijol-calabaza, maíz-haba y maíz-cacahuete.

Este sistema contaba con algunas prácticas agrícolas sustentables, como incorporación de «basura» (así le llamaban a la aplicación de estiércol en la parcela o abonos verdes de restos de cosechas, sobre todo de leguminosas como frijol, haba y cacahuete). También se acostumbraba sembrar cultivos asociados en el mismo ciclo combinando especies leguminosas con gramíneas, asimismo se dejaba descansar la tierra con periodos de 5 a 15 años, hasta entonces se volvían a sembrar.

El trabajo de la tierra se hacía con ayuda de animales que compactaban muy poco la tierra, por lo que el cuidado de la tierra se hacía con prácticas de manejo muy cuidadosas. Era también común el traspatio, para complementar la dieta con hortalizas, frutas y plantas medicinales. También se hacía recolección de frutas de árboles silvestres, plantas medicinales de monte, o bien materia prima extraída del bosque como leña, vigas, carbón, resina, madera, tierra o implementos animales.

Respecto a la diversidad animal, era fundamental tener animales domésticos como gallinas, puercos, borregos, chivos, guajolotes, vacas y abejas; además de los animales para el trabajo de campo como burros, bueyes, caballos, mulas y perros, donde cada animal tenía una función dentro del trabajo del campo. Asimismo, se cazaban animales silvestres para complementar la dieta de proteínas. Los animales eran considerados como la principal fuente económica de la familia para necesidades urgentes, principalmente enfermedades u otras calamidades no previstas.

El trabajo de la tierra estaba distribuido en toda la familia. Las labores de la mujer eran atender el traspatio, cocinar los alimentos, acarrear agua y leña, participar en la siembra, escarda y cosecha, apartar la semilla para la siembra y limpiarla, atender a los animales de traspatio y recolectar los frutos y plantas silvestres. A los hombres les tocaba hacer el trabajo más rudo, como arar la tierra, surcar, sembrar con la yunta de bueyes, amansar

animales para trabajo, cazar animales silvestres, cosechar², cortar y cargar leña, hacer la siembra y escarda manuales, entre otros trabajos. Mientras que los hijos varones ayudaban en la siembra, a la escarda, cuidaban los animales, a cosechar, a acarrear agua y leña. Las hijas se involucraban en los trabajos que hacían las mujeres y ayudaban en el campo.

También existía el trabajo en común entre las familias; cada miembro de la familia era muy importante, ya que del trabajo de todos y todas dependía el abasto de alimentos y el sustento de todo el año. Cada familia tenía la costumbre y necesidad de asegurar al maíz como alimento fundamental para la familia y para los animales, y se guardaba en lugares especiales para su consumo de todo el año.

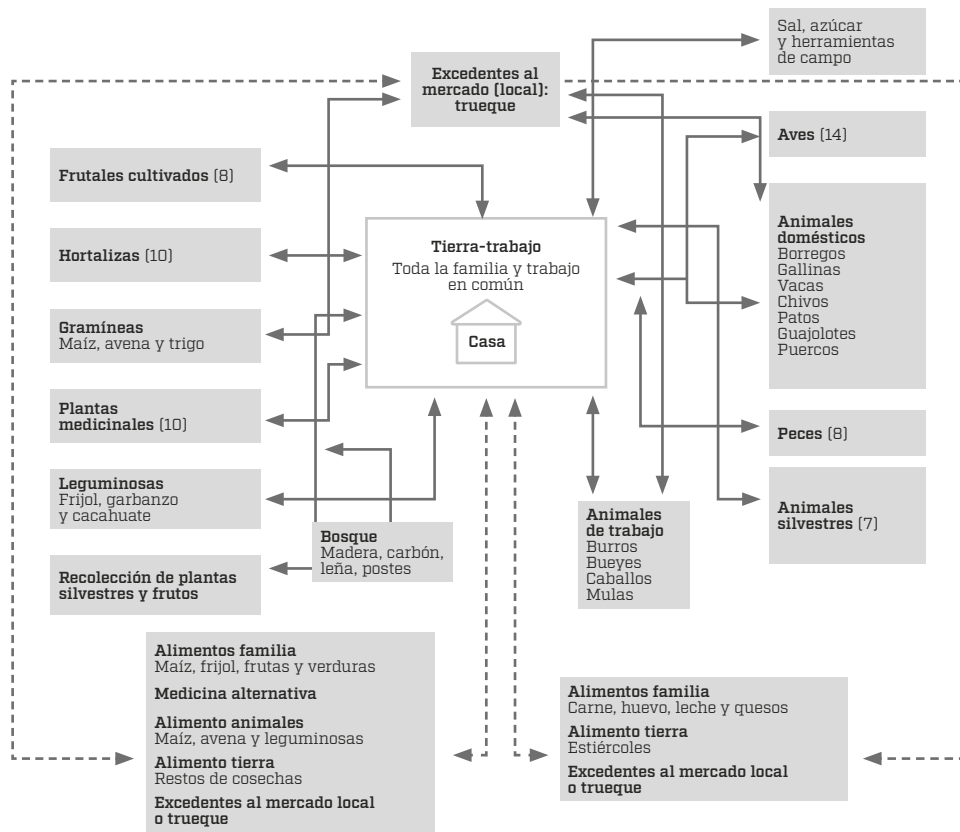
En algunos casos había acceso al mercado regional, donde se comerciaba en ciudades importantes como Ciudad Guzmán o Guadalajara. El mercadeo, llamado trueque, era efectuado de manera directa entre las familias, y consistía en el intercambio de alimentos o productos después de la cosecha de un buen temporal, donde cada familia intercambiaba sus excedentes por otros productos necesarios que no se podían producir localmente como sal, azúcar, miel, guaraches, café, cacao, entre otros. No había monedas sino productos.

Había abundancia en alimentos para todos los miembros de la comunidad; aunque había muchos campesinos sin tierra, a éstos se les daba trabajo cada temporal y se les daban alimentos de la cosecha para su familia.

El agua existía en gran abundancia, se tomaba de los nacimientos y se acarrea en burros. En los arroyos se bañaba la gente y lavaba su ropa. El agua del temporal se aprovechaba para el desarrollo de los cultivos. En general, el agua tenía un valor, porque su uso era racionalizado y se cuidaba de no desperdiciarla.

Dado el análisis anterior de este sistema existía otro objetivo principal de la agricultura: alimentar a la familia y mantener el sistema productivo; por ello se cuidaba. Llama la atención cómo existía la abundancia y no se desperdiciaba, había una conciencia del cuidado de la madre tierra, el agua y los demás recursos; las familias campesinas no tenían carencia de alimentos ni falta de empleo; las familias estaban integradas al trabajo de la agricultura y ahí se sustentaban las comunidades integradas (ver figura 1).

Figura 1: Sistema tradicional antes de 1960 (RASA, 2006c)



Fuente: Bernardo, 2007

Sistema de producción convencional

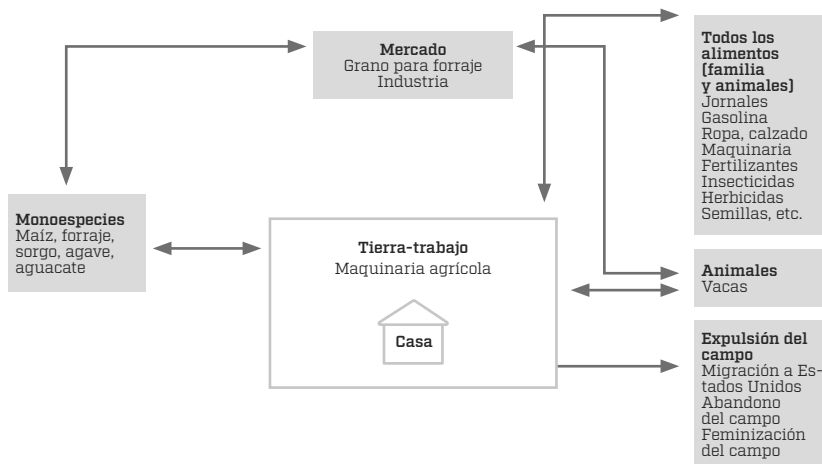
El segundo sistema productivo que fue analizado es sistema convencional. Este sistema fue introducido por el gobierno a la región de estudio aproximadamente en 1980, fundamentado en la revolución verde a la agricultura mexicana; caracterizada por la entrada de los paquetes tecnológicos con agroquímicos, herbicidas, pesticidas, fertilizantes químicos y maquinaria agrícola pesada.

El gobierno federal y estatal impuso este sistema al sector rural, acompañado con extensionistas y poco después, por los créditos y seguros agrícolas. Esto ocasionó la descapitalización generalizada del campo en 1990.

Los principales elementos insustentables encontrados fueron el cultivo de una sola especie en grandes extensiones, con sustitución de la mano de obra campesina por maquinaria agrícola, Este cambio se intenciono bajo el supuesto de hacer el campo productivo, luego competitivo, hacerlo negocio, para satisfacer el mercado externo. Ya no importó la seguridad de alimentos de las familias, las comunidades y la región; ya era más importante sacar dinero y no alimentos. Con esta forma de producción se sacó dinero, pero nunca cubrió los costos de producción, mucho menos los costos de compra de alimentos. A falta de alimentos, de trabajo y de oportunidades se terminó por desestabilizar el abasto de alimentos, la salud y la economía familiar de las comunidades.

El objetivo de la producción pasó de ser para el autoconsumo hacia el mercado; las decisiones productivas giraban en torno al mercado, basado en la idea de que el valor monetario era lo más importante para el manejo del agroecosistema. A consecuencia de ello, el trabajo rural pasó de la autosuficiencia alimentaria y autonomía, hacia la incertidumbre y dependencia (ver figura 2).

Figura 2: Sistema convencional, 1980-2007



Fuente: Bernardo, 2007

Por todas estas características, se puede considerar que estos sistemas no son autosustentables, ya que son sistemas productivos abiertos que necesitan de la energía externa para su funcionamiento. En la actualidad, este sistema productivo es el más predominante y es el que está agotando no sólo los recursos naturales y perjudicando la salud de las familias, sino que está enterrando la cultura campesina e indígena.

Modelo sistémico de agroecología

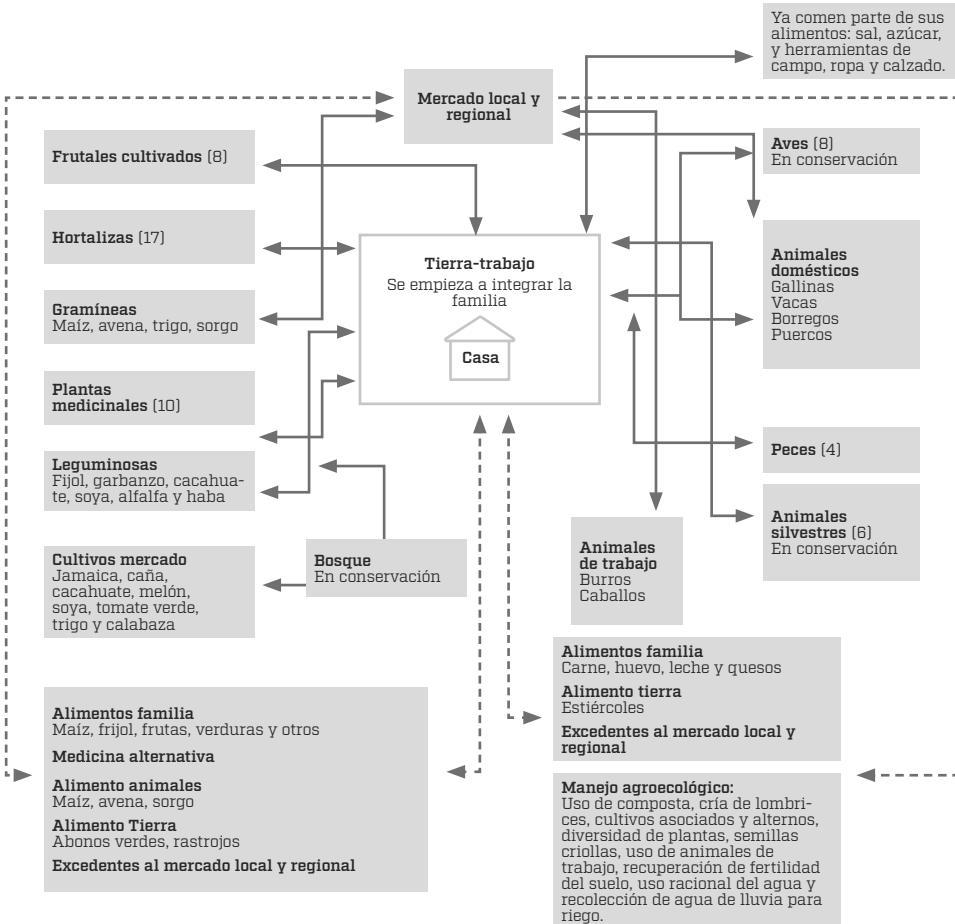
El tercer y último sistema analizado es el sistema agroecológico. Todos los casos tienen un proceso de agroecología intencionado por ellos, esto permitió dar cuenta de las múltiples experiencias locales en agroecología como resultado del trabajo de RASA; y por otro lado, conocer las significancias en su vida para los campesinos de esta propuesta agroecológica.

Al analizar los esquemas de los otros dos modelos sistémicos agroecológicos, se puede ver cómo los mismos campesinos han avanzado de la sumisión de la agricultura convencional a un modelo de agricultura sustentable, a través de la formación intencionada desde la RASA y otros saberes que han sido intercambiados por otros campesinos; por ello, los elementos de avance son en cuanto a que existe una gran diversidad de cultivos intencionados básicos; como maíz, frijol, vegetales, frutas y plantas medicinales que buscan dar respuesta a la necesidad de las familias de alimentos sanos variados, y en algunos casos ya se programan áreas con cultivos específicos para el mercado local. Sobresalen también las múltiples prácticas para mejorar la tierra y conservarla fértil.

En la mayoría de los casos se comenzó el proceso agroecológico con la recuperación de la tierra, aplicando el conocimiento de la composta y a su vez utilizando el sistema tradicional de producción maíz-frijol-calabaza, con el objetivo de mejorar la fertilidad de la tierra y conservar las semillas criollas locales, sobre todo el maíz. Se vuelve a valorar la necesidad de tener maíz como alimento para las familias y garantizar las semillas nativas.

En este sistema se retoma el traspatio como un área fundamental, incluidos en él los animales (gallinas y puercos) y la siembra de distintas especies de hortalizas, árboles frutales, plantas medicinales y la vegetación nativa local, como árboles leguminosos y de usos múltiples (leña, madera, carbón).

Figura 3: Sistema agroecológico años (2007-2012)



Fuente: Bernardo, 2007

Los objetivos de este tipo de manejo son tener más variedad de alimentos, mayor acceso a la salud, mejorar la fertilidad de la tierra y fortalecer la economía familiar a través del mercado local y el comercio justo.

Uno de los avances notables es que se empieza a generar trabajo en las comunidades; ya que este tipo de agricultura necesita mano de obra, se comienza a integrar la familia en toda la cadena producción-procesamiento-mercado. Ya mujeres y jóvenes se empiezan a integrar nuevamente en la

siembra, escarda y cosecha, conservan la semilla; y los hombres hacen el trabajo más pesado y trabajo manual, como arar la tierra, surcar, sembrar con la yunta, entre otros.

Se inicia una conciencia ambiental en el cuidado del agua se promueve un uso sustentable, en la mayoría de los casos se usa el agua, de temporal para los cultivos y se cuenta con pozos de captación de agua de lluvia para reutilizarla en los cultivos en época de sequía. También usan sistemas de riego por goteo para racionar el agua y no desperdiciarla.

Respecto del mercado, en los cinco estudios de casos se recupera el objetivo central del autoconsumo de la familia, y ya se inician en el mercado local. La mayoría de los campesinos producen poco para el mercado en aras de asegurar una entrada económica permanente y complementaria, sin descuidar el objetivo básico de la producción de alimentos para el abasto de la familia y para el funcionamiento del sistema (ver figura 3).

Lo simbólico para los campesinos

El sistema Milpa

Un proceso agroecológico, desde la percepción campesina, parte de revalorar por qué se debe conservar el sistema Milpa y dan distintas explicaciones. Por un lado, la milpa es valorada como un sistema integral productivo de temporal que retribuye a la tierra nutrientes y a la familia alimentos diversos, en donde hay un equilibrio entre la producción de alimentos y la fertilidad del suelo, por la asociación de cultivos fundamental maíz-frijol-calabaza.

La milpa es fundamental para las comunidades, ya que es un sistema productivo heredado culturalmente, demostrado científicamente que es un sistema sustentable. Desde la perspectiva campesina la milpa es un símbolo de autonomía, de resistencia a las múltiples crisis, e identidad campesina e indígena. Desde la sustentabilidad, a partir de la milpa se pueden seguir diversificando los cultivos dentro del sistema productivo para conservar la fertilidad del suelo y las semillas.

Desde esa reflexión se retoma en los campesinos agroecológicos que un camino para revalorar la identidad campesina es cambiar las formas de producción de alimentos mediante una mezcla de sistemas tradicionales como

la Milpa y otras técnicas novedosas que promueven la vida sana. Por ello, desde la RASA se cuestiona y reflexiona esto con las comunidades rurales y es volver a la tierra para sembrar, comer, y a partir de estos procesos nuevamente reconstruir las comunidades rurales, su salud y su economía.

En las relaciones con la naturaleza que tienen los campesinos a través del manejo del agroecosistema para la obtención de sus alimentos, el campesinado va dando distintos significados a los componentes de la naturaleza a través de la relación con su entorno, por ello los valores y lo simbólico son elementos comunes en todas las historias de vida y cada elemento tiene un gran significado para ellos. Se describen en el apartado siguiente desde la percepción campesina.

Identidad campesina

La *identidad campesina* significa que la gente de campo se reconozca a sí misma como campesinos y campesinas. Es un elemento que se está perdiendo hoy en día, en estos tiempos de agricultura química, los campesinos consideran que ya está quedando en el olvido este concepto. La agricultura convencional ha eliminado que los campesinos tengan la relación con la tierra que tenían de antaño. Es justamente en la recuperación de esta relación con la tierra en donde inicia una renovación de los campesinos hacia la agroecología.

El análisis de las relaciones del campesino con la naturaleza y su comunidad desde las historias de vida de los campesinos resalta cómo están recuperando los valores que forman parte de su identidad y que antes eran comunes en las personas. Algunos de estos valores son el amor y el respeto a la tierra, la naturaleza, los árboles, las plantas y el agua. Así también el respeto a los mayores, a las mujeres, niños y demás personas de la comunidad. Una base fundamental es que, si la persona se respeta a sí misma, entonces puede ser ejemplo de respeto en la comunidad (RASA, 2006a; 2006b).

Otros valores que se están recuperando son la confianza y el orgullo de ser campesinos y de valorarse a sí mismos, de tener seguridad de que ellos son quienes están tomando las decisiones del trabajo en la parcela; para ellos, tener autonomía para vivir representa seguridad y autonomía.

Desde la perspectiva campesina, su identidad parte de la relación esencial que tienen con la tierra y de ahí van entretejiendo los lazos hasta formar una comunidad como parte de su cultura. Estas relaciones se sistematizan en lo siguiente:

Relación campesino-tierra-naturaleza

Los campesinos retoman como valor el reencuentro con la tierra, reflexionar lo que significa ser una persona de campo; es cuando empiezan a valorarse y respetarse. Parten del hecho de que para poder dar respeto a los demás seres con los que se convive, el campesino debe incluirse como otro ser vivo que es parte de la naturaleza, y el trabajo de la tierra se debe asumir también como parte de ella sin maltratarla; esto da una espiritualidad interna que humaniza a la persona y la relaciona con su entorno, con la familia y con la comunidad (RASA, 2006a; 2006b).

Relación campesino-tierra-trabajo

El volver a tomar valor y cariño al trabajo con la tierra significa una relación amigable entre el campesino y ésta. Es necesario entender de nuevo que el trabajo dignifica a la persona, y recuperar las formas de trabajo más amigables con la naturaleza y con las demás personas. Otro aspecto que identifica a un campesino es que asume que este proceso agroecológico es su proyecto de vida: vivir del campo, trabajar la tierra para vivir dignamente. Consideran que si la tierra se trabaja, da lo necesario para la vida de la familia; lo anterior da seguridad y autonomía a un campesino (RASA, 2006a; 2006b).

Otro elemento fundamental que fue constante en el análisis fue descubrir el gran respeto y amor que esas personas tienen a las semillas; en años anteriores era común su cuidado porque eran consideradas un bien común. En las comunidades las semillas no se vendían, todos tenían derecho a tenerlas y compartirlas, porque representan el sostén de la vida en el campo, la alimentación y funcionamiento de todo el agroecosistema. Hoy, para estos campesinos representan la seguridad de la vida de la familia y los animales; también simbolizan la reproducción de la vida en el campo, el futuro y la libertad de las familias campesinas (RASA, 2006a; 2006b).

Relación de campesinos con la familia

El trabajo de las mujeres era muy apreciado en cuanto a la alimentación y la educación de los hijos e hijas: desde la perspectiva campesina no puede haber un hogar sin una mujer, que es el centro de la familia, ya que ejerce una función integradora. Las mujeres también participan en algunas labores en el campo como siembra, escarda y cosecha (RASA, 2006a).

Desde la perspectiva campesina, la mujer representa la columna vertebral de una familia, de ella depende en gran parte su unión en la vida cotidiana y el trabajo de la tierra, ya que toda la vida del campo y el trabajo gira en torno al autoconsumo de la familia. La unión de ambos jefes de familia en el trabajo del campo representa el valor de la unión familiar, para que los hijos e hijas pequeños le tomen cariño a la tierra. Para los campesinos el compromiso es con ellos, con su tierra y su familia, si esas tres partes están equilibradas en los campesinos, ellos expresan estar realizados como personas (RASA, 2006a; 2006b).

Relación de campesinos con su comunidad

Otros valores que argumentan los campesinos son la convivencia, el compañerismo y la amistad, y el cariño por la gente. Antes había trabajo en común, preocupación por el otro y se veía la manera de apoyar a las personas, por ejemplo, era muy común que toda una familia se integrara a la siembra, a la escarda y a la cosecha. Mencionan que cuando una familia terminaba su labor se acostumbraba apoyar el trabajo de otras familias, y de esta manera se ayudaban en las actividades del campo para garantizar el alimento para toda la comunidad (RASA, 2006a; 2006b).

La tierra y las semillas

Existen algunos elementos de la naturaleza que tienen un significado subjetivo, que son símbolos de respeto o veneración y que significan algo esencial para su vida. Uno de ellos es la tierra, que tiene significados múltiples para los campesinos. Por un lado es su esencia de ser campesino, representa la lucha de serlo, es el terruño, su raíz. Es el espacio para trabajar, para aprender a relacionarse con la naturaleza; que permite al campesino entenderla, observarla, tomarle aprecio, cuidarla y hacerse de vivir bien. Cuando la relación con la tierra es equilibrada, los campesinos consideran que los humaniza; mencionan que cuando una persona logra entender a la naturaleza observándola, escuchándola y aprendiendo en silencio, desarrolla el intelecto y los sentidos (RASA, 2006a; 2006b).

Otro elemento esencial para las personas campesinas son las semillas, ellos mencionan que en la semilla empieza la vida: si se pierde la semilla, el campesino ya no es libre porque siembra para otros, no para su familia. Para ellos el no conservar las semillas nativas es como no tener tierra. Con las

semillas en las manos comienza el trabajo de la tierra cada ciclo de temporal; si se tienen las semillas se asegura la reproducción, la vida en el campo, los alimentos; sin el cuidado de las semillas un campesino deja de ser campesino. Entre las semillas que más se valoran está el maíz, ya que es considerado el alimento más importante para las familias rurales; el maíz es un ser vivo que siente y se considera parte de la familia, de la forma de vivir.

El maíz también representa la seguridad de la familia, ya que si no se logra cosechar maíz en un año significa la carencia de todo un año de alimentos para las familias, se pone en riesgo la seguridad alimentaria. También el maíz representaba la unión de las familias y de la comunidad, era una planta de respeto. Hoy en día mucha gente dice que el maíz no tiene precio y por eso no vale, pero mencionan que para ellos tiene un valor fundamental el maíz: es esencial para el reciclaje de nutrientes, y sobre todo en la perspectiva agroecológica el maíz resulta imprescindible (RASA, 2005; 2006a; 2006b).

El maíz es la base de la alimentación, es diversidad de alimentos que construyen una comunidad. Por ello todos y todas somos hijos e hijas del maíz, sin él no se puede vivir porque representa la vida, el cuerpo y el espíritu de ser parte del pueblo mexicano (RASA, 2005).

Discusión y conclusión

Un primer elemento que sobresale es cómo los estudios de caso muestran cómo era el sistema productivo en el campo antes de la década de 1960 llamada agricultura tradicional de antaño, en donde el objetivo principal era, por un lado, el autoconsumo de las familias; y por otro lado, las formas de producción aportaban al sostenimiento del sistema productivo. Esto da ejemplo de cómo ese sistema productivo aporta hacia un manejo sustentable de los recursos, ya que a partir del trabajo con la tierra se integraban las familias en comunidad y se daba cuenta del uso apropiado de los recursos locales y su cuidado, a pesar de que los había en abundancia. Se tenía en la población una concientización ambiental en la práctica de la agricultura.

El sistema tradicional por el anterior análisis puede considerarse autosuficiente, ya que es un sistema productivo integrado que necesitaba poca energía externa para su funcionamiento. La fertilidad del suelo era muy tomada en cuenta en algunas prácticas de cultivo. Respecto a la autosuficiencia

alimentaria, había abundancia de alimentos para la familia y los animales y el funcionamiento del sistema en sí era autosostenible. Con este modelo de cultivo el abasto de alimentos en las comunidades estaba cubierto, pero además aportaba alimentos al mercado local mediante el sistema de trueque, que era un intercambio de herramientas y alimentos o productos.

Un elemento que aportó claramente es cómo en el trabajo de la tierra estaban integrados todos los miembros de cada familia haciendo funciones diversas, y aún las familias que no sembraban eran contempladas para compartirles alimentos o se integraban a las labores a cambio de alimentos. La mayoría de la gente se dedicaba al campo y ése era su oficio fundamental para garantizar su alimentación.

Pasó el tiempo y en los ochenta llegó la introducción de la agricultura convencional a las comunidades a través del gobierno federal y estatal con la idea de eliminar la agricultura tradicional por arcaica y de modernizar al campo para hacerlo competitivo para el mercado internacional; se masificó la extensión rural, con paquetes tecnológicos a base de agroquímicos importados, introducción de semillas híbridas y maquinaria agrícola que eliminó al anterior sistema productivo. Se desplazó toda la anterior diversidad de cultivos por un solo cultivo en grandes extensiones, con el objetivo de producir grandes rendimientos para el mercado internacional. Como saldo, esta agricultura lleva 5 décadas sin garantizar los alimentos para los pequeños agricultores y sus familias a cambio de sostener las empresas de agroquímicos y semillas híbridas extranjeras, dejando desprotegido al 80 por ciento de los pequeños agricultores que hacían agricultura tradicional, cuidaban el ambiente, los recursos, y sostenían el abasto alimentario y una economía local y regional.

En general este modelo productivo desde el punto de vista de la sustentabilidad, lejos de aportar elementos en esta perspectiva, resultó insustentable porque desplazó la diversidad vegetal y animal que aseguraban la autosuficiencia alimentaria y el sostenimiento del sistema por cultivos de una sola especie para satisfacer las necesidades del mercado; causando falta de alimentos, infertilidad de la tierra y contaminación del agua; expulsó a la gente campesina del campo para trabajar de jornaleros en otras zonas urbanas o rurales, contribuyó a incrementar los niveles actuales de extrema pobreza y, por ende, a desequilibrar la economía de las familias campesinas. Esto explica por qué más del 50% de la población mexicana está en niveles de pobreza, que no tienen acceso a garantizar su seguridad alimentaria.

Ante esta gran incertidumbre del campo mexicano actual, se propone desde la RASA otro modelo productivo integrado desde la agroecología, que busca recuperar parte del conocimiento tradicional —ya que en muchas comunidades se ha perdido— y las semillas, con el objetivo de hacer una amalgama de conocimientos locales y científicos en la perspectiva sustentable y tener elementos con tendencia hacia la sustentabilidad, recuperar la identidad campesina y la autonomía de las comunidades rurales, además de revalorar los saberes productivos; se busca la recuperación de las semillas nativas, emplear tecnología apropiada y ecológica que respete al medio ambiente y a las personas.

El objetivo actual de la producción de los alimentos que promueve la agricultura convencional es sembrar para vender, por ello hoy cada persona tiene que comprar los alimentos, sobre todo importados. El modelo de vida actual promovido es ganar dinero, como único valor para que cada familia pueda comprar los alimentos, aunque sean inalcanzables para todos.

Por otro lado lo que se busca con la agroecología que promueve la RASA es sembrar para comer como una medida de garantizar la alimentación sana en cada familia e ir dando paso hacia los demás eslabones productivos para regenerar desde adentro las comunidades, sus procesos productivos autónomos y su economía, a partir de sus recursos locales disponibles: su conocimiento y su tierra. Este sistema promueve un modo de vida distinto con valores de respeto a la madre tierra; revaloriza la identidad campesina, el amor al maíz, el respeto a los demás. Estos valores son parte fundamental de las estrategias de formación desde la RASA, tanto para los campesinos como para la gente urbana.

Otro beneficio indirecto al que estos procesos locales han contribuido es a otras personas en el acceso de alimentos sanos y el medio ambiente. El trabajo que los campesinos y los indígenas hacen; debería revalorarse en nosotros los consumidores, porque de ello depende nuestra salud.

Bibliografía

Ángel Maya, C. A. (1995). *La fragilidad ambiental de la cultura*. Colombia: Instituto de estudios ambientales (IDEA) / Universidad Accional.

- Bernardo, M. de J. (2006). «Una propuesta educativa no formal de desarrollo rural sustentable en el Sur de Jalisco». En J. Morales y J. Rocha (coords.), *Sustentabilidad rural y desarrollo local en el sur de Jalisco*. Guadalajara: ITESO / UIA.
- Gadotti, M. (2002). *Pedagogía de la tierra*. México: Siglo XXI.
- Gliessman, S. (2002). *Agroecología, procesos ecológicos en agricultura Sostenible*. Turrialba: Litocat.
- Guzmán, G., M. González de Molina y E. Sevilla (coords.) (2000). «Introducción a la agroecología como desarrollo rural sustentable». Madrid: Mundi-Prensa.
- Morales, J. (2004). *Sociedades rurales y naturaleza*. Guadalajara: ITESO / Universidad Iberoamericana León.
- Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias de Jalisco (RASA) (2006a). «Encuentros de campesinos en agricultura orgánica. 1997-2006». Memorias no publicadas. Guadalajara, México.
- Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias de Jalisco (RASA) (2006b). «Memoria del 1er taller de identidad campesina y valores». Agosto de 2006 (mimeo), Chiquilistlán, Jalisco.
- Toledo, V. (2003). *Ecología, espiritualidad y conocimiento. De la sociedad del riesgo a la sociedad sustentable*. México: Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente / Oficina Regional para América Latina y el Caribe.

La agricultura periurbana multifuncional y sus aportaciones hacia la sustentabilidad regional en la zona metropolitana de Guadalajara, Jalisco, México

Jaime Morales Hernández, Heliodoro Ochoa García, Laura Velázquez López, Azucena Mastache De los Santos, Esaú Cervantes Martínez, Ana Martha Becerra Guerrero

Introducción

Un modelo de desarrollo basado en relaciones asimétricas y desequilibradas entre la ciudad y el campo, y entre la sociedad y sus ecosistemas, ha dado como resultado que en la zona metropolitana de Guadalajara (ZMG), en Jalisco, occidente de México, se generen conflictos ambientales en un entorno de creciente insustentabilidad regional. Algunas expresiones de esta situación se manifiestan en las áreas periurbanas y rurales con el avance descontrolado de la urbanización, la disminución de la superficie agropecuaria, la pérdida de vegetación y agrobiodiversidad, la deforestación, el agotamiento de los suelos, la disminución y contaminación del agua, la sanidad de los alimentos, las afectaciones a la salud pública y el deterioro del nivel de vida de sus habitantes. La importancia poblacional, económica y política de esta región y el aumento de los conflictos ambientales demandan a los actores sociales e institucionales la construcción de alternativas hacia la sustentabilidad regional, y en ellas juegan un papel fundamental las múltiples funciones que desempeña la agricultura periurbana o agricultura de proximidad.

En este capítulo se presentan reflexiones y avances del proyecto de investigación e intervención «Agua, agrobiodiversidad y medio ambiente en la región

Guadalajara-Chapala-Santiago» que, a partir de una perspectiva de complejidad, ubicada en las ciencias de la sustentabilidad, ha realizado investigación interdisciplinaria en torno a tres procesos relevantes que generan conflictos ambientales en la región: a) uso y manejo del agua, b) relaciones ciudad-campo, y c) gestión pública y social. El trabajo de intervención se ha orientado a la vinculación entre grupos y redes, a la formación campesino a campesino, al diálogo de saberes y al impulso de procesos sociales y organizativos, como parte del acompañamiento universitario a los actores locales en la construcción y fortalecimiento de sus alternativas hacia la sustentabilidad regional.

Las relaciones entre ciudad y campo en la zona metropolitana de Guadalajara son uno de los principales procesos generadores de conflictos ambientales, por ello, un componente central en la construcción de alternativas es la búsqueda de relaciones más equilibradas y equitativas entre lo urbano y lo rural, en las cuales es fundamental el papel que juega la sustentabilidad de la agricultura periurbana. Existe un creciente número de experiencias de agricultura familiar periurbana que a partir de una gestión sustentable realizan funciones ambientales, productivas, sociales y culturales y demuestran que este tipo de agricultura puede ser un proceso generador de alternativas a los conflictos ambientales a través de funciones como la producción de alimentos sanos, la generación de servicios ambientales, el empleo de mano de obra local, el fortalecimiento del tejido social, la transmisión de conocimientos y el arraigo cultural. Este capítulo muestra evidencias de que el fortalecimiento de la agricultura periurbana y de su multifuncionalidad constituyen elementos indispensables en las estrategias hacia la sustentabilidad regional y muestra, también, la urgencia de la gestión social en las políticas públicas orientadas a un desarrollo más equilibrado entre la ciudad y el medio rural.

Un acercamiento conceptual

Las relaciones ciudad-campo y la agricultura periurbana

En los inicios del siglo XXI, la humanidad se encuentra frente a una profunda crisis global y multidimensional. Morin (2011) opina que estamos ante una policrisis entretejida e indisociable donde se incluyen la crisis económica, la crisis ecológica, la crisis demográfica, la crisis urbana y la crisis del mundo

rural; que en conjunto conforman una crisis planetaria y llevan a cuestionar a fondo los dos mitos principales del occidente moderno; la conquista de la naturaleza-objeto, y el falso infinito hacia el que se lanzan el crecimiento industrial, el desarrollo y el progreso. La crisis es también civilizatoria, y siguiendo a González de Molina (2004), sacude cada uno de los fundamentos sobre los cuales se asienta la actual civilización occidental; cuestiona tanto al mito del desarrollo económico generador de bienestar como a la teoría económica que lo sustenta. Afecta a una sociedad con cada vez mayores desequilibrios y desigualdades, con crecientes niveles de marginación y violencia estructural. Sacude también dos pilares fundamentales del mundo moderno: los estados-nación y los sistemas de democracia representativa; incide en la cultura occidental incapaz de escapar a los valores de consumo y a su enfoque antropocéntrico respecto a la naturaleza, y repercute por último en la ciencia, con el derrumbe de los paradigmas tradicionales basados en el conocimiento especializado y parcelario.

Los modelos de desarrollo que se han adoptado en buena parte del mundo tienen entre sí un origen común y una serie de rasgos que comparten. Este origen se refiere al proyecto civilizatorio occidental nacido en Europa durante la revolución industrial y cuyo centro es ocupado por la industrialización, la urbanización y la modernización como objetivos de los procesos de desarrollo. Los modelos son expresiones claras de ese proyecto civilizatorio y constituyen el paradigma de desarrollo dominante extendido por el planeta. La etapa actual del paradigma en su fase neoliberal propone intensificar los procesos modernizantes, globalizando su alcance y profundizando la puesta en práctica de sus rasgos fundamentales. Aun en medio de la actual crisis planetaria el paradigma continúa presentándose además como el único camino posible, y sobre él se estructuran los planes y programas de desarrollo de los gobiernos nacionales, apoyados por los organismos multilaterales e internacionales.

Uno de los rasgos fundamentales de este modelo civilizatorio se refiere a las relaciones entre ciudad y campo, en el cual el desarrollo se construye desde la industria y la urbe como referentes, y este proceso se plantea y organiza como el paso desde lo rural hacia lo urbano, desde lo agrícola hacia lo industrial. Siguiendo a Toledo (1990), un rasgo que surge del análisis del actual modelo civilizatorio es el de un todopoderoso sector urbano-industrial esencialmente depredador, erigido sobre las ruinas de las sociedades rurales

en países y regiones, y sobre la naturaleza avasallada. Para ello, se ha reproducido en todo el orbe un conjunto de mecanismos no sólo económicos sino también políticos, sociales y culturales que privilegian lo urbano-industrial sobre lo rural-natural, y que tienden a ocultar la secuela de altísimos costos sociales y ecológicos de este modelo. Desde esta percepción, la naturaleza y los espacios rurales tienen razón de ser, en la medida en que soportan el desarrollo industrial y la urbanización.

El modelo civilizatorio moderno se asemeja a una pirámide cuya porción superior urbana-industrial se nutre parasitariamente de los pisos inferiores representados por los sectores rurales y naturales, explotando la naturaleza que le rodea y que sirve como fuente primigenia de su reproducción material (Toledo, 1990). Los ideales de la urbanización e industrialización han llevado a la exclusión de lo que pertenece al mundo rural, y se ha impuesto la falsa idea de la supremacía, del modo de vida urbano sobre el de los habitantes y comunidades rurales. Desde la ciudad suele mirarse con desdén a las culturas rurales de la misma manera que se mira con desprecio a la naturaleza, sólo concebida como fuente de recursos explotables; la naturaleza se volvió una entidad no sólo lejana, sino inexistente, de la misma manera que se olvida que buena parte de los productos provienen de procesos donde seres humanos se apropian de objetos del mundo natural (Toledo, 2000). Desde esta perspectiva se han estructurado las relaciones entre las ciudades y sus entornos rurales basadas en el crecimiento urbano como ideal y el medio rural es asumido como un espacio a desarrollar a través de la industrialización y la urbanización, y por tanto, el entorno rural debe desocupar suelos agrícolas, liberar mano de obra, aportar recursos naturales como agua, madera, tierras, y recibir en sus espacios los desechos urbanos e industriales. El resultado son relaciones profundamente inequitativas en términos sociales, ambientales, económicos y culturales, para el campo y sus habitantes y que, en conjunto, explican las causas de la crisis rural global. La situación en el medio rural está llevando a un acelerado proceso de desaparición de la vida rural, el mundo contemporáneo es cada vez más urbano, mientras pareciera que el campo se extingue y sus habitantes estuviesen condenados al olvido (Morales, 2011).

El crecimiento de las áreas urbanas es cada vez mayor y, en el año 2008, por primera vez en la historia de la humanidad, es mayoritaria la población urbana; mientras que en la minoritaria población agraria mundial recae la responsabilidad de alimentarse y alimentar a los habitantes urbanos (Toledo

y Barrera, 2008). Se estima que hacia el 2025 el 80% de la población mundial vivirá en ciudades. Actualmente las megaciudades ocupan menos del 2% de la superficie del planeta y consumen alrededor del 75% de sus recursos (FAO, 2010). En los últimos 50 años se estima que, a nivel mundial, 800 millones de personas han sido forzadas a emigrar por razones económicas del campo a la ciudad; a ello habría que agregar que para el año 2050 existirán cerca de 200 millones de refugiados ambientales, la gran mayoría procedentes del medio rural (Halweil y Nierenberg, 2007). La emigración hacia las ciudades ha creado grandes espacios de exclusión y pobreza y se estima que de 3,000 millones de habitantes urbanos, más de 1,000 millones se encuentran en barrios marginados (Tibaijuka, 2007).

El ideal urbano y su expresión más avanzada, las ciudades, son ahora uno de los componentes de la crisis global, y los grandes centros urbanos son espacios deshumanizados donde la pobreza, el hambre, la violencia, la marginación y la injusticia son el verdadero rostro del sueño urbano. La crisis urbana demanda el desafío de ir avanzando hacia la sustentabilidad y, ante ello, las grandes ciudades enfrentan la necesidad de establecer otro tipo de articulaciones con sus entornos rurales. Así, Hiernaux (2000) señala que una ciudad no es un continuo que pueda distinguirse perfectamente del mundo rural a través de una delimitación espacial, sino un conjunto articulado de espacios contiguos o no, en los cuales se dan una serie de actividades coordinadas o complementarias entre sí. Aquí la articulación entre espacios rurales y urbanos es un elemento fundamental hacia pautas más armónicas con el planeta; es precisamente en esta zona de interconexión entre ambos en los espacios periurbanos donde esta articulación se hace crucial (Verdaguer, 2010). Dentro del ámbito territorial el encuentro entre la ciudad y su territorio circundante aparece como un escenario fundamental, y de la atención a esta zona de encuentro, *terrain vague*, o tierra de nadie salpicada de descampados entre el campo y la ciudad pueden provenir muchas de las claves para avanzar hacia la sustentabilidad regional (*ídem*).

La agricultura concebida desde el imaginario moderno como el uso antiurbano por excelencia queda oculta siempre en el punto ciego de las políticas de intervención en el ámbito periurbano, y su presencia en los paisajes periféricos permanece como una anécdota nostálgica e incongruente, como un recordatorio inoportuno del remoto mundo rural en medio de ese paisaje de carreteras, industrias y solares yermos, por ello señala Verdaguer (2010) que

es urgente resituar los usos agrícolas en el centro de la reflexión y el debate sobre las ciudades, insertándolos activamente como parte de la sustentabilidad urbana y territorial. Ante ello ha reaparecido la agricultura periurbana o la agricultura de proximidad como un elemento esencial en la construcción de la sustentabilidad territorial y regional de las áreas metropolitanas.

Existe de entrada una indefinición de los espacios periurbanos y por tanto de la agricultura periurbana, ante ello Gómez (1987) siguiendo la noción de los espacios periféricos ubica a las agriculturas periurbanas en aquellas áreas en las cuales los procesos de urbanización se encuentran enfrentados a una agricultura y una sociedad rurales aún con cierto margen de autonomía. Como una respuesta a las crisis económicas que el modelo neoliberal ha generado, se encuentran la agricultura urbana y periurbana; como espacios locales que permiten la producción y consumo de alimentos locales, influyendo en la relación que se da entre las personas que producen y consumen y en la modificación de los patrones de consumo (Escalona, 2011). La agricultura periurbana es una alternativa que se ha desarrollado para la producción de alimentos, en donde el abasto alimentario en las ciudades mejora con espacios de producción urbana y periurbana a través de las cadenas de suministro cortas que se establecen entre los productores y los consumidores. A nivel doméstico y municipal, las redes de producción urbana y periurbana, junto con los mercados ecológicos rurales y rurales-urbanos, contribuyen a mejorar la cantidad y la calidad de los alimentos, así como su disponibilidad diversificada (FAO, 2007).

La agricultura periurbana o de proximidad es una actividad tan antigua como las primeras urbanizaciones que siempre cultivaron en las afueras de los asentamientos como una manera de lograr la autosuficiencia en la producción y abasto de alimentos. Ahora, en medio de la crisis de la sustentabilidad de las megaciudades, la agricultura periurbana se fortalece como una alternativa hacia la mejora de la alimentación y el cuidado ambiental. Más allá de su valor económico, la existencia de espacios conectados de agricultura periurbana representa un importante valor medioambiental que debe protegerse como patrimonio de los ciudadanos, y si los alimentos allí producidos se presentan al consumidor acompañados de etiquetas de calidad y de unas normas ecológicas de producción, éstos pueden alcanzar una plusvalía ante un consumidor exigente y concienciado. El cultivo de las familias y colectivos en sus huertos particulares evita también la degradación

del entorno y lo que antes eran campos se conviertan en solares y vertederos (Unión Europea, 2010).

La agricultura periurbana es entonces un elemento central en la construcción de redes alternativas agroalimentarias (Escalona, 2011). Es una forma de rechazo a la desregulación global, globalización o degradación de los agroecosistemas que defiende una redistribución de los valores a través de sus redes, construyendo en común un sistema de confianza entre el productor y el consumidor y articulando nuevas formas de asociaciones políticas, en donde el desafío radica en la articulación de los pequeños productores con las comunidades urbanas, de manera que se pueda conciliar la necesidad de comercialización de los agricultores con las iniciativas de consumo solidario de los trabajadores urbanos, impulsando acciones locales de producción y consumo (Bloch, 2008).

La agricultura multifuncional y la sustentabilidad

El concepto de *multifuncionalidad* de las actividades agrarias significa reconocer a la agricultura —entendida en su concepto amplio y que integra también la ganadería y forestería— por las múltiples funciones que desempeña para las sociedades humanas y diferenciarla de otras actividades como la industria y los servicios. Siguiendo la idea de Rosset (2000), un sistema agrícola no solamente cumple funciones productivas y económicas, también tiene funciones ambientales en el manejo de los recursos naturales, además la agricultura tiene impacto sobre la cultura y el modo de vida, y los agricultores y sus familias son sus custodios. El concepto de multifuncionalidad asume que la agricultura cumple funciones que no son mercantiles —como las ecológicas, sociales y culturales—, y propone una reflexión sobre la organización de las sociedades rurales a nivel mundial, se trata de una pequeña revolución frente al neoliberalismo y sus promotores; y es un camino para ir hacia una agricultura sustentable más respetuosa con los seres humanos, con los animales, con el ambiente (Bové y Dufour, 2001).

La diversidad de los paisajes rurales y la riqueza de sus agroecosistemas representan un irrenunciable patrimonio social, cultural, ecológico y económico de las sociedades, y la multifuncionalidad es un elemento fundamental en las políticas agrícolas como parte de un nuevo paradigma de desarrollo rural para defender este patrimonio común. La multifuncionalidad reconoce las diferentes aportaciones de la agricultura a las sociedades urbanas e indus-

triales y permite orientarse hacia estrategias que incluyen el agroturismo; la conservación de paisajes rurales; la diversificación de actividades y cultivos; los productos locales y de calidad; la agricultura sustentable; nuevas formas de organización rural; apoyo a la agricultura familiar; e interacciones con consumidores urbanos (Van der Ploeg *et al.*, 2002). La agricultura es más que sólo la provisión de alimentos, fibras y materias primas, y desde la noción de multifuncionalidad se reconoce que la agricultura constituye una actividad capaz de satisfacer múltiples demandas sociales, como la protección de la biodiversidad, el mantenimiento de paisajes tradicionales, la producción de alimentos, la conservación del patrimonio cultural de un país o el mantenimiento de los espacios rurales (Licona, 2012).

Existe un relativo consenso respecto a las funciones que desempeña la agricultura y pueden agruparse en productivas, ambientales y sociales. Entre las funciones productivas podemos ubicar la producción de alimentos sanos, plantas medicinales, forrajes, materias primas y de artesanías; la generación de ingresos; el fortalecimiento de la economía familiar, local y regional; y las oportunidades de empleo. Entre las funciones ambientales están el mantenimiento del hábitat; la regulación climática; el reciclaje de desechos; la generación y conservación de suelo; la conservación, producción y provisión de agua; la preservación de biodiversidad y agrobiodiversidad; el cuidado de la fauna silvestre y la mitigación del cambio climático. Entre las funciones sociales están la reproducción de la familia y comunidad rural, la construcción de tejido social, las relaciones urbano-rurales, y las oportunidades para nuevas generaciones. Desde nuestra perspectiva resulta importante incluir también las funciones culturales de la agricultura, y seguimos a Bové y Dufour (2001) cuando señalan que la identidad, los conocimientos, los saberes y los vínculos sociales dependen de la agricultura y conforman lo agrocultural.

La crisis civilizatoria y sus efectos nos muestran que el crecimiento industrial, técnico y urbano incontrolado no sólo tiende a destruir toda vida en los ecosistemas locales, sino también a degradar la biósfera y a amenazar en última instancia la vida misma, incluida la humana. La crisis nos enseña al mismo tiempo que la amenaza mortífera es de naturaleza planetaria y en este sentido la conciencia ecológica es una componente esencial de la conciencia planetaria (Morin y Hulot, 2008). En el surgimiento de esta conciencia planetaria se desenvuelve la génesis de la sustentabilidad a partir de una amplia variedad de movimientos ciudadanos y sociales, que incluye entre otros,

a ecologistas, campesinos, indígenas, mujeres, pacifistas, consumidores y ciudadanos; quienes en diversos lugares del mundo han vivido y sufrido los efectos del desarrollo, y desde su práctica cotidiana y militancia social han cuestionado su pertinencia para la naturaleza y la vida humana del planeta. La génesis de la sustentabilidad responde a que el proceso de desarrollo está dando lugar a diversas manifestaciones de resistencia que se oponen a las políticas de globalización excluyente, y que pueden ser ubicadas en lo que Hessel (2011a) propone como un llamado urgente a la indignación y a la movilización ante una situación internacional inaceptable marcada por la pobreza, la desigualdad, el deterioro ambiental y la violación de los derechos humanos.

Estos nuevos movimientos globales, surgidos ante los graves problemas que plantea la globalización, han puesto en marcha un nuevo ciclo de movilizaciones orientadas hacia un nuevo paradigma político que persigue un tránsito de sistemas de democracia formal a procesos de democracia radical (Calle, 2005). Los movimientos hacia la sustentabilidad se expresan en la defensa de las estructuras comunitarias y locales de uso de recursos naturales ante la amenaza del mercado o del Estado y se expresan también contra la degradación ambiental y cultural y sus causas. Desde la perspectiva de la ecología política surgen conflictos ecológicos distributivos causados por el crecimiento económico y la desigualdad social; y dan cuenta de las resistencias locales y globales contra el abuso de la naturaleza y la pérdida de vidas humanas (Martínez Alier, 2006).

Los movimientos sociales rurales se desenvuelven teniendo como marco la crisis causada por el desarrollo neoliberal y su agricultura industrializada, que se extiende por el planeta intensificando la marginación en las culturas rurales, mientras la pérdida de la autosuficiencia alimentaria y de la agrobioidiversidad ocasiona el aumento del hambre y la desnutrición. Este modelo de desarrollo genera una crisis global que pone en riesgo a las poblaciones rurales, a los ecosistemas naturales, y a los alimentos, por tanto es cuestionada desde diferentes actores sociales rurales encaminados hacia la construcción de alternativas hacia la sustentabilidad. En esta búsqueda, sus esfuerzos se orientan a establecer articulaciones con movimientos sociales de muy diferentes tipos: ecologistas, consumidores, neorrurales, organizaciones sociales y no gubernamentales, con la perspectiva de construir acuerdos comunes con los habitantes de las ciudades. Los movimientos rurales proponen una nueva

relación entre la agricultura y la naturaleza valorada desde la multifuncionalidad rural, y más allá de la simple racionalidad económica; pero también proponen una relación equitativa entre ciudad y campo, donde las culturas rurales y sus formas de vida sean reconocidas y aceptadas (Morales, 2011). La crisis rural nos lleva como ciudadanos a realizar una acción continua orientada a dos tareas: la revitalización del campo y la rehumanización de las ciudades, ambas indispensables para el buen vivir (Hessel y Morin, 2011). Por ello los movimientos de consumidores responsables son una contraparte fundamental de la agricultura periurbana sustentable y constituyen compañeros básicos en la construcción de otro tipo de relaciones entre la ciudad y el campo.

Ante la crisis planetaria, la agricultura sustentable es una de las alternativas para que la humanidad cambie de rumbo ante la crisis, y por ello una política de salvación ecológica debe contemplar el desarrollo y la intensificación de la agricultura sustentable en todas las regiones del globo (Morin y Hulot, 2008). La agricultura sustentable constituye una de las soluciones a la crisis global dado que se preocupa tanto por el medio ambiente como por la alimentación, y generalizarla es una tarea ingente; para conseguirlo necesitamos el compromiso de los estados, las instituciones, las empresas y sobre todo de los ciudadanos (Hessel, 2011b). La agricultura sustentable contempla su articulación con otros ámbitos de la sociedad y atiende no sólo la problemática rural, sino también las demandas ciudadanas globales que buscan mayor disponibilidad y calidad en los alimentos, más cuidado de recursos naturales con atención al cambio climático y una mayor participación social en su derecho a una alimentación sana (Gliessmann, 2009). Ello significa la transformación de los sistemas agroalimentarios globales, que implican a casi todos los aspectos de la sociedad humana y van muy relacionados con la construcción del ambiente. Los sistemas agroalimentarios entonces son mucho más amplios que un cultivo, y su sustentabilidad atañe no sólo a los agricultores sino también a los consumidores y ciudadanos. La agricultura sustentable, de acuerdo con Gliessman (2009), es aquella que reconoce en su totalidad el sistema alimentario, la nutrición animal y producción de fibras en un balance equitativo entre el medio ambiente, la igualdad social y la viabilidad económica entre todos los sectores de la sociedad global, manteniendo una perspectiva intrageneracional.

El fortalecimiento de la agricultura periurbana, en su transición hacia la sustentabilidad, puede aportar múltiples funciones que van más allá de lo productivo y que dan respuesta a nuevas necesidades de las sociedades urbanas, tales como las funciones sociales, ambientales y culturales. La Unión Europea (2010) plantea que la agricultura periurbana aporta límite e identidad a las ciudades de las que forma parte, preservando su historia y los saberes desarrollados a través de un milenario proceso de coevolución entre los espacios rurales y urbanos, y puede actuar como conector verde entre espacios abiertos y urbanizados. La agricultura periurbana puede aportar notables contribuciones ambientales en torno al agua, la vegetación, el reciclaje y el clima, es además el resultado de la pervivencia y continuidad en la actividad agrícola, que ha generado un importante patrimonio cultural, material e inmaterial y que requiere su conservación y transmisión a las futuras generaciones. Puede continuar siendo un relevante productor de alimentos y materias primas de proximidad para consumidores cada vez más sensibles a los productos frescos, a la calidad y a la necesidad de reducir el gasto energético y ambiental del transporte, además de la posibilidad de conocer su origen y a su productor (Unión Europea, 2010). Por ello es fundamental reconocer el papel multifuncional de la agricultura al proporcionar diversos beneficios económicos, ambientales, sociales, culturales y en materia de recursos naturales, y reorientar las políticas públicas y las estructuras de incentivos para promover su transición hacia la sustentabilidad (IAASTAD, 2009).

Aproximaciones epistemológicas y estrategias metodológicas

Interdisciplina y ciencias de la sustentabilidad

La crisis civilizatoria significa también un profundo cuestionamiento a las ciencias y al papel que han jugado como sostén ideológico y tecnológico del modelo de desarrollo dominante, y mientras la ciencia convencional se encuentra inmersa en la crisis de la modernidad, la sustentabilidad enfrenta como uno de sus desafíos centrales la búsqueda de enfoques científicos complejos capaces de participar en la construcción de proyectos civilizatorios alternativos (Morales, 2011). Desde distintos ámbitos científicos y a partir de

diversas disciplinas, existe un intenso trabajo en la elaboración de elementos epistemológicos, conceptuales y metodológicos orientados hacia enfoques científicos alternativos y en la perspectiva de la sustentabilidad. Es en este esfuerzo donde se ubica el presente proyecto de investigación e intervención, y desde donde se desprenden sus principales nociones epistemológicas y sus estrategias metodológicas.

En esta búsqueda, una aportación relevante es el pensamiento complejo que trata de superar el conocimiento en mundos separados propios de la ciencia clásica para unir las partes a la totalidad, articulando los principios de separación y de unión, de autonomía y dependencia que se encuentran dialógicamente en el seno del universo (Morin, 1995). Así, mientras el paradigma de la simplificación impone el criterio de desunir y de reducir, el pensamiento complejo reúne y distingue. El pensamiento complejo trata con la incertidumbre y es capaz de concebir la organización; es apto para contextualizar y globalizar, pero al mismo tiempo para reconocer lo singular (Morin, 1995). Los principios del pensamiento complejo vuelven pertinente la interdisciplina en la medida en que traza una serie de pautas que consiguen un diálogo entre las diferentes disciplinas científicas en las que se ha dividido el conocimiento occidental moderno. La comprensión interdisciplinaria es un paso necesario para llegar a la complejidad, debido a que cumple con el objetivo de superar la fragmentación y encontrar la relación de contextualizar el conocimiento especializado en una cosmovisión más general de funcionamiento integrado y de situar el progreso lineal en la posibilidad de lo recursivo; es decir, de lo no lineal (Morales *et al.*, 2011).

La interdisciplina se realiza al buscar los parentescos entre los campos de estudio, generando procesos en que cada disciplina pueda exponer sus tesis y sus argumentos, así como complementar sus conceptos y categorías al romper prácticas unidisciplinarias. La interdisciplina se consolida practicando el trabajo en equipo con grupos formados por diferentes ciencias, buscando aplicaciones en problemas únicos y concretos, atreviéndose al error; y es la antesala para pasar de la dinámica de corto plazo, en la que está sumergida la ciencia, hacia el mediano y largo plazo. Es también parte necesaria para establecer un nuevo pacto entre el conocimiento, la sociedad y la naturaleza (Morales *et al.*, 2011). Esta aproximación responde a la necesidad de orientación y acción frente a ciertas situaciones y problemáticas sociales de complejo abordaje, como el tema de la sustentabilidad regional, donde

el enlace entre conocimientos morales, prácticos, técnicos, pragmáticos e institucionales es un requerimiento esencial (Hurni y Wiesmann, 2004). La construcción de enfoques científicos desde la perspectiva de la sustentabilidad demanda plantearse propuestas incluyentes, orientadas hacia un pluralismo epistemológico que reconozca la diversidad de saberes y conocimientos y la necesidad del diálogo entre ellos.

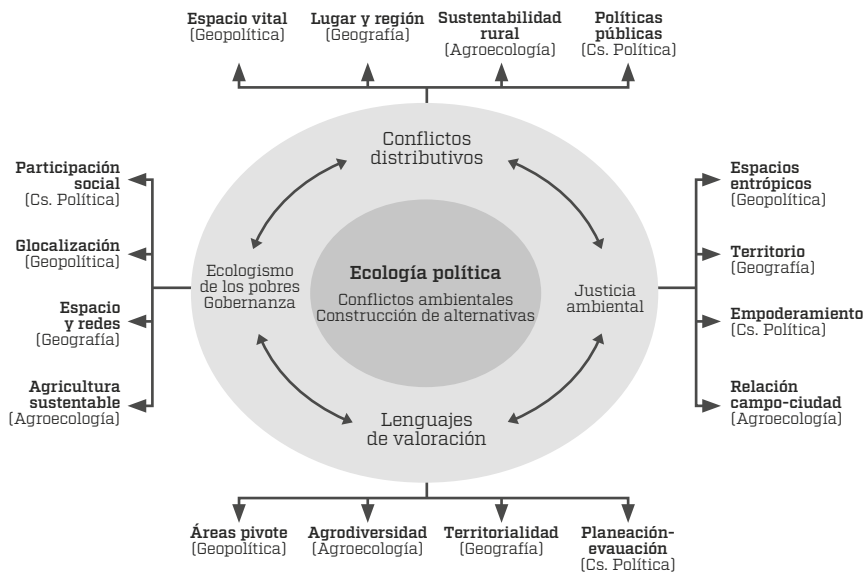
En esta perspectiva, aceptar la necesidad de contemplar diversas epistemologías y formas de conocimiento —es decir, el diálogo de saberes— lleva a considerar la participación de los diversos actores sociales en las decisiones acerca de los rumbos que lleva el desarrollo, y cuestiona a fondo el monopolio de políticos y científicos. Así, nuestro proyecto de investigación e intervención busca dialogar con otras formas de conocimiento, y supone el reconocimiento de racionalidades alternativas a la científica, matizando significativamente la noción de objetividad del saber científico y asumiendo la validez y pertinencia del saber popular. Sin embargo el planteamiento va más allá, y apunta hacia la construcción y reforzamiento de las identidades culturales y a la promoción de la diversidad epistemológica y cultural.

La problemática ambiental constituye el mayor reto y un profundo cuestionamiento para la ciencia contemporánea, porque representa una colosal amenaza a la supervivencia del planeta y de las sociedades humanas (Toledo, 1998). En respuesta se ha gestado un interesante fenómeno entre los diferentes campos de conocimiento como reacción al proceso general de especialización excesiva, y para detener y remontar la crisis ambiental, han aparecido más de una veintena de disciplinas híbridas, como formas interdisciplinarias y complejas para abordar la realidad en las cuales el enfoque adoptado es el resultado de la integración de la ecología con diferentes ciencias dedicadas a estudiar el universo social y humano. De la geografía se derivó la ecogeografía, la ecología del paisaje y la geografía ambiental; de la economía, la economía ambiental y la economía ecológica; de la antropología, la etnoecología, la antropología ecológica y la ecología cultural; de la urbanística, la ecología urbana y la ecología industrial; de la sociología, la ecología humana y la sociología ambiental; de la politología, la ecología política; y de la agronomía, la agroecología (Toledo, 1998).

La ecología política es el centro de nuestro trabajo interdisciplinario y nace como una ciencia compleja y hacia la sustentabilidad, que busca analizar los conflictos ecológicos y distributivos causados por el actual modelo

de desarrollo, y responde no sólo a la crisis de la naturaleza, sino a la necesidad de desarrollar una práctica política que incorpore la dimensión ecológica de la cual depende lo público (Martínez Alier, 2006). La apuesta de la ecología política, como nueva ciencia y nueva práctica, introduce a la naturaleza como fuente epistemológica, descentralizando el antropocentrismo y situando el pensamiento planetario como el sujeto/objeto de estudio en esa relación dialógica, recursiva y hologramática que formula el pensamiento complejo propuesto por Morin (2001). Con ello establece la necesidad de que la acción política ciudadana sea rural-urbana, y no centrada únicamente en lo urbano. La ecología política aporta a la presente investigación algunos de sus conceptos centrales: los conflictos ecológicos, la justicia ambiental, los lenguajes de valoración, los conflictos distributivos, la gobernanza y el ecologismo de los pobres (véase figura 1).

Figura 1: Disciplinas y conceptos relacionados con la ecología política y los conflictos ambientales.



Fuente: Elaboración propia.

Entre las ciencias de la sustentabilidad, que junto con la ecología política apoyan los procesos desde el ecologismo de los pobres, se ubican la etnoecología, la economía ecológica, la ecología urbana y la agroecología; muestra de ello son las redes de agricultores, científicos y ciudadanos orientadas a la agricultura sustentable, la conservación *in situ* de la biodiversidad, la agrobiodiversidad y la seguridad alimentaria (Martínez Alier, 2006). La agroecología se asume como una ciencia compleja basada en la transdisciplina, y que busca atender a la crisis rural a través de sistemas de agricultura sustentable (Sevilla Guzmán, 2006). Reconoce entre sus raíces fundacionales a la práctica agrícola realizada por las culturas rurales a través de la historia, y cuestiona los postulados de la ciencia agrícola convencional respecto al método científico como la única forma de conocimiento; por ello otorga un papel central al conocimiento campesino como un elemento básico del potencial endógeno, y como punto de partida y componente de las estrategias de agricultura sustentable. La agroecología aporta a nuestra investigación conceptos fundamentales como agrodiversidad, agricultura sustentable y multifuncionalidad en la búsqueda de la sustentabilidad rural.

La matriz metodológica y sus estrategias

El abordaje de la problemática ambiental en la ZMG requiere de disciplinas científicas, pero también de saberes más generales y populares situados en un contexto de cambio socioambiental que se caracteriza por ser vertiginoso. Ante un escenario de incertidumbre, uno de los desafíos del proyecto ha consistido en acotar el campo de investigación-intervención con base en las capacidades del equipo disponible (humano, material y financiero) y diseñar esquemas flexibles que ante coyunturas necesarias logren vincular conocimientos y recursos que potencien el impacto del trabajo. La organización de las disciplinas y conceptos utilizados para el abordaje de esta investigación tiene como centro la ecología política, los conflictos ambientales y la construcción de alternativas. La figura 1 ilustra las disciplinas y sus respectivos conceptos que han sido empleados en esta etapa de investigación: agroecología, geografía, geopolítica y ciencia política.

El proceso seguido en el desarrollo de esta investigación también ha sido guiado y reorientado por actividades de intervención universitaria, acompañando el trabajo que realizan organizaciones sociales y aprendiendo de sus planteamientos y necesidades, compartiendo avances de investigación y dis-

cutiendo con ellos la posibilidad de incidencia en la problemática ambiental y en la agenda pública. Así, la investigación es complementada y retroalimentada por la intervención con organizaciones y redes sociales. Lo más frecuente es la realización de actividades y eventos en conjunto; asesorías temáticas en agricultura sustentable, gestión del agua y organización social; intervención formativa mediante cursos, talleres y seminarios; fortalecimiento organizacional y vinculación con otros grupos o redes; asesoría y formación para la exigibilidad de derechos ambientales; y ejercicios de planeación estratégica. La asesoría y formación se desarrollan de manera simultánea, mediante el intercambio de experiencias y el diálogo de saberes.

El proyecto se estructura a partir de una matriz metodológica, desde la cual se desarrollan distintas estrategias metodológicas de acuerdo a los diferentes procesos que en la región de trabajo generan los conflictos ambientales y también sus alternativas. Para la construcción colectiva de esta matriz fue necesario el ejercicio interdisciplinar desde las siguientes bases: a) diálogo de dos o más ciencias en torno a una situación u objeto concreto; b) intercambio de conceptos disciplinares y definición de conceptos comunes; c) acercamiento y diálogo con la sociedad civil involucrada en conflictos ecológicos; d) diálogo con conocedores del tema (académicos, investigadores, activistas, instituciones); e) transferencia de métodos y construcción de un método común de investigación; f) creación de un sistema de intercambio de datos, observables y mapeo; g) definición de ámbitos para la intervención en conflictos ecológicos; h) construcción de alternativas hacia la sustentabilidad (Morales *et al.*, 2011).

La perspectiva interdisciplinar fue la base para fundamentar tres elementos centrales de este proceso que conjunta investigación e intervención: la definición del campo y las preguntas de investigación, la identificación de los procesos generadores de conflictos ambientales y alternativas, y la aproximación a la región de estudio (Morales, Velázquez y Ochoa, 2012). A partir de los avances de investigación se fue configurando una categoría de análisis que aquí llamaremos *procesos generadores de conflictos y alternativas*, los cuales se desagregan en observables e indicadores interdependientes y complementarios para explicar la problemática regional del agua y de la agrodiversidad, así como sus alternativas hacia la sustentabilidad, donde se evidencia la multifuncionalidad de la agricultura desde indicadores precisos e interrelacionados. El acercamiento a la región en compañía de organizaciones sociales, afectados ambientales y conocedores del tema, además de

un mapeo de conflictos ambientales mediante aproximaciones sucesivas a la región de estudio, permitió avanzar en la definición de tres procesos generadores, a partir de la interrelación de conceptos de la ecología política con la agroecología, la geografía, la geopolítica y las ciencias políticas. Así, el análisis de conflictos ambientales y sus alternativas hacia la sustentabilidad se realiza a través de procesos generadores, que presentan un carácter dialógico y complejo a partir de la interdependencia que existe en sus observables e indicadores. La construcción o definición de éstos es resultado del análisis de la realidad y de la sistematización de algunos conflictos ambientales en la región de estudio, son producto del diálogo con conocedores de la problemática y se delimitaron en función de los recursos humanos y materiales disponibles para el desarrollo de la investigación.

El primer proceso generador corresponde al uso y manejo del agua y contiene tres observables: distribución y uso equitativo del agua, uso eficiente del agua y gestión del ciclo hidrológico regional. El segundo proceso atiende a las relaciones ciudad-campo y tiene cuatro observables: cambio de uso del suelo, agrodiversidad, uso del agua en el campo y manejo del suelo. Este proceso constituye el eje principal del presente texto, por ello en el siguiente apartado se analizará a detalle. El tercer proceso es la gestión pública y social, que atiende de manera transversal a los dos procesos anteriores y consta de tres observables: programas y políticas referidas al agua y a la agricultura, gestión social, transparencia y rendición de cuentas (*cfr. Velázquez et al., 2012*).

Cada proceso conjunta variables, alusiones e indicadores que de manera recurrente están presentes en el discurso de los involucrados en las situaciones de conflicto analizadas, o bien, forman parte de las narrativas sociales que han sido apropiadas. Estos procesos generadores permiten el análisis y sistematización de conflictos ambientales y sus alternativas como fenómeno dialógico. Cada uno de los observables contiene atributos hologramáticos; es decir, independientemente de la escala (local, regional, estatal), los procesos generadores mantienen su coherencia, interdefinición y recursividad organizacional. En esta relación conceptual, conflictos y alternativas se complementan; a la vez que intervienen y dinamizan la organización del territorio, las instituciones, las sociedades y sus formas de hacer agricultura, de usar y manejar el agua (*Velázquez et al., 2012*).

Las relaciones ciudad-campo

Las relaciones entre ciudad y campo constituyen uno de los tres procesos generadores de conflictos y de alternativas en la región, y el trabajo de investigación e intervención se estructura a partir del diálogo interdisciplinar de la agroecología con otras ciencias que desde una perspectiva espacial más amplia atienden a la sustentabilidad regional y a las relaciones con los espacios urbanos (véase figura 1). En la génesis de la agroecología confluyen tanto las ciencias sociales y naturales como los actores sociales rurales, así como las prácticas agrícolas tradicionales; ello le da un carácter original a esta ciencia, donde se articulan los conocimientos de diversas culturas acerca de la agricultura con las demandas y luchas de movimientos sociales por modificar el desarrollo, y con los intentos desde las ciencias alternativas por buscar soluciones a la actual crisis en el medio rural. La agroecología puede ser entendida como un enfoque científico destinado a apoyar la transición desde los actuales modelos de desarrollo y agricultura convencionales hacia estilos de desarrollo rural y de agricultura más sustentables (Caporal y Costabeber, 2002).

En la actual etapa del proyecto nos enfocamos al acompañamiento y fortalecimiento de las experiencias de agricultura periurbana que pueden ser reconocidas como alternativas locales a las desequilibradas e inequitativas relaciones entre la ciudad y el campo. Los principales componentes de las alternativas son, en primer término, los sistemas de agricultura sustentable, cuyos elementos son la multifuncionalidad de la agricultura, las prácticas sustentables de manejo, la agrobiodiversidad, la agricultura familiar y la diversidad de paisajes rurales. Un segundo componente de las alternativas se refiere a las nuevas articulaciones entre ciudad y campo y sus elementos son la diversidad de mercados locales y regionales, los vínculos entre agricultores y consumidores, y las políticas públicas para agricultura periurbana. El tercer componente es la articulación y escalonamiento de las experiencias, que comprende la evaluación de la viabilidad de las experiencias; los mecanismos de relación y vinculación entre ellas; y los procesos de acompañamiento, asesoría y fortalecimiento de las alternativas locales.

En el enfoque metodológico de la agroecología tienen un papel central los conocimientos y las experiencias de los productores locales, especialmente de aquéllos con una larga presencia histórica, por ello la agroecología reconoce en la investigación participativa un principio básico, y el diálogo de saberes

se vuelve entonces un objetivo fundamental de la investigación agroecológica (Toledo y Barrera, 2008). A partir de estos fundamentos de la agroecología, la estrategia en nuestro trabajo de investigación contempla una variada serie de herramientas como las entrevistas abiertas, los intercambios de experiencias, los recorridos de campo, los transectos, las entrevistas semiestructuradas, los talleres, los testimonios y las visitas a fincas. Es en este proceso de investigación e intervención universitaria donde hemos recabado información que nos ha permitido analizar los sistemas de agricultura sustentable, su multifuncionalidad, sus prácticas de manejo y su agrobiodiversidad. En el presente texto damos cuenta de algunos avances acerca de las distintas funciones productivas, ambientales, sociales y culturales que las experiencias alternativas de agricultura periurbana desempeñan en la sustentabilidad regional.

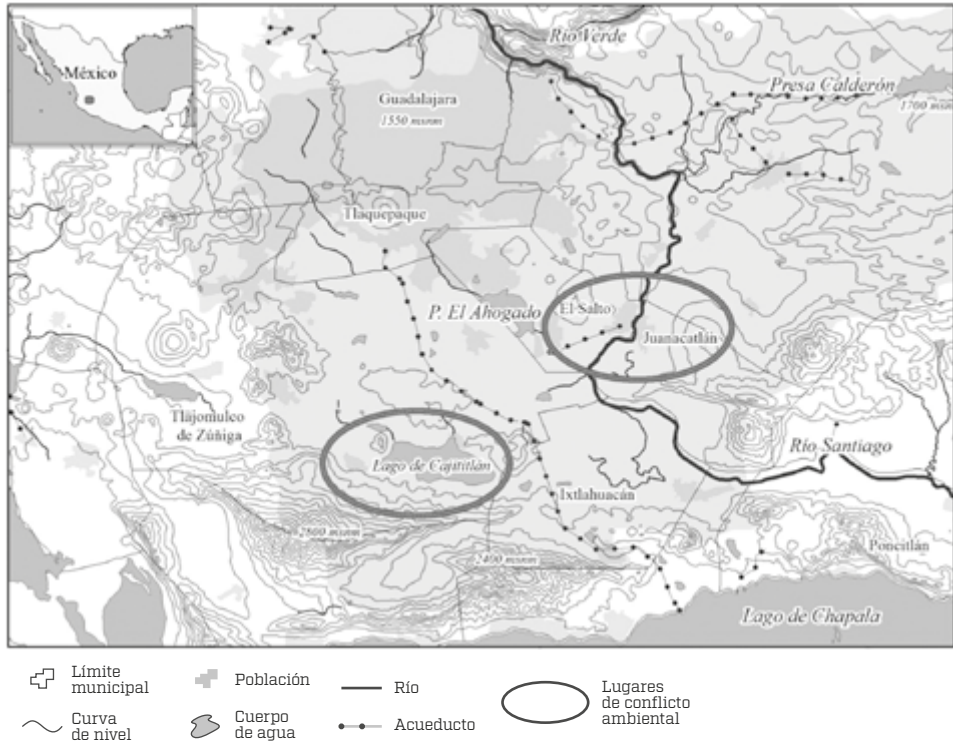
La región de trabajo

El proyecto se lleva a cabo en un espacio ubicado en el centro del estado de Jalisco, como parte de la subcuenca del río Santiago-Guadalajara. Esta región abarca desde la zona metropolitana de Guadalajara hasta la ribera norte del lago de Chapala; se incluye el río Santiago y las subcuencas tributarias, las áreas rurales y de cultivo, así como zonas industriales y la zona metropolitana. Es un lugar que atraviesa por una grave crisis ambiental, resultado de procesos generadores de problemas ecológicos y de formas inadecuadas de gestión de los recursos naturales que llevan a situaciones de insustentabilidad e ingobernabilidad. El desarrollo de las funciones metropolitanas, la concentración poblacional, el crecimiento urbano e industrial desordenado, las deficiencias en infraestructura para aguas residuales y manejo de residuos municipales e industriales, la agricultura industrializada, la falta de capacidades e instrumentos institucionales para atender problemas ambientales, y el fomento a un modelo de aprovechamiento intensivo de recursos, han generado una compleja problemática ambiental de alcance regional.

Los problemas ambientales en la región reúnen una variedad de dimensiones que conforman conflictos sociales, situaciones de ingobernabilidad, deterioro de la calidad de vida y exclusión, por ello es necesario un acercamiento conceptual y metodológico que reconozca y de cuenta de esta complejidad, generando un conocimiento interdisciplinar, que sea pertinente y permita

el desarrollo de alternativas. La región ilustra con evidencias, los nacientes y diversos esfuerzos de los actores sociales, por construir alternativas a la problemática que sufren, y en medio de un contexto político y económico

Mapa 1: Región de trabajo y lugares de conflicto ambiental



muy adverso los habitantes de la región, han logrado hacer pública su situación y han atraído diversos movimientos sociales y organizaciones locales, nacionales e internacionales (Velázquez *et al.*, 2011).

La investigación e intervención llevan como propósito acompañar a los actores sociales que en dichos lugares trabajan en la construcción de alternativas, particularmente las relacionadas con el agua, la agrodiversidad y la gestión pública y social. Desde esta perspectiva, la definición de la región de estudio fue configurándose con base en un ejercicio de discusión interdisciplinar y sucesivos acercamientos desde el análisis de conflictos ambientales, sus

procesos generadores y la presencia de organizaciones sociales involucradas en la construcción de alternativas (*cf.* Morales *et al.*, 2011). El resultado es una región de estudio como contexto donde suceden conflictos ambientales, entre los que destacan los casos de El Salto-Juanacatlán y la ribera de Cajititlán. Estos lugares se distinguen por tener un particular escenario social, ambiental, productivo e institucional donde interactúan diversos actores sociales, algunos de los cuales promueven alternativas y exigen soluciones a la problemática ambiental. Las organizaciones sociales con las que ha trabajado el programa de Ecología Política son principalmente: Red de Cajititlán por un Lago Limpio, Ecocuexco, Un Salto de Vida, Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias y el mercado agroecológico El Jilote.

Procesos regionales: relaciones ciudad-campo, uso y manejo del agua y gestión pública y social

La urbanización ha sido un proceso fuera de control en la ZMG. Los impactos ambientales de la ciudad se trasladan al entorno periurbano y rural desde hace varias décadas y se corre el riesgo de que este modelo inequitativo se perpetúe a futuro, particularmente en el caso del agua y de la agricultura (tabla 1). El proceso de urbanización y crecimiento poblacional ha sido acelerado y se prevé que esta ciudad continúe concentrando una mayor población porque no hay políticas que promuevan una mejor distribución demográfica en el territorio. Mientras que la mayoría de los 125 municipios que conforman el estado de Jalisco presentan una tendencia a perder población, la ZMG creció 47% en el periodo de 1990 a 2010. Los municipios que han crecido relativamente más rápido extendiendo su superficie urbanizada son Tlajomulco de Zúñiga e Ixtlahuacán de los Membrillos, los cuales casi duplicaron su población en sólo cinco años.¹

La expansión de la ciudad y parques industriales se vierte sobre zonas productoras de alimentos en la ZMG y su área periurbana, transformando la dinámica productiva, social y económica con la falsa promesa de mejorar las condiciones del entorno social y ambiental. El crecimiento de asentamien-

¹ Considerando como área de estudio los municipios de Tlaquepaque, Tlajomulco de Zúñiga, Ixtlahuacán de los Membrillos, El Salto, Juanacatlán y Poncitlán, su población total alcanza 1'265,652 habitantes, equivalente a 28% (4.4 millones) de la población que habita en la urbe.

tos humanos pobres (regulares e irregulares) se muestra como un fenómeno complejo y difícil de controlar. Aunque no se puede establecer una correlación directa, los municipios que han sido más transformados por la industria y la urbanización también registran los porcentajes más altos de pobreza (Tlaquepaque, El Salto y Poncitlán); asimismo, los indicadores de desarrollo municipal muestran una relación inversa entre desarrollo económico y medio ambiente: El Salto, segundo lugar en desarrollo económico (después de Guadalajara), ocupa el lugar 119 en medio ambiente; en contraste con Juanacatlán, que tiene el lugar 55 en desarrollo económico y el 53 en medio ambiente (Coepo, 2012; Coneval, 2011).

Tabla 1: Crecimiento poblacional en los municipios de la región de estudio

Municipio	Superficie km ²	Población 1990	Población 2005	Población 2010	Tasa de crecimiento			Crecimiento absoluto 2005-2010	Crecimiento relativo 2005-2010
					1990- 2010	2000- 2010	2005- 2010		
Ixtlahuacán de los Membrillos	179.39	16,674	23,420	41,060	4.55	6.41	12.82	17,640	75.3
Juanacatlán	118.51	10,068	11,902	13,218	1.35	1.11	2.28	1,316	11.1
Poncitlán	301.08	32,259	43,817	48,408	2.02	1.66	2.16	4,591	10.5
El Salto	113.18	38,281	111,436	138,226	6.54	5.01	4.74	26,790	24.0
Tlajomulco de Zúñiga	673.31	68,428	220,630	416,626	9.32	12.48	14.63	195,996	88.8
Tlaquepaque	120.11	339,649	563,006	608,114	2.92	2.44	1.67	45,108	8.0
Total	1,505.58	505,359	974,211	1,265,652				291,441	

Fuente: COEPO, 2012; IIT, 2008.

En la agricultura regional se observa un ligero descenso en la superficie destinada a esta actividad, sin embargo, la situación es distinta en cada uno de los municipios; así por ejemplo, Poncitlán e Ixtlahuacán han ampliado su frontera agrícola, mientras Tlajomulco muestra una dramática pérdida de superficie productiva a causa de la urbanización y cambios de uso de suelo; mientras que en el caso de El Salto y Juanacatlán, la superficie agrícola prácticamente permanece igual. La agricultura industrial presenta un comportamiento más dinámico a partir del aumento en superficies de riego y con una mayor presión sobre los usos del agua. El impacto de la agricultura industrial se refleja directamente en la pérdida de la agrodiversidad a partir del monocultivo, las semillas híbridas y transgénicas, la simplificación de

los agroecosistemas y la reducción de la agrobiodiversidad, lo cual favorece un deterioro continuo y sistemático de los recursos naturales, atentando además contra la diversidad regional a través de la homogeneización de los espacios rurales (Ochoa *et al.*, 2010). A pesar de su disminución en superficie, las actividades agrícolas todavía continúan ocupando un porcentaje significativo de la superficie municipal y es evidente que a pesar del avance de la urbanización la agricultura sigue presente y conforma todavía el eje del paisaje rural en la región (Ochoa *et al.*, 2010).

El uso y manejo del agua se traduce en un descuido de los recursos hídricos superficiales y subterráneos que, aunado a inapropiados cambios de uso de suelo y falta de planeación, han obligado a la ciudad a buscar nuevas fuentes de abastecimiento de agua cada vez más lejanas porque ya se agotaron las alternativas que tenían cerca o están contaminadas y, además, no existe la posibilidad de reutilizar las aguas que empiezan a ser saneadas en las plantas de tratamiento que se están construyendo.² El agotamiento de los acuíferos aledaños a la urbe, a un ritmo de 158 hm³/año, compromete seriamente el abastecimiento de un tercio de la población urbana y la totalidad de las comunidades periurbanas que se abastecen totalmente de aguas subterráneas, igual que la mayor parte de la agricultura de riego y la ganadería que se desenvuelve en esta región. Se proyecta que la situación será más grave hacia el año 2030, esperando ecosistemas sujetos a un mayor estrés hídrico, mayor vulnerabilidad socioambiental a riesgos y aumento de conflictos por el agua (Conagua, 2011). En este escenario, la gestión del agua ocurre ya en una tensa dinámica de competencia entre usuarios e incluso en términos de negociación política para el reparto de agua entre las cuencas Lerma-Chapala y Verde-Santiago (López y Ochoa, 2012).

El deterioro ambiental en la región de estudio genera situaciones de creciente conflictividad socioambiental en un escenario de exclusión y margi-

² Se espera que las aguas ya tratadas favorezcan la construcción de un mercado para reusar el agua en actividades agrícolas e industriales, disminuir la extracción de agua subterránea y reducir a más de la mitad el costo económico de producción. El Siapa considera que hay siete zonas dentro de la ciudad que tendrían una demanda potencial total de 475 las de aguas tratadas; se espera también que un volumen parcial, todavía no definido, pueda ser comercializado para áreas de riego y parques industriales (Siapa, 2011).

nación social que afecta a cientos de miles de personas.³ Las familias más pobres, particularmente las que viven en la zona periurbana o rural, enfrentan serias carencias para proveerse de alimento y de agua, mientras que la irresponsabilidad desde la gestión pública se colude con el deterioro generalizado del medio ambiente. Las carencias sociales se agravan en los municipios con mayor crecimiento urbano, aquellos que fueron importantes productores de alimentos frescos: Tlajomulco y Juanacatlán. Los municipios con menor producción agropecuaria son El Salto y Tlaquepaque, que reportan indicadores de medio ambiente muy bajos y cero unidades de gestión ambiental para la conservación. Aquellos municipios donde se ha asentado la industria tienen ingresos económicos por debajo de la línea de bienestar (El Salto y Tlaquepaque) y, sin embargo, los indicadores de valor agregado reportan altos ingresos per cápita. La cantidad de población que en el 2010 vivía en situación de pobreza sumaba un total de 463 mil personas, equivalente a 36% de la población total de los seis municipios señalados en el cuadro 1, los cuales comparten la subcuenca Santiago-Guadalajara del río Santiago.

Los ecosistemas mejor conservados que restan alrededor de la ZMG están todos sujetos a una fuerte presión especulativa, particularmente el corredor sierra de La Primavera-Cerro Viejo, la barranca del río Santiago y las riberas del lago de Chapala y el lago de Cajititlán (Velázquez *et al.*, 2012). Por otro lado, existe un conjunto de organizaciones y movimientos sociales autodefinidos como *ambientales* o *en resistencia* que buscan alternativas a la crisis que ya afecta sus formas de vida y compromete el futuro de lugares como la ribera del río Santiago y la cuenca del lago Cajititlán. Los procesos socioorganizativos que van surgiendo desde las comunidades de afectados ambientales, en El Salto, Juanacatlán y la ribera del lago de Cajititlán, emergen por la confluencia de elementos como el deterioro ambiental, la afectación a sus condiciones laborales y de salud, y el deterioro de la calidad de vida. Estos procesos inician con una débil organización, socializando la percepción y afectación de los problemas para implementar acciones inmediatas o, bien, para plantear o exigir soluciones, desde su visión de las causas; la percep-

³ Los afectados ambientales por aguas superficiales contaminadas en la ribera del río Santiago y algunos de sus tributarios suman alrededor de 209 mil personas que viven cerca de la ribera.

ción de quién o quiénes son los responsables de su resolución y las formas de llevarla a cabo.

En el desarrollo de los procesos se generan una serie de acciones con métodos y visión de lo que se quiere lograr; además, el carácter procesual no siempre se da en ascenso, sino que existen momentos de inactividad en latencia así como de intensa actividad; pero se va conformando sentido, significado e identidad como colectivo. Dentro de la región de estudio se han desarrollado diversos procesos sociales, con visiones, estrategias de visibilización y empoderamiento diversificadas. A pesar de encontrarse en la misma cuenca, separados por tan sólo 20 kilómetros, comparten algunas coincidencias como: el cuestionamiento del modelo económico imperante, particularmente por la forma como se concibe la naturaleza y las relaciones que se establecen con ella; la desconfianza y falta de credibilidad en las instancias gubernamentales; la necesidad de sensibilizar e informar a la ciudadanía de la problemática ambiental y la forma como ésta repercutirá con el tiempo en sus condiciones de vida. Los conflictos se presentan por el agua y agrobiodiversidad desde una visión local y regional, además de que establecen en diferente dimensión e intensidad alianzas y relaciones desde el ámbito nacional e internacional. Lo que resulta esperanzador es que también se bosquejan formas alternativas, acciones y proyectos que demuestran otra visión de lo que debe ser la relación de la sociedad con la naturaleza, que se concretan en las unidades de producción de conocimiento al re-conocer la multifuncionalidad de la agricultura ecológica y, por lo tanto, son encaminadas a potenciarla.

Avanzando hacia las alternativas en la agricultura periurbana

Los actores sociales y las alternativas

Las actividades agrícolas tienen una presencia ancestral debido a las buenas condiciones climáticas, de suelo y de agua en la zona donde se asentó y desarrolló la ciudad de Guadalajara, lo que ha favorecido el aprovechamiento de la amplia diversidad ecológica. A partir de esta historia agrícola se sentaron las bases para una agricultura diversificada, de policultivos y con un uso moderado de los recursos naturales que durante mucho tiempo facilitó la alimen-

tación de los pobladores locales y permitía el comercio de algunos excedentes hacia la ciudad. Estos rasgos permanecen aún y son especialmente evidentes en la agricultura tradicional todavía practicada en algunas comunidades de la región. La agricultura ha formado a lo largo del tiempo parte de la identidad de los habitantes de la región, y constituye un elemento significativo de su universo simbólico y cultural. Los impactos del desarrollo distorsionado de la ZMG son palpables y se evidencian en las desequilibradas relaciones entre la ciudad, el campo y los espacios naturales. La urbanización fragmenta, arrincona y desaparece los espacios rurales, mientras que la industrialización de la agricultura significa la modificación de la diversidad rural mediante el monocultivo, los invernaderos, las semillas híbridas y transgénicas, el riego intensivo, los fertilizantes químicos, los plaguicidas y los combustibles fósiles.

En coherencia con la tendencia global y nacional, los actores sociales rurales de Jalisco llevan a cabo diferentes estrategias para defenderse de estas amenazas y conservar su cultura, sus recursos naturales y su forma de vida. Entre estas estrategias juega un papel relevante la búsqueda de la sustentabilidad en las actividades agropecuarias, y es notable el continuo crecimiento de la superficie dedicada a cultivos manejados desde la agricultura sustentable, donde buena parte de los agricultores son pequeños y medianos dedicados al autoconsumo familiar y al comercio local. Este crecimiento contempla también a las redes de agricultores y consumidores; a las crecientes agriculturas urbanas y periurbanas; y a los colectivos que impulsan las alternativas de certificación participativa, el consumo local y el comercio justo.

Ante la crisis crecen en Jalisco las experiencias orientadas hacia agriculturas más sustentables, llevadas a cabo por diferentes actores sociales: campesinos, mujeres, indígenas, neorrurales, ambientalistas y consumidores urbanos, acompañados por organizaciones de la sociedad civil y algunas universidades. Al paso del tiempo y en un entorno muy adverso estas experiencias han demostrado su viabilidad económica, social y ambiental y están diseminadas por todo el estado, con una presencia más relevante en el sur y la costa sur, en los municipios periurbanos de la ZMG y en la ribera de Chapala; así, el escenario en la región de trabajo da cuenta de experiencias que integran agricultura periurbana sustentable, transformación de productos, comercio justo y desarrollo local, y al igual que en el resto de México, los avances en la transición hacia agriculturas más sustentables se iniciaron con los campesi-

nos; posteriormente se han articulado con movimientos sociales más amplios, involucrando con ello a los habitantes urbanos y a la sociedad civil.

La multifuncionalidad de la agricultura periurbana sustentable

Las inequitativas relaciones entre campo y ciudad constituyen uno de los procesos que generan conflictos ambientales en la región de trabajo, y la construcción de alternativas hacia la sustentabilidad atraviesa necesariamente por establecer otro tipo de articulaciones entre la ciudad y sus entornos rurales. En este proyecto, a través del trabajo de investigación e intervención, se busca fortalecer los esfuerzos de los actores locales por construir alternativas hacia la sustentabilidad regional, y hemos definido a los sistemas de agricultura sustentable como uno de los componentes principales para la transición hacia otro tipo de relaciones entre la ciudad y el campo, y entre los atributos centrales de estos sistemas de agricultura sustentable se encuentra su multifuncionalidad. En torno a las zonas de conflicto ambiental, y también en otras zonas de la región de trabajo, se ha podido elaborar un diagnóstico preliminar de experiencias de agricultura periurbana y sustentable, y a partir de ello el proyecto ha acompañado a algunas de ellas, con formación campesino a campesino, diálogo de saberes y tecnologías agroecológicas, la comercialización de productos, la formación de actores locales, y el impulso de procesos sociales y organizativos. De esta manera se construyen y amplían a nivel regional relaciones de vinculación entre ellos —como el trabajo que realiza la Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias— y con otros actores —por ejemplo, con consumidores urbanos que impulsan los mercados ecológicos y la certificación participativa, en el caso del mercado agroecológico El Jilote.

A manera de ilustración, nos detendremos brevemente en cuatro casos que muestran las funciones productivas, ambientales, sociales y culturales de la agricultura periurbana y que dan cuenta de la existencia de alternativas sustentables que provienen de los actores sociales locales. Las experiencias y sus alternativas están allí y el análisis de su multifuncionalidad da cuenta de que contienen importantes aportaciones a la sustentabilidad regional.

Una experiencia en el municipio de Juanacatlán

Esta experiencia de agricultura familiar lleva ya 18 años trabajando en un predio de 4.8 hectáreas ubicado en el municipio de Juanacatlán, Jalisco, en una zona de graves conflictos ambientales por la contaminación del río Santiago y el crecimiento de la urbanización e industrialización. En septiembre de 2012 el rancho obtuvo la certificación como agricultura orgánica, mediante un proceso de certificación participativa. En esta parcela hay una notable agrodiversidad y se siembra maíz, frijol, calabaza, cilantro, cebolla, lechuga, rábano, col, acelga, espinaca, zanahoria, nopal y linaza; usa como fuente de agua las lluvias de temporal y agua subterránea. Para mantener y conservar la fertilidad de su suelo se aplican composta, foliares y caldos sulfocálcicos, y se maneja la rotación y asociación de cultivos para la fijación de nutrientes. La producción obtenida sirve para autoabastecimiento y comercialización. Sus familiares colaboran con él, su hijo lo ayuda en el trabajo de campo; y su esposa e hija, en actividades de transformación. Cuando es necesario contrata mano de obra local, además, como familia forman parte de proyectos comunitarios y son fundadores del Círculo de Producción y Consumo Responsable, la RASA, el mercado agroecológico El Jilote y la organización civil Un Salto de Vida.

Esta experiencia cumple con las funciones ambientales de conservar la agrodiversidad, conservar la fertilidad de los suelos, captar y conservar agua, capturar carbono y evitar externalidades como contaminación de agua y suelo en la zona. En la función productiva, abastece alimentos básicos locales certificados, evita intermediarios ya que vende directamente al consumidor, diversifica sus ingresos y vive de la agricultura ecológica. Respecto a la función social, se incluyen miembros de la familia y mano de obra local, han logrado la autosuficiencia alimentaria y sus actividades contribuyen al fortalecimiento de las redes entre agricultores y consumidores y las relaciones entre campo y ciudad, forma tejido social por la participación en proyectos comunitarios y capacita a los agricultores de la región. Las funciones culturales identificadas son la conservación de variedades tradicionales de semillas, el rescate de conocimientos y técnicas tradicionales de agricultura, la apertura de espacios para la enseñanza sobre agricultura ecológica, y el rescate de la espiritualidad que conlleva la relación armónica con la naturaleza.

Una experiencia en el municipio de El Salto

En el municipio de El Salto, Jalisco, una zona con un entorno ambiental y social muy degradado por la contaminación de la cuenca del río Santiago, se ubica esta experiencia que lleva 5 años trabajando con agricultura ecológica en un predio de 4.7 hectáreas certificado como orgánico en 2012. En la granja se cultiva gran agrobiodiversidad y se siembran lechuga, maíz, limón, membrillos, granada, níspero, guayaba, plátano, lima, mango, fresa, zarzamora, durazno, chile, berenjena, betabel y jamaica; también se crían borregos, gallinas, yeguas, vacas, puercos, conejos, patos, mojarra, tilapia, bagre y carpa. Se riega por aspersión y manualmente, con agua proveniente de captación pluvial y subterránea. Se usa composta, harina de rocas, zacate seco, estiércol de animales y foliares para mantener y conservar la fertilización de sus suelos. Trabajan en la granja seis personas, tres son familiares que se dedican a las actividades de transformación y comercialización; las otras tres son mujeres de la localidad que realizan trabajo de campo. Participan en proyectos como el mercado agroecológico El Jilote, del cual han sido fundadoras, e imparten talleres comunitarios de semillas. Una parte de la producción es para autoabastecimiento y la otra para venta en mercados locales.

Las funciones ambientales identificadas son la conservación de la agrobiodiversidad, el rescate y mejoramiento de hortalizas, la conservación de la fertilidad de los suelos, la captación y cuidado del agua, la diversificación del paisaje y aporte de microclima en la zona, refugio de avifauna, y la evitación de externalidades como contaminación de agua y suelo en la zona. En sus funciones productivas encontramos la producción de hortalizas sanas frescas y proteína animal de calidad, la diversidad de fuentes de ingresos, y la venta directa al consumidor. Como función social reconocemos la inclusión de los miembros de la familia y de mano de obra local, el fortalecimiento de las relaciones entre campo y ciudad, así como la formación de tejido social por medio de la participación en proyectos comunitarios y capacitación en la producción de semillas y hortalizas ecológicas. Las funciones culturales son la apertura de espacios abiertos para la enseñanza de la agricultura ecológica, el rescate y difusión de una relación armónica con la naturaleza y el ofrecimiento de una nueva posibilidad de vida en la zona.

Una experiencia en el municipio de Ixtlahuacán de los Membrillos

Esta experiencia de agricultura familiar desde hace 8 años realiza su trabajo en 4 hectáreas ubicadas en el municipio de Ixtlahuacán de los Membrillos, Jalisco. El rancho cuenta con certificación orgánica y cultiva una amplia agrodiversidad que incluye maíz, frijol, zanahoria, lechuga, cebolla, rábano, cilantro, perejil, jitomate, betabel, calabaza, cacahuete, trigo, garbanzo, chayote, girasol, avena, limón, guayaba, membrillo, naranja, tomate de milpa, chile, alfalfa, nopal, plátanos, chaya y plantas medicinales; además cría gallinas, caballos y abejas. Usa el agua de lluvia de temporal, de captación y de pozo para sus cultivos con riego por goteo y rodado. Mantiene la fertilidad de sus suelos aplicando rotaciones y asociación de cultivos, abonos verdes, lombricomposta, estiércol y abonos foliares; también, ha implementado terrazas, nivelación, surcos en contorno, callejones con vegetación y el uso de ciclos lunares. Con él, trabaja su esposa, quien se encarga de organizar y administrar el rancho, y un trabajador local que lo apoya con mano de obra. Lo que produce es de autoconsumo y lo demás lo comercializa en mercados locales. Es fundador de la Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias y del mercado agroecológico El Jilote.

Identificamos las funciones ambientales de conservación de la agrodiversidad, captación y conservación de agua, conservación de la fertilidad del suelo, y reforestación; además, se evitan externalidades por contaminación de agua y suelo en la zona. Sus funciones productivas son la producción de alimentos agroecológicos, la diversidad de fuentes de ingresos y la venta directa al consumidor; su fuente económica es la agricultura ecológica. La inclusión de los miembros de la familia y de mano de obra local, el fortalecimiento de las redes entre agricultores y consumidores y de las relaciones entre campo y ciudad, así como la formación de tejido social por medio de la participación en proyectos comunitarios y la capacitación a los agricultores de la región, son sus funciones sociales. Respecto a las funciones culturales, cumple con la conservación de variedades tradicionales de semillas, el rescate de conocimientos y técnicas tradicionales de agricultura, la apertura de espacios abiertos para la enseñanza sobre agricultura ecológica y el rescate de la espiritualidad que conlleva la relación armónica con la naturaleza.

Una experiencia en el municipio de Tlajomulco

En Cuexcomatlán, en el municipio de Tlajomulco y en la ribera del amenazado lago de Cajititlán, en una superficie de 1 hectárea, se lleva a cabo esta experiencia basada en el cultivo agroecológico de plantas medicinales, maíz, frijol, jamaica, hortalizas y frutas. Se utiliza agua de temporal y de noria para el riego de los cultivos y el manejo de suelos se realiza a través de las compostas y la lombricultura. En el trabajo intervienen la familia y otros miembros de la cooperativa, una parte de la producción es para autoconsumo y las plantas medicinales son transformadas en microdosis para ser distribuidas local y regionalmente. Los miembros de esta cooperativa son activos promotores locales en torno a la salud, el medio ambiente y la organización social, y forman parte de la RASA y el mercado agroecológico El Jilote; son además fundadores de la Red en Defensa del Lago Cajititlán.

Las funciones ambientales más relevantes son la conservación de la agrobiodiversidad, la reforestación para aumentar la biodiversidad, y el mejoramiento de la fertilidad del suelo. Entre las funciones productivas se encuentran la producción de alimentos sanos y de plantas medicinales, la diversificación de ingresos, la venta directa al consumidor, y la generación de un importante ingreso complementario para la familia. Las funciones sociales se refieren a la inclusión de la familia y de mano de obra local, el fortalecimiento de las redes entre agricultores y consumidores, la formación de tejido social por medio de la participación en proyectos comunitarios y la capacitación a los agricultores de la región; tiene un relevante impacto en la comunidad porque su trabajo permite mayor accesibilidad de medicamentos baratos y orgánicos. En esta experiencia las funciones culturales atienden a la conservación de conocimientos tradicionales, la apertura de espacios de capacitación en agricultura ecológica y medicina natura, y la promoción de la organización local.

Los movimientos sociales locales

Después de una larga lucha y resistencia, los procesos socioorganizativos interpretan de las instancias gubernamentales la falta de voluntad política para atender los problemas de contaminación y despliegan sus esfuerzos hacia el escenario nacional e internacional como medida de presión al estatal; esto les permite desarrollar lazos de solidaridad y elementos de identidad como

afectados ambientales, y reafirma su identidad participando en la construcción del imaginario social.

En el caso de los municipios de El Salto y Juanacatlán, donde se ubican dos de las experiencias, existe una historia socialmente construida respecto del valor paisajístico y recreativo del río Santiago, hasta que en los noventa se inicia una historia de lucha y resistencia a partir de una decisión gubernamental de instalar el incinerador de residuos en el basurero Los Laureles. Fueron constantes las acciones realizadas para denunciar y exigir la atención de las instancias gubernamentales ante el problema de contaminación, los efectos en la salud y la calidad de vida. El proceso socioorganizativo desarrolló sus acciones desde una plataforma internacional, como fue la presentación del caso ante la Comisión de Cooperación Ambiental de América del Norte (2004) y ante el Tribunal Latinoamericano del Agua (2008); además de acciones estatales como la denuncia ante la Comisión de Derechos Humanos, dando por resultado la macro recomendación (2009) ante la ausencia de medidas gubernamentales para atender la contaminación. Se opta por la organización de marchas, mítines, bloqueos y denuncia popular —teniendo como centro de la disputa el vertedero— y posteriormente, por la omisión de las instituciones implicadas para atender la contaminación. A partir del 2009 y hasta la fecha se intensifican las alianzas y relaciones con otros actores sociales, particularmente con los pueblos asentados en el río Santiago, lo que contribuye a la conformación de la Asamblea Regional de Afectados Ambientales.

Por otra parte, las acciones también se orientan hacia la visibilización y concientización de la problemática a través de conferencias, talleres, exposiciones fotográficas, expresiones artísticas (música, pintura), documentales y cortometrajes. Las acciones del 2010 al 2012 se encaminan hacia la salud (diagnóstico con los pobladores) y hacen frente a la respuesta gubernamental de entubar el canal del Ahogado para descargar aguas abajo del centro poblacional; además de la construcción de una macroplanta tratadora de aguas residuales, la cual trata únicamente materia orgánica y detergentes, pero no así metales pesados y otros contaminantes de importancia. También se suman al Tribunal Permanente de los Pueblos, en el que afectados, profesionistas y académicos nacionales e internacionales estudian los casos presentados para ejercer presión social. El reclamo es la falta de transparencia e información del Programa de Saneamiento de la Cuenca del Ahogado del Río Santiago, así como el seguimiento del juicio con relación al vertedero y la denuncia

ante la Comisión Nacional de Derechos Humanos sobre la situación de los pueblos asentados sobre el río Santiago a través de la Asamblea Regional de Afectados Ambientales. Como parte de sus acciones, y teniendo como referencia la experiencia en su región, los miembros de Un Salto de Vida han iniciado su regreso a la agricultura periurbana sustentable a través de parcelas agroecológicas educativas, talleres, recorridos, giras y un continuo intercambio de saberes con agricultores de la región

En la ribera de Cajititlán, municipio de Tlajomulco, donde se ubica otra de las experiencias de agricultura periurbana, el proceso socioorganizativo Red de Cajititlán por un Lago Limpio es más reciente y dos características señalan su identidad: la relación e interdependencia de los ecosistemas del Lago de Cajititlán y el Cerro Viejo, y el desarrollo e impulso de alternativas como medidas para contrarrestar la degradación ambiental. En su contribución a la construcción de tejido social, la red se vincula a grupos organizados de los pueblos de la ribera, cooperativas de pescadores, ejidatarios, artesanos y asociaciones civiles, encontrando en la práctica y difusión de ecotecnias domésticas y en la agroecología los elementos que podrían posibilitar la articulación en movimiento social con potencial para desarrollar gestión social participativa en la región, principalmente a partir de la oportunidad sociopolítica de declarar el Cerro Viejo ubicado junto a la laguna como área natural protegida, siendo ésta una de las principales áreas de recarga de agua para la laguna, así como uno de los ecosistemas que aún no han sido modificados ampliamente y uno de los más importantes en la región.

Profundizando en los retos y oportunidades que presenta esta declaratoria de área natural de protección hidrológica, habría que retomar el objetivo de la Red de Cajititlán, que justamente está expresado en su título «Por un lago limpio»: el buscar la salud del lago en el cerro da cuenta de una visión más integral, pues se tiene la noción de que ambos son un solo ecosistema. La gran oportunidad es la cobertura territorial que tiene el ANP, puesto que abarca toda la ladera de Cerro Viejo, que es parte de la cuenca del lago de Cajititlán, y los escurrimientos que llegan al lago representan un problema, ya que en la ladera del cerro se tienen parcelas donde, en la mayoría de los casos, se ha hecho agricultura convencional por lo menos durante 30 años; así que cuando escurre el agua, arrastra buena parte de los fertilizantes y herbicidas utilizados en las parcelas, terminando todos ellos en el lago. La Ley General del Equilibrio Ecológico y la Protección al Ambiente (LGEEPA) establece en

su artículo 47 que, para este tipo de áreas naturales protegidas, la agricultura que se desarrolle dentro de ellas deberá orientarse hacia la sustentabilidad y la disminución del uso de agroquímicos e insumos externos, y ello significa una oportunidad para posicionarla como una alternativa de desarrollo en la región.

El reto de este movimiento es, en principio, consolidarse como un actor político con capacidad de realizar una gestión social de las políticas públicas a nivel municipal que vaya desde el diseño hasta la aplicación y el monitoreo. El proyecto ha acompañado las parcelas experimentales, los talleres, giras, e intercambio de saberes, donde la red invita a agricultores de distintas locaciones a conocer una forma de hacer agroecología. El reto no es sencillo e implica una gran tarea formativa tanto al interior como al exterior del grupo para generar una base social con la que se pueda trabajar; además de conciliar los diversos intereses de los otros actores políticos, ejidatarios, pequeños propietarios, gobierno municipal y constructoras, en el proceso de declaratoria del área natural protegida Cerro Viejo. Así mismo, los Ayuntamientos tienen la oportunidad de ser pioneros en una verdadera gestión pública participativa, y de desarrollar políticas públicas que promuevan y fortalezcan la agricultura periurbana sustentable y multifuncional en la ANP en el establecimiento de una especie de zona de transición entre la creciente urbanización y la zona más natural o menos afectada por la humanidad, que sería la parte más profunda de Cerro Viejo. Esta zona de transición podría ser una especie de cinturón verde de agricultura ecológica periurbana, como una manera de frenar la urbanización descontrolada y de ofrecer una alternativa de vida a las personas tanto de la urbe como del campo.

Reflexiones finales

Las experiencias de agricultura periurbana sustentable presentes en la región de trabajo dan cuenta de las funciones ambientales, productivas, sociales y culturales que llevan a cabo; muestran evidencias de sus aportaciones a la sustentabilidad regional en aspectos como conservación de la agrobiodiversidad, manejo del agua y del suelo, reforestación, producción de alimentos sanos, diversificación de ingresos, venta directa al consumidor, uso de mano de obra familiar y local, fortalecimiento de las relaciones entre agricultores y

consumidores, formación de tejido social, rescate de semillas y conocimiento tradicionales, y apertura de espacios de aprendizaje y diálogo entre la ciudad y el campo.

El avance de las agriculturas periurbanas en la región se debe al esfuerzo y tenacidad de actores locales que en un contexto totalmente adverso han caminado hacia la sustentabilidad. En la perspectiva de extender su impacto y su ámbito de acción, es fundamental fortalecer las articulaciones entre ellos y también con otros movimientos sociales locales, regionales, estatales y nacionales. Ello adquiere un sentido estratégico por la plataforma de visibilización de los conflictos ambientales y como medida de presión social, por otra parte, los impactos que los movimientos ejercen en las organizaciones sociales y civiles se fortalecen como movimiento regional. El impulso y crecimiento de la agricultura periurbana y multifuncional en la región hace necesaria la organización ciudadana para participar activamente en la gestión social para el diseño de políticas hacia la sustentabilidad regional.

La agricultura periurbana multifuncional y sustentable ha mostrado en todo el mundo y en muy diversos contextos sus aportaciones hacia la sustentabilidad regional de la megaciudades y su entorno. Una condición común en todos los casos ha sido la existencia de políticas públicas que reconozcan esta multifuncionalidad y la incentiven, promuevan y fortalezcan; también en todos los casos ha sido la presión de la sociedad civil la que ha impulsado estas políticas. En la región de trabajo, y con las posibilidades que ofrece el área natural protegida Cerro Viejo, existe una importante coyuntura para establecer políticas públicas en pro de una agricultura periurbana multifuncional y diversificada, como alternativa para la sustentabilidad regional.

Los procesos socioorganizativos en la región enfrentan tareas en atención a su fortalecimiento organizativo, en sensibilización a la ciudadanía en general y en atención a la problemática local regional. En la región se perfilan al menos tres ámbitos de acción para estas organizaciones: el impulso de alternativas agroecológicas regionales; la gestión participativa en la declaración, seguimiento y monitoreo del área natural protegida de Cerro Viejo; y la interacción con la plataforma de la Asamblea Regional de Afectados Ambientales para compartir los aprendizajes y avances.

El desarrollo de esta investigación nos permite reconocer a la ecología política como parte de las ciencias de la sustentabilidad, que demanda una participación interdisciplinaria y requiere también perspectiva desde la com-

plejidad. Los avances de investigación enseñan la pertinencia de la ecología política y su aportación en el análisis de los conflictos ambientales y sus alternativas. La propuesta de procesos generadores favorece el diálogo y la aplicación de conceptos entre disciplinas alrededor de la ecología política. Las experiencias y aprendizajes del proyecto de investigación muestran que la interdisciplina y el diálogo de saberes constituyen una práctica indispensable para dar argumentos a los excluidos, quienes sufren con mayor intensidad los impactos directos de la crisis ambiental. Desde nuestra perspectiva, este es el punto de partida para la participación de la universidad en los problemas ambientales y conflictos ecológicos.

Bibliografía

- Bloch, D. (2008). *Agroecología y acceso a mercados. Tres experiencias en la agricultura familiar de la región nordeste de Brasil*. Brasil: Oxfam.
- Bové, J. y F. Dufour (2001). *El mundo no es una mercancía. Los agricultores contra la comida basura*, España: Icaria.
- Calle, A. (2005). *Nuevos movimientos globales. Hacia la radicalidad democrática*. España: Popular.
- Consejo Estatal de Población Jalisco (Coepo) (2012). «Índice de desarrollo municipal. medio ambiente». Disponible en: <<http://www.jalisco.gob.mx>>.
- Comisión Nacional del Agua (Conagua) (2011). *Agenda del agua 2030*, México: Semarnat.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval) (2011). *Medición de la pobreza, resultados a nivel municipal 2010*. México: Coneval. Disponible en: <<http://www.coneval.gob.mx>>.
- Escalona Aguilar, M. (2011). *Articulación de la producción y el consumo y reconstrucción del vínculo rural urbano*. Documento presentado en el Curso de Especialización en Soberanía Alimentaria y Agroecología Emergente, Universidad Internacional de Andalucía, Andalucía, España.
- FAO (2007). *Conferencia Internacional sobre Agricultura Orgánica y Seguridad Alimentaria* (Informe OFS 2007/REP). Roma, Italia, FAO.
- FAO (2010). *Perspectivas de la agricultura y del desarrollo rural en las Américas. Una mirada hacia América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: Cepal / FAO / IICA.

- Gómez, J. (1987). «La agricultura periurbana. Su estudio, sus cambios, sus políticas». *Agricultura y Sociedad*, 42.
- González de Molina, M. (2004). *Historia y medio ambiente*. Morelia: Jitanjáfora.
- Halwell, B. y D. Nierenberg (2007). «Cultivar en las ciudades». En The World Watch Institute, *La situación en el mundo: nuestro futuro urbano*. Barcelona: Icaria.
- Hessel, S. (2011a). *Indignaos. Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica*. Barcelona: Paidós.
- Hessel, S. (2011b). *Comprometeos. Ya no basta con indignarse*. Barcelona: Paidós.
- Hessel, S. y E. Morin (2011). *El camino de la esperanza. Una llamada a la movilización cívica*. Barcelona: Paidós.
- Hiernaux, D. (2000). «Las nuevas formas urbanas y reestructuración del mundo rural». En P. Torres Lima (comp.), *Procesos metropolitanos y agricultura urbana*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco / FAO.
- Hurni, H. y U. Wiesmann (2004). «Toward Transdisciplinarity in Sustainability Oriented Research for Development». En *Research for Mitigating Syndromes of Global Change*. Berna: University of Berne / NCCR-North South / Swiss National Centre of Competence.
- IAASTD (2009). *Agriculture at a Crossroads. Synthesis Report*. Washington: FAO / UNESCO / World Bank / UNDP / ONU.
- Licona, L. (2012). «Transformación del sistema agrario y su multifuncionalidad en dos comunidades indígenas. Cuzalapa y Ayotitlán, Jalisco. Tesis de maestría no publicada, Universidad Iberoamericana, Puebla, Puebla, México.
- López Ramírez, Mario E. y H. Ochoa García (2012). «Geopolítica del agua en la zona metropolitana de Guadalajara. Historia y situación actual del espacio vital». En E. Ochoa García y H. J. Bürkner (coords.), *Gobernanza y gestión del agua en el occidente de México*. Guadalajara: ITESO.
- Martínez Alier, J. (2006). *El Ecologismo de los pobres, Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*, Editorial Icaria, Barcelona.
- Morin, E. (1995). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Morin, E. (2001). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. México: UNESCO.

- Morin, E. y N. Hulot (2008). *El año I de la Era Ecológica*, Barcelona: Paidós.
- Morin, E. (2011). *La Vía para el futuro de la humanidad* Barcelona: Paidós.
- Morales, J. (coord.) (2011). «Las alternativas ante la crisis y la sustentabilidad». En *La agroecología en la construcción de alternativas hacia la sustentabilidad rural*. México: ITESO / Siglo XXI.
- Morales, J., H. Ochoa García, M. E. López Ramírez y L. Velázquez López (2011). «Ecología política y agroecología. Complejidad y diálogos interdisciplinarios hacia la sustentabilidad regional». En J. Morales (coord.), *La agroecología en la construcción de alternativas hacia la sustentabilidad rural*. México: ITESO / Siglo XXI.
- Morales, J., L. Velázquez López y H. Ochoa García (2012). «Interdisciplina y ecología política. Algunas reflexiones desde la investigación». En E. Luengo (coord.), *Interdisciplina y transdisciplina. Aportes desde la investigación y la intervención social universitaria* (Complexus: saberes entretnejidos, Cuadernos de Avances del CIFS, vol. 2). Guadalajara: ITESO.
- Ochoa García, H., J. Morales Hernández y L. Velázquez López (2010). «Interdisciplina y complejidad, hacia la sustentabilidad regional en la Cuenca del Río Santiago». En *Memorias del IV Encuentro Nacional y I Internacional sobre Estudios Sociales y Región*. Ocotlán: Universidad de Guadalajara.
- Ochoa García, H. (2012). «Mapeo de conflictos ambientales y alternativas en Jalisco. Aportes para una metodología». En D. Tetreault *et al.* (coords.), *Conflictos socioambientales y alternativas de la sociedad civil*. Guadalajara: ITESO.
- Rosset, P. (2000). «El caso de las pequeñas fincas». *Monitor Multinacional*, 21 (7-8).
- Sevilla Guzmán, E. (2006). *De la sociología rural a la agroecología*. Barcelona: Icaria.
- Tetreault, D., H. Ochoa García y E. Hernández González (coords.) (2012). *Conflictos socioambientales y alternativas de la sociedad civil*. Guadalajara: ITESO.
- Tibaijuka, A. (2007). «Prólogo». En *The World Watch Institute. La situación en el mundo: nuestro futuro urbano*. Barcelona: Icaria.
- Toledo, V. (1990). «Modernidad y ecología. La nueva crisis planetaria». *Ecología Política*, 3.
- Toledo, V. (1998). «Estudiar lo rural desde una perspectiva interdisciplinaria. El enfoque ecológico-sociológico». En *Memorias del V Congreso Latinoa-*

- americano de Sociología Rural*. México: Universidad Autónoma Chapingo / Colegio de Postgraduados.
- Toledo, V. (2000). *La paz en Chiapas. Ecología, luchas indígenas y modernidad alternativa*. México: Instituto de Ecología-UNAM / Quinto Sol.
- Toledo, V. y N. Barrera-Bassols (2008). *La memoria biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Barcelona: Icaria.
- Unión Europea (2010). *Carta de la agricultura periurbana para la preservación, la ordenación, el desarrollo y la gestión agrarios periurbanos*. Cataluña: Unión Europea.
- Van der Ploeg, J. D., A. Long y J. Banks (2002). *Living countrysides. Rural development in Europe, the state of art*. Países Bajos: Elsevier.
- Velázquez López, L., H. Ochoa García y J. Morales Hernández (2012). «Agua y conflictos ambientales en la ribera de Cajititlán, Jalisco». En Tetreault *et al.* (coords.), *Conflictos socioambientales y alternativas de la sociedad civil*. Guadalajara: ITESO.
- Verdaguer, C. (2010). «La agricultura periurbana como factor de sostenibilidad urbano territorial». En *Ciudades para un futuro más sostenible*. Recuperado el 16 de noviembre de 2012 de: <http://habital.aq.upm.es/eacc/a_conclucasos.html>.

Algunas reflexiones sobre los procesos de transición agroecológica en el sur de Jalisco, occidente de México¹

Peter R. W. Gerritsen

Introducción

El campo mexicano se caracteriza por la presencia de una prolongada crisis que ha durado casi medio siglo. A pesar de los múltiples intentos de construir nuevas políticas públicas e instituciones, actualmente la pobreza y la degradación de los recursos naturales son un fenómeno común (Morales, 2011). Además, cada vez se observan más conflictos de campesinos e indígenas con otros actores con intereses en los recursos naturales, como las minas, las playas, las aguas continentales, la invasión de tierra y el tema del agua, entre otros (Tetrault *et al.*, 2012).

La problemática actual del campo mexicano se relaciona con un modelo de desarrollo neoliberal incapaz de reconocer las características particulares de las diferentes regiones en el campo mexicano. Además, actualmente representa un modelo con alcances globales. Es así que la globalización basada en supuestos neoliberales se convierte en un proceso de transformación social que, más que contribuir al desarrollo sustentable, ha causado una ruptura en los procesos de coproducción en los espacios locales, es decir, en las interacciones sociedad rural-naturaleza que se desarrollan en las diferentes regiones (Gerritsen, 2010).

La tabla 1 presenta un resumen de los problemas socioambientales que la globalización neoliberal ha generado en México y América Latina. Esta tabla

¹ Se agradece a Victoria Villalvazo, Pedro Figueroa y Gerardo Cruz por los comentarios hechos a una versión anterior de este trabajo.

muestra que la problemática rural se caracteriza por una multidimensionalidad de los problemas que además involucran un gran número de actores y que se ubican en diferentes niveles organizativos (Gerritsen, 2010).

Tabla 1: Problemas socioambientales en México y América Latina

Ámbito	Problemas socioambientales
Político-institucional	Errores de gobernanza, crisis en los mecanismos institucionales tradicionales, conflictos de centralización y descentralización, exclusión de participación política y el surgimiento de nuevas formas de acción colectiva. Desigualdades de poder y falta de representatividad, conflictos entre las culturas políticas y legales. Dependencia fiscal y falta de autonomía, exclusión del acceso a tecnología de la información, conocimiento y producción cultural, debilitamiento del poder económico y político, y aumento de la dependencia de los Estados Unidos.
Sociocultural y económico	Discriminación social y racial, pérdida y transformación de identidades culturales y étnicas, ciudadanía inactiva, globalización, cambios en el proceso productivo, pérdida de capital financiero y humano, mercados débiles y débilmente articulados, exclusión, fragmentación y nuevas formas de pobreza, aumento de inseguridad laboral e informalización de la economía, violencia y falta de seguridad pública, migración internacional.
Demografía y estrategias de sobrevivencia	Exclusión y falta de medidas integradoras, reestructuraciones a nivel familiar y comunitario, desigualdades de género, escasez de recursos naturales, degradación de relaciones económicas tradicionales.
Uso de recursos, infraestructura y conocimiento	Conflictos sobre acceso o control de recursos, falta de visiones comprensivas para el manejo integral de servicios públicos, cobertura insuficiente de servicios públicos y problemas de alojamiento, manejo inadecuado de infraestructura y de recursos naturales, falta de planes de manejo y uso inadecuado de la tierra, externalidades ambientales, aumento de contaminación, riesgos y desastres ambientales.
Biofísico y ecológico	Sobreexplotación de recursos naturales, degradación forestal, contaminación de ríos y otros recursos acuáticos.

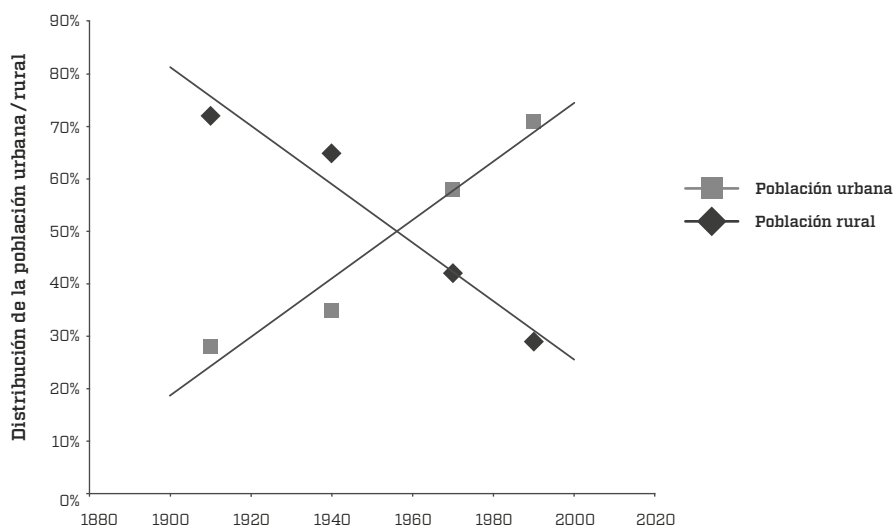
Fuente: Barrera *et al.*, 2004.

Tabla 2: Temas de importancia en la agricultura y el manejo de recursos naturales

Producción de alimentos, seguridad alimentaria y la agricultura en general
Combate de pobreza, generación de empleos
Sustentabilidad, ecosistemas y manejo de recursos naturales
Globalización y libre comercio
Agricultura multifuncional
Reformas agrarias
Calidad de alimentos y manejo de cadenas productivas
Intensidad, sociedad y mercantilización de conocimientos

Fuente: Leeuwis (2004: 3-10).

Figura 1: Distribución de la población urbana y rural en México en el periodo 1880-2020



Fuente: elaboración propia a partir de Villa Issa (2011).

Entre otras cosas, la tabla 1 muestra que la crisis rural tiene sus vínculos con la problemática urbana o con la problemática de la sociedad mexicana en su totalidad. En este sentido, llama la atención la creciente urbanización de la sociedad mexicana, como lo muestra la figura 1. Esto nos lleva a concluir que son cada vez menos los productores que tienen que generar los alimentos de la población urbana, en un campo en profunda crisis.

La situación descrita en la figura 1 representa un número de desafíos para impulsar el desarrollo sustentable, los cuales se resumen en la tabla 2. Esta tabla muestra que es una variedad amplia de temas por atender y requiere de enfoques multidimensionales, multiactor y multiescala (Gerritsen, 2010).

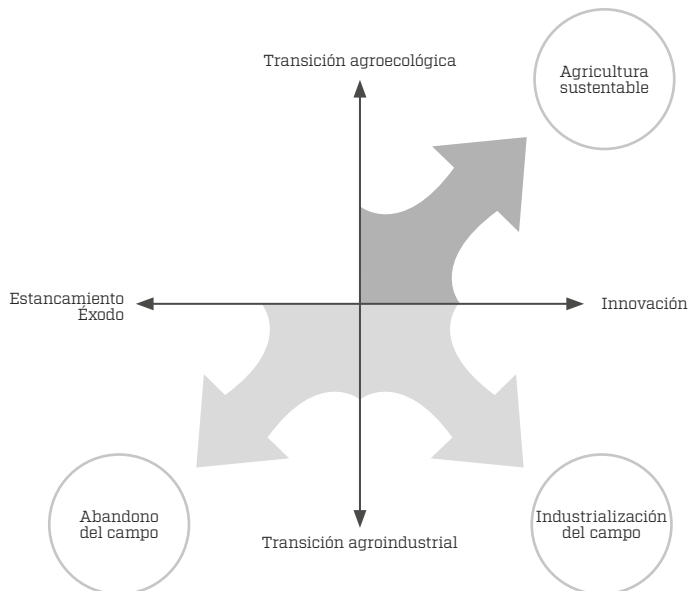
Crisis del campo y patrones de desarrollo rural

Con el reconocimiento de la existencia de un campo lleno de problemas y conflictos, han surgido diferentes respuestas por parte de los campesinos, así como de las instituciones gubernamentales, con el fin de modernizar el campo o desarrollar otras alternativas para salir de la pobreza y la degradación

ambiental. En términos generales, y como lo ejemplifica la figura 2, podemos encontrar tres patrones diferentes de desarrollo como respuesta a la crisis:

- *Abandono/éxodo del campo.* Causa la migración hacia las zonas urbanas y el extranjero de aquellos productores que ya no ven la agricultura familiar como opción de vida.
- *Industrialización del campo.* Refuerza el modelo agroindustrial de la agricultura, con el fin de modernizar el campo y mitigar los problemas identificados. Este patrón es apoyado sobre todo por las instituciones gubernamentales.
- *Ecologización de la agricultura.* Se lleva a cabo a través del fomento de la agricultura sustentable, donde se busca partir de las condiciones locales de los modos de producción en las diferentes regiones del país.

Figura 2: Patrones de desarrollo y transición hacia la agricultura sustentable



Los tres patrones de desarrollo que se distinguen en la figura 1 se pueden dar en las diferentes regiones, comunidades indígenas y ejidos por separado. Sin embargo, también se pueden dar dentro de las mismas comunidades indígenas o ejidos.

En cuanto a los tres escenarios presentados en la figura 1, nuestro interés en este capítulo está sobre todo en aquellas iniciativas que buscan fortalecer la agricultura sustentable. Muchas veces, estas respuestas son producto de alianzas entre diferentes sectores de la sociedad civil; como son el campesinado, las universidades públicas y las organizaciones no gubernamentales (Gerritsen y Morales, 2009). Es dentro de este contexto que la agroecología surge como una alternativa prometedora para impulsar el desarrollo sustentable (Guzman *et al.*, 2000; Morales, 2004), como veremos más a detalle en la siguiente sección.

Agroecología y agricultura sustentable

Nuestro acercamiento al desarrollo sustentable proviene de la agricultura sustentable conceptualizada a partir de la agroecología, la cual ha sido definida en diferentes maneras y desde diferentes ópticas. Susan Hecht menciona que la agroecología tiene que ver «con un enfoque de la agricultura más ligado al medio ambiente y más sensible socialmente» (1999: 17). Altieri y Nicholls (2007: 1) hablan de «la ciencia fundamental para orientar la conversión de sistemas convencionales de producción [...] a sistemas más diversificados y autosuficientes». Finalmente, Gliessmann (2002: 13) la describe como «la aplicación de conceptos y principios ecológicos para el diseño y manejo de agroecosistemas sostenibles». El eje central en la agroecología es que se promueve la sustentabilidad de los agroecosistemas, recuperando sus procesos ecológicos y tomando en cuenta las condiciones sociales y económicas específicas.

La agroecología aparece en la década de 1980 como respuesta a las primeras señales de la crisis rural —como resultado del fracasado modelo de la revolución verde— y como parte de la búsqueda por recuperar la sustentabilidad (Gliessman, 2002; Guzmán *et al.*, 2000).

La transición hacia la agricultura sustentable ha sido un tema importante en la agroecología. En este sentido, Gliessmann (2007) menciona cuatro niveles de conversión o transición de los agroecosistemas:

1. Incrementar la eficiencia de prácticas convencionales para disminuir el uso de insumos externos caros y dañinos al medio ambiente.
2. Sustitución de insumos y prácticas convencionales por prácticas alternativas.
3. Rediseño del agroecosistema con el fin de establecer nuevos procesos ecológicos y permitir la recuperación de la soberanía alimentaria.
4. Restablecer la conexión entre productores y consumidores con el fin de construir una base social.

En este capítulo tomamos los procesos de transición a la agricultura sustentable en el sur de Jalisco, en el occidente de México, como caso de estudio para ejemplificar algunas de los factores y motivaciones que los influyen.

A continuación, describimos primero unas notas metodológicas, para posteriormente presentar los resultados obtenidos. Finalizamos este capítulo con una discusión y conclusión sobre los procesos de transición agroecológica.

Notas metodológicas

Desde 1995, aproximadamente, hemos impulsado acciones para fortalecer un desarrollo regional que se basa en la identificación y el fortalecimiento del potencial endógeno existente (Gerritsen, 2012; Figueroa y Villalvazo, 2012). Como parte de estas acciones realizamos esfuerzos de sistematización de las experiencias apoyadas (Gerritsen y Morales, 2007; Gerritsen, 2010; Villalvazo *et al.*, 2012; Gerritsen *et al.*, 2012).

Área de estudio

Las acciones desarrolladas se localizan en la costa sur de Jalisco. Más en específico, se ubican en las diferentes regiones político-administrativas del suroeste del estado de Jalisco: Sierra de Amula, Costa Sur y Sierra Occidental, principalmente. Estas regiones se caracterizan por ser predominantemente rurales, aunque difieren en su grado de urbanización (Gerritsen *et al.*, 2005).

Las condiciones ambientales son diversas y complejas, ocasionadas por la variación altitudinal y el relieve accidentado de los terrenos. Los recursos que contienen estas regiones son proveedores de agua, madera, alimentos, forrajes, medicinas y otros diversos recursos no maderables, así como una variedad de servicios ambientales, resultando en una gran diversidad bio-

cultural. Las regiones no solamente se caracterizan por una gran diversidad biológica, sino también por una gran diversidad productiva. Referente a lo último, encontramos la producción en invernaderos y siembras de riego; en cuanto a la producción pecuaria, encontramos modelos de libre pastoreo, estabuladas y mixtas. Mediante la práctica de la agricultura de temporal se obtiene maíz, sorgo, calabaza, frijol, cacahuete, cebada, avena forrajera y jamaica. Con la agricultura de riego se produce maíz, caña de azúcar, aguacate, mango, sorgo, jitomate, chile, pepino, sandía, melón, trigo, avena, cítricos, alfalfa y papayo (Gerritsen *et al.*, 2005).

Las diferentes ciudades en las tres regiones se caracterizan por grados diferentes de urbanización, variando de municipios marginados a aquéllos con un fuerte proceso de urbanización. En todos los casos encontramos múltiples vínculos entre las ciudades y su entorno rural (Genitsen *et al.*, 2005).

Diversidad biocultural y formas de producción

Como ya se mencionó, existe una gran diversidad biocultural y formas de producción en nuestra área de estudio. Como lo describe Ochoa, esta diversidad tiene una larga tradición (Ochoa, 2005). Sin embargo, a través del tiempo muchas transformaciones han ocurrido y actualmente la gran mayoría de los sistemas de producción se pueden considerar como modos de apropiación agroindustrial de la naturaleza (González y Toledo, 2011). Es así que en los paisajes de la región se pueden observar la caña, el agave, las hortalizas, el maíz y el sorgo en sistemas de producción que varían entre sistemas tecnificados y paquetes tecnológicos (Gerritsen *et al.*, 2006).

Si bien la agricultura agroindustrial domina los paisajes rurales, también encontramos un número de productores que se puede considerar que desarrollan el modo de producción campesino (Molina y Toledo, 2011), donde la búsqueda de la sustentabilidad rural es el eje central. Además, contrario a los sistemas de producción convencionales, cuya distribución geográfica es muy marcada, estos sistemas aparecen como nichos en diferentes partes del paisaje rural (Gerritsen y Morales, 2007; Gerritsen *et al.*, 2006).²

² En otras palabras, en nuestra región de interés encontramos no solamente un desarrollo rural que se dirija a la industrialización de la agricultura, sino también un creciente

En respuesta a la prolongada crisis en el campo mexicano y la creciente dependencia de los insumos y agentes externos para la agricultura, se observa, a partir de hace aproximadamente una década, una búsqueda de formas alternativas de producción por varios campesinos de la zona, principalmente pequeños y medianos productores; casi todos tienen su propia tierra, la cual trabajan en familia y donde la cosecha es para autoconsumo. Posibles excedentes se venden sobre todo en los mercados regionales.

Actores y factores que promueven la agricultura sustentable

En las regiones Sierra de Amula, Costa Sur y Sierra Occidental se observa una transición hacia la agricultura sustentable. Sin embargo, se pueden distinguir dos patrones de transición. Por un lado, se encuentran productores que buscan transitar hacia agricultura orgánica; y por otro, están aquellos productores que han desarrollado una agricultura mixta. Quedará claro que los procesos de transición y los objetivos de los productores que la acompañan se diferencian considerablemente.

El primer grupo percibe la agricultura orgánica como una necesidad y un nuevo estilo de vida, los cuales comparten diferentes elementos que conforman su quehacer, tales como la enseñanza y aprendizaje continuo que se conceptualizan en los llamados encuentros campesinos, que son espacios construidos en las parcelas o en las casas ejidales campesinas para dar y tomar la palabra para conocer y reconocerse en los problemas comunes del campo. Otro de los elementos sin duda es la búsqueda de estrategias alternativas a esta crisis rural que los llevan a establecer una serie de actividades; como procesos de conservación y transformación de alimentos, la organización y acuerdos en la búsqueda de espacios para la creación de tianguis, la venta de insumos orgánicos, los trueques, la participación en acciones de cursos o talleres de intercambio o capacitación, etcétera, con el objetivo de buscar modos alternativos a sus economías locales. En el mismo sentido, un

grupo de productores que buscan desarrollar la agricultura sustentable. Tomando en cuenta también que la región cuenta con altos índices de migración (Gerritsen *et al.*, 2005), entonces los tres escenarios están presentes.

elemento igual de importante es aquel vinculado al sentido de identidad y la colectividad campesina, que les brinda la posibilidad de no permanecer pasivos ante los impactos de las políticas neoliberales, al contrario, participan activamente en la formación de redes de grupos de defensa de la tierra y los recursos naturales, acentuando su participación en las diversas localidades o cabeceras municipales en donde se gesta algún conflicto agrario y donde se hace acto de presencia no sólo en lo personal, sino también involucrando al universo cultural, social y productivo que gira en torno a ellos, trasladando como mecanismo de propaganda las semillas criollas, las bebidas, los libros, el discurso, la palabra y los problemas comunes cuyos componentes van guiando el camino y la lucha de los grupos campesinos (Figueroa *et al.*, 2013).

Lo anterior nos muestra los avances en términos de la búsqueda de la autonomía campesina, es por esto que el último elemento vinculado a este grupo, que aunque aún no tiene mucha fortaleza es considerado por los campesinos como esencial para su lucha social, es aquel relacionado con las acciones legales que hay que promover contra las leyes y reformas que afectan la tierra, los recursos y el patrimonio de los campesinos.

Por otro lado, el segundo grupo tiene una visión tal vez más pragmática y escéptica. Estos productores, cuyo quehacer productivo en este momento

Tabla 3: Motivaciones y obstáculos en el proceso de transición hacia la agricultura sustentable.

Motivaciones	Obstáculos
Venta mercado seguro	Demanda laboral
Rentabilidad económica	Falta de insumos orgánicos
Autosuficiencia en abonos orgánicos	Mercados limitados
Cuestiones de salud	No encuentran relación directa entre salud y alimento
Frenar el deterioro de medio ambiente	Falta de preocupación ante el deterioro de su ambiente
Alimentos de calidad	La normalización de los alimentos
Genera trabajo	Migración (falta de mano de obra)
Integración u organización con productores de distintas regiones	Las distancias y la falta de incentivos
Conocer distintas experiencias campesinas en la producción orgánica	Falta de tiempo
Capacitación	Desinterés

Fuente: elaboración propia a partir de Regli (2012).

no se encuentra totalmente dentro de la agricultura orgánica como modo de producción agropecuario, han enfocado su proceso de transición en el reemplazo o en la sustitución de algunas técnicas o herramientas específicas de producción, o en su caso, en la utilización de uno a dos insumos orgánicos que encuentran en el mercado; y aun cuando en muchos casos son conscientes de la problemática social, política y económica que ha representado el modelo agroindustrial, sus cambios parecen ser demasiado lentos.

En ese sentido, decimos que influyen una gran variedad de factores y actores que han impulsado o facilitado los procesos de transición, los cuales podemos dividir en dos grandes grupos: motivaciones y obstáculos (Regli, 2012), los cuales se presentan en la tabla 3.

Las motivaciones y obstáculos influyen en gran medida los planes a futuro de los productores y viceversa. La tabla 4 es un resumen de los planes a futuro.

Tabla 4: Planes de futuro de los productores en transición

Planes a futuro
Aumentar producción
Producir de manera orgánica
Cambio de cultivo
Cambiar/mejorar sistema de riego
Bajar costos
Mayor eficiencia
Comprar más animales
Generar empleo
Trabajar con otros productores
Lombricultura
Aumentar materia orgánica
Mejorar/conservar la tierra
Diversificar
Participar en procesos de comercialización
Capacitarse
Compartir experiencias
Recuperación de semillas
Conservar y transformar alimentos
Organización

Fuente: Elaborado a partir de Regli (2012).

Discusión y conclusión

En este capítulo describimos algunos factores que influyen en la transición hacia la agricultura sustentable en la región costa sur de Jalisco. Esta transición hacia modelos de agricultura más sustentable no sólo existe y está avanzada en varios casos, sino que también atrae a productores con características distintas (edad, experiencia, hectáreas que maneja, tipo y cantidad de cultivos, etcétera) y por impulsos diferentes: por un lado, los motivados por los movimientos agroecológicos; y por otro, los que buscan no sólo la recuperación y conservación de la agricultura y los conocimientos tradicionales, sino también aspectos más culturales, como la recuperación de la autosuficiencia alimentaria, el empoderamiento de las familias campesinas, el rescate del conocimiento local, la generación de tecnologías apropiadas y el fortalecimiento de capacidades locales; todos estos conforman un solo esquema: lograr la autonomía campesina. Aunque queda claro que los objetivos del primer grupo se diferencian notablemente de los del segundo —que hemos caracterizado como los que desarrollan una agricultura mixta—, ambos han sido complementarios más que competitivos, dado que parten de una lógica distinta a la dominante y con principios compartidos en sus modos de relacionarse con la naturaleza.

El proceso suscitado en la región costa sur del estado de Jalisco requirió de una serie de elementos, dentro de los cuales destaca la participación activa y decidida de los productores y campesinos, donde las prácticas productivas históricas son parte fundamental y se encuentran en la memoria de un importante número de campesinos.

Es evidente que la agricultura en general se encuentra en uno de los peores momentos de la historia, de ahí que consideremos que el desarrollo de la agricultura orgánica ha requerido de la constancia permanente de los campesinos, tanto en las giras o intercambios como en su práctica o acción cotidiana. Sin embargo, esta experiencia de transición debe interpretarse en sentido de un grupo de campesinos urgidos o necesitados de encontrar alternativas viables a la diversidad de problemas que hoy acechan a la mayoría de ellos; deudas, falta de apoyo crediticio, falta de precios a su producción, baja producción, alza de insumos, entre otras.

Es importante ver que los procesos llevados a cabo por los campesinos parten del interés en continuar ligados a su producción, y que han sido ellos quienes han tenido que generar sus experiencias.

Los cambios en las condiciones de vida generados a la largo de estos años por los productores que decidieron transitar a la agricultura orgánica se han manifestado a partir del empoderamiento en sus modos de producción, en su toma de decisiones y en la liberación de insumos externos para su producción.

De ahí que sea necesario un trabajo permanente de seguimiento con los productores que les permita continuar reflexionando su quehacer campesino.

Bibliografía

- Altieri, M. A. y C. I. Nichols (2007). «Conversión agroecológica de sistemas convencionales de producción: teoría, estrategias y evaluación». *Ecosistemas*, 1, 1-10.
- Barrera, A., J. C. Bolay, C. García y S. Hostettler con apoyo de P. Gerritsen, R. Mejía, C. Ortiz, M. Sánchez, Y. Pedrazzini, L. Poschet y A. Rabino- vich (2004). «JACS Central America and the Caribbean. Key Challenges of Sustainable Development and Research Priorities: Social Practices as Driving Forces of Change». En Hurni, H., U. Wiesman y R. Schertenleib, *Research for Mitigating Syndromes of Global Change. A Transdisciplinary Appraisal of Selected Regions of the World to Prepare Development Oriented Research Partnerships* (pp. 293- 328), vol. 1. Berna: Geographica Bernensia / Perspectives of the Swiss National Centre of Competence in Research (NCCR) North-South / University of Berne.
- Figueroa, P. y V. M. Villalvazo (coords.) (2012). *Nuestra forma de hacer las cosas. Experiencias campesinas: agricultura orgánica, recursos locales y creatividad*. Guadalajara: Centro Universitario de la Costa Sur-Universidad de Guadalajara / Editorial Universitaria.
- Gerritsen, P. R. (2010). *Perspectivas campesinas sobre el manejo de los recursos naturales*. México: Mundi-Prensa / Universidad de Guadalajara.
- Gerritsen, P. R. (2012). *Sociología rural y medio ambiente. Tópicos selectos de Jalisco*. México: Plaza y Valdés / Editorial Universitaria.
- Gerritsen, P. R. (2013). *Transitando hacia la agricultura sustentable en el sur de Jalisco. Lecciones aprendidas, desafíos por adelante*. Documento presentado en el XC Congreso Nacional de la AMER: Crisis Civilizatoria en el México Rural. Escenarios y Respuestas Locales, Regionales y Nacionales, Guadalajara, Jalisco, México.

- Gerritsen, P. R., V. Villalvazo, P. Figueroa, G. Cruz y J. Morales (2005, mayo). *Productos regionales y sustentabilidad. Experiencias de la Costa Sur de Jalisco*. Ponencia preparada para el V Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales (AMER), Oaxaca, Oaxaca, México.
- Gerritsen, P. R., J. J. Rosales, A. Moreno y L. M. Martínez (2006, noviembre). *Sistemas productivos y sustentabilidad rural en la Costa Sur de Jalisco en el occidente de México*. Ponencia preparada para el CX Encuentro Nacional sobre Desarrollo Regional en México, Mérida, Yucatán, México.
- Gerritsen, P. R. y J. Morales (eds.) (2007, junio-noviembre). *Respuestas locales frente a la globalización económica. Productos regionales de la Costa Sur de Jalisco, México*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara / ITESO / RASA.
- Gerritsen, P. R. y J. Morales (2009, junio-noviembre). «Experiencias de agricultura sustentable y comercio justo en el estado de Jalisco, en el occidente de México». *Pueblos y Fronteras*, 7.
- Gerritsen, P. R., P. Figueroa Bautista, V. Villalvazo López y X. Castillo Castro (2012). «Fortalecimiento de la agricultura sustentable en la Costa Sur de Jalisco. La construcción de alternativas desde el quehacer campesino cotidiano». En Tetrault, D., H. Ochoa García y E. Hernández González (coords), *Conflictos socioambientales y alternativas de la sociedad civil* (pp. 215-232). Guadalajara: ITESO.
- Gliesmann, S. R. (2002). *Agroecología. Procesos ecológicos en agricultura sostenible*. Turrialba: CATIE.
- González de Molina, M. y V. M. Toledo (2012). *Metabolismos, naturaleza e historia. Hacia una teoría de las transformaciones socioecológicas*. Barcelona: Icaria.
- Guzmán C., M. González y E. Sevilla (2000). *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible*. Madrid: Mundi-Prensa.
- Hecht, S. B. (1999). «La evolución del pensamiento agroecológico». En M. A. Altieri, *Agroecología: bases científicas para una agricultura sustentable* (pp. 11-26). Montevideo: Nordan-Comunidad. Recuperado el 23 de septiembre de 2010 de: <<http://www.scribd.com/doc/19092923/Agroecologia-Bases-Cientificas-Para-Una-Agricultura-Sustentable>>.
- Leeuwis, C. y A. van der Ban (2004). *Communication for Rural Innovation. Rethinking Agricultural Extension*. Oxford: Blackwell Science / CTA.

- Morales, J. (2004). *Sociedades rurales y naturaleza. En busca de alternativas hacia la sustentabilidad*. Guadalajara: ITESO / Universidad Iberoamericana.
- Morales, J. (coord.) (2011). *La agroecología en la construcción de alternativas hacia la sustentabilidad rural*. México: Siglo XXI / ITESO.
- Ochoa, H. (2005). *Agricultura, sociedad y espacios productivos en el sur de Jalisco*. Tesis de maestría no publicada, Universidad Iberoamericana Puebla, Puebla, Puebla, México.
- Regli, M. (2012). *Potencialidades y limitaciones de la agricultura orgánica desde el punto de vista de 20 productores en los municipios de Aatlán de Navarro, El Grullo y El limón (México)*. Berna: Universidad de Berna.
- Tetrault, D., H. Ochoa y E. Hernández (coord.) (2012). *Conflictos socioambientales y alternativas de la sociedad civil*. Guadalajara: ITESO.
- Villa Issa, M. R. (2011). *¿Qué hacemos con el campo mexicano?*. México: Mundi-Prensa.
- Villalvazo, L., P. Figueroa, P. R. Gerritsen, G. Cruz, L. Córdoba y R. Ramírez (2012). «Alternativas productivas y desarrollo rural endógeno en el occidente de México». En Silva, E., M. de C. Vergara y E. Rodríguez, *Casos exitosos en la construcción de sociedades sustentables* (pp. 227-252). Xalapa: Universidad Veracruzana.

Convergencias en las diferencias: Algunas reflexiones en torno a la transformación de sistemas agrarios, multifuncionalidad y el buen vivir en Bolivia y México

Stephan Rist y Peter R. W. Gerritsen

Introducción

En los capítulos anteriores se presentaron diferentes estudios de caso del proyecto internacional de colaboración científica «Transformación de sistemas productivos multifuncionales en América Latina». Estos estudios de caso, provenientes de Bolivia y México, mostraron diferentes aspectos relacionados con los sistemas agrarios y su transformación en una perspectiva de la multifuncionalidad, la sustentabilidad y el vivir bien.

A primera vista parece difícil encontrar una respuesta a la pregunta sobre las convergencias de los factores relacionados con la transformación de los sistemas agrarios entre Bolivia y México. Lo que más salta a la vista son las diferencias notorias que caracterizan a ambas situaciones. En el caso mexicano, los sistemas agrarios se desarrollan en un contexto de globalización neoliberal, mientras que en Bolivia es el socialismo basado en la cosmovisión indígena, el que reconfigura las condiciones locales en que puedan existir sus sistemas agrarios.

Recordamos aquí que entendemos el sistema agrario como expresión territorial de las relaciones institucionales, socioeconómicas, éticas e históricas dinámicas entre poblaciones; su ambiente ecológico en áreas rurales con sus articulaciones particulares con la sociedad mayor (Planck y Ziche, 1979). Comparando los diferentes estudios de caso y retomando algunos aspectos

clave de los sistemas agrarios, es posible hacer una lectura en el sentido de que los sistemas agrarios mexicanos son mucho más articulados a los mecanismos y dinámicas del capitalismo globalizado que aquéllos de Bolivia: usan más fertilizante, irrigación y mecanización, dando rendimientos más altos, lo que se traduce en una productividad por trabajador rural cuatro veces mayor que en Bolivia. Resulta en una capitalización neta por hectárea que en México es más del doble que en Bolivia, haciendo la acumulación de capital mediante las actividades agropecuarias más interesante en México que en Bolivia (véase tabla 1).

Tabla 1: Comparación de aspectos fundamentales de sistemas agrarios en Bolivia y México.

Aspectos fundamentales de sistemas agrarios	Bolivia [periodos según datos disponibles]	México
Articulación con sociedad mayor		
Vigencia comunidades campesinas, indígenas, agricultura familiar	Amplio reconocimiento de naciones indígenas y sus territorios por Nueva Constitución Política del Estado Plurinacional de Bolivia (2009). Afecta 40% del territorio nacional y un 30% de población total.	Contrarreforma a la propiedad colectiva desde 1992 cambiando artículo 27 de la Constitución y proponiendo saneamiento con la opción de privatización de la tenencia de tierra. Afecta 15-20 millones de personas (viviendo en ejidos) y ha reducido propiedad comunal de 103 a 56 millones de hectáreas (Assies, 2008).
Derechos de propiedad de tierra y recursos naturales	Recursos naturales renovables (tierra, bosques, agua) y no renovables (hidrocarburos, minerales) como patrimonio del estado plurinacional, sujetos a ser nacionalizados (Constitución y leyes).	Antes de 1992, derecho de usufructo individual a nivel parcelario y derecho de usufructo comunal a nivel de los bienes comunes (pastizales, bosques y agua). Después de 1992, derecho a nivel parcelario y comunal se privatizó y facilitó la compra y venta de terrenos ejidales y de las comunidades indígenas.
Vigencia de movimientos sociales agrarios	Los principales movimientos sociales del ámbito rural tienen su propia organización consolidada y amplia participación, y a veces hasta la mayoría en los parlamentos municipales, departamentales y a nivel nacional. Pueden ligar efectivamente los ámbitos de políticas cotidianas con las políticas gubernamentales de interpelación a sus oponentes tanto al interior como fuera del gobierno.	Existe una gran diversidad de movimientos sociales en el campo mexicano, muchos de ellos han establecido alianzas estratégicas con otros actores sociales de la sociedad civil. Gran ausente es el Estado, que sigue buscando una relación clientelar con los movimientos sociales e implementando políticas contrarias a los intereses de la sociedad civil.
Gasto público para sector agrario (% del PIB)	21.8% (2007)	15.44% (2000)

Aspectos fundamentales de sistemas agrarios	Bolivia (periodos según datos disponibles)	México
Aspectos sociodemográficos		
Población rural [% del total]	33.5 (2010) ¹	22.2
Pobres en área rural [% población rural]	48.5 (2011)	60.8 (2008)
Empleo en agricultura [% de empleo total]	36% (2007)	13.1 (2010)
Malnutrición [% población total] (FAO, 2012)	24.1 % (2010-2012)	<5 % (2010-2012)
Base ecológica y productiva		
Tierra arable [ha./ persona]	0.38 (2009)	0.22 (2009)
Valor agregado/ trabajador agrícola (USD)	739 (2010)	3302 (2010)
Agricultura, valor agregado en % de PIB (2010)	12.9 (2010)	3.9 (2010)
Uso de fertilizantes (kg/ ha de tierra arable)	6.1 (2009)	54.5 (2009)
Rendimiento trigo (kg/ ha)	2089.1 (2009)	3499.2 (2010)
Bosques		
Bosques (en % de área total del país)	52.8% (2010)	33.3 (2010)
Renta de bosques (en % de PIB)	0.35% (2010)	0.11 (2010)
Net Capital Stock (agricultura, ganadería, plantaciones) ² en millones de USD [constante 2005]	9121.98 (2007)	118761.79 (2007)

¹ Rural Poverty (sin fecha). ² Indicador que se obtiene multiplicando todos los capitales físicos usados para la producción agropecuaria y forestal.

Para la interpretación de las diferencias entre México y Bolivia se pueden adoptar diferentes visiones sobre el rol y el futuro de los sistemas agrarios. Una mirada —compartida entre muchos políticos, empresarios y expertos— es la del Banco Mundial. En su plan de acción 2010-2012 (Banco Mundial, 2009:xv) ve como retos principales para el futuro el incremento de la productividad agropecuaria, la integración de los pequeños productores en los mercados y cadenas de valores nacionales y globales, la reducción de riesgos y vulnerabilidad, la facilitación del ingreso y egreso a las actividades agrícolas

y el ingreso extraagropecuario, y el fortalecimiento de servicios ambientales y de la sustentabilidad. Es claro que en esta visión esencialmente tecnocrática del Banco Mundial México es más avanzado que Bolivia, ya que se entiende el desarrollo agrario como proceso que busca en primera instancia abrir, luego flexibilizar, la actividad rural a los cambiantes requerimientos de los inversionistas dispuestos a invertir capital en el área rural.

Tomando en cuenta las diferencias fundamentales con las que se protegen (en Bolivia) y se desprotegen (en México) los derechos de propiedad colectivos y comunitarios, muestra que la privatización de las tierras comunales es pieza angular en esta política. Si además consideramos las diferencias marcadas en la vigencia de los movimientos sociales agrarios bastante debilitadas, constantemente reprimidas y fragmentadas en México, sumado a una presencia cada vez menos efectiva del Estado en el área rural (expresado por ejemplo en la proporción del gasto público del PIB), el cuadro inicialmente tecnocrático se convierte en una visión neoliberal. García Linera (2007) define el neoliberalismo en Latinoamérica mediante cuatro aspectos que se cumplen en el caso mexicano: 1) proceso de fragmentación y desintegración estructural de las redes de apoyo mutuo, solidaridad y cooperación que son la base de la fuerza de movilización de las clases populares, campesinas e indígenas; 2) imposición de la privatización del manejo de recursos naturales renovables y no renovables; 3) reducción del Estado, privándolo de mecanismos y legitimidad para la redistribución social y solidaria de los excedentes resultantes de las actividades económicas; 4) reducción de la democracia representativa a un espectáculo mediático orquestado por los medios comerciales de comunicación masiva que vulnera enormemente las capacidades deliberativas de las sociedades (neo)liberales.

Al poner la visión del Banco Mundial en su contexto político real, representado por la ideología neoliberal, es posible articular el análisis de las diferencias entre Bolivia y México a una mirada distinta; en vez de valorar los avances de la transformación agraria en miras a una ideología neoliberal que asume pasivamente la expansión de relaciones societales capitalistas como motor de desarrollo, se busca valorar las numerosas formas de resistencia y altermundialidad que genera y enfrenta la expansión del capitalismo en el área rural. Muestras claras son las miríadas de acciones locales en contra de la apropiación de tierras y recursos naturales. Ejemplos son los movientes contra *land grabbing*, agrocarburantes, concesiones mineras, de petróleo y

gas o para el uso masivo de recurso hídricos, contra OGM, la comida chatarra, etcétera, por parte de las élites nacionales y empresas transnacionales. Es decir, el análisis serio de la transformación de los sistemas agrarios no debe quedar sólo en los efectos negativos —supuestamente inevitables— de la expansión real del capitalismo en las áreas rurales. Una comprensión cabal de lo que pasa en cuanto a la transformación agraria debe tomar en cuenta, necesariamente, la dialéctica que se genera entre la expansión de relaciones mercantiles y las formas activas y pasivas de resistencia que surgen de ella.

¿Cómo enfocar la transformación de sistemas agrarios?

Se debe aplicar un enfoque que permita reconstruir los factores del cambio agrario que tome en cuenta la dialéctica entre expansión capitalista en un contexto donde las relaciones mercantiles coexisten con relaciones no capitalistas; denominadas a veces como economía moral (Scott, 2000; Trawick, 2001), economía solidaria (Auroi y Yépez del Castillo, 2006), economía de reciprocidad (Torrice *et al.*, 1994; Temple, 2003) o economía del bien social (Arnold, 2001); la cual requiere de una base teórica que vaya más allá de las concepciones clásicas (neo)liberales o marxistas ortodoxas que dominaron los debates en torno a la cuestión agraria en los últimos 40 años.

Hay dos aspectos interrelacionados que deben orientar la búsqueda de un fundamento teórico renovado para entender la dinámica dialéctica comprendida en la transformación de los sistemas agrarios. El primero es la sorprendente persistencia de los pobladores rurales a nivel global. Para 2010 se ha estimado que había unos 500 millones de pequeños productores (sólo considerando los que tienen hasta dos hectáreas de tierra propia) que suman la tercera parte de la población mundial, que representan el 60% de la actividad agropecuaria global y que producen el 80% de los alimentos consumidos en los países en desarrollo (IFAD, 2011). En Bolivia y México, el porcentaje de la población rural es menor que a nivel mundial, pero aun así sigue habiendo un gran número de familias y comunidades rurales que mantienen un flujo altamente significativo de alimentos básicos hacia los centros urbanos, a pesar de todos los problemas que enfrentan. También

practican una agricultura familiar o comunitaria que produce y mantiene funciones ecológicas y socioculturales de alta importancia mundial.

El segundo es el rol del campesinado y de las naciones y grupos indígenas. En América Latina existe una larga tradición marxista que pone en duda —o directamente niega— un rol importante del campesinado en las luchas que buscan organizar la producción de alimentos más allá de los modelos capitalistas. Por ejemplo, para Bolivia, varios autores que analizaron la historia nacional —si bien tomaron en cuenta la coexistencia de modos de producción feudal, capitalista y comunitaria— han preferido ignorarlas, ya que no figuraron en los manuales mediante los cuales se ha estudiado el marxismo durante el siglo xx (García Linera, 1989). Al entender la historia como un paso mecánico del esclavismo al feudalismo y capitalismo, García Linera (1989) anota en una relectura del marxismo y la cuestión agraria (tomando en cuenta el cuaderno de Kovalevsky), unos 15 años antes de la elección de Evo Morales, que los marxistas ortodoxos han pasado por alto que:

La vigencia de relaciones comunitarias en formas transformadas a las originales, o en vías de disolución, en escala nacional, son entonces para Marx una nueva fuerza revolucionaria que no sólo da al proletariado industrial la posibilidad de contar con una fuerza revolucionaria en su lucha contra el capital, sino que también ella misma, la comunidad, le da ya de entrada una fuerza objetiva que, sumada a las que nacen antagónicamente dentro del capitalismo, nos señalan, la proximidad y la posibilidad de la revolución comunista en nuestros países (García Linera, 1989:39).

Siguiendo la relectura de Marx sobre la cuestión agraria, establece que no se trata de glorificar la comunidad en su estado actual y que el reto es que:

La comunidad no sólo habrá de conservarse, sino que habrá de recuperar sus condiciones primarias de asociación y control de los productores sobre la producción; y lo mejor de todo, lo hará en condiciones nuevas y superiores por la existencia de nuevas fuerzas y riquezas productivas y por la presencia mundial del proletariado, que posibilita la incorporación de esas riquezas y su control social, común, comunitario por los trabajadores directos; por tanto, superación de las antiguas condiciones que por siglos empujaron a la comunidad hacia su lenta disolución (García Linera, 1989:39).

Desde México, en la voz de Armando Bartra (2010), resuena de modo muy parecido; indica que la izquierda naufragó, entre otros, por el dogma que el traspaso del capitalismo era garantizado por la evolución histórica y que por esta razón se podría olvidar del campesino e indígena que ha quedado atrapado entre precapitalismo y capitalismo. Aporta el mismo autor señalando que, si bien es cierto que la *madre natura* cría campesinos permitiendo la persistencia de un *ethos* que de antiguo aprendió a convivir en tensa, turbulenta e inestable armonía con su medio natural, continúa aportando con elementos más concretos y muy válidos para orientar cómo entender las relaciones dialécticas de las cuales las sociedades campesinas forman parte hoy día:

En términos sociales, el campesino no es una persona ni una familia; es una colectividad, con frecuencia un gremio y —cuando se pone sus moños— una clase. Un conglomerado social en cuya base está la economía familiar multiactiva pero del que forman parte también y por derecho propio quienes, teniendo funciones no directamente agrícolas, participan de la forma de vida comunitaria y comparten el destino de los labradores. Porque los mundos campesinos son sociedades en miniatura donde hay división del trabajo, de modo que para formar parte de ellas no se necesita cultivar la tierra, también se puede ser pequeño comerciante, matancero, fondera, mecánico de talachas, partera, peluquero, operador del café internet, maestro, cura, empleado de la alcaldía (Bartra, 2010:11).

También, con el afán de dejar atrás los viejos dualismos, sugiere que es necesario tomar en cuenta el *ethos* milenario de la comunidad agraria a la vez que considerar que

los hombres y mujeres de la tierra fueron recreados por sucesivos órdenes sociales dominantes y lo que hoy llamamos campesinos, los campesinos modernos, son producto del capitalismo y de su resistencia al capitalismo. Sólo que hay de campesinos a campesinos y los de nuestro continente tienen como trasfondo histórico el sometimiento colonial y sus secuelas. Los campesinos de por acá son, en sentido estricto, *campesindios* (Bartra, 2010:12).

La consecuencia es que:

El sujeto libertario no es una clase moderna —el proletariado—, sino los ancestrales campesinos, que reivindican 500 años de resistencia, es inevitable —y pertinente— que la lucha se llene de imágenes, sentimientos, intuiciones que remiten a un pasado profundo; es previsible y deseable que el combate se ritualice y cobre un carácter no sólo terrenal sino también simbólico (Bartra, 2010:13).

Desde Europa se ha ido replanteando la visión marxista ortodoxa del campesinado, tomando en cuenta el ecologismo de los pobres (Martinez-Alier, 2002), que enfatiza en mostrar que estar preocupado por aspectos ambientales no es un lujo de los ricos del mundo, sino que ha sido y sigue siendo un aspecto fundamental de lucha de los pobres y marginados, ya que las externalidades ambientales del modelo de desarrollo industrial no solamente llevan a la degradación ambiental, sino que degradan a la vez las condiciones y medios de vida de las poblaciones desfavorecidas. La lucha del ecologismo de los pobres es una fuente de inspiración existencial permanente que permite percibir y motivar a resistir la socialización de los daños ambientales de las clases favorecidas hacia las clases de los desfavorecidos.

En la misma línea, y retomando los aportes del marxismo libertario y heterodoxo neorodnista, Eduardo Sevilla muestra que la nueva tradición de los estudios campesinos permite incorporar la agroecología como una dimensión fundamental para entender las luchas históricas y construir desde esta base una agricultura postcapitalista o socialista que busca movilizar, revigorizar y reactualizar formas productivas indígenas campesinas. Es claro que este proceso debe incorporar aportes de tecnologías modernas, pero —y esto es lo central— enmarcados en la reconstitución de un metabolismo social que, parafraseando al vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera, permitiría «humanizar a la naturaleza y naturalizar al ser humano». Sevilla claramente demuestra que los oprimidos no solamente se movilizan en torno al ecologismo de los pobres, sino que los orígenes de la agroecología que se ha planteado vigorosamente como alternativa a la agricultura capitalista, productivista y agroindustrial, pueden verse enraizados en el pensamiento marxista y libertario (Sevilla Guzmán, 2010).

Los elementos arriba mencionados permiten concluir que desde el fin de la guerra fría (por lo menos en su versión del siglo xx), que contraponía visiones societales liberales-capitalistas y socialistas-comunistas, hubo esfuerzos inte-

lectuales que resultaron en la emergencia de un pensamiento crítico agrario que permite repensar y diferenciar los roles y las condiciones del campesinado y de los pueblos indígenas centrado sobre sus potencialidades y limitaciones para buscar formas de desarrollo más sustentables enraizadas en la justicia social y ambiental al interior de las generaciones presentes y futuras. Más allá del afán de revisar los errores (y horrores) resultantes de pensar el campesinado o los pueblos originarios solamente hacia horizontes del marxismo ortodoxo, nos parece importante tomar en cuenta que los trabajos arriba mencionados permiten rescatar y revigorizar la dimensión crítica requerida en los estudios agrarios para revelar cómo —a pesar de todos los cambios tecnológicos, económicos y socioculturales avenidos desde la caída del muro de Berlín— la gran mayoría de la población rural sigue sufriendo formas de opresión que siguen las intersecciones de clase, género, casta, etnicidad, raza, etcétera (Bernstein, 2008).

Fundamentos conceptuales y metodológicos para los estudios críticos de la transformación de sistemas agrarios

En una excelente revisión de los cambios, continuidades y retos de la transformación agraria y de los estudios campesinos que se dieron a lo largo de las cuatro últimas décadas, Borrás (2009) resalta que es necesario desarrollar un aparato conceptual y metodológico diferenciado capaz de evaluar desde una perspectiva crítica cómo el cambio agrario global afecta la naturaleza, la envergadura, el ritmo, la velocidad y la dirección de la transformación agraria. Sugiere que el punto de entrada debe ser el análisis de cómo los cambios agrarios globales han sido contestados políticamente por el campesinado y los pueblos indígenas mediante tres arenas políticas interrelacionadas representadas por las políticas cotidianas y su participación en las políticas oficiales (gubernamentales) y en las políticas de defensa de asuntos específicos.

Políticas cotidianas

La importancia de las políticas cotidianas reside en el fenómeno de que una instancia de la transformación de los sistemas agrarios es la vida cotidiana del campesinado y de los pueblos indígenas. La política cotidiana ocurre donde la

gente vive y se involucra con otros; cumple, ajusta o contesta normas y reglas concernientes a autoridad sobre la producción o el destino de recursos de un modo silencioso y rutinario; y en actos generalmente ni organizados ni direccionados sistemáticamente (Kerkvliet, 2009:232). Por el contexto vivencial en el cual se sitúan, las políticas cotidianas se han quedado al margen de lo que consideran investigadores, políticos o activistas de movimientos sociales agrarios, a pesar de que pueden ser bastante poderosas en transformar hasta políticas nacionales, como demuestra Kerkvliet (2005) para el caso de Vietnam o Adnan (2007) para el caso de Bangladesh.

Considerar las políticas cotidianas no significa romantizar lo local, indígena, campesino o rural, sino que nos obliga a analizar críticamente de qué modo lo cotidiano es expresión de la resistencia histórica del campesinado a la instrumentalización y opresión ejercidas por los sectores, normalmente extraagrícolas, que se apropian hasta hoy en día la mayor parte del valor agregado que resulta del trabajo agrario. Los barones y patrones del periodo feudal han sido reemplazados por empresas agrícolas, nutricionales y financieras transnacionales que, en alianzas con las élites agrarias y financieras nacionales, siguen organizando cadenas de valor y clústeres productivos que antes que beneficiar a los productores agrarios sobrefavorecen a los inversores de capitales, proveedores de insumos materiales para la producción agraria y compradores de productos agrarios, generalmente organizados en oligopolios que operan a nivel global (Cargill, Nestlé, Kraft Foods, etcétera).

Es decir, tomar como punto de entrada las políticas cotidianas significa tomar en cuenta de qué modo las políticas de los estados-nación (generalmente de corte neoliberal en las últimas décadas) están afectando el contenido, las estrategias y posibilidades reales de la resistencia y movilización política de los sectores agrarios opuestos a las políticas oficiales. Considerar la presión sobre los estados nacionales ejercida por organizaciones financieras internacionales (FMI, BM, bancos regionales de desarrollo, etcétera), sus seguidores gubernamentales a nivel nacional y el conjunto de empresas transnacionales significa confrontar el análisis de las políticas cotidianas con los efectos que sufrieron a causa de la reducción del Estado como actor orientador del desarrollo rural. Es decir, se debe tomar en cuenta cómo los movimientos sociales rurales y agrarios tenían que reorientar sus estrategias, dando énfasis en localizar más aún sus fuerzas políticas (en respuesta a las

políticas oficiales de descentralización) y en internacionalizar sus acciones y reivindicaciones (en respuesta a la globalización de las fuerzas adveras). La aparentemente contradictoria presión socioeconómica de la globalización y descentralización significa que las fuerzas políticas de los movimientos agrarios no dependen de su incidencia en los niveles centrales de los estados-nación, sino que su vigencia y poder también dependen cada vez más de las redes de solidaridad horizontal que articulan actores rurales y urbanos, situados en los dos extremos de las agrocadenas de valor representadas por los productores y consumidores (Borras Jr., 2009).

Política de defensa

Estrechamente relacionada con la política cotidiana, están las políticas de defensa de los derechos a la tierra del territorio de acceso a los recursos naturales principales; como son bosques, agua, peces y aves, semillas, comida nativa propia, etcétera. Los temas de las políticas de defensa generalmente emergen de reflexiones sobre aspectos fundamentales de la política cotidiana y los trasladan a arenas políticas más allá de la vida cotidiana, direccionando las reivindicaciones mediante la organización de o la participación en movimientos y organizaciones sociales y políticas que operan en la sociedad civil y los ámbitos gubernamentales. La participación en los movimientos sociales y organizaciones políticas locales es el punto de partida para articular tanto instancias de vida cotidiana como espacios locales mediante alianzas y redes de solidaridad y de cooperación con otros movimientos sociales u organizaciones de la sociedad civil, como ONG, cooperativas de consumidores, etcétera. Constituyen un tejido policéntrico de organizaciones que trascienden fronteras regionales y nacionales, como es el caso de Vía Campesina (Martínez-Torres y Rosset, 2010).

Muchas veces son los movimientos de defensa de aspectos específicos los que, por la importancia de sus temas y por la coordinación masiva que logran articular, permiten que el campesinado y los pueblos indígenas empiecen a involucrarse en las políticas oficiales. En Bolivia esto ha permitido no solamente acceder al gobierno y al parlamento, sino conformar un gobierno con amplio margen de apoyo mayoritario mediante elecciones democráticas. (García Linera, 2009). Pero también en México los zapatistas lograron poner aspectos políticos fundamentales en los debates nacionales (Ross, 2006).

Enfoque residual vs. relacional

En el centro de las controversias en torno a la transformación de los sistemas agrarios sigue la vieja pregunta del debate agrario: ¿es la existencia del campesinado viable en un contexto en el cual, aparte de una vertiginosa expansión geográfica de las relaciones capitalistas, también vivimos una profundización de ellas expresada en las respuestas sin alternativas a la llamada «crisis financiera». Observamos una virtual fagocitosis de los recursos financieros y servicios públicos por parte de un minúsculo grupo de dueños de inmensos volúmenes de capitales organizados en un número desconocido de *hedge funds* y un número reducido de bancos y corporaciones transnacionales (Vitali *et al.*, 2011).

Las respuestas a esta pregunta fundamental son dadas con dos enfoques diferentes: tenemos por un lado el enfoque residual (Bernstein, 2007), que supone que el campesinado sigue pobre porque es excluido de los beneficios del mercado capitalista. En cambio, el enfoque relacional (Bernstein, 2007) propone que la pobreza y precariedad en el sector agrario es producto de la inserción del campesinado en relaciones sociales de producción que corresponden a la economía de mercado. La solución, por lo tanto, es la transformación de las estructuras societales que determinan estas relaciones de producción mercantiles que conllevan a la desaparición y destrucción del campesinado y de las diferentes formas de agricultura comunitaria o familiar.

Coincidimos con Borrás Jr. (2009) en que una perspectiva crítica tiene que partir del enfoque relacional. Sin embargo, creemos que esto no nos debe llevar a ignorar la necesidad de hacer un balance de los potenciales transformativos que representan las múltiples formas híbridas que nacen de la combinación de relaciones sociales de producción de ambos sistemas económicos; expresados por ejemplo en cooperativas entre productores y consumidores, diferentes arreglos entre actores sobre las bases del comercio justo, la economía solidaria, economía moral y comunitaria, la agricultura orgánica o la agroecología. Una valoración minuciosa de los potenciales y limitaciones de estas economías híbridas es importante, ya que nos sitúa en la realidad actual, permitiendo tomar en cuenta la gran heterogeneidad de situaciones y discernir mejor hasta dónde ellos representan partes o intenciones de economías emergentes que pueden proyectarse más allá de la dicotomía representada por los enfoques residual y relacional, respetivamente.

Pautas actuales para el estudio de la transformación agraria

En su artículo sobre cambios, continuidades y retos, Borrás Jr. (2009) propone focalizar los trabajos de investigación en el cambio agrario sobre tres ejes fundamentales que resumimos a continuación. Esto se justifica principalmente por el amplio rango de trabajos que el autor toma en cuenta y por el hecho de que el proyecto de investigación sobre transformación agraria en Bolivia y México (RP 13 del NCCR Norte-Sur, el contexto de cuyo taller el presente libro es producto) se ha orientado en las pautas dadas por Borrás Jr. (2009). Este proyecto de investigación pretende no solamente dar resultados sueltos sobre situaciones empíricas en Bolivia y México, sino a la vez contribuir al debate más general sobre la transformación agraria en el ámbito académico global.

[Re]consideración de teorías críticas

En los estudios sobre cambio agrario es necesario reanudar las teorías críticas que han prevalecido hasta unos 20 años atrás. Los trabajos hechos durante las últimas dos décadas se han enfocado en importantes elementos parciales de la transformación agraria, relacionados con las reconfiguraciones de las estrategias de hogares (*livelihoods*) expresadas por ejemplo en su diversificación económica y articulación a mercados (solidarios o no) de productos y trabajo, extensificación-intensificación, feminización, etcétera. Sin embargo, el análisis que muestra hasta qué grado ha resultado en la diferenciación socioeconómica, en la individualización de los lazos colectivos entre pobladores rurales, en la captura de beneficios de todo ello por élites locales o en los conflictos que de esto surgen, han sido prácticamente ausentes. Analizar estas dimensiones críticas del cambio agrario en su relación con la economía política y ecología política es por lo tanto imperante para captar potenciales y limitaciones ligados a las dinámicas agrarias.

Los trabajos sobre el enfoque agroecológico del campesinado y el vivir bien presentados en este libro dan pautas concretas de lo que se debe tomar en serio en este enunciado para Bolivia y México.

[Re]considerar políticas del mundo real

La segunda pauta que da Borrás Jr. (2009) es retomar la noción del estudio del desarrollo rural que en palabras de Ben White (citado en Borrás Jr.,

2009:19) es «una preocupación continuada para aspectos de justicia social y económica como parte de nuestra comprensión de lo que el desarrollo rural significa y como parte esencial del significado mismo de “desarrollo”».

En este sentido, la reconsideración de las políticas del mundo real significa tomar en cuenta que son las constantes luchas políticas de clases y grupos sociales con el Estado y otros grupos de las sociedades a las que pertenecen las que determinan la naturaleza, la velocidad y la dirección de la transformación agraria. Señala Borras Jr. (2009) que esto también significa cómo los movimientos agrarios transforman o combinan reivindicaciones que por un lado se orientan en un enfoque de derechos establecidos nacional o internacionalmente, pero que por otro lado tienen que ser puestos en práctica mediante la lucha política, ya que los sistemas legales que deberían teóricamente hacerlo no son accesibles para los actores locales, por lo que son instrumentalizados mediante la corrupción por sus adversarios. Es decir, analizar cómo el conjunto de derechos viene a la práctica sólo en la medida que es combinado con un conjunto de poderes locales es otro aspecto fundamental para entender por qué el establecimiento de derechos de la gente rural solo no hace una diferencia en la vida cotidiana de estos actores (Ribot y Peluso, 2003).

Por último, reconsiderar las políticas del mundo real no solamente debe ayudar a mejor comprender el mundo, sino dar aportes para cambiarlo. Borras (2009) señala que es muy importante que académicos e investigadores se engranen con activistas y actores locales y sus organizaciones. De este modo aseguran que su acción académica y científica no serán fin en sí mismas, sino que pueden ser parte de un proceso transformativo basado en la coproducción de conocimientos que retroalimente acciones colectivas mutuas en miras a cambios sociopolíticos reales (Edelman, 2009).

La conformación de movimientos sociales entre campesinos, productores, técnicos y consumidores agroecológicos analizados para el caso mexicano en este libro demuestra sobremano lo que significa en la práctica articular movimientos alternativos con las políticas de mundo real. Hacer de la producción, distribución y el consumo de alimentos producidos familiar o comunitariamente un acto de defensa y resistencia reconstituye la vida cotidiana como un ente que puede fomentar la acción política desde el cuerpo y alma de la vida diaria; ésta hace que en momentos favorables la vida cotidiana se pueda expandir para buscar cambiar las estructuras ex-

ternas adversas, sin arriesgar que en momentos de represión se imposibilite la resistencia, ya que ésta es parte de la forma de producir, transformar y consumir día tras día.

Con relación estas políticas cotidianas los aportes y diálogos sobre el «vivir bien» (en Bolivia) y el «circulo de vida» en México demuestran — a pesar de las diferencias — que en el fondo los actores de los movimientos agrarios tienen un denominador común que se expresa en buscar reorientar la evolución de las relaciones entre sociedad y naturaleza en torno a fomentar la vida en toda sus expresiones y funciones, haciendo un contraste claro con las actuales tendencias dominantes que parece más avanzar cuando más priva la muerte sobre los humanos, tierras, plantas, animales, ríos, lagos y ahora hasta sobre la atmosfera que produce el cambio climático.

Uso de rigurosos métodos de investigación

Siendo la interacción entre estructuras, instituciones y actores un eje analítico fundamental de los estudios de la transformación agraria, se requieren enfoques multimetodológicos que permitan ligar realidades locales a globales y entre actores a veces bien distantes, tanto en términos de jerarquías o en cuanto a distancias geográficas. Aislados estudios de caso —por interesantes que sean en sí— difícilmente pueden cumplir con la compleja dinámica socioeconómica y política. Desde siempre las luchas históricas del *campesindio* y otros movimientos agrarios han sido enraizadas en un conocimiento agroecológico (Sevilla Guzmán, 2010) que busca establecer relaciones entre sociedad y naturaleza según las cuales el hombre se entienda como extensión de la naturaleza viva y la naturaleza se entienda como hombre naturalizado.

Los enfoques inter y transdisciplinarios y la investigación-acción revalorizante presentada y discutida en este libro dan pautas concretas del uso riguroso de métodos de investigación que no solamente se refieren a los métodos existentes; los casos presentados muestran que también se debe incluir el desarrollo de nuevos métodos, ya que establecen puentes y sinergias epistemológicos entre diferentes tradiciones y teorías científicas y otras formas de saber; son por lo tanto parte del arsenal metodológico de los estudios y acciones orientados a las transformaciones agrarias.

Consideraciones finales

Orientarnos en los aspectos arriba mencionados y en los aportes concretos de este libro permite vislumbrar que, a pesar de las grandes diferencias entre Bolivia y México, hay varias tendencias y dinámicas convergentes. Éstas se ponen de relieve cuando tomamos en cuenta que las diferencias en primer lugar las podemos entender como una lucha abierta e histórica. Mediante ella las comunidades no solamente buscan sobrevivir los ataques históricos y actuales, sino recuperar sus condiciones primarias de asociación y control de las cadenas agroalimentarias y claro está, tomando en cuenta que no es un retorno unilateral al pasado. La construcción de comunidades rurales renovadas y adaptadas se hará en condiciones nuevas y en el contexto de retos antes desconocidos. Esto resultará en sociedades rurales nuevas, capaces de responder a los nuevos retos sin dejar de lado los valores fundamentales que inspiraron las luchas durante siglos (García Linera, 1989).

México y Bolivia son en este sentido situaciones diferentes en un proceso compartido, de modo que conocer las realidades socioecológicas y políticas distintas representa un potencial grande para entender los factores que operan para orientar la transformación agraria en una u otra dirección. Este potencial de sinergia también se realiza en la medida en que los actores académicos y de los movimientos sociales se encuentran en el intercambio y aprendizaje colectivo.

El presente libro muestra algunas facetas de esta convergencia en las diferencias en su expresión empírica y, por orientarse en los conceptos y métodos centrales del debate global, permite aportar al debate científico y político en torno a los retos principales que enfrenta una visión de la transformación agraria que busca constituirse en un componente de un creciente movimiento policéntrico global orientado en la justicia social y ambiental que busca transformar la complementariedad de la amplia diversidad biocultural en desmedro de la expansión del modelo capitalista que es hegemónico, unilateral y excluyente.

Bibliografía

- Adnan, S. (2007). «Departures from Everyday Resistance and Flexible Strategies of Domination. The Making and Unmaking of a Poor Peasant Mobilization in Bangladesh». *Journal of Agrarian Change*, 7, 183.
- Arnold, T. C. (2001). «Rethinking Moral Economy». *American Political Science Review*, 95, 85-95.
- Assies, W. (2008). «Land Tenure and Tenure Regimes in Mexico. An Overview». *Journal of Agrarian Change*, 8, 33-63.
- Auroi, C. e I. Yépez del Castillo (eds.) (2006). *Economie solidaire et commerce équitable. Acteurs et actrices d'Europe et d'Amérique latine*. UCL Presses Universitaires de Louvain-IUED, Geneva.
- Bartra, A. (2010). «Campesindios. Aproximaciones a los campesinos de un continente colonizado». *Boletín de Antropología Americana*, 44 (248).
- Bernstein, H. (2007). *Rural Livelihoods in a Globalising World. Bringing Class Back In*. Documento presentado en Conference on Policy Intervention and Rural Transformation. Towards a Comparative Sociology of Development, China Agricultural University, Beijing, China.
- Bernstein, H. (2008). «Agrarian Questions from Transition to Globalisation». En A. Lodhi y C. Kay (eds.), *Peasants and globalisation: political economy, rural transformation and the agrarian question* (pp. 239-261). Londres: Routledge.
- Borras, S. M. (2009). «Agrarian change and peasant studies: changes, continuities and challenges. An introduction». *Journal of Peasant Studies*, 36 (1): 5-31.
- Edelman, M. (2009). «Synergies and Tensions Between Rural Social Movements and Professional Researchers. *Journal of Peasant Studies*, 36, 245-265.
- FAO (2012). «Factsheet Mexico». Recuperado el 23 de abril de 2013 de la base de datos de FAO.
- García Linera, A. (1989). «Capítulo I. Marxismo y mundo agrario». En A. García Linera y P. Stefanoni (eds.), *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia* (pp. 23-51). Buenos Aires: Clacso / Prometeo.
- García Linera, A. (2007). «Interview with Alvaro Garcia Linera, Vice-President of Bolivia. *Political Affairs* Jan. 8-Jan. 14, 6.

- García Linera, A. (2009). El Estado Plurinacional. In: Bolivia, V.d.E.P.d. (Ed.), La Paz. Bolivia, 18p.
- International Fund for Agricultural Development (IFAD) (2011). *IFAD's Environment and Natural Resource Management Policy. Resilient livelihoods through the sustainable use of natural assets*. Roma: IFAD.
- Kerkvliet, T. B. (2005). *The power of everyday politics. How Vietnamese peasants transformed national policy*. Ithaca: Cornell University Press.
- Kerkvliet, T. B. (2009). «Everyday Politics in Peasant Societies (and ours)». *Journal of Peasant Studies*, 36, 227-243.
- Martínez Alier, J. (2002). *The Environmentalism of the Poor. A Study of Ecological Conflicts and Valuation*. Northampton: Edward Elgar.
- Martínez Torres, M. E. y P. M. Rosset (2010). «La Vía Campesina. The Birth and Evolution of a Transnational Social Movement. *The Journal of Peasant Studies*, 37, 149-175.
- Planck, U. y J. Ziche (1979). *Land- und Agrarsoziologie*. Stuttgart: Ulmer.
- Ribot, J. C. y N. Peluso (2003). «A Theory of Access». *Rural Sociology*, 66, 158-181.
- Ross, J. (2006). *¡Zapatistas! Making another world possible: Chronicles of resistance, 2000-2006*. Nueva York: Nation Books.
- Rural Poverty (sin fecha). «Bolivia Statistics». En *Rural Poverty Portal*. En <http://www.ruralpovertyportal.org/country/statistics/tags/bolivia#p_102_INSTANCE_TTsqjkT1ma31>.
- Scott, J. C. (2000). «The Moral Economy as an Argument and as a Fight». En A. Randall y A. Charlesworth (eds.), *Moral Economy and Popular Protest. Crowds, Conflict and Authority* (pp. XIII, 280). Nueva York: St. Martin's Press.
- Sevilla Guzmán, E. (2010). *Sobre los orígenes de la agroecología en el pensamiento marxista y libertario*. La Paz: Agruco / Plural / NCCR Norte Sur / CDE / Universidad de Berna.
- Temple, D. (2003). *La economía de reciprocidad* (tomo II). La Paz: Pa-dep-GTZ, disponible en: <http://dominique.temple.free.fr/reciprocite.php?page=reciprocidad&id_rubrique=126>.
- Torrico, D., G. Lisperguer, D. Fernández, J. San Martín (1994). *Apuntes de reciprocidad*. Cochabamba: Agruco / Universidad Mayor de San Simón (UMSS).

- Trawick, P. (2001). «The Moral Economy of Water. Equity and Antiquity in the Andean Commons». *American Anthropologist*, 103, 361-379.
- Vitali, S., J. Glattfelder y B. Battiston (2011). «The Network of Global Corporate Control». *PLOS ONE*, 6, e25995. doi:25910.21371/journal.pone.0025995.
- World Bank (2009). *Implementing Agriculture for Development. World Bank Group Agriculture Action Plan: FY2010-2012*. Washington: The World Bank.

Acerca de los autores

Ana Martha Becerra Guerrero es egresada de Ingeniería Ambiental en el ITESO. Ha trabajado en el Centro de Investigación y Formación Social, realizando investigación en el eje de la gestión social y la participación con la Red de Cajititlán por un lago limpio.

Azucena Mastache De los Santos es egresada de Ingeniería Ambiental en el ITESO. Ha colaborado en el Centro de Investigación y Formación Social, en la línea de agricultura sustentable en los procesos de investigación y seguimiento de experiencias de agricultura periurbana.

Eduardo Sevilla trabaja como catedrático del área de Sociología en la Universidad de Córdoba, donde desde 1991 es director del Programa de Doctorado en Agroecología, Sociología y Desarrollo Rural Sostenible (con mención de calidad en todas las convocatorias hasta ahora establecidas); igualmente, es codirector del máster que, sobre el mismo tema enfocado a Latinoamérica, desarrolla desde 1996 la Universidad Internacional de Andalucía. Fue miembro fundador y director del Instituto de Sociología y Estudios Campesinos de la Universidad de Córdoba. Ha desarrollado varias investigaciones para la Comisión de las Comunidades Europeas, la Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología y la Junta de Andalucía. Desarrolló e impulsó interesantes experiencias de integración del sector jornalero andaluz, mediante sistemas asociativos y de autoempleo que hoy en día son un ejemplo regional. Es autor de numerosos artículos, publicaciones y libros sobre agroecología, agricultores y campesinos, desarrollo agroecológico y movimientos sociales en España y en América Latina. Su última obra, *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible* (Icaria, Barcelona, 2006), es considerada como un importante aporte científico al desarrollo del nuevo movimiento social agropecuario.

Esau Cervantes Martínez es egresado de Ingeniería Ambiental en el ITESO. Desde 2011 ha participado en el Centro de Investigación y Formación Social en labores de investigación en el eje de gestión pública y social, en la investigación en lo referente al área de protección hídrica en Tlajomulco.

Freddy Delegado es ingeniero agrónomo, docente de la facultad de Ciencias Agrícolas, Pecuarias, Forestales y Veterinarias de la Universidad Mayor de San Simón desde 1987. Es doctor en Agroecología y Desarrollo Sustentable del Instituto de Sociología y Estudios Campesinos (ISEC) de la

Universidad de Córdoba, España. Es fundador del centro universitario Agroecología Universidad Cochabamba (Agruco) (1985) y actual director. Realizó estudios de posgrado en Desarrollo Regional Andino en el Centro Bartolomé de las Casas en Cusco, Perú. Ha sido coordinador para la región andina del Movimiento Agroecológico para América Latina y el Caribe en dos gestiones (1998-2002), y coordinador latinoamericano del programa internacional Compas (2001-2008) y Captured (2008-2012). Es autor de un gran número de libros y otras publicaciones.

Heliodoro Ochoa García es licenciado en Geografía por la Universidad de Guadalajara, y tiene una maestría en Estudios Regionales, Medio Ambiente y Desarrollo por la Universidad Iberoamericana, Puebla. Es profesor investigador en el Centro de Investigación y Formación Social del ITESO. Sus temas de interés abarcan geografía regional, organización territorial, gestión social del medio ambiente y ecología política. Actualmente es el coordinador del programa de Ecología Política del CIFS.

Iliana Licon estudió la maestría en Estudios Regionales en Medio Ambiente y Desarrollo en la Universidad Iberoamericana-Puebla. Es egresada del ITESO de la carrera de Ingeniería Ambiental, con experiencia de trabajo en comunidades indígenas y campesinas de Chiapas y Jalisco en la implementación de metodologías participativas, elaboración y gestión de proyectos, capacitación para la construcción y uso de ecotecnias. Colaboró con distintas agencias de desarrollo rural en el proyecto estratégico para la seguridad alimentaria en la región Norte, la Costa Sur y Sur de Jalisco. Actualmente participa con el Centro de Investigación y Recursos para el Desarrollo en proyectos de desarrollo comunitario en comunidades indígenas del municipio de Cuautitlán de García Barragán, Jalisco.

Jaime Morales Hernández es ingeniero agrónomo del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM), tiene una maestría en Desarrollo Rural por el Colegio de Postgraduados de Chapingo, y otra en Desarrollo Rural Sustentable por la Universidad Internacional de Andalucía, España. Es doctor en Agroecología por la Universidad de Córdoba, España. Desde hace más de 25 años ha trabajado con comunidades campesinas e indígenas de México y Centroamérica, es investigador del programa de Ecología Política en el Centro de Investigación y Formación Social del ITESO.

Laura Velázquez López estudió la licenciatura en Trabajo Social en la Universidad de Guadalajara y la maestría en Política y Gestión Pública en el ITESO. Ha sido investigadora del laboratorio natural Las Joyas de la Universidad de Guadalajara y desde 1994 colabora en el Centro de Investigación y Formación Social del ITESO. Actualmente trabaja desde la perspectiva formativa en el Programa de Ecología Política del CIFS.

María de Jesús Bernardo Hernández es directora de la Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias de Jalisco. Es ingeniera agrónoma, tiene una maestría en Educación Ambiental por la Universidad de Guadalajara y otra en Agroecología y Desarrollo Rural Sustentable en la Universidad Internacional de Andalucía, España. Ha trabajado durante 15 años en las comunidades campesinas e indígenas, tanto desde organizaciones civiles como universidades. Es autora de un libro y ha escrito múltiples artículos en varios libros en coordinación con otros autores.

Nelson Tapia P. es profesor investigador del Centro universitario Agruco en la facultad de Ciencias Agrícolas, Pecuarias Forestales y Veterinaria de la Universidad Mayor de San Simón. Es doctor en Agroecología, Campesinado e Historia (Universidad de Córdoba, España). Desde hace más de 22 años ha apoyado a comunidades campesinas e indígenas de Cochabamba, Bolivia en producción agroecológica y desarrollo endógeno, complementando con tareas de investigación en el tema. Actualmente en Agruco desempeña el cargo de coordinador del Ámbito de Posgrado y del programa de doctorado en Diálogo de Saberes, Agroecología y Nuevos Paradigmas de las Ciencias y del Desarrollo (primera versión). Es autor de cinco libros individuales y colectivos, diversos artículos y ponencias en libros, revistas nacionales y extranjeras.

Norma Helen Juárez es estudiante del doctorado en Ciencias por la Universidad de Guadalajara y maestra en Antropología Social por el Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Sus proyectos de investigación se han enfocado al estudio de los procesos de transición hacia un desarrollo rural sustentable, la agricultura orgánica y el comercio justo en el estado de Jalisco.

Oscar Bazoberry Chali es licenciado en Sociología (Universidad Mayor de San Simón). Magíster en Investigación en Ciencias Sociales para el Desarrollo, mención en Sistemas Políticos, Descentralización y Municipios (Universidad Programa de Investigaciones Estratégicas de Bolivia). Es

candidato a doctor en Ciencias del Desarrollo, mención en Estrategias de Desarrollo (posgrado en Ciencias del Desarrollo de la Universidad Mayor de San Andrés). Entre 1990 y 2008 participó en la ejecución y dirección de programas de desarrollo. Actualmente es coordinador del Instituto para el Desarrollo Rural de Sudamérica (IPDRS) y Coordinador de la maestría en Desarrollo Rural (Cides-UMSA), y autor de libros, ensayos y artículos sobre la cuestión agraria, enfoques y prácticas de desarrollo, descentralización y poder político, y relaciones transfronterizas en el contexto boliviano y sudamericano.

Patricia Roncal Revollo es directora y profesora investigadora del Centro de Postgrado en Ecología y Conservación del Instituto de Ecología de la Universidad Mayor de San Andrés, y candidata a doctora con la Universidad Autónoma de México y la Universidad Mayor de San Andrés. Desarrolla actividades investigativas y académicas, incorporando el sentido reflexivo del pensamiento ambiental latinoamericano y del vivir bien. Ha participado como coordinadora de numerosos proyectos de investigación y acción participativa, es autora de diversos artículos y ponencias a nivel nacional e internacional.

Peter R. W. Gerritsen es profesor investigador del departamento de Ecología y Recursos Naturales del Centro Universitario de la Costa Sur de la Universidad de Guadalajara. Es doctor en Sociología Rural (Universidad de Wageningen, Países Bajos), miembro del Sistema Nacional de Investigadores (nivel III) y de la Academia Mexicana de Ciencias. Desde hace más de 23 años ha colaborado con comunidades campesinas e indígenas de México en tareas de investigación, formación y asesoría. Es autor de diez libros individuales y colectivos, y diversos artículos en revistas nacionales y extranjeras.

Stephan Rist es catedrático de Geografía Humana en la Universidad de Berna, en Suiza. Perteneció al Centro para el Desarrollo y Medio Ambiente. Luego de estudiar ciencias agronómicas en el Instituto Politécnico Federal (ETH Zurich), en Suiza, trabajó 10 años en el Proyecto Agroecología Universidad Cochabamba (Agruco) en Bolivia. Hizo un doctorado en el Instituto de Sociología Rural en la Universidad Técnica de Munich, en Alemania. Sus temas centrales son agroecología, diálogo de saberes, procesos de aprendizaje social, y economía y ecología política en la gobernanza de recursos naturales.

*Multifuncionalidad, sustentabilidad y buen vivir:
Miradas desde Bolivia y México*
se terminó de imprimir en junio de 2017 en
Editorial Página Seis, S.A. de C.V.
Teotihuacan 345, Ciudad del Sol,
CP 45050, Zapopan, Jalisco
Tels. (33) 3657-3786 y 3657-5045
www.pagina6.com.mx • p6@pagina6.com.mx
Se imprimieron 300 ejemplares.

Coordinación editorial: Felipe Ponce
Diseño editorial y de cubierta: David Pérez
Fotografía de cubierta: Peter R. W. Gerritsen



Los debates científicos y políticos dominantes sobre el campo en América Latina y la solución de sus múltiples problemas enfatizaron durante las últimas décadas una combinación variable de políticas neoliberales y productivistas: promoviendo la propiedad privada de tierra, agua y bosques, junto con la tecnificación y la ampliación de acceso a mercados globales, se resolverían los problemas económicos, sociales, políticos y ambientales de manera definitiva. Un análisis objetivo, sin embargo, demuestra que las oportunidades más altas de pertenecer a los beneficiarios de estas políticas eran para las familias que decidieron no quedarse en sus comunidades rurales.

La contrapropuesta, emergente de múltiples movimientos sociales en áreas rurales y urbanas, apunta a repensar el sentido dominante de *desarrollo*. De esto irrumpen las ideas del *vivir bien* y la *buena vida* que apuestan por la transformación de la vida cotidiana, política, social y económica para priorizar lo comunitario, lo solidario, el respeto entre personas y naturaleza, así como la revalorización de la dimensión espiritual como principio organizativo.

Este libro es resultado de un proyecto de investigación que rastrea los potenciales y las limitaciones de este entendimiento de las transformaciones en la agricultura en América Latina. Se inscribe en la perspectiva del vivir bien y discute las relaciones que tiene con la multifuncionalidad y la sustentabilidad con el fin de contribuir teórico-empíricamente al debate a través de estudios de caso de Bolivia y México.



**CUCOSTA SUR
GRANA** ●